

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

\$45.00 Números 625 - 626, JULIO - AGOSTO 2003

UN SIGLO EN GUERRA

Bertrand Russell

C. Wright Mills

Joris Ivens

Jaime García Terrés

Volodia Teitelboim

Ho Chi-Minh/Lyndon B. Johnson

Armando Ayala Anguiano

Margo Glantz

Alfredo Jalife

Judith Bokser

Ignacio Sosa

Alfonso Reyes

Luis Cernuda

Carlos Pellicer

Gonzalo Rojas

Carlos Illescas

"Era un día cálido de septiembre y el aire estaba lleno del olor de los animales y seres humanos que habían muerto, los cuales yacían enterrados bajo los edificios derruidos. Este olor a putrefacción, mezclado con el pulverulento procedente de la cal y los ladrillos, y la visión del lugar, yermo, sin seres humanos, así como el ruido del bombardeo, tan lejano de pronto como tan cercano, que, no obstante, siempre estaba acentuado por el gran estruendo uniforme, maquinal y trepidante de los trabajos de la batalla, provocaban en el solitario observador la impresión de un lugar muy peligroso..."

Ernst Jünger, 1930



UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NUEVA ÉPOCA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Juan Ramón de la Fuente
Rector

Dra. Olga Elizabeth Hansberg
Coordinadora de Humanidades

Revista *Universidad de México*

Director
Ricardo Pérez Montfort

Consejo editorial
Roger Bartra
Rodrigo Díaz Cruz
Juan Pedro Laclette
Clara E. Lida
Linda Manzanilla
Carlos Pereda
Vicente Quirarte
Fernando Serrano Migallón

Coordinador editorial
Horacio Ortiz

Editores
Javier Bañuelos Rentería
Isaac García Venegas
Mario Carrasco Teja

Editor WEB
Roberto del Rivero

Asistente editorial
Miriam Aguirre

Editor de arte
Francisco Montellano

Coordinadora de "Miradas"
Itzel Rodríguez Mortellaro

Coordinador de "Tipos e impresiones"
Gonzalo Soltero

Publicidad y relaciones públicas
Jazmín Flores Yarce

Suscripciones
Rocío Fuentes Vargas

Asistencia editorial (servicio social)
Marga Canseco

Administración
Mario Pérez Fernández

Diseño y producción editorial
Agustín Estrada

Asistente de diseño y formación
Araceli Limón



Oficinas de la revista: Lado poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Deleg. Coyoacán, México, D.F. Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F. Teléfonos: 5616-2422, 5616-7211. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC núm. 061 1286. Características 2286611212. Impresión: Artes Gráficas Panorama, S.A. de C.V. Distribución: Revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: \$45.00. Suscripción anual (diez números): \$400.00 (US\$110.00 en el extranjero). Semestral (cinco números): \$200.00 (US\$55.00 en el extranjero). Ejemplar de número atrasado: \$50.00. Revista mensual. Tiraje de tres mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86. Correo electrónico: reunimex@servidor.unam.mx Internet: <http://www.univdemex.unam.mx>

PRESENTACIÓN

Ricardo Pérez Montfort 4

MUERTE AL OLVIDO

Presentación

Alfredo Jalife-Rahme 7

El balance de la culpa. Notas sobre la Guerra Fría, 1960

Charles Wright Mills 8

¿Fascismo en Estados Unidos?

Armando Ayala Anguiano 20

Cartas cruzadas

Ho Chi-Minh/Lyndon B. Johnson 26

Los intelectuales estadounidenses contra la invasión 29

ESPERANZA EN VIGILIA

Presentación

Ignacio Sosa 34

Bolivia, Chile y Perú. Tres modelos de revolución

Mario Monteforte Toledo 36

Diario de un escritor en La Habana

Jaime García Terrés 44

Contra la pared

Arturo Berroeta 57

En el LXX aniversario de Salvador Allende

Volodia Teitelboim 67

Disparatorio

Carlos Illescas 69

1968: el movimiento estudiantil y el cine

Arturo Garmendia 71

NOCHE OSCURA DEL ALMA

Otras ruinas

65 Luis Cernuda

Lamento por Chile

30 Jaime Valdivieso

Diáspora 60

33 Gonzalo Rojas

Junta de sombras

82 Alfonso Reyes

Estrofa a Adam Mickiewicz

103 Carlos Pellicer

VISLUMBRE DE ESPEJOS

Presentación

80 Judith Bokser

Una infancia argelina

83 M. X.

Algunas semanas bajo tierra con los campesinos vietnamitas

100 Joris Ivens

El genocidio en Vietnam contado por sus autores

104 Bertrand Russell

LA FOTO

109 Silvia González de León

MIRAR LA LUZ

IMÁGENES DE GERARDO SÁNCHEZ

TEXTO DE MARICRUZ JIMÉNEZ FLORES

LAS ARTES Y LOS OFICIOS

UNAM. 450 AÑOS

MARGO GLANTZ, ENRIQUE GONZÁLEZ GONZÁLEZ,

CLARA INÉS RAMÍREZ GONZÁLEZ, ARMANDO PAVÓN ROMERO



UN SIGLO EN GUERRA

Lejos de lo que pudiera pensarse, los inicios del siglo XXI no han sido ajenos a la guerra. Tal parece que una continuidad bélica se ha apoderado de algunas de las principales potencias internacionales, y un afán por seguir sometiendo a los supuestos "enemigos" con el uso masivo de la violencia y la fuerza se ha reafirmado en el ambiente mundial del siglo recién inaugurado.

Por más que las voces pacifistas reclamen un alto a los impulsos de la intolerancia y la obcecación por resolver los diferendos a través de la acción armada, lo cierto es que el discurso de la paz no ha sido atendido y lo que es peor, la necesidad de convivir pacíficamente ha sido manipulada y utilizada como justificación por los principales promotores de la guerra. Así, la reciente invasión estadounidense, británica y española a Irak se ha justificado a través de un discurso pragmático que asegura combatir los procesos armamentistas en la región y que intenta imponer garantías para alcanzar la paz mundial. Resulta paradójico que tanto el gobierno estadounidense, como el inglés y el español planteen la necesidad de llevar a cabo una guerra para conseguir la paz en Oriente Medio.

Sin embargo, esto no es nuevo. Quien se asome a las grandes conflagraciones mundiales verá que el discurso pacifista acompaña constantemente los afanes bélicos de quienes se sienten lo suficientemente poderosos para imponer su hegemonía en algún otro espacio que supuestamente cuestiona sus libertades y formas de existir.

El siglo XX fue un siglo particularmente violento y por más que se creyera que las atrocidades de las guerras serían los mejores argumentos a favor de la paz, lo cierto es que en vez de triunfar la no-violencia y la tolerancia, todo parece indicar, hoy en día, que la lección no fue aprendida. Los acontecimientos contemporáneos no indican que el ser humano puede subsistir en convivencia pacífica, sino todo lo contrario. Sin embargo, la esperanza de que esto no sea así se mantiene viva.

Uno de los antídotos más poderosos para combatir estos impulsos bélicos es, sin duda, la memoria. Así lo han demostrado los recientes procesos en contra de los responsables del terror en diversos países de Sudamérica, África y Asia durante la segunda mitad del siglo XX.

Es por ello que decidimos rescatar algunos fragmentos de las memorias de guerra de ese violentísimo siglo que acaba de pasar y que fueron registrados en las páginas de la revista *Universidad de México*. Tal vez reflexionando sobre los horrores de la guerra podremos recuperar las posibilidades de reconstruir una convivencia pacífica, tolerante y respetuosa de las diferencias humanas.

Ricardo Pérez Montfort



LA DÉCADA DE LOS SESENTA: UN TÚNEL DEL TIEMPO ÚTIL PARA ENTENDER LA ACTUALIDAD

Por Alfredo Jalife-Rahme*

Cuatro textos sumamente interesantes de los inicios de la década seminal de los sesenta nos colocan de lleno en la nueva realidad del post-11 de septiembre del tercer milenio.

Más que una lectura ilustrativa de eventos remarcables que marcaron una década, la de los sesenta, tres textos escritos entre 1960 y 1961 proporcionan herramientas históricas de primer nivel que curiosamente nos hacen entender mejor la interfase que vive el planeta en la actualidad: fin de un sistema de la post-Guerra Fría y paso a una transición incierta que se debate entre la dicotomía unipolar, que intenta imponer el equipo Bush por la vía militar, y la multipolar, que intenta asentar el restante de los grandes del planeta, primordialmente el "eje de la paz", que emergió durante los prolegómenos de la invasión anglosajona a Irak, conformado por Francia-Alemania-Rusia-China-El Vaticano.

No hay que perder de vista que en la década de los sesenta se gestó la eclosión de los célebres "*Baby Boomers*", que marcaron indeleble y sociológicamente a toda una generación de EU.

Los tres textos citados en orden cronológico de aparición, que no de relevancia, son "El balance de la culpa" (de subtítulo "Notas sobre la Guerra Fría") de C. Wright Mills de diciembre de 1960, "Los intelectuales estadounidenses contra la invasión" de mayo de 1961 (en referencia a la invasión fracasada a Cuba) y "¿Fascismo en EU?" de Armando Ayala Anguiano (a quien por una coincidencia feliz conozco personalmente) de junio de 1961. El cuarto texto "Cartas cruzadas de Ho Chi-Minh/Lyndon B. Johnson" es de noviembre de 1967.

Dos textos pueden ser abordados en forma expedita. El que versa sobre la invasión fracasada a Cuba patrocinada por EU demuestra una situación sin resolver que permanece anclada al pasado igual que hace 42 años –con la salvedad de que aquella invasión todavía no llegaba a su paroxismo con la crisis de los misiles en Cuba, un año más tarde, de que estuvo a punto de llevar al mundo a un holocausto nuclear. En cuanto a la postura de los intelectuales de EU, se pudiera decir que abría el surco del futuro a un movimiento pacifista que adquirirá mayor fuerza a las futuras guerras que libra sin respiro el "complejo militar industrial" como lo calificó el expresidente Eisenhower.

Sobre las cartas cruzadas, el relator asienta con propiedad que algunos de los argumentos esgrimidos por Ho Chi-Minh representan "argumentos clásicos" que "son contemporáneos por su veracidad". Quedaría por agregar que tanto en la fase de la post-Guerra Fría como en la actual interfase inter-sistémica (un sistema que finiquitó y otro que apenas se esboza) – esta última, a mi humilde juicio, se encamina a una "Segunda Edad Media", más ominosa por su acumulación letal tecnológica y la instantaneidad de propagación por las redes nefarias de la globalización financiera-económica– Vietnam ha desarrollado excelentes (el adjetivo está bien sopesado) relaciones político-comerciales con EU.

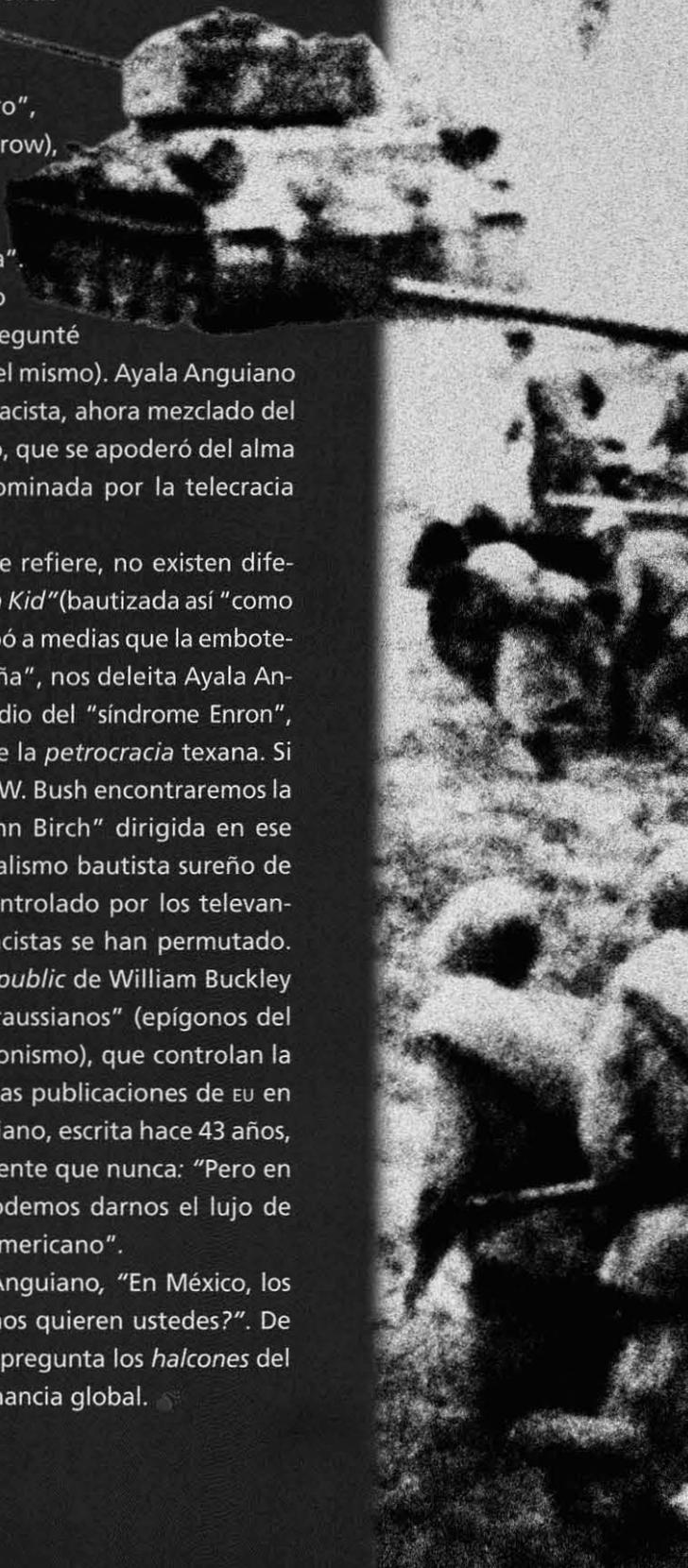
* Profesor de Negocios Internacionales y Geopolítica del posgrado de la facultad de Contaduría y Administración de la UNAM

Frente a la actual "doctrina Wolfowitz" de "guerra preventiva y perpetua" del equipo *ultrahalcón bushiano*, el texto de Mills (un sociólogo muy bien intencionado) leído 40 años más tarde, pudiéramos expresar en forma más sumaria que somera que parecería "ingenuo" (representa un pensamiento de "Suma Positiva", donde los rivales ganan por medio de la cooperación sinérgica, a *contrario sensu* de la vigente "Suma Cero", como desde hace mucho nos había alertado Lester Thurow), después de comparar su propuesta con el epílogo de la Guerra Fría, la implantación de la globalización financiera-económica y la "guerra preventiva y perpetua".

El texto que más me impactó fue el texto visionario del periodista Armando Ayala Anguiano (incluso le pregunté a un amigo común, que lo conoce mejor, si se trataba del mismo). Ayala Anguiano detecta 42 años atrás los prolegómenos de fenómeno racista, ahora mezclado del fundamentalismo bautista sureño supremacista blanco, que se apoderó del alma estadounidense totalmente desinformada, es decir, dominada por la telecracia oligopólica de corte orwelliano.

En cuanto a ideología y alcances cleptomaniacos se refiere, no existen diferencias entre Joseph Raymond McCarthy "*The Pepsi Cola Kid*" (bautizada así "como resultado de un escandalillo político en el que se le probó a medias que la embotelladora le había proporcionado fondos para su campaña", nos deleita Ayala Anguiano) y las dos versiones del "Acta Patriótica" en medio del "síndrome Enron", la piratería de Wall Street y los escándalos mafiosos de la *petrocracia* texana. Si cambiamos el nombre de Barry Goldwater por George W. Bush encontraremos la misma política de corte fascistoide. "La sociedad John Birch" dirigida en ese entonces por Robert Welch se clonó en el fundamentalismo bautista sureño de los supremacistas blancos del eje Oklahoma-Texas, controlado por los televangelistas del Partido Republicano. Hoy sus operarios racistas se han permutado. Pero los "medios" no han cambiado: *The National Republic* de William Buckley se ha convertido en uno de los portavoces de los "straussianos" (epígonos del filósofo fascista Leo Strauss adquirido a la causa del sionismo), que controlan la agenda de la Casa Blanca como ha sido expuesto en las publicaciones de EU en fechas recientes. Pero la frase visionaria de Ayala Anguiano, escrita hace 43 años, se insinúa en el túnel del tiempo y permanece más vigente que nunca: "Pero en México, por la trascendencia que puede tener, no podemos darnos el lujo de desentendernos de el 'nuevo conservadurismo' norteamericano".

Hace 42 años destacaba el sagaz periodista Ayala Anguiano, "En México, los norteamericanos están desconcertados: ¿Por qué no nos quieren ustedes?". De nuevo, 42 años más tarde, se vuelven a hacer la misma pregunta los *halcones* del equipo Bush, pero está en esta ocasión con mayor resonancia global.



EL BALANCE DE LA CULPA

NOTAS SOBRE LA GUERRA FRÍA, 1960

Charles Wright Mills*

I



El desastre de la Conferencia en la Cumbre ilustra nuevamente las causas inmediatas de la Tercera Guerra Mundial. Éstas radican en la terrible semejanza de ambos contendientes: la actuación de uno enoja al otro, el otro reacciona y, a su vez, irrita al primero. Hay causas intermedias tras esta simetría: la frialdad del ambiente y las mortíferas reservas de armamento formadas por la previa política y la falta de política de ambos. Las causas básicas, naturalmente, parecen ser parte del desarrollo de la historia mundial del siglo xx.

Los dos campos en lucha cuentan con hombres y fuerzas que trabajan por la paz; también con hombres y fuerzas que quieren la guerra. Pero en lo que se refiere a la interacción de los dos campos, hay una enorme diferencia entre la política de los belicistas y la política de los pacifistas: los triunfos de los partidarios de la guerra en cada uno de los bloques tienden a acumularse, lo cual no sucede en el mismo grado con los pacifistas de ambos bloques. Los planes materiales de defensa y ataque —fuente inmediata del peligro— se aceleran y crecen con el éxito y con la influencia mutua de los grupos probélicos, y a menudo resulta difícil contrarrestar el efecto de estas medidas. Los destructores de un lado fortalecen a los destructores del otro —y así se acentúa la terrible dialéctica que existe entre los dos—. El terror mutuo que alimenta a esta dialéctica, que a su vez acrecienta a aquél, se acumula con mayor rapidez y con resultados más decisivos que cualquier confianza recíproca erigida, lenta y tortuosamente, por los pacifistas.

* Sociólogo estadounidense. *Universidad de México*, diciembre de 1960, vol. XV, núm. 4. Traducción: revista *Universidad de México*

El desastre en la Cumbre demuestra esta simetría en las acciones de las élites y las ventajas que llevan los belicistas de ambos lados que desean la guerra.

Los estadistas que iban a reunirse en París no llegaron solos ni se encontraban en un ámbito vacío; cada uno traía consigo una tradición política; sobre cada uno pesaba la presión interna del país y el bloque al que pertenecían.

En el campo estadounidense, las fuerzas bélicas habían ganado, al parecer, hegemonía durante el bienio anterior a la reunión.

La prueba más inmediata y evidente de ello fue el vuelo del U-2, que, recordémoslo, ocurrió la víspera de la reunión de París, al tiempo que se realizaban pláticas para acabar con las pruebas atómicas, y cuando la tecnología militar había llegado a un punto en que cualquier interpretación errónea de tales vuelos como ataques, podría evidentemente causar un auténtico contraataque y así precipitar la Tercera Guerra.

Los vuelos de los U-2, desde cualquier punto de vista racional que se les considere, eran actos de provocación; constituían una clara violación del derecho internacional; más aún, eran actos de agresión. Por supuesto, sabemos que "soberanía" y "agresión" son palabras sujetas a interminables definiciones legalistas, y que ambos lados con frecuencia, si no continuamente, "cometen actos de agresión" contra el bando contrario. Pero basta preguntarnos ¿qué harían los estadounidenses si un avión de reacción soviético fuera derribado mil 200 millas dentro del "territorio soberano de Estados Unidos"? Es cierto que los satélites que lanzan los soviéticos y los estadounidenses vuelan alrededor de la Tierra sobre todas las naciones; pero, al menos hasta ahora, no sabemos si son capaces de lanzar un ataque atómico y esto es precisamente lo que pueden hacer los aviones de reacción. La posibilidad de una mala interpretación "accidental" de sus intenciones coloca a los aviones y a los satélites en categorías diferentes, al menos por ahora. También es cierto que todas las potencias emplean espías; pero un avión de reacción que vuela sobre el territorio de otro país es evidentemente muy distinto de un espía o de un diplomático que lleva una caja llena de micrófonos.

A pesar de todo, los rusos le dejaron una salida al presidente. No se aprovechó de ella; no alegó ignorancia de la aventura, con una actitud diplomática que era de esperar. Por primera vez en la historia moderna un jefe de Estado admitió su responsabilidad personal en un acto de espionaje.

Más aún: mintieron los altos funcionarios de Estados Unidos —y se vieron atrapados en la maraña de sus mentiras—. Primero se dijo que el avión volaba en misión meteorológica y accidentalmente se había perdido cerca de la frontera, y que Estados Unidos nunca ha violado intencionalmente el espacio aéreo soviético. Después, que los aviones estadounidenses habían volado sobre Rusia, pero que este vuelo del U-2 no fue autorizado por Washington. Más tarde se aseguró que estos vuelos *estaban* autorizados efectivamente, que el presidente tenía plena conciencia de ellos, y que continuarían si se juzgaban necesarios para la defensa. También se confesó que los vuelos se habían realizado ya durante varios años; invadir el espacio aéreo de otros Estados soberanos a la altura de los vuelos de reacción —tal es la política de largo alcance, ahora confesada por Estados Unidos.

Poco antes de la Conferencia en la Cumbre, el presidente declaró que pronto abandonaría la reunión delegando sus facultades en las negociaciones a un subordinado. Más tarde, durante el intercambio de injurias, este subordinado, que tenía buenas posibilidades de convertirse en el próximo presidente de Estados Unidos, defendió los vuelos U-2 "en las condiciones actuales". Mientras se llevaban a cabo en Ginebra las negociaciones sobre las pruebas atómicas, Estados Unidos anunció la reanudación de las explosiones de pruebas subterráneas, y así rompió unilateralmente la incierta tregua que había estado en vigor desde 1958. Unos días después se cambió el comunicado; se dijo entonces que la serie de pruebas no incluía explosiones nucleares. Durante el conato de Conferencia en la Cumbre, el jefe de la Defensa de Estados Unidos ordenó una alerta militar universal, una "prueba de disposiciones prebélicas". Estos últimos sucesos —los que siguieron al abatimiento del U-2— fueron, naturalmente, respuestas al comportamiento soviético, parte de la interacción entre ambos. ¿Cómo actuó, a su vez, la Unión Soviética?

La Unión Soviética no es totalmente monolítica, y mucho menos el bloque soviético. Tiene asimismo fuerzas que quieren la paz y fuerzas que quieren la guerra. Se ve claramente que el señor Krushchev no es un dictador al modo de Stalin; es el personaje principal de un reducido grupo que constituye el núcleo de la élite de poder soviética. En ella se discuten diferentes rumbos políticos, y estas discusiones responden a distintas propuestas de grupos externos—la élite china, por ejemplo, o los deseos del pueblo ruso de tener un nivel material de vida más alto—. El señor Krushchev había conseguido contener las fuerzas de la Guerra Fría que existen en su campo en el periodo anterior a la Junta en la Cumbre. Es más, dentro de ese campo, su propia carrera, en lo que se refiere a decisiones sobre asuntos extranjeros, se funda en la política de coexistencia y de negociación. En sus esfuerzos por imponer tal política se ha creado oponentes tanto en sus propios altos círculos como en los de su aliado más importante. El vuelo del U-2 y el modo en que fue tratada su revelación por los oficiales de Estados Unidos proporcionaba a su oposición la excusa final, la excusa necesaria. Aquí estaba, según dijo el gobernador Stevenson al hablar del vuelo, “el marro y la barreta” para la Guerra Fría del bloque soviético.

Que el señor Krushchev cambiara o no de opinión tiene menos importancia que su actuación como jefe de su propia élite, y en París se portó con grosería inaudita: afirmó que el señor Eisenhower—cuya visita a la Unión Soviética ya se preparaba—no sería bien recibido en ese país; y exigió que el presidente censurara tales vuelos, que se castigara a los “directamente culpables”, y que se prometiera que tales vuelos no continuarían. Entonces y no antes el señor Eisenhower declaró que se habían “suspendido” los vuelos de los U-2 desde el incidente del 1° de mayo, y que “no se reanudarían”. Todo esto, se dijo, causó sorpresa en Washington. El señor Eisenhower se negó a cumplir las otras dos demandas en todo o en parte. No buscó al señor Krushchev para disculparse por el vuelo. No reconoció públicamente que los vuelos constituían una violación de la ley internacional. Insistió en que Estados Unidos no había hecho nada malo.

Los portavoces soviéticos atribuyen a la invasión estadounidense, y al modo en que en Washington se manejó el incidente, el fracaso de la Conferencia en la Cumbre; en Berlín, más tarde, el señor Krushchev inesperadamente asumió una postura conciliatoria ante el problema de Alemania. Portavoces de Estados Unidos y de la OTAN generalmente atribuían a comportamiento del señor Krushchev en París el fracaso de las negociaciones; lo acusaban de tratar de destruir la reputación del presidente en sus funciones de dirigente mundial. Nunca llegaron a confesar que el modo en que Estados Unidos trató el incidente del U-2 podría haber sido la razón principal del comportamiento del señor Krushchev en París.

Pero apartémonos unos momentos de esta serie especial de sucesos. ¿Acaso el análisis de los sucesos internacionales recientes puede hacernos pensar que la Unión Soviética tiene la responsabilidad continua y unilateral del peligro de la guerra? ¿No está claro que hay un balance de culpa en la mecánica de la Guerra Fría que está llevando a la humanidad hacia una Tercera Guerra Mundial? En caso de guerra tal pregunta resultaría superflua; pero aún no lo es. Supongamos que estallara la guerra, por ejemplo, por una mala interpretación accidental de aviones de espionaje considerados como bombarderos atómicos. ¿Quién tendría entonces mayor responsabilidad: Estados Unidos o la Unión Soviética?

Creo que la respuesta variaría en diferentes periodos de la posguerra. Desde este momento creo que la respuesta es que la mayor parte de la culpa la tendría Estados Unidos. Pero tales consideraciones poco consolarían a los hombres cuerdos de ambos lados. El hecho vital es que existe un balance de



culpa, no el que la culpa esté de un lado o del otro. Lo de importancia vital es la nociva semejanza de acción; en ella encontramos las causas estratégicas de una Tercera Guerra Mundial.

II

Me encontraba en Moscú completando una serie de entrevistas con intelectuales soviéticos cuando apareció la noticia del vuelo del U-2. Había ido allá a recoger el material necesario para varios trabajos de investigación. Un aspecto de los sucesos me causó tal impresión que creo necesario consignarlo aquí.

Las diferencias morales e intelectuales que existen entre los pueblos soviéticos y los de la OTAN son más profundas que las diferencias de opinión de retórica política, de ideales, de sinceridad de las convicciones, de grados de lo razonable. En cuanto a sus convicciones y creencias, lo que separa a los dos mundos es ni más ni menos que las definiciones de la realidad en razón de lo que observa cada cual, de lo que cada cual piensa, siente y juzga. Tras de esta diferencia hay, por supuesto, una experiencia radicalmente diferente, hay una historia diferente en sí. Cuando uno se encuentra allá, se tiene conciencia de que la opinión y la información, por simple que sea, se encuentra en ambos lados distorsionada por la hostilidad. Estoy convencido de que por razones diferentes esta imposibilidad de la comprensión (aun del esfuerzo de entender dónde está el problema) es tan grande en el Occidente como en el Oriente. Hay una cortina de hierro; también hay de este lado una cortina de acero inoxidable. Y ambas están en la mente y en las fronteras.

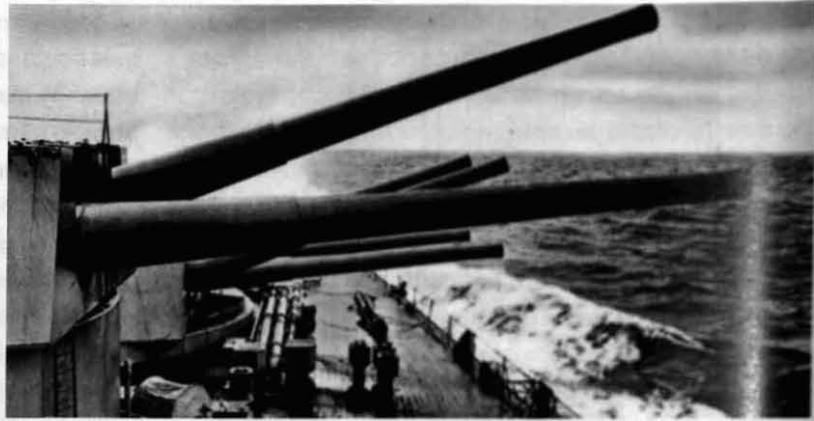
La comprensión se hace imposible si continuamente el espíritu se cierra en el propio concepto nacionalista de la realidad, o si se aferra a las condiciones derivadas de la experiencia de o con el estalinismo. No se puede reaccionar simplemente ante una palabra, un lema, una propuesta de los que usan los intelectuales o los dirigentes soviéticos, suponiendo que se ha entendido toda la intención del significado. Se debe buscar con paciencia para descubrir el sentido; se tiene que reunir lentamente el vocabulario adecuado para comprender lo que el otro intenta expresar.

Sólo un número exiguo de personas en ambos lados se encuentra empeñado en esta clase de trabajo.¹ Y, claro está, los occidentales que tratan de hacerlo corren el riesgo de que se les censure de "no poder entender la amenaza del comunismo", o de "filocomunistas". Creo que, traduciéndola, esta acusación generalmente quiere decir:

1. Que no nos satisfacen las definiciones oficiales y semioficiales de la realidad del mundo, y en particular de la realidad soviética, que forman hoy día el denominador común de creencias de las naciones de la OTAN. No me encuentro preparado para emitir juicio sobre muchos puntos específicos de los asuntos internos de la Unión Soviética y de sus relaciones internacionales —puntos sencillamente supuestos en mi país—. O existe en mí cierta ambivalencia o sólo soy un ignorante. Pero además no creo que haya nadie que realmente conozca los hechos sobre los que se podría juzgar: el trabajo necesario para llegar a ese conocimiento no lo han hecho muchos, y a menudo las condiciones políticas son tales que el esfuerzo no puede hacerse. En los altos círculos de donde emanan las decisiones y en los de los portavoces semioficiales de ambos países, no veo que haya un número considerable de personas que pueda realizar la labor necesaria para el entendimiento de los puntos de vista del otro.

2. La fácil acusación de ser "ingenuo con los rusos" quiere decir, según entiendo, que muchos que suponen que saben "todo lo que hay que saber de este peligro" ya han decidido desde lejos, y desde hace algún tiempo, qué es la Unión Soviética. Muchos intelectuales del mundo occidental han sufrido grandes daños por participar en movimientos comunistas y radicales. Juzgan a la Unión Soviética basándose en su propia experiencia con los partidos comunistas del Occidente, en la mayoría de los casos durante la era estalinista. Muchos de ellos son ahora miembros del viejo futilitarismo de la izquierda liquidada. En esto creo que he tenido suerte: por diversos incidentes de mi vida nunca he sido miembro, ni soy ahora miembro de ninguna organización política comunista (según dicen), ni de otra clase. Ni he sido, que yo sepa, simpatizante de ninguna organización de esta clase.

3. Tal vez por ello al discutir la paz y la guerra no he sentido una necesidad incesante de repetir lo que llena los periódicos estadounidenses: las maldades de los incorregibles gobernantes soviéticos. El gran número de estos escritos (que responsabilizan unilateralmente a los soviéticos por la amenaza de la guerra) sirve para reforzar la barrera insalvable ante la que nos encontramos. Debemos romperla, y el único modo posible es comenzar con uno mismo. Para hacerlo, y como



escritor estadounidense, se tiene que comenzar por examinar detenida y severamente la postura monolítica de sus conciudadanos y de sus colegas intelectuales ante la Guerra Fría. Tal vez si yo escribiera como británico, principalmente para Gran Bretaña, no necesitaría hacer hincapié. En ese país se ha estado sosteniendo un debate muy real y amplio. En Estados Unidos ha sido más bien que un debate público, un ruidoso intercambio de trivialidades bipartidistas y de aburridas quejas del viejo utilitarismo. Durante el siglo XIX y la primera parte del XX, bueno es recordarlo, muchas generaciones de sociólogos estudiaron los orígenes y el desarrollo del capitalismo liberal como fenómeno histórico del mundo. Hans Gerth tiene sin duda razón cuando observa que, de modo parecido, debemos ahora prestar atención al surgimiento y al desarrollo del comunismo en todas sus variantes. El que no sienta una gran humildad intelectual ante tal tarea, será un insensato. No es ésta, por supuesto, una actitud de "nada sé"; aunque me doy plena cuenta de que los dogmáticos de ambos lados aseveran que así es. Mas no importa. Ensayos como éste de carácter experimental no son para ellos. No quieren abandonar sus ideas, ni siquiera porque son tan inocentes y simples.

Para comenzar a pensar claro, para entender algo tan complejo como la Guerra Fría, debemos tener presente lo que esto significa. Es nada menos que intentar comprender toda la historia actual del mundo. Me parece que ha llegado el momento de volver a enjuiciar en su totalidad "el fenómeno soviético". Y deben hacerlo los intelectuales del Occidente sin considerar a los partidos comunis-

tas occidentales, la Guerra Fría, la ideología propia de los soviéticos, el fracaso de varias interpretaciones marxistas (no comunistas) de sus realidades. Lo que se necesita es una nueva interpretación de la Unión Soviética, considerando el lugar que ahora ocupa en la historia del mundo, y de su concepto sobre una nueva izquierda en los países occidentales y en las regiones no desarrolladas. Después de todo, la imagen que se tiene del bloque soviético y la desilusión del comunismo es lo que origina la apatía aristocrática que existe en Estados Unidos para los nuevos intentos políticos, la abstención de actividades políticas, la elegante inactividad, y la negación de toda esperanza; en suma, toda la insolencia política y cultural de los intelectuales de la OTAN durante los últimos 15 años.

Si rechazamos la postura anterior, debemos entonces seguir adelante y responder claramente a esta pregunta: ¿qué es exactamente lo que pensamos del bloque soviético y de sus posibilidades? No es posible ni necesario que responda aquí cabalmente a la pregunta. Lo más importante para el tema de la guerra y de la política pacifista (en lo que se refiere a Rusia) es nuestra opinión sobre su política externa y los asuntos domésticos y de su bloque que influyan sobre esa política.

Esto requiere que tratemos seriamente de retirarnos de la escena actual y de considerar la lucha mundial en un contexto histórico. Requiere también que tengamos siempre en cuenta ciertas comparaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Por ejemplo: es obvio que las diferentes imágenes de la Unión Soviética dependen no sólo de la seriedad con que consideremos los cambios efectuados desde la muerte de Stalin, sino también de la seriedad con

que tomemos la falla de nuevos rumbos y el poco uso de la libertad en Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial. Trillados estereotipos y abstracciones fanáticas obstruyen nuestro juicio.

No es adecuado tener ideas simplistas. No es cierto que un lado sea dogmático y el otro tolerante. Se esté o no de acuerdo con ellos, las opiniones de muchos portavoces intelectuales soviéticos son tan "razonables" como las de muchos estadounidenses. El hombre y la mujer soviéticos, además, son tan "sinceros" como los estadounidenses —y a veces más, aunque sólo sea porque han experimentado la guerra de modo distinto que los estadounidenses.

Yo no creo que en el bloque soviético todo sea mentira, y en el de los aliados todo sea verdad. Ambos están plagados de mentiras y en ambos abunda la verdad; la guerra ideológica que llevan a cabo es en su mayoría una pugna de hipocresías. Y en los dos sistemas, la gran mentira que más debe preocuparnos es la de que la guerra constituye todavía la base de una política concebible humana. En este aspecto es muy difícil efectuar el balance de la culpa, puesto que tras el común espíritu militarista existen dos sistemas de vida totalmente distintos, que se encuentran en diferentes etapas de desarrollo histórico, de desenvolvimiento y de objetivos.

1. Ante todo debemos comprender la magnitud de la experiencia soviética en la Segunda Guerra Mundial. Cualquiera que hable con un ruso se dará cuenta de lo que significaron para ellos 20 millones de muertos: es algo que la mayoría de los estadounidenses no puede siquiera imaginar. En proporción a ellos la guerra sólo les costó una cantidad pequeña de bajas; pero no tuvieron ninguna devastación. Al contrario, la guerra produjo una gran bonanza.

2. Para los soviéticos, "el Occidente" incluye la Alemania occidental. (Ayer era la Alemania nazi; hoy, reconstruida con la ayuda de Estados Unidos, es la punta de lanza de la OTAN; mañana tendrá armas atómicas.) Recuerdan la gran espera del Segundo Frente. El repentino fin de la ayuda de préstamo y arrendamiento al terminar de combatir; la amenaza de "despejar" lo que ellos consideran el

poder soviético de defensa, cuando Estados Unidos tenía el monopolio de armas atómicas. Y se ven circundados por bases estadounidenses de proyectiles y por el Mando Aéreo Estratégico —dotados de bombas H— y ambos emplean sus bases para aviones de reacción que invaden el espacio aéreo ruso.

3. Por estas razones, y muchas otras (algunas ciertas, otras imaginarias) los rusos consideran que la diplomacia soviética, y especialmente los esfuerzos de Krushchev, tienen intención conciliatoria: dos veces han reducido sus fuerzas armadas, lo cual, aunque carezca de importancia militar, es importante para ellos; unilateralmente han cesado en sus pruebas nucleares; se han deshecho de algunas bases en el extranjero; han tomado la iniciativa en desocupar y en neutralizar a Austria; se esforzaron por terminar la guerra civil en Indochina; han tratado continuamente de parlamentar con los jefes occidentales para reducir tensiones; han propuesto lo que ellos consideran un plan importante de desarme; después del desastre en la Cumbre no han intervenido en Berlín de la manera esperada, y han reformado las propuestas de desarme en un esfuerzo por entenderse con el Occidente.² Olvidemos por ahora si su intención es cínica o no; lo importante es que constantemente han tomado la iniciativa.

4. El pueblo soviético comprende —aunque ambiguamente todavía— qué significa el estalinismo. Recuerdan los trabajos forzados, el terror, el espionaje, los actos inhumanos, y consideran que desde su muerte ha comenzado una nueva era. Su sentimiento predominante es el deseo y la esperanza de tener más y mejores productos de consumo, y un descanso en sus duras labores; confían en que por



medio de la automatización y la organización, el trabajo será más agradable.

Insistimos de nuevo en que no importa tanto que nosotros creamos esto; lo importante es que muchos de ellos lo crean. La política exterior soviética se basa en tales circunstancias. Su política en la Guerra Fría y la diplomacia dependen ahora de esta visión del mundo y de la creencia de que tienen una nueva oportunidad.

Muchos aceptan opiniones ya formadas sobre los temas que ahora vamos a reconsiderar.

III

“¿Podemos fiarnos de los rusos?” La respuesta es negativa. Simplemente en materia de fe, no podemos confiar en la élite de ningún Estado que tenga gran poder. Los hombres y las mujeres comunes no podemos fiarnos de nuestros jefes; ni de la Agencia Central de Inteligencia, ni de los militares de alta graduación del Pentágono, ni de los del Mando Aéreo Estratégico. No podemos fiarnos de De Gaulle ni de “los franceses”. Todo lo cual significa simplemente: el peligro acecha por todas partes.

Sólo puede confiarse en un Estado cuando se trata de su propio interés. La pregunta útil no ha de ser: ¿podemos fiarnos de tal nación o de tal élite?, sino, primero, ¿qué es lo que ellos consideran su interés? Y segundo, ¿manifiestan cordura o demencia en el uso de las armas nucleares? En mi opinión, la respuesta a la segunda pregunta en relación con las élites estadounidense y soviética es: manifiestan mayor demencia que cordura. Pero consideremos la primera pregunta.

La agresión no es la característica permanente de un Estado; es una etapa que tarde o temprano se manifiesta en el ascenso al poder. La nación débil es la que tiende a ser “la agitadora”, la fuerte, la que lanza llamados a “la paz y al orden”; pues el fuerte presiente, con cierta razón, que puede continuar su ascendencia económica y política sin “causar” dificultades ni recurrir a la violencia. Puede adoptarse con mayor facilidad una política pacífica cuando se tiene la hegemonía de los asuntos mundiales, especialmente de los económicos. Es más, se tiene la ventaja de firmar tratados y otros acuerdos que favorezcan sus intereses, y tales tratados tie-

nen mayor probabilidad de ser respetados que aquellos que se ven forzados a aceptar condiciones por ser débiles. Es algo parecido, como ha indicado E. H. Carr, a lo que sucede en las disputas obrero-patronales: el fuerte “quiere la paz”, el débil es el “agitador”; puesto que la fortuna está en contra del débil, es éste el único modo de conseguir lo que quiere.

Pues bien, durante la mayor parte de su historia, la Unión Soviética ha sido muy débil militar, económica, política y culturalmente; no ha tenido una organización industrial, su población carecía de instrucción y ha sufrido el peso moral de una tiranía política y cultural.



Pero ahora, en 1960, la Unión Soviética ha eliminado varios de sus puntos débiles; otros los está eliminando. Es más, el equilibrio mundial de debilidad y fuerza está cambiando y probablemente continuará cambiando. En los dos o tres decenios próximos, tal vez en menos tiempo, será “el Occidente” el que se debilitará, y el bloque chino-soviético el que se fortalecerá. Ya está sucediendo en materia militar; pronto se manifestará en el nivel económico general, en el poder cultural de atraerse a las regiones neutras no desarrolladas.

Durante este periodo de cambio histórico mundial —según se vaya haciendo más notorio— el Occidente, por su debilidad, puede ceder a la tentación de ser el “agitador”. Basándose en este gran cambio el balance de la culpa de la guerra puede también variar; la culpa puede desplazarse más hacia el Occidente, en especial hacia Estados Unidos.

Tras este cambio total existe una verdadera competencia de sistemas políticos y económicos. Uno de ellos de propiedad pública y planificación central;

el otro, de economía capitalista –con elementos mixtos y con prestaciones sociales– y formalmente democrático en su organismo estatal.

En adelantos científicos, los soviéticos ya han demostrado su ventaja. Creo que, de no haber guerra, también mostrarían la superioridad de su economía que sobre todo ofrece niveles de vida más altos y más igualitarios. No es una insensatez creer (según ha sugerido Isaac Deutscher) que esto producirá una mayor libertad política y cultural: primero por la mayor eficacia social que esa libertad permite, y segundo por la influencia política que ejercerá el pueblo soviético al poseer una mayor instrucción.

Es poco importante que creamos esto, pues los soviéticos sí lo creen. En vista de ello, ¿cuál es su actual política exterior?

Los objetivos fundamentales de la política soviética son: primero, mantener las fronteras actuales del bloque chino-soviético; segundo, consolidar las conquistas materiales y otras que se han hecho en un alto costo, y tercero, acrecentar estos logros dentro de sus territorios consolidados. El pueblo ruso tiene conciencia de un plan: quiere y exige, de no haber guerra, la transformación de lo que con exactitud se llama el “imperio estalinista” en una unidad política internacional económica que se desarrolle como un todo económico, y cuyos miembros tengan estabilidad política.³

Para ellos la coexistencia pacífica no es sólo un lema o engaño, sino una esperanza y una guía. Su objetivo para el exterior es, sobre todo, ganar tiempo para demostrar los resultados económicos y políticos de su sistema. Creen que esta demostración de la superioridad de su sistema bastará para ganarse al resto del mundo.



Tales sentimientos y objetivos, en mi opinión, dominan la sociedad soviética de hoy, desde su élite aún medio stalinista, hasta la más primitiva granja colectiva. Para algunos ciudadanos soviéticos no es más que “una esperanza”, para otros es una probabilidad. Pero la política exterior de la Unión Soviética debe entenderse en relación de tales sentimientos y objetivos.

No cabe duda de que los rusos quieren hacer esto; y ellos no dudan poder hacerlo, si no hay guerra. No debemos olvidar que creen que el tiempo es su aliado, y que están por un cambio pacífico en el mundo. Consideran que su sistema puede derrotar al capitalismo en todos los frentes por medio de la competencia pacífica, y sin recurrir a la violencia.

IV

Ningún pueblo quiere la guerra; esto es indudable. Lo que hay que preguntarse es: ¿qué traman los dirigentes?, ¿qué ideas tienen sobre los métodos y la política necesarios ahora?

La mayoría de la élite soviética no quiere la guerra: está muy ocupada en otras cosas y ve claramente que para su economía los preparativos bélicos son un desperdicio.

La mayoría de la élite de Estados Unidos tampoco quiere la guerra. Pero la divide profundamente la posición que ocupa en la sociedad estadounidense y en el mundo: su preocupación dogmática por ciertos grandes intereses hace que, al final de cuentas, adopten una política que favorezca las posibilidades de guerra:

1. La frecuente acusación soviética de que “los fabricantes estadounidenses de municiones” son culpables de la Guerra Fría me parece que no es una explicación adecuada del factor económico de la situación. Es cierto que estas empresas incitan a la preparación constante para la guerra, y no puede negarse la relación que existe en la mente de muchos entre esa preparación y una posible depresión, o entre tales preparativos y la continuación de la prosperidad. En Estados Unidos se obtienen grandes utilidades de estos preparativos bélicos; quizá la prosperidad del capitalismo se basa en los preparativos bélicos (en gra-

do desconocido, pero posiblemente muy considerable). No podemos creer que esto fomente la paz. Mi formulación peca de reticencia.

2. Debemos recordar que no hay otro mercado que el militar para los productos que se hacen bajo enormes contratos con empresas que fabrican aeroplanos, proyectiles, material electrónico y de exploración sideral. La investigación, el desenvolvimiento y la fabricación de tal armamento corresponde al insensato desperdicio que es parte inseparable del capitalismo estadounidense; en forma verdaderamente maestra combina la inflación con el rápido desuso. He aquí un verdadero *deus ex machina* capitalista. Las inversiones bélicas no tienen competencia de empresas particulares; no se oponen a los intereses inmediatos de ningún grupo influyente; no producen ninguna consecuencia política de importancia doméstica. Es cierto que elevan los impuestos, pero las empresas pueden ahora incluir gran parte de sus impuestos en "costos de producción", pasándole la carga al consumidor. Además, los programas del gobierno que, en la opinión de muchos economistas, se necesitarían para remplazar la economía de la defensa, son precisamente aborrecidos, política y económicamente, por aquellos que en nombre de la empresa libre se benefician política y económicamente con la carrera de armamentos. Imagínense la confusión que se produciría si se propusiera un programa "socialista" de 60 billones de dólares para la renovación urbana, el desarrollo de valles, o la construcción de escuelas. ¡El gasto para el bienestar público *sí compete* con la empresa particular; *sí* entra en conflicto con el interés inmediato de los grupos influyentes; *sí* tiene consecuencias políticas domésticas; aumenta los impuestos, etcétera!⁴

Se necesitaría un esfuerzo político de gran alcance para deshacerse de la economía permanente de guerra de Estados Unidos. Ésta ha sido y es la base principal de la prosperidad de la nación —y es la causa de que Estados Unidos se vea arrastrado hacia la Tercera Guerra Mundial.

3. La economía de la Unión Soviética no tiene ninguna de estas características. En contraste con Estados Unidos, en la Unión Soviética no existen razones económicas internas para preparar la guerra,

ni para ninguna forma de imperialismo. La situación era diferente al acabar la Segunda Guerra Mundial, cuando el motivo económico era la conquista del botín: el intento de acrecentar sus "ganancias" y recuperarse de la devastación de la guerra. Pero ya no es así; el adelanto industrial proporciona a los soviéticos modos más fáciles de continuar la industrialización.

4. El poder de la élite estadounidense, según está constituido en la actualidad, estriba en gran parte en la economía bélica permanente y en el predominio militar. Éstos a su vez se fundan en la opinión pública que tiene una idea paranoica de la Unión Soviética, y también en un espíritu militarista. Que aquí existan métodos más democráticos de decisión hace aún más imperativo el mantener tales condiciones. Es cierto también que en la Unión Soviética el mando político interno se ha basado hasta cierto punto en el miedo al ataque del exterior; pero conforme sube el nivel de vida y se hacen evidentes otros logros económicos, y a medida que el régimen adquiere mayor fuerza auténtica —como está sucediendo— va perdiendo importancia esta base de estabilidad política. El papel que juega la élite soviética descansa más y más en la realización de los planes de desenvolvimiento doméstico y menos en el miedo a la guerra.

5. Hoy día Estados Unidos se encuentra, o cree que se encuentra, detrás de la Unión Soviética en la competencia de armamentos, especialmente en proyectiles. Según el espíritu militarista, tal estado de cosas ha de causar desesperación entre la élite del poder; seguirán tratando con toda su energía de conseguir "una posición de fuerza", en una trayectoria espiral sin fin. Existen buenas razones para creer, además, que la tecnología soviética consolidará su ventaja no tanto por la excelencia de su adelanto científico, sino por la estupidez capitalista de Estados Unidos.

6. Muchos de los dirigentes y portavoces de Estados Unidos se inclinan a creer que el tiempo favorece al sistema soviético, que la "historia" en sí se opone a su propio sistema. La verdad, creo, es que algunos sectores de la élite del poder estadounidense y algunos círculos de los intelectuales de la OTAN cada vez se afirman más en la idea de

un futuro soviético, como lo he definido antes. Muchos de los principales miembros de la élite del poder creen que en la Unión Soviética existe mayor y más vital impulso y sentido de dirección que el de Estados Unidos y de otros Estados capitalistas del Occidente. Los aterra considerar el resultado de la competencia pacífica entre los dos sistemas. Muchos creen que Estados Unidos sólo podrá ganar la competencia por medio de la fuerza de las armas; aunque no saben, o cuando menos nunca dicen, qué significaría tal "victoria". Los soviéticos están convencidos de que pueden ganar sin recurrir a la guerra.

Me parece que lo anterior implica la idea, hasta cierto punto verdadera, de que la estrategia militar soviética es sólo un aditamento de su sistema político, mientras que Estados Unidos ha hecho de su sistema político un aditamento de la estrategia militar. ¿Cuál es el sistema *político* mundial de Estados Unidos?

El panorama que he esbozado no es más que una de las bases de la política soviética. La élite soviética se aferra aún al espíritu militarista, pues todavía tiene en su bando una nación que surge, China, débil aún en asuntos internacionales. Como la élite estadounidense, la soviética padece aún la equívoca ilusión de pensar que la guerra nuclear no puede llevar a la humanidad a otro fin que el suicidio. ¿Se puede dudar que llegarán a la violencia nuclear si creen que la necesitan para "defender" su sistema y para realizar sus múltiples planes y objetivos domésticos?

Si continúa en ambos lados la fatal interacción de los partidarios de la guerra, y aumenta su ascendencia en los dos bloques, en cierta fase específica

de esta reciprocidad que conduce a la aniquilación mutua, ya no importará quién sea el culpable. Para romper el estancamiento, para librarse del círculo vicioso, se necesita ahora una acción unilateral.

Lo que más me interesa aclarar sobre el balance de la culpa es que si Estados Unidos tomara ahora la iniciativa (en la forma que explicaré), habría razones de peso para creer que la Unión Soviética haría lo mismo; las fuerzas de la sociedad soviética que obligarían a la élite de ese país a hacerlo son muy poderosas y día tras día aumenta su fuerza. ¿Por qué entonces no trata Estados Unidos de desplazar el balance de la culpa? ¿Por qué no demuestra claramente que *no* tiene miedo de enfrentarse en el campo político cultural y económico con la Unión Soviética y su bloque? Es fácil decir que Estados Unidos debería tomar ahora la iniciativa. Y es fácil tomarla. Es más, es fácil decir cómo se podría hacer sin quebrantar la máxima "seguridad" militar.

V

Lo que debe hacer Estados Unidos es anunciar al mundo un programa general en el que se especifiquen las fechas aproximadas en que se llevarán a cabo cada uno de los puntos del mismo. Estos actos inicialmente deben ser unilaterales. Debemos decir: Estados Unidos hará tal cosa, sin considerar lo que hacen o dejan de hacer otros Estados, aliados o enemigos. Las formulaciones posteriores de este plan (debe aclarar nuestro aviso) se efectuarán si otros Estados responden del modo previsto a nuestros actos iniciales y al plan en su totalidad. Las etapas posteriores están sujetas a gestiones posteriores que se llevarán a cabo después de que Estados Unidos haya comenzado a realizar el plan.

Cuando digo tomar la iniciativa no quiero decir sencillamente hablar; quiero decir hablar y comenzar a actuar. No es necesario, por supuesto, llevar el principio de acción unilateral "al extremo". No hay gobierno que destruya a la vez todas sus armas. Pero no es necesario. Cuando se propone, como lo hago, el desarme nuclear unilateral, por parte de Estados Unidos, no significa que destruyamos todo nuestro arsenal a la vez. Lo que es necesario





es que *comencemos* a destruirlo públicamente, y en presencia de observadores de la Unión Soviética y de otras naciones, y que propongamos las condiciones bajo las que continuaremos la destrucción del resto de acuerdo con un plan determinado.

¿No es tiempo de que los portavoces estadounidenses dejen de repetir *ad nauseam* que toda acción de la URSS es "mera propaganda"? ¿Acaso es "mera propaganda" la "propaganda de hechos" que han efectuado los soviéticos? Si es eso, es también probable que constituya un nuevo rumbo en la interacción de los Superestados. Estados Unidos debe ahora hacer tal propaganda. Por ejemplo:

Si el plan para un "desarme" completo y general que ya ha propuesto la URSS en dos ocasiones es "mera propaganda", no sería difícil desenmascararlo. Comencemos a cumplir con sus demandas iniciales por medio de palabras y hechos. Comencemos a reducir el arsenal. Comencemos a abandonar las bases del otro lado del mar. Anunciamos este plan de reducción y de abandono. Expliquemos las condiciones bajo las que ha de continuar. Todo esto no tiene por qué ser peligroso desde el punto de vista militar. Comencemos a poner en práctica los controles y las inspecciones que han propuesto los rusos. Después de que se haya iniciado el programa, podremos exigir medios de inspección más eficaces y de control más seguro por ambas partes.

¿Acaso se perdería algo con lo anterior? El arsenal estadounidense, según se nos dice, basta ahora para eliminar a la población de todo el mundo y para devastar los principales medios de subsistencia. Aun desde el punto de vista de la locura militarista no se perdería nada con las acciones propuestas. Destruyamos la mitad del arsenal, abandonemos la mitad de las bases; todavía habría suficientes muni-

ciones y suficientes medios de transporte para resguardar "la seguridad militar" de acuerdo con las extrañas y nefandas ideas de seguridad que imperan hoy en los más altos círculos.

¿Cuántos estadounidenses han leído los textos completos para el desarme propuesto por los soviéticos a las Naciones Unidas, por ejemplo, la segunda proposición (2 de junio de 1960)? Creo que tengo tanta conciencia como cualquiera de los peligros y dificultades de una propuesta de esta clase. Pero no alcanzo a entender cómo una persona que realmente se oponga a la guerra, que realmente se oponga al desperdicio y al peligro de la carrera de armamentos, que realmente no tenga miedo a una paz legítima, puede desconocer estas proposiciones concretas, y no responder de un modo parecido al que acabo de esbozar.

De no considerar estas propuestas, la élite de Estados Unidos, el pueblo estadounidense, al menos uno de los dos partidos políticos, ¿no juzgaremos por fuerza esto como una razón de peso contra Estados Unidos en el balance de la culpa? ¿No dará la razón "al punto de vista chino" dentro del bloque?

Por experiencia personal sé bien que explicar la situación de este modo, recomendar que la propuesta soviética se tome en serio y que se actué conforme a ella, aunque no sea más que a modo de prueba, es correr el riesgo de ser llamado "simpatizante" del comunismo. Pero, ¿no deberíamos preguntarnos: si tomamos estas acusaciones en serio, permitiendo que inhiban nuestro esfuerzo de pensar con claridad (que es lo que se intenta), sería posible proponer algo que pueda alejarnos del espíritu militarista y de la trampa paranoica, que permita que la humanidad se aparte del camino que la está llevando a la Tercera Guerra Mundial?

Para los estadounidenses de hoy, me parece que la respuesta sería negativa. Porque esa acusación es parte de una dificultad insuperable, y del poder inhibitorio que tiene la facción de la Guerra Fría entre la élite estadounidense y en los sectores intelectuales de la OTAN. También del otro lado, la acusación de "americanófilo" es parte del estancamiento que cuidadosamente sostienen los estalinistas recalcitrantes y otras facciones de la Guerra Fría en el campo soviético.

Por lo anterior, debemos comprender por qué tantos estadounidenses han perdido hasta la visión misma de la paz, por qué hay una falta absoluta de programas estadounidenses realistas para la paz, por qué los dirigentes en Estados Unidos muestran tal inercia al enfrentarse a las propuestas de otros. Y por eso precisamente todos debemos comenzar a formular y a discutir del modo más parcial posible las normas para la paz.

Al hacerlo, ¿no deberíamos recordar que el único punto de vista realista militar es considerar que el enemigo no es Rusia, sino la guerra? ¿No deberíamos considerar que la única actitud política realista es la de que no los rusos, sino los partidarios de la Guerra Fría en ambos lados, son los verdaderos enemigos?

Pero ¿no equivale toda propuesta semejante al "apaciguamiento"? ¿No darán como resultado "un nuevo Munich"? A mi parecer, la respuesta ha de ser un enfático *no*. Tan falaz analogía histórica desconoce las diferencias que existen entre la Alemania nazi y la Rusia soviética; desecha lo que hay de nuevo en el mundo actual. Por ejemplo: Krushchev no es Hitler ni Stalin; la élite soviética tiene mayor interés en el desenvolvimiento de su actual sociedad que en ampliar sus fronteras por la fuerza: las armas nucleares (bien lo saben los soviéticos) presentan cualitativamente un nuevo peligro; sobre todo, creen que pueden "ganar" en la competencia de los dos sistemas sin recurrir a las armas. Si Estados Unidos no desea la guerra, hemos de hacer frente a esta competencia en lo económico, en lo cultural y en lo político. ●



NOTAS

- ¹ Las obras de dos autores que escriben en inglés, E. H. Carr e Isaac Deutscher, son indispensables para comprender la historia y el criterio político actual de la Unión Soviética.
- ² He tomado estos puntos de vista del discurso pronunciado por Adlai Stevenson el 1º de junio de 1960; otros de las recientes conferencias de Isaac Deutscher en Canadá [*The Great Contest (La gran competencia)*, Oxford, Nueva York, 1960].
- ³ Cfr. I. Deutscher, *op. cit.*
- ⁴ Véase el ensayo de Paul Sweezy —el mejor resumen que conozco de estos asuntos— en *The Nation*, 28 de marzo de 1959.



¿FASCISMO EN ESTADOS UNIDOS?

Armando Ayala Anguiano*

I. LOS BÁRBAROS DEL SUR

Fin de la Segunda Guerra Mundial: las tropas norteamericanas hacen su entrada triunfal en las ciudades liberadas del yugo nazi. Los vecinos lloran de alegría y envuelven a los héroes en una lluvia de flores y confeti. Las mujeres besan a los vigorosos, gallardos soldados del Tío Sam.

Medio mundo estaba en ruinas; sólo la patria de Washington lucía más fuerte que nunca. ¿Habrá existido, en el transcurso de la historia, un país más rico, más poderoso, más admirado y más envidiado que Estados Unidos en aquella hora de triunfo?

Europa, tres años después: las paredes públicas aparecen tapizadas con el famoso letrero "Yankee, go home!".

Estados Unidos seguía siendo el país más rico, más poderoso y más envidiado de la Tierra, pero ya había dejado de ser el país más admirado.

Época actual: Estados Unidos ya no es el país más poderoso ni el más envidiado ni mucho menos el más admirado del mundo. Sigue siendo el país más rico, pero hay probabilidades de que aún esta posición se le vaya de las manos en los decenios próximos.

Es difícil comprender cómo se ha producido esta violenta caída sin paralelo histórico. Buscar la razón entre los propios norteamericanos es una tarea estéril. "Envidias", "intrigas del comunismo internacional", etc., son las respuestas más frecuentes, si no es que el interpelado reacciona remangándose los puños de la camisa y retando al que osa insinuar que Estados Unidos ya no es el país omnipotente de 15 años atrás.

Los norteamericanos tienen una notable falta de voluntad para aceptar la responsabilidad de sus propios actos. Imposible hacerles entender que atrás de los letreros de "Yankee, go home!" estaba la indignación de los europeos, impotentes para evitar que sus mujeres fueran prostitutas por el liberador opulento, que capitalizaba su hambre para corromperlas y todavía se consideraba un benefactor.

* Periodista y escritor mexicano. *Universidad de México*, junio de 1961, vol. XV, núm. 10



En México, los norteamericanos están desconcertados. "¿Por qué no nos quieren ustedes?", dijo uno de ellos. "Hace diez años que vivo aquí. *I love México*. Trato de cumplir con las leyes del país. Soy un fanático de las enchiladas y el tequila. Trato muy bien a mi criada, y hasta le pago 300 pesos mensuales en vez de los 150 que le pagaría una familia mexicana. ¿Qué quieren ustedes?".

Y el norteamericano rió cuando este reportero le dijo que queremos yanquis que no se autoconcedan privilegios especiales por tener la ciudadanía que tienen, aunque no les gusten las enchiladas ni el tequila. Gente que no se enorgullezca de pagar 300 pesos mensuales a un ser humano, tan sólo porque hay mexicanos que pagan únicamente 150.

Ningún país del mundo ha sido víctima de mayores agravios por parte de los norteamericanos que México. Pero aún con esta limitación, en México se les tenía cierta medida de aprecio. Aprecio negativo o relativo, quizá, pero el mexicano demostró en varias ocasiones su nobleza al mostrar a los yanquis un odio infinitamente menor que, digamos, el que sienten los surianos por el norteño que los explotó tras la derrota de la guerra civil del siglo pasado.

En 1947 ocurrió un caso que tal vez pruebe lo anterior. Cierta día se estrelló cerca de la ciudad de México un DC-3 norteamericano de los que participaban en la campaña contra la aftosa. Varias patrullas salieron en busca de las víctimas, y la primera en llegar fue una integrada por norteamericanos. Al llegar destacaron en torno a los restos del avión —con esa fabulosa falta de sensibilidad que padecen— un retén de soldados yanquis uniformados y armados.

Tiempo después llegó un grupo de periodistas mexicanos. Los soldados les impidieron acercarse. La noticia se publicó con el despliegue merecido, y pronto se formaron en las inmediaciones de la calle de Bucareli varios grupos de ciudadanos indignados que, muy pronto, tuvieron la idea de ir a incendiar o apedrear la embajada norteamericana.

La policía estuvo lista para evitar el incidente. Pero no intervino, directamente, al menos. Varios individuos con tipo de agentes secretos empezaron a repartir montones de volantes con la leyenda siguiente: "Muera el imperalismo yanqui! ¡Acabemos con los opresores de México ¡Adhiérase usted al Partido Comunista Mexicano!".

La muchedumbre se dispersó, maldiciendo por igual a yanquis y a comunistas. ¿Fueron aquellos volantes una maniobra de nuestras maquiavélicas autoridades? Sea como haya sido, huelga decir que aquellos volantes difícilmente volverían a tener el mismo efecto hoy en día.

Trate alguien de decir esto a un norteamericano, y verá cómo éste se rehusa a creerlo, contradiciendo hasta sus propias quejas de que "los mexicanos no lo quieren".

Pero en fin, pedir a un país que reconozca ante un extraño sus propios errores es pedir demasiado. Especialmente ante un mexicano, el ser más incomprensible del mundo para los norteamericanos que lo ven con los ojos de sus prejuicios. Prejuicios tan indestructibles que muchos yanquis residentes en nuestra capital desde hace 30 años siguen diciendo que la raíz de nuestros males sociales es la siesta. Treinta años no les han bastado para convencerse de que en la capital no dormimos siesta. ¿Es posible pedir que comprendan un hecho menos palpable?

Sin embargo, entre ellos mismos, algunos norteamericanos se dicen que "la gente no los quiere" porque son un país en decadencia.

Abundan los signos factibles de ser interpretados como señal de decadencia en EU: el gran tiraje que tienen las novelas de lesbianas y homosexuales... la fabulosa estupidez de su periodismo... la frecuencia con que niñas de 12 años matan a sus padres y a sus hermanos... el desenfreno sexual... el abundante uso de drogas y marihuana entre los estudiantes de secundaria...

Los norteamericanos gustan de comparar a su país con Roma. Algunos intelectuales, cuando la plática se desvía de los tópicos habituales como el béisbol, los viajes, los negocios y las fiestas, llegan frecuentemente a esta conclusión: "Somos una Roma decadente, madura para recibir la invasión de los bárbaros". Los bárbaros somos los latinoamericanos y los demás pueblos hambrientos de la Tierra. Aunque no lo reconozcan en voz alta, los norteamericanos nos tienen miedo.

El miedo es otra de las características de la actual sociedad norteamericana.

El miedo echó raíces en el ánimo norteamericano con la puesta en órbita del Sputnik I. La respuesta de los dirigentes norteamericanos a este estímulo fue equiparable en su decadencia al nombramiento de cónsul que recibió el caballo de Calígula: Sherman Adams, corrompido secretario de la presidencia de Eisenhower, declaró que el satélite representaba apenas "otro pase en el partido de *basketball* del espacio cósmico".

Un almirante de mucha influencia dijo que el Sputnik I era "una bola de fierro" que no debería preocupar al país.

El ex secretario de Defensa Charles Wilson había definido a la investigación científica pura como "lo que hace uno cuando no sabe lo que está haciendo".



La revista *Time* hizo un esfuerzo tan desafortunado para restar importancia a la hazaña soviética que un cómico la comentó: "Si, los rusos tienen su satélite, pero los remaches que le pusieron están muy mal alineados. Además, ¿cuánto gana un remachador ruso y cuánto gana un remachador nuestro?".

Desde luego, las intervenciones de este tipo no lograron aligerar completamente el miedo. En cambio, acrecentaron la vergüenza subconsciente que agobia hoy a los norteamericanos. ¿Qué bravucón que se ha pasado la vida jactándose de su poder no se siente avergonzado cuando la gente lo ve con un ojo de cotorra? Y las intervenciones de los dirigentes hicieron que la vergüenza fuera doble.

En los últimos tiempos, el norteamericano ha tenido múltiples ocasiones para sentirse avergonzado de sus dirigentes. La incapacidad para competir dignamente con los soviéticos en la carrera del espacio, la inferioridad militar ante el enemigo, la hasta hace poco inconcebible debilidad del dólar, el bochorno del U2, el monumental ridículo de la intervención en Cuba y, sobre todo, la indecisión oficial, han sido motivos más que suficientes para que los norteamericanos se sientan avergonzados de sí mismos.

En resumen: los norteamericanos presienten, aunque no lo reconozcan en voz alta, que su país está declinando. No reconocen que la declinación sea producto de sus propios errores, pero íntimamente se les ha desarrollado un sentimiento de vergüenza.

Cuesta trabajo creer, viendo la enormidad de recursos que todavía tienen los norteamericanos, que Estados Unidos esté en un periodo de decadencia suficientemente marcado como para hundirlo hasta la capa más baja de las sociedades humana—aunque, si en algún país llega a producirse una decadencia tan acelerada, ese país pueden serlo Estados Unidos. Pero no conviene hacer diagnósticos tan apresurados. En todo caso, la acción de la decadencia debe traer aparejada una reacción.

La vergüenza, dicen los teóricos, es un sentimiento revolucionario. En Estados Unidos, pues, existen gérmenes de revolución. Los grupos de izquierda tienen una influencia casi nula en Estados Unidos y el signo que los distingue es el oportunismo. Basta señalar que Arthur Schlesinger Jr., reputado como caudillo de la "extrema izquierda" norteamericana, fue el principal ideólogo y uno de los partidarios más entusiastas de la reciente aventura intervencionista de Cuba. Es difícil que individuos de esa clase puedan encabezar un movimiento revolucionario.

Queda la derecha, con fuertes raíces en la tradición histórica norteamericana y con recursos económicos casi inagotables para desarrollar sus actividades. A continuación se hablará de la derecha norteamericana.

II LA HORA DE McCarthy

La derecha norteamericana ocupó los primerísimos planos de la sociedad norteamericana con el ascenso de macartismo. Conviene recordar cómo fue todo aquello.

Joseph Raymond McCarthy era un oscuro senador republicano por Wisconsin. Se le apodaba "The Pepsi-Cola Kid" como resultado de un escándalillo político en el que se le probó a medias que la embotelladora le había proporcionado fondos para su campaña. El 9 de febrero de 1950 pronunció el discurso que lo lanzaría a la notoriedad mundial. Hablaba ante el Club de Mujeres Republicanas de Wheeling, poblacho del estado de West Virginia, y dijo:

Tengo en mis manos una lista de nombres de 205 individuos cuya militancia en el Partido Comunista es conocida por el secretario de Estado, y que sin embargo siguen trabajando y contribuyen a elaborar la política del Departamento de Estado.

Inicialmente los periódicos acogieron las palabras de McCarthy con la indiferencia habitual que se concede a los senardillos ansiosos de publicidad: aquí diez líneas, allá cinco, un cuarto de columna interior más allá, y en la mayoría de los periódicos ni una sola línea.

El senador persistió en su denuncia. Días más tarde habló en Salt Lake City y en Reno, Nevada, para afirmar que tenía los nombres de 57 comunistas infiltrados en el Departamento de Estado. Tampoco en esta ocasión le hicieron mucho caso los periódicos. Sin embargo, los legisladores demócratas se enfurecieron por el ataque a su correligionario Harry S. Truman, y retaron a McCarthy a que probara sus acusaciones o se callara la boca. McCarthy dijo que con mucho gusto los complacería, y para entonces la lista de infiltrados ya no constaba de 205 ni de 57 nombres, sino de 81. En una sesión del senado que tuvo lugar el 20 de febrero, McCarthy hizo una curiosa relación de 79 "comunistas infiltrados".

Y ni siquiera citó nombres para la mayoría de los "casos". Cuando lo hizo cometió errores de ópera bufa. Uno de los "infiltrados" resultó ser un empleado al que casualmente acababan de despedir porque su fanatismo anticomunista podría ser hasta perjudicial para el gobierno norteamericano. Otro ni siquiera tenía ideas políticas, pero se le sospechaban inclinaciones homosexuales y, dijo McCarthy, un hombre así resulta demasiado vulnerable al chantaje de los espías comunistas. De otro "infiltrado", dijo el senador, "en su archivo personal no hay documentos para probar que no es comunista".

En aquella memorable sesión McCarthy no pudo probar la culpabilidad comunista de ninguno de sus acusados. Durante los cinco años siguientes, en los cuales denunció a millares de individuos, McCarthy jamás demostró la culpabilidad comunista de uno solo de sus acusados. Un autor de tragicomedias vacilaría antes de escribir algo tan grotesco como fue la realidad macartiana.

Algunos comentaristas reprocharon a McCarthy su falta de seriedad. Éste se defendió siempre diciendo que los traidores sustraían de los archivos todo documento comprometedor, que Estados Unidos eran víctima de una conspiración encabezada por el propio presidente Truman, etc., etc.

McCarthy comenzó a hacerse de fama. Trágicamente, la gente le creía. Ocurría que los norteamericanos comenzaban a perder la confianza ilimitada en sí mismos que antes los caracterizó. Sabían que Rusia poseía el secreto de la atómica y tenían miedo de que el arma de Hiroshima y Nagasaki fuera su Frankenstein.

Las conciencias turbias son las primeras en asustarse, y muy pronto los petroleros de Texas, encabezados por el asiduo turista de Cozumel, Clint Murchison, vieron en McCarthy al cruzado que les hacía falta para defender su causa. La hasta entonces frágil notoriedad de McCarthy se hubiera desvanecido a no ser por los grandes recursos económicos que Murchison y socios pusieron a disposición de McCarthy.

También se acercaban ya las elecciones presidenciales. Dwight D. Eisenhower no tuvo escrúpulos en valerse de McCarthy como orador, para conseguirle votos con sus discursos en que calificaba de "traidor" al presidente Truman. Lejos estuvo el general de imaginarse que, con el tiempo, McCarthy se convertiría en un peligro para el mismo presidente de EU.

Las elecciones de 1952 colocaron a McCarthy a la cabeza del infamante Comité Investigador de Actividades Antinorteamericanas. Comenzó por acusar de traidor al general George C. Marshall (el del plan), y aplicó el mismo calificativo a intelectuales como Archibald McLeish y Bernard DeVoto. La cacería de brujas cayó entonces sobre los periodistas del liberal *The New York Times*; aun la conservadora revista *Time* fue censurada por el inquisidor. Más tarde llegó su turno a los educadores, encabezados por el rector de la Universidad de Harvard, el doctor Nathan Pusey, que fue calificado de "antianticomunista rabioso".

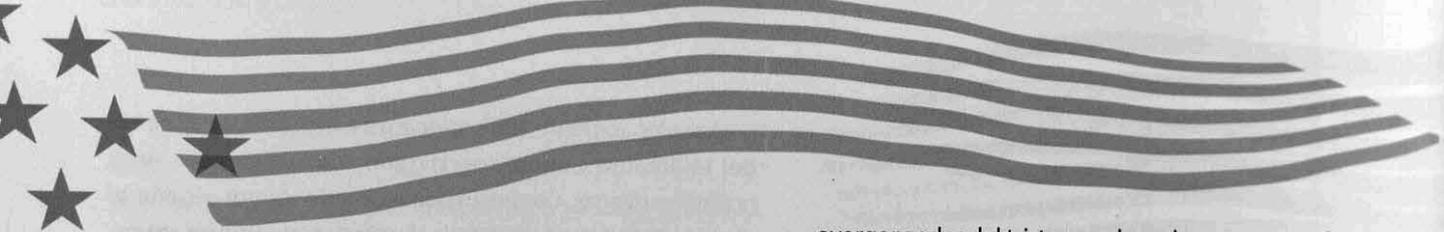
Eisenhower mismo fue atacado después, y el presidente no tuvo valor para pronunciarse contra el demagogo. McCarthy era el omnipotente monopolizador de la Verdad. En su osadía rugió que muchos clérigos protestantes eran agentes del comunismo internacional. McCarthy pudo haber seguido adelante con su campaña si no hubiera cometido el error fatal de lanzarse contra las fuerzas armadas, institución que, junto con la formada por los magnates de las finanzas, constituye el sector intocable de la sociedad norteamericana.

El Comité Investigador de Actividades Antinorteamericanas estaba integrado por una colección de delatores profesionales, anticomunistas chiflados y algunos burócratas mediocres. Los principales *executives* eran dos jovencitos de astucia satánica llamados Roy M. Cohn y G. David Schine, que pronto se hicieron famosos por sus actitudes y su apariencia de homosexuales; varios reporteros europeos juran haber visto a Schine persiguiendo a Cohn, en el corredor de su hotel en Roma, tratando de picarlo con un rollo de revistas. Se murmuraba hasta del mismo McCarthy, pero las murmuraciones cesaron cuando, en 1953, contrajo primeras nupcias con *Miss Jean F. Kerr*, su fea secretaria.

McCarthy tenía noticias de que un dentista militar de pasado rojillo, Irving Peress, había sido ascendido al grado de mayor, a pesar de sus antecedentes. Los militares sospecharon que se preparaba una investigación en contra de ellos. Súbitamente, G. David Schine fue llamado a prestar servicio militar, como recluta, en Fort Dix, Nueva Jersey.

Solitario, Cohn cayó presa de la histeria. Movié influencias para que al menos le dieran grado de oficial a su amigo, o para que lo trasladaran a una guarnición donde ambos pudieran verse con mayor frecuencia. Más tarde amenazó a varios oficiales con "hundir al ejército" si no daban un trato más suave a Schine.

Todo fue inútil. Las fuerzas armadas ya estaban decididas a luchar por sus fueros, e inclusive hicieron que se



"filtrara" a los periodistas un informe en el que se acusaba a Schine de haber tratado de sobornar a un oficial para conseguir una licencia, así como de exhibir entre los reclutas "actitudes impropias de un soldado".

Soberbio escándalo periodístico, y la televisión estuvo transmitiendo durante varios días el pleito "McCarthy vs. Fuerzas Armadas". El escenario fue una sala del senado norteamericano. La función terminó como terminaron todas las de McCarthy: no se probó ninguna infiltración comunista. McCarthy perdió la cabeza en varias ocasiones, y así se exhibió a sí mismo, ante toda la nación, como un desequilibrado.

Pero, si el adversario no hubiera sido el ejército, seguramente que todo esto no hubiera bastado para acabar con McCarthy. Pero sí fue el ejército. De pronto, Eisenhower hizo declaraciones en contra del demagogo. Los senadores, que durante cinco años toleraron cobardemente a su colega, de pronto resolvieron iniciarle una investigación, y al final declararon que la actitud de McCarthy resultaba "poco digna de un miembro del senado de Estados Unidos de América".

El medio centenar de reporteros y fotógrafos que durante años siguieron todos los pasos del inquisidor volvió de pronto a la tranquilidad de las redacciones. McCarthy quedó solo. Semanas después ya había dejado de ser noticia.

El 2 de mayo de 1957, el hombre que enlodó a millares de ciudadanos murió impune y tranquilamente, víctima de una enfermedad del hígado.

III LOS "NUEVOS CONSERVADORES"

Es asombrosa la forma como los norteamericanos tienen ahora miedo hasta de sí mismos. Hace algunos años se realizó una encuesta de opinión entre varios millares de universitarios. Se les presentó una lista de ideas y frases sobre la libertad, tomadas textualmente de la declaración norteamericana de independencia, pero sin revelarles la fuente. La mayoría de los entrevistados opinaron que gran parte de aquellas frases y aquellas ideas tenían carácter subversivo.

Miles y miles de universitarios norteamericanos son hoy día miembros de un sinnúmero de agrupaciones reaccionarias que han surgido en los últimos tiempos por todo el país. "Nos estamos yendo al abismo", es una frase que aparece en todos los discursos. Estos jóvenes están

avergonzados del triste papel que ha representado su patria en los últimos años. Quieren pelear. Son revolucionarios de derecha.

Entre los adultos derechistas hay también indignación. Los más combativos se agrupan en los Consejos de Ciudadanos Blancos, nueva versión del Ku Klux Klan; en la asociación "Hijas de la Revolución Americana", en la legión americana y otras asociaciones por el estilo. Se habla de la inoperancia del sistema parlamentario. Hay grupitos que piden abiertamente un dictador, e inclusive uno de ellos tiene como inspiración a Fidel Castro —junto con Hitler y Nasser. Ha surgido hasta un grupo negro, llamado de "los musulmanes", que predica la supremacía racial negra y presenta al negro como nuevo *Herrenvolk*.

Estas fuerzas vienen operando en forma un tanto errática. Pero ya se observan signos de unificación.

Los principales cabecillas de la derecha son el senador republicano de Arizona, Barry Goldwater, Robert Welch, jefe de la siniestra "Sociedad John Birch", y William E. Buckley, de 32 años, hijo de un millonario petrolero y director de la revista *National Review*.

Goldwater es un *cowboy* que se esfuerza por vestirse y actuar como respetable socio conservador de un aristocrático club londinense. Con sus ademanes apacibles logra dar el efecto de gran serenidad. Emplea frases suaves para ensalzar las tradiciones que, según él, constituyen la esencia del "americanismo": la segregación racial, la hostilización a los sindicatos, el empleo de *marines* para defender los intereses comerciales de EU en el extranjero. Y se las ingenia para mezclar sus monstruosidades con exhortaciones a la virtud, al ahorro, a la religión, a la caridad, etc.

Un reportero dibujó la filosofía de Goldwater en la siguiente forma: "Es uno de esos caballeros que saben mostrarse generosos dando cinco centavos de propina al bolerito que acaba de lustrarles el calzado, pero que, si no les da las gracias muy respetuosamente, son capaces de tirarle los dientes de una patada para enseñarle buenos modales".

Goldwater se perfila como seguro candidato del "nuevo conservadurismo" en las elecciones presidenciales de 1964.

Robert Welch, el sexagenario caudillo de la "Sociedad John Birch", es un viejo chiflado que, después de amasar una gran fortuna en el comercio y la fabricación de dulces, en Boston, se puso a escribir libros anticomunistas. En uno

de ellos afirma que el ex presidente Eisenhower fue "instrumento consciente de la conspiración comunista".

La sociedad posee grupos de choque para intimidar a quien se le oponga. Un dirigente afirma que tiene organizadas secciones en 34 de los 50 estados norteamericanos, y que el número de miembros, una vez terminada la actual campaña de reclutamiento, ascenderá a ... 100 mil. El senador Kenneth B. Keating, de Nueva York, dice que los "bircheros" tienen un ingreso potencial de 18 millones de dólares anuales. Algunos de los miembros conocidos —la mayoría son secretos— de la Sociedad John Birch son el general texano Edwin A. Walker, comandante de la 24 división de infantería, con asiento en Alemania; el general de origen hispano Pedro del Valle, el general Bonner Feller y Clarence Manion, ex decano de la Universidad de Notre-Dame.

John Birch, que dio su nombre a la sociedad, fue un hijo de misioneros protestantes que nació en la India y de pequeño se trasladó al estado de Georgia, donde nacieron sus padres. Tuvo fama de fanático hasta en la universidad bautista de Mercer, donde estudió con dedicación puritana y organizó un grupo estudiantil que armó escándalos por la desviación teológica de un profesor que exponía la teoría de la evolución.

Birch marchó después a China, como misionero, y durante la pasada guerra combinó sus actividades religiosas con el espionaje. Se distinguió por su bravura y por haber rendido valiosos informes a su patria. Dirigió la construcción de aeropuertos clandestinos en pleno territorio enemigo. Tras la derrota japonesa permaneció en China, vigilando los avances comunistas. En el curso de una misión de espionaje fue aprehendido por una patrulla comunista, cuando todavía gobernaba Chiang Kai Shek. Birch increpó violentamente al oficial chino que tuvo la osadía de interceptarlo, y los comunistas lo mataron a bayonetazos. Por su celo personal, Birch se ha convertido en símbolo de los derechistas.

Los métodos fascistas de la Sociedad John Birch, como los grupos de choque, la hacen presa legal para una investigación del Comité de Actividades Antinorteamericanas. Hace poco se habló de hacer esta investigación. Pero el senador Goldwater declaró que no se llevaría a cabo "porque un número sorprendente de legisladores son miembros secretos de la Sociedad John Birch". Desde luego, añadió Goldwater, los "bircheros" forman "un grupo verdaderamente impresionante... Son la clase de gente que necesitamos en nuestro ambiente político". Huelga decir que Goldwater es el candidato de los bircheros a las

elecciones presidenciales de 1964, ya sea que lo postule el Partido Republicano o algún partido nuevo.

William F. Buckley, el millonario "joven intelectual anticomunista" más famoso de Estados Unidos, es la tercera *vedette* de la derecha norteamericana actual. En *National Review*, la revista que dirige, colaboran el perfumado Whitaker Chambers, decano de los comunistas arrepentidos; J. B. Matthews, también ex comunista y soplón profesional número uno; varios intelectuales de medio pelo, como Max Eastman, y una lista de ex agentes del FBI como Daniel Smoot. A pesar de todo esto, *National Review* es la revista reaccionaria más inteligente de EU, bastante inteligente, la verdad, para ser revista reaccionaria.

National Review opina que, si bien semianalfabeto, Joe McCarthy fue un héroe incomprendido. Para dicha revista el primer móvil de la historia son las conspiraciones. Sólo la fuerza bruta es capaz de detener la conspiración comunista.

Buckley se distingue de Goldwater y de Welch en que parece estar dispuesto a empeñar personalmente el rifle, mientras que los otros dos apenas accederían a dar dinero para que otros combatieran por ellos. Buckley es el héroe de los universitarios derechistas, entre los cuales hay también muchos dispuestos a combatir personalmente. ¿Llegarán a convertirse en el núcleo de unas nuevas SSA? En tal caso Buckley, con su tipo y sus vestidos de publicista de éxito y con su mirada en la que hay un dejo del cinismo propio de un cantinero de hotel elegante, sería su jefe más indicado.

Pero en fin, el futuro del "nuevo conservadurismo" se ve en puras incógnitas. La fuerza de los nuevos grupo fascistoides puede apreciarse por el hecho de que John F. Kennedy se creyó obligado a dar explicaciones personales a Barry Goldwater por su fracaso intervencionista de Cuba; los otros personajes que recibieron explicaciones personales fueron Eisenhower, Nixon y Truman, nada más.

Hay un fuerte descontento por la actual organización política norteamericana. El que Kennedy haya solicitado a los periodistas que se autocensuren revela la profundidad de la revisión que están sufriendo los viejos principios norteamericanos.

Hitler y Mussolini empezaron con mucho menos que Goldwater, Welch y Buckley. Inversamente algunos empezaron con mucho más, y no llegaron a ninguna parte. Pero en México, por la trascendencia que puede tener, no podemos darnos el lujo de desentendernos de el "nuevo conservadurismo" norteamericano. 🌟

CARTAS

CRUZADAS HO CHI-MINH LYNDON B. JOHNSON*

A su excelencia Ho Chi-Minh
Presidente
República Democrática de Vietnam

Estimado señor presidente:

Yo os escribo con la esperanza de que se pueda poner fin al conflicto en Vietnam. Este conflicto ha causado considerables daños en vidas perdidas, en heridos, en bienes destruidos y en dolor del ser humano. Si nosotros no pudiéramos hallar una solución justa y pacífica, la historia nos juzgará severamente.

Por tanto yo creo que nosotros tenemos la obligación de buscar seriamente una vía que conduzca a la paz. Es por responder a esta obligación que yo os escribo directamente. En el curso de los últimos años pasados, nosotros hemos probado, por varios medios y vías, de transmitir, así como a vuestros colegas, nuestro deseo de llegar a un arreglo pacífico. Por una u otra razón estos esfuerzos nuestros no han producido ningún resultado. Puede ser que nuestros pensamientos y los vuestros, nuestras actitudes y las vuestras, hayan sido deformados o mal interpretados al comunicarlos por vías diferentes. Es evidente el riesgo de las comunicaciones indirectas.

Hay un buen método para superar este problema y avanzar en la búsqueda de un arreglo pacífico. Se trata de arreglar las conversaciones directas

* A principios de 1967, el embajador de Estados Unidos en la URSS entregó al de la República Democrática de Vietnam una carta de Johnson dirigida a Ho Chi-Minh. Días después, el embajador de la URV entregaba al estadounidense la respuesta del gobernante de Vietnam. El departamento editorial de lenguas Extranjeras de Hanoi publicó las dos cartas, que *Universidad de México* recuperó en su edición correspondiente a noviembre de 1967, vol. XXII, núm. 3



entre nuestros representantes de confianza en un ambiente seguro y privado. Tales conversaciones no se deben utilizar con fines de propaganda, al ser consideradas como un esfuerzo serio para hallar una solución eficaz y mutuamente aceptable.

En el curso de las dos últimas semanas he notado las declaraciones públicas de los representantes de vuestro gobierno, en las que se sugiere que vosotros estaríais dispuestos a entablar conversaciones bilaterales directas con los representantes del gobierno estadounidense con tal que nosotros cesemos "incondicionalmente", y de manera permanente, nuestros bombardeos, así como todos los actos militares contra vuestro país. En estos últimos días, grupos serios y responsables nos han asegurado indirectamente que es, de hecho, vuestra proposición. Quisiera declarar francamente que he visto dos grandes dificultades en esta proposición. Primero, debido a vuestra proposición pública, tal acción, de nuestra parte, dará inevitablemente lugar, en el mundo entero, a rumores de que las discusiones están en curso y dañará el carácter privado y secreto de estas discusiones. Segundo, hará inevitable, para nosotros, una grave inquietud sobre la posibilidad de que vuestro gobierno aproveche tal situación nuestra para mejorar vuestra posición militar.

Teniendo en cuenta estas cuestiones, estoy dispuesto a avanzar hacia el cese de las hostilidades, más lejos de lo que vuestro gobierno no ha propuesto aún, sea por declaraciones públicas sea por vías diplomáticas privadas. Estaré dispuesto a dar orden para poner fin a los bombardeos sobre vuestro país y practicar el cese de los aumentos de las fuerzas estadounidenses en el sur de Vietnam tan pronto como yo tenga la seguridad de que la infiltración al sur de Vietnam, por tierra o por mar, hubiera cesado. Estos actos de moderación de las dos partes nos permitirán, creo yo, entablar discusiones serias y privadas que encaminarán a una paz próxima.

Yo os presento esta proposición con un significado agudo de la urgencia que surge ante las venideras fiestas del Año Nuevo en Vietnam. Si pudiérais aceptar esta proposición, yo no veo las razones que le impedirían tener efecto después de las fiestas del Año Nuevo, o sea el *Tet*. La proposición que he hecho sería considerablemente reforzada si vuestras

autoridades militares y las del gobierno de Vietnam del Sur pudieran negociar prontamente una extensión de la tregua del *Tet*.

En cuanto al lugar de las discusiones bilaterales que yo propongo, hay muchas posibilidades de que podremos, por ejemplo, enviar a nuestros representantes a encontrarse en Moscú. Pudieran encontrarse en algunos otros países como Birmania. Pudiérais tener en cuenta otros arreglos o medios, y yo me esforzaría por responder a vuestras sugerencias.

Lo que es importante es poner coto al conflicto que constituye una carga para nuestros dos pueblos y, sobre todo, para el pueblo de Vietnam del Sur. Si tuviérais algunas ideas sobre las acciones que yo propongo, sería más importante que yo las recibiera lo más pronto posible.

Sinceramente,
Lyndon B. Johnson

A su excelencia, señor Lyndon B. Johnson
Presidente
Estados Unidos de América

Su excelencia:

El 10 de febrero de 1967 recibí su mensaje. Ésta es mi respuesta.

Vietnam se encuentra a miles de millas de distancia de Estados Unidos. El pueblo vietnamita jamás ha hecho daño alguno a Estados Unidos. Pero contrariamente a las promesas formuladas por su representante en la Conferencia de Ginebra de 1954, el gobierno de Estados Unidos ha intervenido incesantemente en Vietnam, ha desencadenado e intensificado la guerra de agresión en Vietnam del Sur con vistas a prolongar la partición de Vietnam y convertir Vietnam del Sur en una neocolonia y base militar de Estados Unidos. Desde hace más de dos años, el gobierno de Estados Unidos ha extendido la guerra a la República Democrática de Vietnam, un país independiente y soberano.

El gobierno de Estados Unidos ha cometido crímenes de guerra, crímenes contra la paz y contra la humanidad. En Vietnam del Sur, medio millón de tropas estadounidenses y satélites han recurrido a las armas más inhumanas y los más bárbaros métodos de guerra, tales como el *napalm*, productos químicos tóxicos y gas para masacrar a nuestros compa-



triotas, destruir cosechas y arrasar aldeas. En Vietnam del Norte, miles de aviones estadounidenses han lanzado cientos de miles de toneladas de bombas, destruyendo ciudades, fábricas, carreteras, puentes, diques, represas e incluso iglesias, pagodas, hospitales, escuelas. En su mensaje, usted, aparentemente, deplora los sufrimientos y destrucción en Vietnam. Si me permite preguntarle: ¿quién ha perpetrado estos crímenes monstruosos? Han sido las tropas estadounidenses y satélites. El gobierno de Estados Unidos es totalmente responsable de la extremadamente seria situación en Vietnam.

La guerra de agresión de Estados Unidos contra el pueblo vietnamita constituye un reto a los países del campo socialista, una amenaza al movimiento por la independencia nacional y un serio peligro a la paz en Asia y el mundo.

El pueblo vietnamita ama profundamente la independencia, la libertad y la paz. Pero frente a la agresión estadounidense se ha elevado, unido como un solo hombre, sin temor a los sacrificios y calamidades, y está decidido a proseguir su resistencia hasta obtener la verdadera independencia y libertad y la paz verdadera. Nuestra justa causa goza de fuertes simpatías y el apoyo de los pueblos del mundo entero, incluyendo amplios sectores del pueblo estadounidense.

El gobierno de Estados Unidos ha desencadenado la guerra de agresión en Vietnam y debe cesar esta agresión. Ésa es la única vía para el restableci-

miento de la paz. El gobierno de Estados Unidos debe definitiva e incondicionalmente cesar sus bombardeos aéreos y otros actos de guerra contra la República Democrática de Vietnam, retirar todas sus tropas y sus satélites de Vietnam del Sur, reconocer al Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur y dejar al pueblo vietnamita resolver sus asuntos por sí mismo.

Tal es el concepto básico de la posición de cuatro puntos del gobierno de la República Democrática de Vietnam, que comprende los principios esenciales y mandatos de los Acuerdos de Ginebra de 1954 sobre Vietnam. Ésta es la base de una solución política correcta del problema vietnamita.

En su mensaje, usted sugiere conversaciones directas entre la República Democrática de Vietnam y Estados Unidos. Si el gobierno de Estados Unidos desea de veras estas conversaciones, debe ante todo suspender incondicionalmente sus bombardeos aéreos y todos los otros actos de guerra contra la República Democrática de Vietnam. Sólo después del cese incondicional de los bombardeos aéreos estadounidense y todos los otros actos de guerra contra la República Democrática de Vietnam, podrán la República Democrática de Vietnam y Estados Unidos iniciar conversaciones y discutir asuntos que conciernen a ambas partes.

El pueblo vietnamita jamás se rendirá ante la fuerza, y nunca aceptará conversaciones bajo la amenaza de las bombas.

Nuestra causa es absolutamente justa. Esperamos que el gobierno de Estados Unidos actúe de acuerdo con la razón.

Sinceramente,

Ho Chi-Minh 🌿

LOS INTELECTUALES ESTADUNIDENSES CONTRA LA INVASIÓN*

Hace unos cuantos meses ridiculizaron al primer ministro Fidel Castro por insistir en que Cuba estaba en inminente peligro de sufrir una invasión militar. Cuba fue invadida esta semana. La isla, con sus seis y medio millones de habitantes, se convirtió en el escenario de una sangrienta lucha.

Nuestros portavoces gubernamentales negaron oficialmente cualquier participación en la invasión. Informaron que las tropas estadounidenses no habían intervenido, y que los invasores no habían partido directamente del territorio estadounidense. Extraoficialmente se ha pregonado que las fuerzas invasoras recibieron asilo en Estados Unidos y en otros lugares, y que fueron entrenadas, pagadas, armadas y alentadas por agentes de nuestro gobierno. Si ello no es cierto, nuestra prensa autorizada es sólo una organización dedicada a inventar mentiras.

Los estadounidenses condenaron con toda justicia a la Unión Soviética por su agresiva intervención en los asuntos de Hungría. ¿Cómo podremos perdonar la participación de Estados Unidos (que violó sus propios tratados y sus leyes) en un deliberado movimiento de subversión contra el gobierno de Cuba?

Estados Unidos ha acusado al gobierno de Castro de haber convertido a Cuba en una avanzada del comunismo en el Caribe. Pero ¿quién puede saber hasta qué grado la hostilidad económica y las represalias políticas, por parte de Estados Unidos, han inducido al gobierno de Castro a llamar a los comunistas en su ayuda?

A pesar de lo que usted pueda ahora pensar sobre Fidel Castro y su régimen, ¿no se siente usted tan avergonzado como nosotros de que nuestro gobierno haya empleado tal política y continúe empleándola?

Nosotros no podemos perdonarlo. Tal política ya ha ocasionado la muerte de cubanos de ambos partidos y nos está desprestigiando en todo el mundo. Está causando disgustos en Hispanoamérica, y nos ocasionará vergüenza a todos nosotros en el porvenir. Podría conducir a una desesperada y cruel guerra civil que podría aun iniciar la Tercera Guerra Mundial.

Le suplicamos a nuestro gobierno que cambie inmediatamente de política. Le rogamos que abandone una política que es poco política e inmoral, a pesar de cualquier aspecto legal que quiera dársele. Pedimos que los dirigentes de nuestro gobierno hagan cumplir estrictamente nuestras leyes (las que ellos han jurado defender) sobre la organización de subversiones, y que busquen y traten de poner remedio a la situación por mediaciones y reconciliaciones.

Para que los hombres sobrevivan y prosperen, de alguna manera debe romperse el círculo vicioso de la violencia que engendra violencia. Para romper el círculo no hay mejor sitio ni mejor oportunidad que ahora en Cuba.

Los invitamos a unirse a esta súplica.

The Fellowship of Reconciliation

Nyack, Nueva York

Theodore Brameld, Henry J. Cadbury, William C. Davidon, Paul Deats, Kermit Eby, Harrop Freeman, Erich Fromm, Maxwell Geismar, Robert Gilmore, Kyle Haselden, Alfred Hassler, Robert Heilbroner, H. Stuart Hughes, Charles R. Lawrence, Sidney Leus, Robert Lyon, Lenore Marshall, Stewart Meacham, C. Wright Mills, Herman J. Muller, A. J. Muste, Victor Obenhaus, Clarence Pickett, Darrell Randall, John Nevin Sayre, Howard Schomer, Dallas Smythe, I. F. Stone, Norman Thomas, Sidney Unger, Amos Vogel, George H. Watson, Kale Williams, Howard Yoder. ●

* *Universidad de México*, mayo de 1961, vol. XV, núm. 9

Lamento por Chile

Jaime Valdivieso*

Yo había dejado ya
de escribir versos
cuando el nombre de Chile
manchó de rojo el papel
y el aire de la tierra.

Algo había ocurrido:
un hilo de sangre salía del
corazón de un presidente asesinado:
la justicia se negaba a morir
muriendo acribillada.

Días más tarde, un poeta enfermo
moría de tristeza mientras
las nuevas hordas entraban
en su casa por los cuatro costados
y se orinaban en el sol
y en la tarde de Santiago.

Las cuatro ramas hablaron
por una sola boca:
era el fruto maduro
del árbol de cuatro ramas,
cuatro uniformes nos comunicaban:
"Vuestra patria ha muerto,
guardad los diccionarios
sólo unas cuantas palabras
basta para entendernos:
fusil, bala, cárcel, tortura, muerte, silencio:
nada más necesitamos
sobran la inteligencia y la poesía".

Entonces empecé a recordar,
surgió un punto en centro de Chile,
una familia burguesa
con tierras para veranear,

una infancia paternalista y religiosa
con director espiritual
para el consumo del espíritu y
sirvientas para el consumo de la carne.

Éramos la elit compasiva
que traía consuelo a los
pobres de espíritu y de mente
destinados al ocio y al agua ardiente,
y sólo redimibles
con sangre mezclada
de suizos y alemanes.

Ésa fue nuestra infancia,
ideología sacrosanta y eterna
angustia y soledad del alma
mundo dual, inmovible
más allá de la historia:
materia y espíritu,
igualdad sólo después de la muerte allí
todos seremos iguales
"allí los ríos caudales
allí los otros medianos
y más chicos".

Todo duró y perduró
hasta que se iluminaron las palabras,
se rompió el silencio, creció el diálogo,
y todo se trasladó, de pronto,
del cielo a la tierra:
nada fue inmutable.
¿Por qué el hambre?...
¿Por qué las injusticias?...
El orden de arriba
era un desorden aquí abajo

* Ensayista, novelista y poeta chileno. *Universidad de México* diciembre-enero de 1973-1974, vol. XXVIII, núm. 4 y 5

Díaspóra 60

y la aventura humana
tomó razón: la historia
de la humanidad era la
historia de la inhumanidad
la lucha de David famélico
contra Goliat armado
de eructos y de cuchillos.

Por fin "El Gobierno Popular".
Por primera vez las palabras
salieron en busca de sus nombres
y regresaron a la palabra
con sus auténticos nombres:
el cobre tomó las formas
de las manos de Chile
y la tierra se hizo pala
en las manos de los campesinos.

Todo esto mientras en el Norte
había un dedo dirigido a la
frente de un largo y delgado
territorio
unas manos que ceñían su estómago,
unos ojos que buscaban fijar
la planta de los pies:
"ni un paso más en esa dirección".

Pero llegó el día en que
la realidad devoró a la ilusión
"la costumbre en Chile
es que los militares no
intervienen en la política".
El perfume letal
de la rosa idealista
adormeció el alma
del materialismo histórico,
y una mañana aparecieron
los cuatro generales
cada uno con un filo distinto
dirigido al exacto costado
"a lo más genital"
de la Dulce Patria.
Los asaltantes escupían



sus propios rostros
y quebraban las puertas y
los muros del "asilo contra la opresión".

Vuestro crimen no tiene nombre
y poco importa cómo lo llaméis,
pero el tiempo os irá empujando
al más oscuro rincón de la historia:
habéis asesinado la idea misma
que os engendró,
la misma que les permitía
compartir un vaso de vino con el
sacerdote, el comunista y el poeta.

Pero hicieron bien en recordarnos
que el hombre no es sólo claridad,
sino también "noche oscura del alma",
alma que se endurece
como los músculos y los huesos,
para no escuchar la voz de los
muertos, de la hermana, de la novia,
de la madre de los jóvenes encarcelados.
"Nunca podrás imaginarte
lo que son los gritos
de un hombre torturado"
me decía Mario Monteforte.
Quedaba demostrado, una vez más,
(ahora le tocaba a Chile)
que no hay excepción,
que basta un pequeño descuido
para que saltemos hacia atrás,
hacia nuestra propia selva
cercados por nuestra propia piel.

¿Es que la vida es un eterno retorno?...
¿Es que el espíritu debe
girar siempre sobre sí mismo?...

No quiero ser pesimista
pero el rostro de los verdugos de Santiago
es el mismo de Caín,
del soldado que mutiló a Cristo,
del oficial de la ss

que limpiaba con odio
sus botas recién lustradas
con sangre de judíos.

"Hay que poner orden,
salvar la patria,
extirpar el marxismo.
Hasta nueva orden,
la vida del espíritu
quedará reducida
a estímulo y respuesta.
Todas nuestras ideas
serán nacionales.
Ni Marx ni Cristo,
crearemos nuestro propio Dios
con uniforme militar."

Mientras tanto, podréis seguir
asesinando impunemente,
el grito de los desesperados
es vuestro mejor alimento.
Contaréis además con el
respaldo de *El Mercurio*,
diario nacionalista y patriota
que nos aconseja siempre
el "american way of life".

No quiero ser pesimista,
pero ha llegado el día
en que el sentido de cada palabra es
precisamente su contrario:
el día es la noche
y la noche día,
criminal el que enseña a leer
y esclavista el que entrega la tierra.

El verbo crea la realidad o la hunde,
porque "se le ha entregado al hombre
el más peligroso de los bienes, el lenguaje...
para que muestre lo que es"
nos dice Holderling.
Todo los días aparecen
muestras de vuestras "salvaciones"

se ha condenado a muerte
a Luis Corvalán Lepe
por ladrón, insurrecto y traidor,
por haber dedicado su vida
a repartir el pan.
Por el crimen horrendo
de incitar al pueblo
a vivir mejor.

Tendré que inventar el odio, pienso
para no morirme de tristeza,
yo no sabía aún que la
patria podía ocupar el
hueco del corazón y del alma
hasta los huesos.

De la noche a la mañana
un país de poetas,
de peces que saltan en el mar azul
y beben vino con todos los hombres
destruye dando gritos
sin mirar a las estrellas
la más valiosa y misteriosa
colección de arte
del mayor poeta de América,
y presencia por las calles la danza
de los simios quemando libros,
mientras tres ex presidentes
abrazan a cuatro generales
y no se mueren de vergüenza.

"Dulce Patria, recibe los votos",
de la nueva palabra,
de todos los delincuentes
que creemos en la justicia,
de todos los criminales
que creemos en el derecho
de todos los hombres,
de todos los mentirosos que
pensamos que América latina
es la tierra de unos pocos
que tienen mucho y de muchos
que no tienen nada.

AMÉRICA LATINA

Ignacio Sosa*

El próximo 11 de septiembre se conmemorarán 30 años del trágico desenlace de la vía chilena, pacífica, al socialismo. Esa fecha simbólica representa para muchos el momento final de un ciclo de la historia latinoamericana, en la que Cuba, Bolivia, Perú y Chile buscaron afanosamente romper con la estructura del atraso y la pobreza. La aspiración de alcanzar en una generación las metas del desarrollo económico y la justicia social fue el impulso común que motivó a los movimientos políticos, definidos en aquellos momentos como revolucionarios. Hoy se advierte como necesario revisar cómo fueron vistos y valorados, en su momento, esos proyectos de cambio radical. Los textos que a continuación se presentan son un fiel testimonio del interés que despertaron en nuestro medio académico.

El ciclo de transformaciones radicales iniciado con el Movimiento Nacional Revolucionario boliviano en 1952, continuado por el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala, seguido del triunfo de Fidel Castro en 1959, terminó abruptamente en 1973.

El optimismo con que se observó la llegada de Castro a La Habana se percibe en el texto de Jaime García Terrés, que nos muestra en su reportaje, a manera de diario, las reacciones tanto del pueblo cubano, de sus intelectuales, como de muchos latinoamericanos. La ola de viajeros que desembarcó en la capital cubana permite constatar las expectativas que se tenían en el campo internacional por los anunciados cambios políticos y económicos. Para observadores y analistas estaba claro que el fin de la dictadura de Fulgencio Batista marcaba, de manera simultánea, la hora postrera para los tiranos del Caribe y la aurora de los sueños de justicia y desarrollo.

La historia cubana, al igual que la de los países agrarios del Tercer Mundo, contiene numerosos capítulos cuyos temas principales son el atraso y la pobreza. Los fenómenos de la marginación y el monocultivo son, en esa historia, una constante. Por eso se despertaron las esperanzas de poner punto final al círculo vicioso compuesto por los gobiernos promotores de una corrupción institucionalizada y por sus defensores internacionales. La extrema juventud de los revolucionarios cubanos, su contagioso entusiasmo, su confianza en la voluntad como motor de la historia y, por último, su falta de ligas partidistas e ideológicas, despertaron una admiración generalizada hacia sus dirigentes y su proyecto político. ¿Cómo olvidar la simpatía de Sartre por esos revolucionarios? En su libro *Huracán sobre el azúcar* se observa la admiración que sentía por aquellos jóvenes que, en su entusiasmo por cambiar lo que no funcionaba en la isla, hasta de comer se olvidaban.

Rasgo común de las revoluciones fue su afán de acelerar el tiempo. Tenían prisa por alejarse del atraso y de llegar, lo más rápido posible, a la industrialización. Sin embargo, fuerzas poderosas se oponían a ese propósito; una de ellas, en opinión de los revolucionarios, estaba representada por Estados Unidos.

También los intelectuales así lo percibían y señalaban que, una vez desatadas las fuerzas sociales, la revolución no descansaría hasta lograr sus objetivos. La historia reciente de Cuba muestra las dificultades que la sociedad cubana ha tenido para cumplir esos propósitos, pero también da cuenta de la incapacidad del gobierno estadounidense para dar fin a la experiencia que se inició con aspiraciones nacionalistas y que fue obligada a elegir el camino del socialismo.

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Ninguno de los observadores de los pasos iniciales del castrismo expresa dudas respecto a la filiación nacionalista de su credo. Las tesis de la traición marxista al ideario revolucionario se sostendrían posteriormente, aprovechando la retórica de la Guerra Fría, aplicada al caso cubano, cuando los dirigentes del movimiento 26 de Julio mostraron ser incombustibles a las presiones del Departamento de Estado.

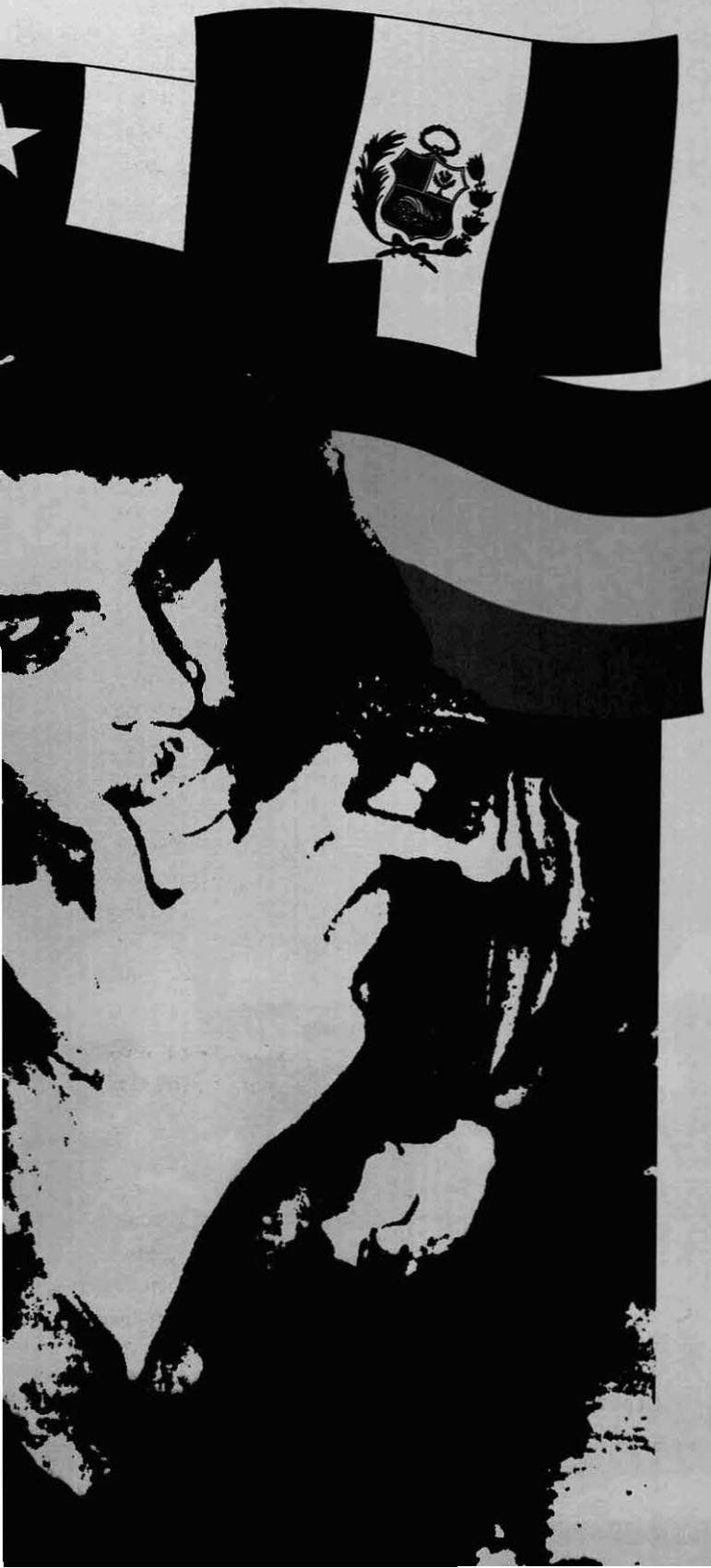
El notable intelectual y político guatemalteco Mario Monteforte Toledo, muchos años vecindado entre nosotros, ofrece en su análisis un panorama de tres modelos de revolución ocurridos en América del Sur. El optimismo con que describe las experiencias de Bolivia, Chile y Perú muestra cómo se veía, desde el altiplano mexicano, el proceso político a finales de los setenta. En ese momento, para un considerable número de científicos sociales, el derrotero de la liberación política y económica debía transitar por vías propias para acercarse a la solución de los problemas sociales. Era la hora más trágica de la vida política en la región. Las dictaduras militares, eufemísticamente llamadas gobiernos burocrático-autoritarios, dominaban Brasil, Uruguay, Argentina. La única alternativa correspondía, con excepción de Chile, a militares nacionalistas, como el general peruano Juan Velasco Alvarado o el general boliviano Juan José Torres. El primero, promotor del Plan Inca, que comprendía una radical reforma agraria, y el segundo, un confuso defensor de expropiaciones no estratégicas.

El único proyecto civil y con objetivos verdaderamente socialistas lo representaba la Unidad Popular de Chile. Salvador Allende, socialista y demócrata convencido, cuatro veces aspirante a la presidencia de la república, condujo un movimiento que triunfó en las urnas. El cumplimiento de sus promesas electorales, pese a la oposición interna de liberales, conservadores y demócrata-cristianos, así como a la oposición externa de Estados Unidos, permitió al gobierno de Allende un referendo popular en las elecciones de marzo de 1973. Vencida electoralmente la oposición política, derrotado el cerco económico impuesto por el gobierno estadounidense, la única salida de ambas fuerzas fue la de encargar al general Augusto Pinochet para que, por medio de un golpe militar, interrumpiese el tránsito pacífico de los chilenos al socialismo.



BOLIVIA, CHILE Y PERÚ. TRES MODELOS DE REVOLUCIÓN

Mario Monteforte Toledo*



Una visión puramente geográfica y geométrica afirmó la creencia de que existía en este hemisferio un Cono Sur integrado por Uruguay, Argentina y Chile. El resto de los latinoamericanos, convulsionados por guerras, luchas intestinas y grandes desigualdades sociales y económicas, aceptaban aquella zona como prototipo de un desarrollo democrático.

Desde la Segunda Guerra Mundial, por lo menos, esa imagen de un mundo blanco, institucional y homogéneo se fue borrando. Dramáticamente, hoy Argentina se parece más al Brasil gorila y a las rutinarias dictaduras antillanas que a Chile, donde continúa el avance democrático hasta el extremo de que los marxistas ganan una elección nacional mientras que los militares permanecen con alta dignidad en sus cuarteles; Uruguay, con su desquiciamiento económico y su violencia cotidiana, es más semejante a Guatemala que a ninguno de sus viejos pares.

Emerge ahora un nuevo Cono Sur, más irregular en su forma, pero más parejo en la evolución histórica que lo lleva al socialismo. Lo integran Bolivia, Chile y Perú, países con estructuras y trayectorias no comparables entre sí. A esta subregión, aparecida casi repentinamente en el panorama de América latina, se han desplazado las inquietudes constructivas y el clima revolucionario que tipificaron las regiones antillana y centroamericana hace 20 años.

La revolución cubana ya nunca dejará de ser ejemplo de una posibilidad específica en el hemisferio, y constituye un antecedente político de las tendencias en el nuevo Cono Sur; pero su fuerza inductiva ya pasó. Se tradujo fundamentalmente en acciones guerrilleras, esperanzadas por un triunfo fácil y próximo. Los saldos de esos movimientos han

* Escritor guatemalteco. *Universidad de México*, abril de 1971, vol. XXV, núm. 8

entrado en el tremedal de la guerra prolongada, sin alternativas –nos parece– de convertirse en guerra popular o de tomar el poder. El gobierno cubano, por otra parte, se concentra en la reconstrucción económica, consciente de que de su éxito depende el de la revolución entera. En esta fase, Cuba ya no es paradigma para el resto de Latinoamérica, donde falta un poder socialista para realizar la planificación socialista.

La fuerza inductiva del nuevo Cono Sur no es de tipo militar sino eminentemente político, desde el punto de vista cualitativo mucho más avanzada que la de las revoluciones pequeñoburguesas del epicentro mesoamericano durante la posguerra. Se trata, en verdad, de dos fases distintas de un mismo proceso de liberación nacional, del que participan no sólo los países latinoamericanos sino casi todos los países del Tercer Mundo. Ese progreso cualitativo deriva de las condiciones históricas propias de cada periodo.

CARACTERÍSTICAS DE LA ETAPA 1944-1954

Desencadenábase entonces la Guerra Fría, con una importante contradicción en la política estadounidense: promover la modernización de los países de Latinoamérica e impedir que la controlaran los sectores marxistas o “demasiado” nacionalistas. Dentro del marco surgieron y actuaron los movimientos pequeñoburgueses de Venezuela y Centroamérica, cuyos programas no se apartaban gran cosa del reformismo liberal del siglo pasado y en el fondo lo continuaban en el orden económico. El “cepalismo” de aquellos años introdujo como elemento dinámico la economía dirigida; a semejanza del keynesianismo en el decenio 1930-1940, no trataba de superar el capitalismo sino de fortalecerlo a través de una típica maniobra de modernización.

Las revoluciones pequeñoburguesas de la década 1944-1954 formaban parte del movimiento mundial de descolonización; pero aún no se configuraba el Tercer Mundo como factor de apoyo internacional y sus tendencias eran rechazadas por los sectores marxistas con igual determinación que el imperialismo. Los países en trance de cambio ni siquiera pudieron beneficiarse de la pugna entre la URSS y Estados Unidos ni de las contradicciones interimperialistas o intercapitalistas para optar por la no

alienación, porque dentro de la estrategia de la Guerra Fría, los estadounidenses los ataron militarmente por el pacto de Río (1948) y los aislaron dentro de la región antillana como coto privado y bajo su exclusiva dependencia.

Existía en esos países un proletariado urbano numérico e ideológicamente primario, que poco logró radicalizar los programas de cambio; el movimiento obrero llegó a la vida democrática mediatizando al poder y de él obtuvo menos conquistas que dádivas. Los partidos de izquierda eran multclasistas, dominados por intelectuales pequeñoburgueses, y carecían de experiencia, pues empezaron a formarse y a actuar hasta que cayeron las dictaduras militares que habían abolido la participación política independiente durante muchos años.

Embotados por el quietismo, faltos de iniciativa y de espíritu de empresa, los sectores burgueses aspiraban a la libertad política sin cambios de estructura; esta limitación les impidió cobrar una conciencia nacionalista o siquiera “desarrollista”, y los hizo aliarse con la oligarquía agropecuaria y el imperialismo. Igual renuencia al progreso mostraban la Iglesia católica, que de buena o de mala fe confundió el progreso con el comunismo, y la masa campesina (pequeños propietarios), que en los intentos de politización veía una amenaza contra la rutina de su vida y una secuencia de la manipulación de que siempre había sido víctima.

Por último, los grupos jóvenes del ejército fueron el brazo armado de las revoluciones y desplazaron a los viejos mandos para siempre; mas se resistieron a adquirir los niveles de politización –y no se diga de radicalización– de los órganos de partidistas sindicales; impidieron todos los cambios estructurales y a la postre, como agencia de la derecha y de Estados Unidos, fueron instrumento decisivo para frustrar las revoluciones pequeñoburguesas.

CARACTERÍSTICAS DE LA ETAPA 1960-1970

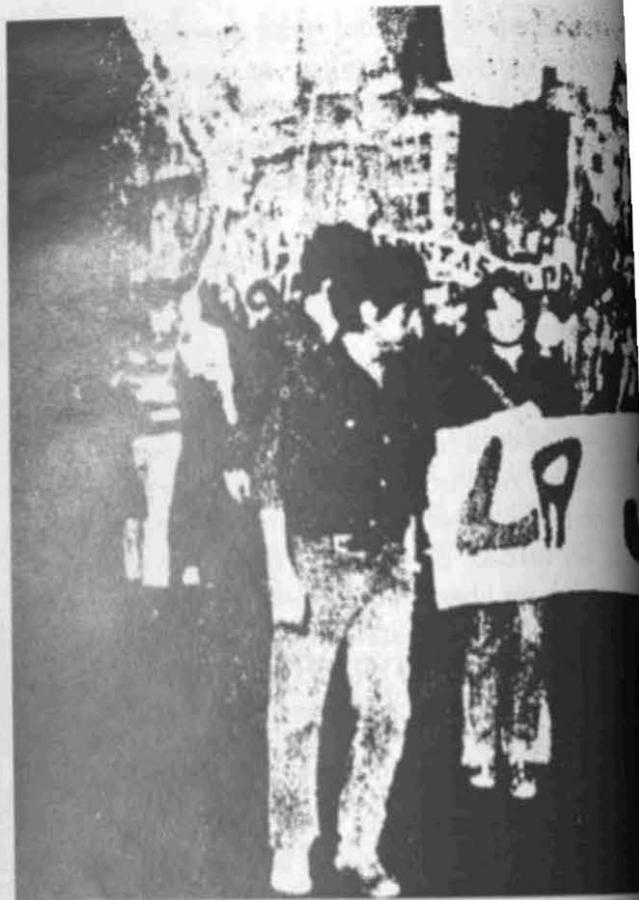
La coexistencia entre la URSS y Estados Unidos, a pesar de los conflictos locales, reemplaza a la Guerra Fría. La revolución china y sobre todo la cubana, en la contradicción intermarxista, constituyen factores inmediatos de radicalización. La movilización política abarca al proletariado urbano y al rural, que emergen de las empresas capitalistas promovidas por

el "desarrollismo". Nadie trata ya de rescatar la línea liberal; a las izquierdas se suman la fracción socialcristiana y el clero progresista en demanda del socialismo. El signo del Tercer Mundo se pluraliza y se concreta en torno a la liberación nacional, ahora ya admitida como necesidad histórica por los marxistas. El "desarrollismo" y la integración como su marco multinacional fracasan, porque al determinar el enriquecimiento de minorías y la penetración del capital estadounidense, profundizan la dependencia y la brecha respecto a las mayorías desposeídas y no modifican sustancialmente ninguna de las estructuras tradicionales. Estados Unidos sofisticó los métodos de dominación con el fin de evitar el desarrollo autónomo, una vez que se hace patente la inoperancia de la Alpro y del programa del capitalismo asociado. Las fuerzas armadas se convierten en muy eficaces agencias del imperialismo y del *statu quo* y se tecnifican mejor que ningún otro grupo social, como consecuencia de su confrontación con las guerrillas. Se instituye el cuartelazo preventivo, la represión y el manejo fraudulento de los escrutinios para impedir que la izquierda tome el poder por la vía electoral. Roto el orden de la democracia burguesa, parte de los descontentos toma el camino de la violencia y la mayoría, el de la abstención política.

SALDO DE LA VIOLENCIA

Los grupos armados sostienen una confrontación por completo desfavorable con los ejércitos, y tras su heroica lucha parecen concentrarse en un propósito de sobrevivir. La repetición esquemática de la revolución cubana en medios, con elementos y en condiciones políticas locales e internacionales muy distintas a las de 1959, los llevaron a cometer toda suerte de errores tácticos y estratégicos. Las derrotas y el "izquierdismo" generaron entre los guerrilleros fraccionalismos y discusiones teóricas que hicieron cada vez más incomprensibles sus metas precisamente a los estratos sociales para los que estaban luchando.

Es posible que las guerrillas continúen en varios países latinoamericanos, porque sus causas subsisten, y a las veces empeoran. Mas su perspectiva ya no es la toma inmediata del poder sino la ampliación del frente antiimperialista y la aceleración de las contradicciones históricas que minan el capita-



lismo. Es evidente, sin embargo, que la acción armada de la izquierda ha desempeñado una tarea en otros aspectos positiva. Al plantear como única alternativa para los países subdesarrollados la verdadera independencia y el socialismo, ha contribuido a desacreditar la actitud oportunista y la debilidad ideológica de la mayoría de los sectores de la izquierda, que desde el hundimiento de las revoluciones pequeñoburguesas tratan de ganar el poder con la venia de las fuerzas armadas y de los estadounidenses. A su posición extrema se debe, sin duda, que grupos responsables de la izquierda hayan llegado a la conclusión de que los países subdesarrollados tienen cerrada la vía del capitalismo y de sus remozamientos para dejar de serlo.

Por otra parte, así como muchos liberales jacobinos fueron educados por los curas, algunos de los jefes militares guerrilleros fueron preparados por los estadounidenses como "antiinsurgentes". Enfrentados con los guerrilleros, en contacto directo con los medios rurales, los jefes de las fuerzas armadas descubrieron la legitimidad de las causas sociales y económicas de la violencia, y el rol que ellos venían



desempeñando al servicio de los beneficiarios de la explotación y de la servidumbre de sus naciones. A resultados semejantes, aunque por cuantificaciones provenientes de la inseguridad y del reparto inequitativo de las ganancias entre el capital nacional y la metrópoli extranjera, han llegado muchos grupos empresariales.

Todo ello ha valorado la opción de las revoluciones nacionales por la vía pacífica, y la posibilidad de que la emprendan aun los que no son marxistas. Nadie que participe en semejante viraje puede llamarse a error: la aceleración de los estadios democráticos en estos países quema etapas y se dirige inevitablemente al socialismo.

CONDICIONES PARA LA REVOLUCIÓN EN EL NUEVO CONO SUR

Por una serie de circunstancias, las condiciones para el viraje se dan ahora en el nuevo Cono Sur, y no en cualquier otra parte de América latina. Las principales son la falta de interés directo de Estados Unidos para impedir aquellos procesos revolucionarios, el agotamiento de las opciones capitalistas y

burguesas, y la decisión de las fuerzas armadas de no oponerse a la revolución (en Perú son precisamente esas fuerzas las que realizan el cambio).

A juzgar por muchos elementos, la política estadounidense respecto a Latinoamérica ha variado sustancialmente desde que Nixon asumió la presidencia. Latinoamérica parece ahora dividida para los intereses de la metrópoli en cuatro sectores:

1. México, Venezuela, Brasil y Argentina, donde el imperio busca la consolidación de su dominio por razones puramente económicas.

2. Cuba, respecto a la cual aumenta la tolerancia estadounidense a medida que la revolución deja de ser foco de las guerrillas en tierra firme y se acerca a la línea internacional de la URSS.

3. Mesoamérica y el resto de las Antillas, donde el imperio está resuelto a mantener una férula total por razones puramente militares.

4. El resto de América latina, donde las razones para conservar las viejas maneras del dominio no son decisivas desde el punto de vista militar ni desde el punto de vista económico. Acaso haya que introducir un matiz en lo referente a este último sector: deriva del plan de actuar dentro de las subregiones, y en este caso los estadounidenses tratarán de influir en el Pacto Andino a través de Colombia, y de la aparición de recursos naturales tan cuantiosos que cobren significación económica, y en este caso Estados Unidos hará presa de Ecuador.

Por diferentes caminos, unos más largos que otros, los tres países del nuevo Cono Sur han llegado al irremediable agotamiento de las opciones capitalistas y burguesas sin haber resuelto ninguno de los problemas básicos del subdesarrollo. Como núcleo social articulado y agresivo, como sector de poder y como agencia eficaz del imperialismo, ya no existe la clase capaz de sostener –y mucho menos de remozar– el viejo sistema. Los recursos necesarios para el progreso integral tienen que salir en su mayor parte del interior, lo cual implica sacrificios que la burguesía nunca ha hecho en parte alguna del mundo. Las grandes mayorías explotadas jamás se movilizarían como fuerzas políticas o laborales para eternizar un régimen que siempre las ha victimado. Todos los

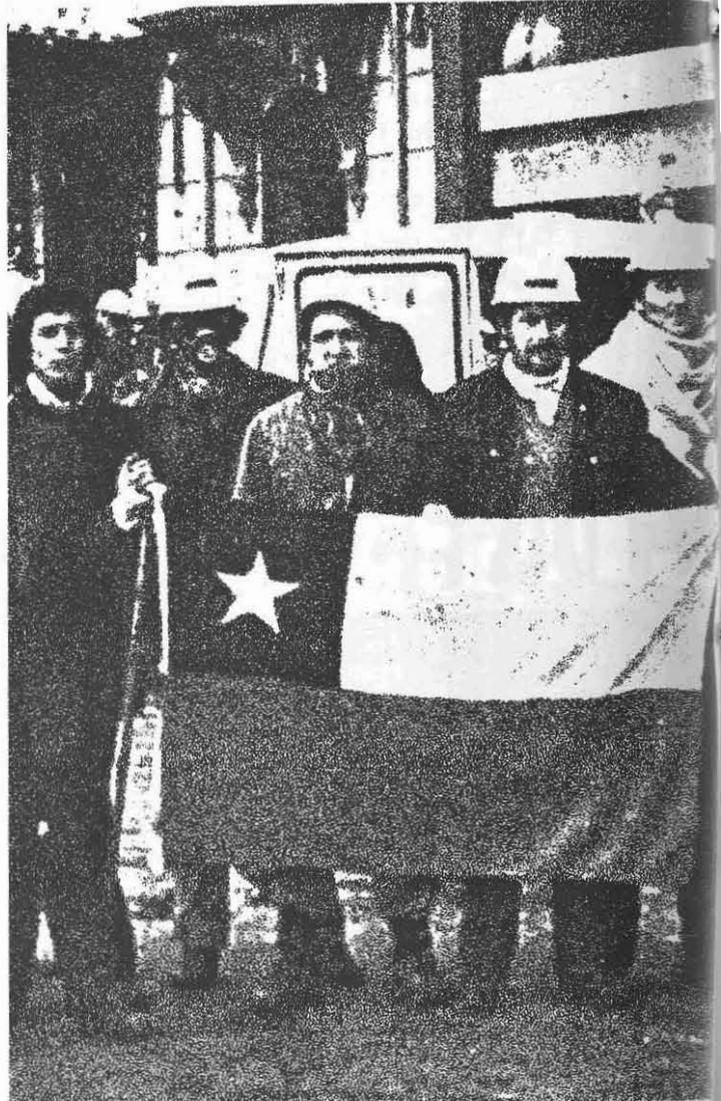
reformismos hasta aquí ensayados y los que en el futuro se ensayarían son incapaces para cambiar las estructuras tradicionales, democratizar el ejercicio del poder o redistribuir con equidad la riqueza y la renta. El salto cualitativo, en resumen, es inevitablemente, en una perspectiva futura, no una regurgitación ni un salvamento del pasado.

Las fuerzas armadas de la región no tienen el menor interés clasista o profesional de mantener el *statu quo*, porque han comprobado que el precio es la violencia y una tensión continua que debilita la economía y pone en riesgo a todos los sectores de poder. Por otra parte, se han persuadido de que las fuerzas populares sólo se proponen destruirlas cuando las identifican con los explotadores, pero no cuando se adhieren al orden revolucionario o lo respetan.

EL MODELO BOLIVIANO

En Bolivia ya hubo una revolución nacionalista, que empezó hace casi 20 años. Esa revolución repartió la tierra entre los campesinos, estatizó las grandes minas y el petróleo, politizó y organizó a las masas e inició la industrialización. El Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido autor de esa transformación desde el poder, se burocratizó y sesgó hacia el reformismo y el desarrollismo, plegándose a los intereses estadounidenses. Pero su obra fundamental es irreversible. Ni siquiera el populismo que inició el general Barrientos tiene viabilidad en el país, porque no puede apoyarse sobre una conciliación de clases que sería imposible improvisar—no se inventa una burguesía, como tampoco se inventa un proletariado— ni en un equilibrio entre los militares y los trabajadores; éstos tienen más conquistas por conservar que por obtener y algunos de sus sectores, como el minero y el obrero industrial, alcanzan un grado de radicalización superior al de cualquier proletariado americano—excepto el de Cuba—. Para la base social boliviana, hasta el populismo significaría un retroceso.

La burguesía de Bolivia está representada por un poderoso grupo de empresarios agroindustriales de Santa Cruz, que por su aislamiento regional y la índole capitalista y exportadora de su negocio se encuentran, paradójicamente, marginados de la estructura de poder económico y político nacional. Existen también una minería media con remanen-



tes de infiltración estadounidense, el comercio grande—a escala nacional—, las empresas constructoras y una raquítica industria, que podrían sumar elementos a la clase burguesa. Pero la gran fuerza económica y social de la nación se encarna en las empresas estatales, las masas organizadas, la universidad—que en Bolivia constituye uno de los factores políticos y revolucionarios más dinámicos— y el campesinado propietario o comunero.

El modelo de la revolución boliviana es, por ello, el de la toma del poder por los representantes mineros, obreros, campesinos y estudiantiles, con la instauración rápida del socialismo. El gobierno militar, a través de su ala radical, se sostiene en la medida que cede a este impulso. Un cuartelazo de su ala derechista—en todo caso menos reaccionaria que los tradicionales ejércitos latinoamericanos— carece

de posibilidades de durar y de fuerza para imponer un retroceso sociopolítico que sirva de base a no importa qué solución capitalista.

Este esquema, por lo demás, deja fuera a los viejos partidos –incluso al MNR y al PC–. Se vislumbra una especie de alianza socialista que tendría, es verdad, cuando menos dos graves problemas que resolver: la unidad política y la programación económica. Bolivia depende excesivamente de su estaño para la obtención de divisas, y requiere cuantiosos recursos y técnica para multiplicar sus fuentes de producción.

En resumen, podría decirse que el modelo de la revolución boliviana tiene la fuerza de su movilización social y de su radicalización política, y la debilidad de su perspectiva económica.

EL MODELO CHILENO

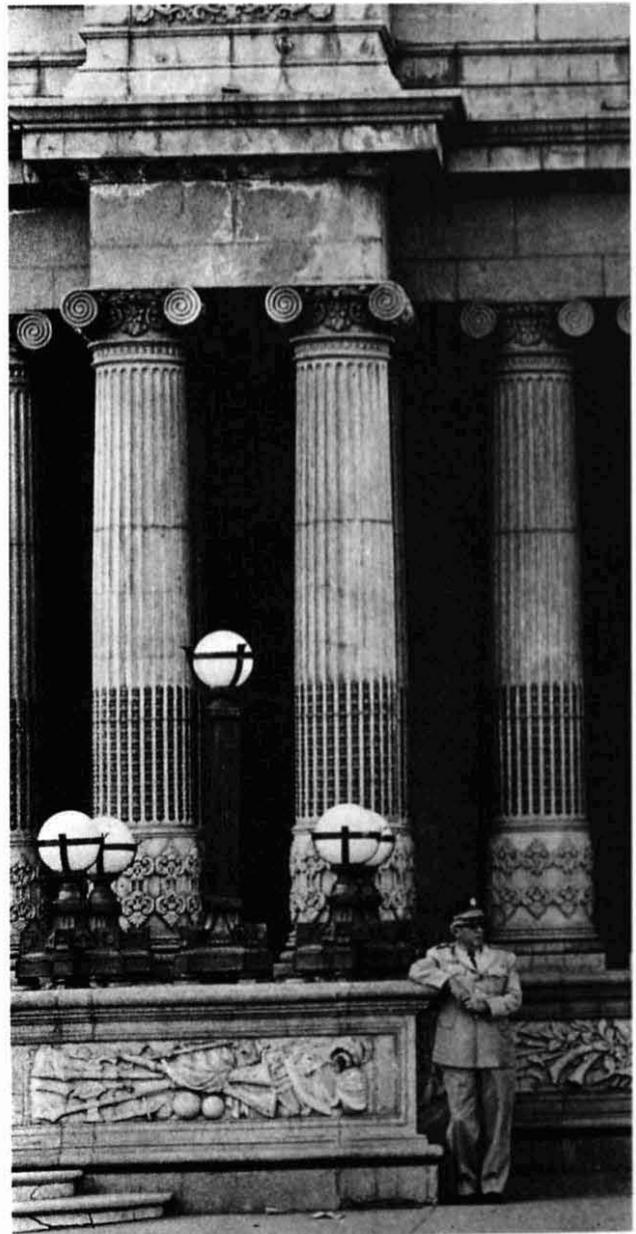
En Chile, la democracia burguesa se ha ejercido casi sin interrupción desde hace casi un siglo. El respeto a la vida institucional es la más importante de las tradiciones del país, y la causa de dos manifestaciones contradictorias entre sí: de un lado, la libertad política y la tendencia progresista de casi todos los partidos –incluyendo a los de derecha, comparándolos con sus congéneres latinoamericanos–, y del otro, la consolidación de las estructuras de la propiedad y del poder económico en general.

A pesar de los escasos recursos naturales y de la lucha de los partidos de izquierda, se fue produciendo concentración de la riqueza en manos de la burguesía nacional y una dependencia cada vez mayor del país hacia Estados Unidos a través del control de las minas de cobre. La clase dominante ensayó diversas modalidades del reformismo, hasta la llamada “revolución en libertad”, núcleo programático de la Democracia Cristiana. Fue la experiencia de este partido en el poder el golpe de gracia a las soluciones capitalistas, y la prueba de que por medio de ellas ya no podía remediarse la crisis profunda que imposibilita a Chile para salir del subdesarrollo y la dependencia.

Decepcionados y radicalizados, las masas y buena parte de los sectores medios dieron el triunfo electoral a los partidos marxistas, conglomerados en una Unidad Popular. Numéricamente, este contingente no constituyó una mayoría ciudadana, pero bastó para que por primera vez en el mundo ocu-

rriera el cambio del sistema capitalista al que inicia el socialismo sin violencia.

Los marxistas ya habían figurado antes dos veces en gobiernos ganados por elecciones: una hacia 1938, con el Frente Popular, que llevó a la presidencia a don Pedro Aguirre Cerda, y otra en 1946, dentro de una alianza izquierdista en torno a Gabriel González Videla. Mas el primer Frente Popular no se propuso la instauración del socialismo, y el segundo tampoco: al contrario, fue traicionado por González Videla, que se entregó totalmente a la burguesía y a la política anticomunista de Estados Unidos.





El modelo chileno es el de una revolución socialista dentro de las estructuras políticas heredadas y aún controladas por la democracia burguesa. En tanto no se produzca una confrontación electoral que dé a las fuerzas del gobierno el control del poder legislativo, en éste predominará una mayoría democristiana fortalecida por los votos de la derecha, y por lo tanto, el avance socialista tendrá los límites que le ponga la burguesía progresista.

Del éxito que obtenga el gobierno de Allende en la solución de la crisis nacional depende que sus partidos sean reelectos. Su fracaso provocaría sin duda el regreso de la Democracia Cristiana al poder, planteando un caso único en la historia: la reversión del programa socialista al programa capitalista. Es dudoso, sin embargo, que aun en esta eventualidad fuesen reversibles algunas de las reformas que ya acometen los marxistas desde el gobierno, incluyendo el reparto agrario, la estatización de la banca y la estatización del cobre.

EL MODELO PERUANO

El caso de Perú escapa a todos los esquemas conocidos y a las definiciones simplistas. La revolución fue emprendida en 1968 por la institución armada, con un programa "ni capitalista ni comunista". Algunos de los cambios son francamente revolucionarios, como la ley agraria que da la propiedad de la tierra a los trabajadores y el control de la empresa a sus cooperativas en autogestión; la estatización de parte considerable del petróleo y de la minería; la estatización de las industrias básicas, la banca y la comercialización de los productos minerales y pesqueros.

Otras medidas son reformistas, como la creación de la comunidad industrial, el otorgamiento de la mitad del capital de las empresas manufactureras y pesqueras a los trabajadores a través de la absorción gradual de las acciones, y el control sobre la inversión extranjera por medio de un sistema de reversión gradual de sus capitales al Estado.

El modelo de la revolución peruana, pues, equivale a un sistema que amalgama la liberación nacional, el capitalismo moderno y cierto número de bases fundamentales para el desarrollo socialista. De ninguna manera resulta un sistema burgués, pero tampoco un sistema marxista.

Los militares que gobiernan Perú sufren contradicciones internas, hasta ahora resueltas a favor del grupo más avanzado. De que éste domine totalmente los centros clave de decisión depende la orientación definitiva del movimiento revolucionario. Pero no sólo de esto, sino de la efectividad que se otorgue a la participación social y política, casi inexistente, hasta el momento en que se escriben estas líneas.

La movilización sociopolítica no es fácil en Perú. El único partido de amplitud nacional sigue siendo el APRA, a pesar de su visible decadencia; la libertad política le permitiría una acción contrarrevolucionaria a través de los sectores medios y de los sindicatos obreros que le quedan, especialmente en la zona del norte, donde ya los complejos agroindustriales fueron entregados a los obreros. El Partido Comunista apenas comienza a organizarse a escala nacional y su federación de sindicatos acaba de obtener registro; respalda totalmente al gobierno, pero aún no está en condiciones de neutralizar y menos de remover al APRA de todas las fuertes posiciones que le quedan. El



resto de la izquierda tiene que emerger de su atomización y organizarse en partidos, sindicatos o alianzas de algún nuevo tipo; procede de los núcleos guerrilleros del Movimiento Izquierdista Revolucionario, del Ejército de Liberación Nacional, del trotskismo, y sólo tiene experiencia subversiva y clandestina. En su gran mayoría los jefes de esos movimientos, no ha mucho liberados por el gobierno, simpatizan con el régimen y están dispuestos a jefaturar una movilización autónoma de masas; falta ver si saben plantear con claridad programas revolucionarios, hasta dónde los seguirá la clase trabajadora –bastante inerte y mal politizada– y hasta dónde los militares, que proyectan continuar al frente del gobierno, comparten el poder con los civiles y suscriben las metas socialistas que les proponga la izquierda revolucionaria. Hay, evidente-

mente, una cuestión abierta –entre otras–: cómo se resolverá la contradicción entre un grupo que, como el militar, funciona dentro de la jerarquía –mando y obediencia– y los sectores populares y políticos, cuya efectividad emana de la libre participación democrática.

Es difícil hacer predicciones sobre los procesos sociopolíticos. Valga la única que, en vista de los factores en juego, parece racional: la revolución boliviana será la más acelerada y azarosa, la chilena la más lenta y firme, y la peruana la más heterodoxa e imaginativa dentro del conjunto de experiencias socialistas que hasta ahora se conocen. ●

DIARIO DE UN ESCRITOR EN LA HABANA

Jaime García Terrés*

LUNES 2 DE FEBRERO

Encuentro una ciudad tranquila. Ni asomos de miedo o violencia. Decididamente la revolución no está en las calles. Está en los ánimos, en las conciencias, en los planes para el futuro y en los modos de afrontar el presente. Y, sin embargo, brota de todos lados el mismo comentario: "¡Qué diferencia con La Habana de hace dos meses! Desde la tarde, ya nadie salía. ¡La ciudad ha comenzado a despertar!" "¿Y por qué nadie salía hace dos meses?", pregunto, un poco en el limbo. "¡Por qué iba a ser! Porque nada garantizaba que volviera uno con vida. Las 'máquinas' de la policía no entendían de razones. Te llevaban, y se acabó. Sobre todo a los jóvenes; no había uno que no fuera sospechoso de conspiración. Ésa era la vida bajo el régimen de Batista. Por la noche, a encerrarse bien temprano, a menos que fuera absolutamente necesario, por algún motivo urgente, correr el riesgo."

Los barbudos. No tiene uno que buscarlos. Aparecen dondequiera, ametralladora, rifle o pistola en mano. Pero ¿son tan terribles como nos lo ha querido hacer creer cierta propaganda? No lo parecen. Saben hablar como cualquiera, reír como cualquiera; no molestan a nadie. Oigo que se les llama por sus nombres. Me doy cuenta de que se les trata con un afecto muy espontáneo. Impresionan por su común juventud. No pocos carecen de barbas porque los escasos años aún no se las deparan en cantidad honorable. Eso sí, los favorecidos con ellas las lucen sin recato.

* Ex director de la revista *Universidad de México* (1953-1965). *Universidad de México*, marzo de 1959, vol. XIII, núm. 7

MARTES 3 DE FEBRERO

Es obvia la unanimidad de la opinión en torno a Fidel Castro. Quien con más, quien con menos entusiasmo, todos los cubanos que he conocido —desde los choferes de taxi hasta los bien vestidos parroquianos del restaurante La Zaragozana, pasando por los dependientes de las casas de comercio, los voceadores de periódicos, el público de los cines, los meseros de los bares y la guapa muchacha que me vende cigarrillos en un expendio de la calle 23—, todos sin excepción aplauden lo que Fidel significa, declaran su simpatía por la revolución; y todos también se ensombrecen al hablar de las atrocidades de Batista.

Fidel no se halla en La Habana, sino en la Sierra Maestra. Ha ido a anunciar el establecimiento de una Ciudad Escolar en la finca El Caney, y la realización de otros proyectos en beneficio de los campesinos. La prensa reproduce sus palabras relativas a la cuestión agraria: "Hemos venido aquí para demostrar a los campesinos que no los hemos olvidado en el triunfo, y para decir a todos los cubanos que tengan presente que nosotros, los barbudos del ejército rebelde, somos de la sierra y exigimos al gobierno hacer la revolución agraria". Agregó que, si en un término de 30 días no está completo y en vigor el reglamento de la Ley Agraria, cuya falta impide el reparto inmediato, él, Fidel Castro, encabezará a esos dos millones de cubanos en una "invasión cívica" de La Habana.

Esto último constituye una explícita manifestación del desacuerdo que existe entre el régimen del presidente Urrutia Lleó y el alto mando revolucionario.

MIÉRCOLES 4 DE FEBRERO

Fidel ha comprendido la necesidad de acabar con el latifundio. No puede pensarse de otro modo cuando se considera, por ejemplo, que 24 empresas y familias azucareras controlan, por sí solas, la quinta parte de la superficie productiva nacional; es más: cinco empresas (Compañía Atlántica del Golfo, Julio Lobo, Cuban Trading Co., Cuban American Sugar Mill y Central Cunagua S.A.) dominan diez por ciento del área nacional en fincas. Se afirma que estas empresas sólo necesitan una parte del terreno que controlan para tener el abastecimiento de cañas que requiere la molienda, lo cual demuestra que la

reforma agraria no afectará el desenvolvimiento de la producción azucarera. Lo propio vale para los latifundios ganaderos.

Es obvio que el latifundio impide la diversificación de los cultivos, obstaculiza la gradual disminución de las importaciones en este renglón, y es índice y determinante de una economía colonial. De aquí que la revolución cubana pretenda ser, antes que cualquier otra cosa, una revolución agraria.

En la cafetería del Habana-Hilton, Luis Botifoll, el antiguo director de *El Mundo* (puesto que le fue arrebatado por intereses financieros al servicio de Batista), me ilustra sobre la situación de la prensa cubana. Alrededor de diez u 11 diarios circulan en La Habana. De ellos, *Revolución*, órgano del movimiento 26 de julio, es el de mayor tiraje. (Tiraje por lo demás insuficiente, pues los 65 mil ejemplares se agotan en unas cuantas horas; gran parte de la mañana se me va en conseguir uno para mí.) Lo siguen *Crisol*, *El Mundo*, *Excelsior*, *Informaciones*. *El Diario de la Marina* no tira actualmente arriba de unos 25 mil ejemplares. Una de las primeras medidas del gobierno provisional fue la prohibición de toda subvención oficial a los periódicos; como consecuencia muchos irán desapareciendo poco a poco, ya que no les será posible sostenerse sólo con anuncios y venta. Se publicó, además, una lista de los diarios que recibían dinero del batistato, especificando cantidades. La prensa acusada ha reaccionado discretamente ante la nueva política. Los periódicos mercenarios no han podido contraatacar en forma abierta, en vista de la actitud del pueblo, pero sí procuran hacer, de vez en cuando, alusiones venenosas indirectas. De cualquier modo, no hay ni habrá, por parte del movimiento revolucionario, restricción alguna a la expresión escrita o verbal.

El doctor Botifoll se ocupa por ahora de organizar entrevistas radiofónicas con personajes importantes, con estudiantes, con obreros. Prevalece en ellas —me asegura— la máxima libertad. Los entrevistados se refieren casi siempre a temas políticos, y toda especie de crítica se encuentra permitida. "¡Ya hubiera yo querido oír uno de estos programas en tiempos de la dictadura!", exclama alegremente. "Hubo uno, estudiantil, que tuvieron que clausurar apenas inaugurado, porque los muchachos insistieron en decir lo que pensaban."

El piso vigésimo tercero del hotel Habana-Hilton constituye por lo pronto el cuartel general de Fidel Castro durante sus estancias en la capital. Su presencia se hace patente, sin que nadie la publique. Veintenas de barbudos suben y bajan en los ascensores, invaden el vestíbulo, aguardan a la entrada del hotel. Hombres y mujeres de la ciudad y del campo forman locuaces grupos aquí y allá.

Los ascensoristas tienen instrucciones categóricas de no depositar a ningún extraño en aquel piso, si no es mediante un permiso especial otorgado por el propio jefe del ejército revolucionario o por alguno de sus ayudantes más próximos. No tanto —como pudiera creerse— por temor a un atentado, cuanto por la sencilla razón de que hay mucho que hacer, muchas decisiones que tomar cotidianamente, y el acceso de partidarios sin comisión, curiosos, visitantes, gestores de audiencias, etcétera, robaría, de permitirse, horas preciosas de actividad indispensable. En el piso vigésimo la oficina de relaciones públicas, capitaneada por Teté Casuso e Isabel Bermúdez, atiende y tramita las peticiones.

Es curiosa la mezcla que se observa en el elegante Habana-Hilton: millonarios estadounidenses y rebeldes de barbas abundantes comparten amigablemente el restaurante, los bares, la piscina, mientras los empleados del hotel debaten con toda libertad, en pleno *lobby*, sus problemas sindicales. Hace unos meses, esta convivencia de mundos tan dispares —el de los turistas de camisolas floreadas, el de los jóvenes combatientes de Sierra Maestra, el de los funcionarios, el de las organizaciones sindicales en acción informal— hubiera parecido inconcebible. Ahora, ha llegado a ser un espectáculo familiar y sólo sorprende a los recién llegados.

Pero Fidel —me confían sus ayudantes— no se siente a gusto en el lujoso hotel. Si de él dependiera se instalaría en el campo. Como ello no es posible, en vista de que lo requieren múltiples atenciones en el corazón político de la isla, ha de resignarse a esta suerte de alojamientos nada rústicos. Ya se asegura, sin embargo, que se establecerá en otra parte.

Hay entre los rebeldes numerosos extranjeros. Hispanoamericanos, en primer término: una buena cantidad de argentinos, con obligada mención especial del célebre Che Guevara; venezolanos, nica-

ragüenses, peruanos, costarricenses; algunos mexicanos. (He conocido a uno, de Torreón, apellidado Guillén Celaya.) También proliferan los estadounidenses que apenas saben hablar español. (“Un kaafey kuubaanou”, oigo decir de pronto, en la cafetería, a un capitán que se parece a Paul Muni.) Y hasta los europeos. Por lo que se refiere a los cubanos propiamente dichos, son asimismo de una gran diversidad. En lo físico y en lo cultural. Los hay hoscos, que huyen de los desconocidos y rascan el suelo con las botas, cuando se les hacen preguntas. O alegres y charlatanes (los más), que lo interrogan a uno antes de que uno pueda interrogarlos. El conjunto es pintoresco, animoso y de enorme sencillez en el trato. ¡Qué lejos se está aquí de esa soldadesca soez y despótica de los habituales golpes de Estado! Y es que estos muchachos combatían por una causa, por una serie de principios, por la humanización de su vida, y no por simple acatamiento a un caudillo faccioso.

Desde un rincón, erguido, en su uniforme de la aviación republicana española, el general Bayo (que adiestró a muchos de ellos) los contempla con orgullo paternal.

Me hago presentar a este viejo de noble cabeza leónfelipesca. Igual que la plana mayor revolucionaria (se dice que Fidel Castro, al enseñársele ciertos dibujos de Abel Quezada, murmuró: “Viniendo de México, duelen”), se muestra resentido contra nuestra prensa. Las palabras se le agolpan queriendo salir: “Me han llamado nada menos que delincuente, comunista, qué sé yo. Y cuando quise rectificar me contestaron que era contraria a sus procedimientos cualquier rectificación. Y yo que soy tan mexicano. Como también soy cubano, ¿sabe usted? Nací en Camagüey, y resulté español porque entonces Cuba era todavía española. Pero, vamos, la nacionalidad es sólo un accidente. El amor y no el nacimiento determina lo que uno es. Me he prometido luchar por la libertad dondequiera que sea necesario. ¿Antiyanqui? No, no lo soy. He vivido en Estados Unidos, y admiro a ese pueblo tanto como detesto su política internacional”. Se le acerca una muchacha: “¿Cómo te va? ¿Cómo has estado?” Bayo responde cualquier cosa, por cortesía, y luego me confía: “No sé quién es. Me ha salido una familia demasiado numerosa para que yo pueda identificar a cada uno de sus miembros”.

Uno de los barbudos de la escolta de Fidel dormita en un sillón. No tiene inconveniente en charlar unos minutos conmigo. "Al contrario", me dice. "Estaba yo aquí, nomás matando el tiempo. No es lo mismo pelear en la sierra que esperar sentado."

Se llama José García. Ingresó a las fuerzas rebeldes hace un año. No lo hizo antes, porque se le había dicho que la guerra se ganaría en los poblados —mediante la resistencia pasiva—, y no en el monte. Por fin, decidió unirse a los revolucionarios.

"La gente tenía mucho miedo de pelear. Sabía que al que agarraran preso no le perdonarían la vida. Todos odiaban a Batista; pero temían al ejército. Decían que al ejército no se le podía vencer. El de Cuba es, creo yo, un ejemplo para todo el mundo. Porque ya sabemos que sí es posible derrotar a un ejército como ése, cuando el pueblo está unido.

"También los rebeldes teníamos miedo. Lo aguantábamos cantando y diciéndonos bromas y cuentos, aunque no nos dieran ganas de cantar ni de reír. Nuestros jefes sí fueron valientes desde el principio, y poco a poco nos fueron entusiasmando.

"Ganamos gracias al sistema de guerrillas. El ejército no estaba preparado para combatirnos así; so-

bre todo en medio de un pueblo que no lo quería. La gente les daba indicaciones falsas, los despistaba; en cambio nos ayudaba a nosotros en todo lo que podía.

"Los prisioneros que hicimos recibieron el mejor trato. Les apartábamos los mejores alimentos... cuando teníamos alimentos, porque llegamos a pasar días y días de hambre. Nosotros no ajusticiamos a nadie; si entre los prisioneros había criminales, ése era asunto de los tribunales que más tarde habían de formarse.

"Yo no me quedaré en el ejército, el nuevo ejército definitivo. Ahora soy de la escolta de Fidel. Pero cuando pase este periodo, cómo le diré, difícil, volveré a mi casa. Vivo en Las Villas, con mi mujer y mis hijos. Mis negocitos están parados. Ninguno de nosotros estamos ganando dinero. Pero la revolución es algo muy importante, y usted sabe que sólo ha comenzado. Los que sean capaces son los que van a dirigirla. Yo serví para pelear, y cuando las cosas ya estén bien, volveré a lo de antes."

Me muestra su ametralladora, que descansa en el suelo, junto a él. "¡Cuánto trabajo me costó aprender a usarla!", dice sin ninguna afectación.



Foto: Pedro Hiriart

Un grupo conversa animadamente, cerca de la oficina de recepción del hotel. Aproximándome, saludo a Alfredo Guevara, a quien conocí exilado en México. Una hermana de Fidel Castro me pregunta: "¿Qué anda usted haciendo en Cuba?" "Por lo pronto", le digo, "estoy tomando unas cuantas lecciones." Sonríe, y comenta: "Todos tenemos que tomar lecciones unos de otros". El chofer de Fidel llega corriendo; me cuenta que el coche ("la máquina") del jefe de la revolución carece de "chapas". Que cuando Fidel lo ocupa, nadie los estorba, por supuesto. Pero que si él, el chofer, va solo, inmediatamente lo detienen y le reclaman esa irregularidad. "Si les digo de quién es la máquina, me contestan que con mayor razón se deben acatar los reglamentos, porque de Fidel están pendientes todas las miradas." Concluye: "Esto será muy cívico, chico, pero es muy molesto".

He pedido a Jacinto Torras, distinguido economista, que viniera a tomar una copa conmigo; llega puntualmente a la cita. Es un hombre tranquilo, de hablar pausado. No se muestra menos entusiasmado que yo ante el panorama nocturno de La Habana, que se admira desde el bar, en el vigésimo quinto piso. "No sabe usted qué tiempo hace que no disfrutaba yo de esta vista", me dice. "Durante meses y meses me vi obligado a no salir de noche."

Me interesa su opinión sobre el programa económico de la revolución. ¿No constituye un riesgo excesivo el anhelo de independizar la economía cubana de la estadounidense? Después de todo, los vínculos son muy estrechos. Él considera necesaria una actitud de firmeza. "La historia nos demuestra que con la docilidad absoluta no se gana gran cosa. Batista mantuvo siempre una entera sumisión respecto a los intereses norteamericanos, y a pesar de ello nos fue reducida la cuota del azúcar varias veces. Precisa diversificar el cultivo, y luego, buscar nuevos mercados. Que nos compre quien quiera comprarlos. No podemos depender de un solo mercado."

¿Se piensa tomar alguna medida en relación con los fondos públicos robados por Batista y sus secuaces?

"Medidas mínimas, que son las únicas posibles. Se ha suspendido la circulación de los billetes de altas denominaciones. Los tenedores de tales billetes pueden, en principio, cambiarlos en los bancos. Mas,

para ello, están obligados a declarar y probar su procedencia y a justificar su posesión. De este modo, se espera, al menos, dificultar que circule en Cuba el producto de los robos en efectivo.

"Asimismo se ha establecido un relativo control de cambios, prohibiendo que entre o salga del país dinero cubano, más allá de determinados límites."

¿A cuánto asciende el saqueo del batistato?

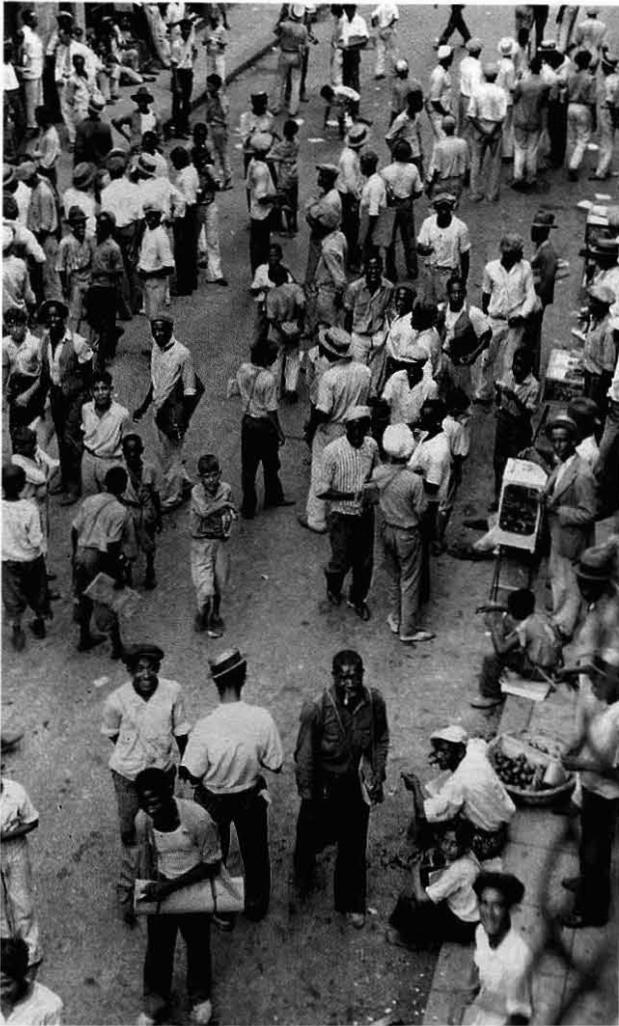
"No puede calcularse con exactitud. La fortuna actual del ex dictador se estima en varios cientos de millones de dólares. Sólo de las arcas oficiales desaparecieron unos 400 millones. Pero además hay que tener en cuenta los robos indirectos. En los últimos meses se lanzó un empréstito de 300 millones para obras públicas. Los contratistas recibían una ínfima parte de la cantidad anotada en los recibos; el resto pasaba a manos de Batista. De otro lado, muchos inversionistas extranjeros obtuvieron diversas concesiones a precios ridículos (por ejemplo, la compañía telefónica, las minas de níquel); el verdadero precio lo pagaban personalmente al general, quien buen cuidado tenía de no registrarlos."

¿Hay alguna diferencia entre el comportamiento de Batista durante su primera época y durante la segunda?

"Definitivamente. El primer batistato no digo que haya sido muy honorable, pero guardó cierto decoro. Y aun propició la democratización del régimen. Tanto es así, que el pueblo acogió, al principio, el golpe de Estado de marzo de 1953, casi con beneplácito, tras la inmoralidad administrativa que se había venido padeciendo en los años anteriores. En esta ocasión, sin embargo, fueron manifestándose en el dictador sicopáticos delirios de grandeza. No pensaba más que en el dinero, y en el exterminio de sus opositores. El derramamiento de sangre se convirtió en la cosa más natural, con lujo de sadismo y de arbitrariedades sin cuento."

Y esa inmoralidad administrativa, ¿no reaparecerá una vez liquidado el batistato?

"Se hará cuanto sea factible para evitarlo. Sabemos que la depuración de elementos comprobadamente deshonestos no es suficiente; pero ya es un primer paso. Por lo demás, el pueblo cubano es muy susceptible al buen ejemplo de los gobernantes. Durante el régimen de Grau San Martín, nadie robó un centavo mientras se creyó que el



propio Grau era honrado. Tras el desengaño es cuando vino la catástrofe.”

Por último, ¿no se teme que Cuba corra la suerte de Guatemala, de la Guatemala de Arbenz?

“De ninguna manera. Los problemas son muy distintos. Aquí es el pueblo el que está gobernando, el que tiene las armas. Allá se operó con indiscutible torpeza; se formó una casta gobernante. Para que la agresión extranjera contra Cuba tuviese buen éxito, se requeriría matar a la mitad del pueblo cubano. Por lo que hace a Batista, está políticamente liquidado, para siempre. El ejército batistiano no existe ya; lo ha remplazado, como he dicho, el pueblo mismo.”

Don Jacinto Torras bebe un segundo *highball*. Pero ya no hablamos más de política ni de economía. Nuestros ojos recorren en silencio la bella perspectiva de la ciudad.

SÁBADO 7 DE FEBRERO

La prensa da cuenta de un importante discurso de Fidel Castro a los obreros de la refinería Shell. Expresa allí Castro Ruz su preocupación por la opinión pública: “Siempre trato de conocer lo que se escribe sobre cada problema”. Y manifiesta que, a pesar de que otras revoluciones han aplicado la fuerza para aplicar las medidas necesarias, el gobierno no lo hará así, precisamente porque respeta y confía en la opinión pública. “El fracaso de la revolución es el fracaso de todos. O avanzamos cien años o retrocedemos otros tantos.” Anuncia que, después de la reforma agraria, se procedería a la reforma arancelaria, y solicita que los obreros aplacen sus demandas de justicia social, sólo para no entorpecer aquellos primeros e indispensables proyectos.

Paseo a la deriva. Llego al Parque Central y me siento en una de las bancas. Al poco tiempo, me hallo enfrascado en una conversación con varias personas que han ido al mismo sitio. Un hombre, pobre y desaliñadamente vestido, me dice que él también estuvo en la sierra, combatiendo; que vino a La Habana con las tropas libertadoras; que casi no hubo muertos en el encuentro final, y que conoce a tres o cuatro mexicanos que peleaban al lado de Fidel. No logra explicarme bien a bien por qué ha regresado a la vida civil. Un viejo interviene, pidiendo disculpas por la intromisión. Afirma que él se dedica a su trabajo y nada más, pero que, a través de los periódicos, se ha enterado de la marcha de los acontecimientos, y que está de acuerdo con las medidas revolucionarias. “Imagino yo que estos escarmientos y ejecuciones”, dice, “servirán para que durante los próximos 20 o 30 años (ignoro por qué fija este límite), los funcionarios de la policía no se excedan en sus castigos ni cometan arbitrariedades. En Cuba este tipo de abusos y crímenes han quedado siempre impunes; en lo futuro creo que va a ser diferente.” Tercia un vendedor de helados: “Con perdón de ustedes, a tantos matones no deberían fusilarlos; deberían hacerlos picadillo. Y para mí que habíamos de echarnos sobre Santo Domingo, al fin somos cinco contra uno”. El viejo se abstiene de todo comentario al respecto: “Yo sólo leo los periódicos”, dice.

Meditaciones sobre el “terrorismo” revolucionario. Se ha ejecutado únicamente a evidentes asesinos. Considerado el odio que por ellos sentía el

pueblo, entraña un acto de misericordia el fusilarlos. Yo he sido siempre enemigo de la pena de muerte; mas no cabe olvidar que ésta es una situación anormal; toda revolución lo es. Y resulta grotesco lanzar alaridos de indignación por el ajusticiamiento de unos asesinos cuyos indudables crímenes no alcanzaron a despertar la menor protesta, en el tiempo que fueron cometidos. Ha escrito Carleton Beals: "Puedo certificar que no ha habido en Cuba, en estos días, ninguna matanza colectiva; sólo el juicio y la ejecución de culpables de dichas matanzas colectivas": hay que tener presente que el batistato cuenta en su haber con 20 mil asesinatos comprobados, más los que aún se ignoran, más el ejercicio de morbosas torturas, más innúmeros casos de mutilaciones no seguidas de muerte. Uno sólo de los recién ajusticiados debía alrededor de 400 asesinatos, los cuales no merecieron entonces, al parecer, ni la milésima parte de las reclamaciones enérgicas ocasionadas hoy por la supresión del responsable.

DOMINGO 8 DE FEBRERO

Fidel Castro está fatigado de las entrevistas que le solicitan sin cesar los periodistas venidos de todas partes del mundo. Se niega a hablar con ellos. Y le sobra razón. Su promedio cotidiano de trabajo se acerca a las 20 horas. ¿Por qué había de sustituirlo, o de sacrificar el escasísimo reposo, dejando que los curiosos lo agobien con preguntas a menudo triviales? El viernes pasado condescendió a dejarse entrevistar para un programa estadounidense de televisión. Ayer recibió, en rápida conferencia de prensa, a varias decenas de corresponsales extranjeros que se negaban a marcharse de Cuba sin haberlo visto. Hoy, domingo, se ha ido a descansar al campamento militar de Managua, cerca de la Escuela de Cadetes.

Para allá vamos nosotros —un pequeño grupo—, con la promesa de que nos recibirá unos instantes, como especial cortesía. Llevamos un pase firmado por Celia Sánchez, que nos abrirá todas las puertas.



Como era de esperarse, sin embargo, Fidel no está en Managua. Nadie sabe su paradero. Alguien adivina que su hermano Raúl lo ha convencido de que fuese a nadar a la playa. Silverstein, un reportero californiano de televisión, que lleva siete semanas tratando de lograr –y filmar– un encuentro con el jefe máximo, parece a punto de abandonar su habitual buen humor; acaba por volver a guardar sus complicados aparatos, y apunta una sonrisa resignada. Todos comprendemos que Fidel es merecedor de unos momentos de diversión.

El campamento se halla repleto de barbudos. Las barbas son mucho más pobladas que las que acostumbramos a advertir en la ciudad. Y hay aquí innumerables guerrilleras, mujeres sencillas que consienten alegremente en ser retratadas, y aun se disputan tamaño “privilegio”.

Hemos de regresar. Pero lo hacemos pasando por Kukine, la finca de Batista. Los jardines son espléndidos, diseñados con auténtico buen gusto. “Es un Versalles tropical”, comenta el apacible Silverstein. Al interior de los diversos pabellones apenas podemos asomarnos. Están cerrados, porque se ha iniciado el inventario de los muebles. Las ventanas, no obstante, son reveladoras. El lujo no es tan grande como yo me había imaginado. Quizá esté confinado a las habitaciones, que no alcanzan a mirarse desde afuera. Eso sí, en los jardines aparecen toda clase de comodidades. Dos piscinas. Una fuente de sodas. Un bar. En uno de los patios nos topamos con la sangrienta, plural ironía de unas estatuas que representan –nada menos– a Bolívar, Martí, Maceo, Sucre, Hidalgo y Benito Juárez. Más comprensibles resultan los bustos de Napoleón en la biblioteca. Libros hay en buena cantidad. Se dice que Batista era un gran lector. Me pregunto si sus lecturas incluían al Marqués de Sade (bien que el ilustre sicótico del siglo XVIII jamás haya preconizado la legitimidad de la tortura *con fines políticos*).

Un flaquísimo negro brinca sobre el césped, mientras grita para sí, con pueril júbilo: “Si me viera Batista, me mandaba orcar”.

LUNES 9 DE FEBRERO

En una entrevista televisada del viernes, Castro manifestó que no se afeitaría las barbas hasta que pudiera dotar a Cuba de un buen gobierno. Los periódicos han publicado dibujos en que aparece algún personaje popular exclamando: “Ojalá que se afeite pronto”. Una

muestra más del disgusto general que priva contra el poder civil. El presidente Urrutia Lleó, se me dice, es una persona honrada, pero inepto para el mando y la organización política en esta época de crisis. Se espera vencer a Fidel de que acepte el puesto de primer ministro.

El diputado venezolano Carlos Andrés Pérez, de paso por La Habana, ha declarado:

Si olvidamos la urgencia de estrechar los lazos económicos, culturales y políticos, estamos liquidados. Si nos dormimos en los laureles de la euforia, y olvidamos la elaboración de todas las medidas necesarias para estabilizar, mediante hechos, la democracia en nuestros países, estamos empujando el camino de la reacción, del ‘golpismo’ y de la contrarrevolución. Nosotros, los líderes y los militantes del Partido Acción Democrática, estamos convencidos, y abiertamente dispuestos a formar con los líderes y militantes del Movimiento Revolucionario 26 de julio, y con todas las organizaciones democráticas de Cuba, un fuerte y eficaz aparato de solidaridad revolucionaria latinoamericana que no sólo contribuya a estabilizar definitivamente las conquistas logradas por nuestros dos pueblos, sino que también se proyecte con éxito hacia una labor de profilaxis política en América, minando las dictaduras y los remanentes del feudalismo y del coloniaje...

Dondequiera se escucha música popular revolucionaria. No sólo la *Canción de la Libertad*, especie de himno de los rebeldes. También abundan típicas “décimas” campesinas, marchas como la “de los barbudos”, y una que otra guaracha festiva sobre temas de actualidad. Entre estas últimas he oído dos memorables, ambas del compositor y guitarrista Carlos Puebla: *Cómo cae un general* y otra que comienza –dirigiéndose a Fidel–: “Ya te ganaste la guerra, gánate ahora la paz...”

MARTES 10 DE FEBRERO

Opinión generalizada: que las vocaciones políticas no abundan en el seno del Movimiento 26 de Julio. Con excepción de Fidel Castro, de su hermano Raúl, del Che Guevara (antiguo médico, por cierto, del Hospital General, en México), se trata por lo regular de hombres valientes, diestros en el arte de la

guerrilla, y ejemplarmente decididos, pero carentes del talento y la disciplina necesarios para gobernar a una nación. Esta laguna significa un grave peligro para el futuro de la revolución. Es decir, significará tal de confirmarse, una vez que la revolución asuma, plenamente, la administración de la república, cosa que no ha sucedido aún; entretanto, pueden ocurrir no pocas sorpresas.

En la calle de San Rafael, me topo con Hugo Latorre Cabal, enfundado en un elegante *Palm Beach*. El amigo y periodista colombiano, largamente radicado en México, ha venido a pasar unos días a La Habana, en el curso de su viaje de regreso a Bogotá. No ha resistido la tentación de conocer por sí mismo la actual realidad cubana. Juntos, nos dirigimos a La Bodeguita del Medio, célebre rincón habanero donde se comen "masitas de puerco", "frijoles dormidos" y "plátanos a puñetazos"; se beben "mojitos" y se disfruta de la guitarra de Carlos Puebla. Es algo así como una *boîte* genuinamente cubana, frecuentada por personajes de las letras y de la política; no demasiado —y es una inexplicable fortuna— por los turistas.

El dueño nos avisa que en la mesa vecina está "el senador estadounidense Charles Porter, con su comitiva". Ni Porter es senador, sino diputado (*congressman*), ni es éste, el insigne "enemigo número uno de Trujillo y las tiranías del Caribe", que se halla frente a nosotros, sino su colaborador íntimo, el señor Powell. En todo caso, al enterarse de la presencia de dos periodistas hispanoamericanos (Hugo y yo), el señor Powell nos invita, por conducto de su afable y portorriqueña secretaria-intérprete, a tomar una copa en su mesa. Tiene el aspecto de un jugador de fútbol americano, y, sin preámbulos, me pregunta cómo es posible que el gobierno mexicano ("un gobierno liberal y progresista") tolere "la campaña prodictatorial de algunos periodistas mercenarios". Es una interrogación que no aguarda respuesta de mi parte. Powell se muestra en verdad indignado, y sigue hablando sin que se le interrumpa. Entre otras cosas, se refiere a la conveniencia de que el movimiento sindical mexicano establezca ligas con los círculos avanzados del sindicalismo estadounidense. Me dice finalmente que él, Powell, está operando como agente de enlace entre Fidel y los políticos liberales de Estados Unidos.

MIÉRCOLES 11 DE FEBRERO

Visita al Instituto de Cultura. En la antesala de la dirección, saludo a José Antonio Portuondo, recién llegado de Europa, y a Lezama Lima, antiguo editor de la revista literaria *Orígenes*. El director del instituto, Pedro Caas Abril, me recibe enseguida, e invita a Portuondo a participar en la conversación. Aquí, como dondequiera, las cosas están reorganizándose, y a cada momento entran a la oficina diversas personas en busca de instrucciones: "¿Qué tipos vamos a emplear en la nueva revista?" "¿Hasta cuándo estará abierta la exposición de pintura?" El profesor Cañas se da tiempo para exponerme el funcionamiento del instituto; su creencia de que pronto se creará un Ministerio de Cultura, deslindado del de Educación, y sus opiniones (por lo demás certeras) acerca del carácter del mexicano: "Demasiado nacionalista", dice. "Estoy seguro de que en Cuba no se siente extranjero. Yo sí me sentía extranjero en México; me lo hacían sentir sin cesar." Advierto que carece de planes definidos respecto al porvenir de la institución que dirige. Tampoco aparenta interesarse demasiado por los problemas de la cultura cubana. Pero es un hombre de una jovial cortesía, y nos quedamos charlando un buen rato. Las intervenciones de José Antonio Portuondo son escasas e inteligentes. Al salir, Lezama Lima me recomienda un libro de Cintio Vitier (*Lo cubano en la poesía*), que ha suscitado algunas polémicas en los circuitos intelectuales habaneros. Le respondo, sin mentir, que Vitier ha tenido ya la amabilidad de enviármelo a México, aunque todavía no he podido iniciar su lectura.

JUEVES 12 DE FEBRERO

El Consejo de Ministros, erigido en Poder Legislativo, ha formalizado una Ley Fundamental con objeto de mantener los principios esenciales de la Constitución de 1940 y de legitimar, a la vez, algunas modificaciones imprescindibles. Una disposición de esa ley otorga la ciudadanía cubana "por nacimiento" al Che Guevara, como agradecimiento a los servicios prestados a la revolución. Hay el antecedente de una distinción semejante al generalísimo Máximo Gómez. Los diarios registran hoy declaraciones alusivas del comandante Guevara, que aprovechó la ocasión para una somera referencia a la reforma agraria: "Hay que crear el patrimonio na-



Foto: Pedro Hiriart

cional aunque los grandes capitales se opongan”, manifestó el nuevo cubano. Anunció después que ya se estudia la creación de un cuerpo médico militarizado que se traslade al campo para solucionar el grave problema de la salubridad y el de la habitación. Que probablemente se emitirán, para la adquisición de tierras, bonos rescatables a cierto tiempo. Que se establecerán cooperativas de consumo, con el fin de eliminar nocivos intermediarios. Finalmente, dijo que consideraba excesivo el plazo de un año que se ha pedido a los trabajadores en el aplazamiento de sus justas demandas.

Un cine de la calle de San Rafael exhibe cerca de dos horas de documentales sobre la revolución. El espectáculo es impresionante. No sólo por las películas mismas, sino por la devoción y el entusiasmo con que el público las presencia. Para entrar es preciso hacer una larga cola y quedar de pie mientras se desocupan las butacas requeridas. Todo ello vale la pena.

Por la tarde, he concertado una cita con dos personajes del Partido Comunista cubano: Mirta Aguirre y Carlos Rafael Rodríguez.

La señorita Aguirre me espera en el local del Lycaeam, una asociación femenina de conferencias, exhibiciones de arte y conciertos. Al sentarnos frente a una mesa, nos sirven refrescos y pastelillos de almendra. Continuamente llegan a saludar a mi anfitriona diversas señoras. Una de ellas es doña Elena Mederos, la ministra de Bienestar (Asistencia Social, podríamos decir en México). Mirta Aguirre me la presenta, y comenta sonriendo: “Ella piensa que es de izquierda; yo pienso que es de centro”. Luego, empieza a hablarme de la situación general en la isla. Observa que el pueblo cubano (cosa que ya he comprobado en abundancia) es muy “politizado”. Se declara contra el sectarismo que ha comenzado a manifestarse “disfrazado de extrema izquierda”; reconoce que hubo en los esfuerzos revolucionarios la presencia de “una derecha limpia”. Por fin, me

ruega que la disculpe, pues tiene un compromiso inaplazable. Al despedirme en la puerta, llama a la joven que atiende los teléfonos: "Esta muchacha", me dice, "es hermanita del padre O'Farrill, a quien tanto queremos nosotros, por lo bien que se portó durante la lucha."

Carlos Rafael Rodríguez me ha citado en la redacción de su periódico, el *Hoy*, a cuyo cargo se encuentra provisionalmente. Combatió en Sierra Maestra, y, al igual que los demás, usa barba; pero la suya es una barba aliñada, discreta, casi simbólica. A pesar de ser una figura principal del marxismo cubano, rehuye las fórmulas ("las pautas"), al expresar su pensamiento. Se refiere a la cuestión obrera. "Ésta ha sido una revolución agraria", me indica. "Hasta ahora el problema obrero permanece un poco... estancado. En el seno de las organizaciones sobreviven viejos feudos e intereses, a los que se han superpuesto algunos elementos del 26 de julio. Desde 1952 no ha existido en Cuba la democracia sindical; sin embargo, los sindicatos eran fuertes, y Batista no pudo hacer mucho en contra de ellos, no logró jamás dominarlos completamente." Enciende un cigarrillo, y prosigue: "Esos miembros de nuestro partido, quiero decir los miembros militantes, son aquí

relativamente poco numerosos. Con todo, no es remoto que en las próximas elecciones conquistemos una votación apreciable. Claro que el Movimiento 26 de julio, cuando se organice en partido político, lo que deberá hacer en el curso de unos meses, alcanzará un triunfo abrumador. Pero hay que jugar desde luego con las cartas sobre la mesa".

Botifoll me presenta a algunos de los barbudos que iniciarán un recorrido por América latina, y a Violeta Casals, que los acompañará. Ella ha sido actriz, profesión que abandonó para dedicarse, durante el combate revolucionario, a ser locutora de la clandestina Radio Rebelde. Irán primero a México, y luego a Panamá, Bogotá, Quito, Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y Caracas. Llevan abundante material escrito, filmes documentales, compendios de leyes en vigor. Se proponen entrevistarse con jefes de Estado, profesores y estudiantes universitarios, sindicatos obreros y periodistas, para explicarles la realidad del movimiento revolucionario.

VIERNES 13 DE FEBRERO

No quiero marcharme de Cuba sin llevarme algunos discos con las principales canciones revolu-



Foto: Pedro Hirriart

cionarias. Escojo unos cuantos en una tienda vecina. Al pagarle el precio correspondiente, el dueño me pregunta mi parecer sobre los últimos acontecimientos, porque "no es lo mismo la opinión de un cubano que la de un extranjero". Le doy la mía, sin reticencias, y esto lo anima a despacharse toda una conferencia sobre lo que se ha hecho y lo que falta por hacer en Cuba. "Es necesario que se inculque al pueblo un mayor espíritu cívico. Los cubanos tenemos inclinaciones demasiado anárquicas. Pero ahora es diferente. Espero que comprendamos cada uno nuestra propia responsabilidad; que no tratemos de echar la culpa a la situación, a las cosas, para excusar el cumplimiento de nuestros deberes". Le ofrezco, de modo casual, un *Chesterfield*. No solamente lo rehúsa, sino que me obsequia, después de buscar en un cajón, tres cajetillas de cigarrillos cubanos, de diversas calidades, unos rubios, otros negros, otros con filtro. "El tabaco cubano es de los mejores del mundo", exclama. "Acostúmbrese usted a él, y así, de paso, nos ayudará un poco."

Frente a los escaparates comerciales, en uno de los pasillos del Hilton, veo a un anciano de cabello blanco, que camina con majestuosa lentitud. Lo acompaña un oficial de marina. Más tarde, tengo oportunidad de hablar con el oficial. El anciano es el senador O'Hara, veterano estadounidense de la guerra de independencia cubana. Ha querido venir personalmente a felicitar a Fidel Castro Ruz.

SÁBADO 14 DE FEBRERO

Una noticia ocupa hoy la primera plana de todos los diarios. Fidel Castro ha sido designado primer ministro por el presidente Urrutia. El doctor Miró Cardona, que había venido desempeñando oscuramente eso que aquí llaman el "premierato", sugirió esta medida, dentro del propio texto de su renuncia.

El hecho se anticipaba ya, si bien no se esperaba de inmediato. Era la única forma de resolver la crisis gubernamental, y el medio más adecuado para regularizar la situación política del jefe de la revolución. De ahora en adelante, el presidente de la república actuará sólo como un poder moderador, y Castro Ruz dejará de ser un inspirador marginal del programa revolucionario, para convertirse en la virtual cabeza de un régimen semiparlamentario. El actual seguirá siendo un régimen de transacción,

pero su estructuración será mucho más congruente que la anterior, con la realidad imperativa de la fase que está viviendo Cuba.

El diario *Revolución* comenta en su editorial:

El líder de la revolución no tenía más que dos alternativas: la primera, imposible y absurda, marginarse de la vida pública sin decir una palabra, sin dar una orientación, sin participar en la gobernación de nuestra patria. ¿Cómo es posible que quien fue capaz de dirigir la lucha contra la tiranía, hasta culminarla con el triunfo de la insurrección, fuera a dejar ahora, cuando hay que plasmar la revolución en realidades, su puesto de conductor y guía? Marginarse era imposible. Pero si no se marginaba se diría que había dos poderes, que el poder andaba disperso, que el gobierno decía una cosa y Fidel otra... Ahora no hay más que una línea y una proyección. Gobierno, revolución y pueblo marchan por la misma vía...

Es casi seguro que, ulteriormente, tendrá que volverse al sistema presidencialista, si, como todos auguran, Castro acepta su postulación para la primera magistratura dentro de dos años. Como quiera, entonces se habrá promulgado una nueva Constitución cubana; ella proveerá lo conducente.

DOMINGO 15 DE FEBRERO

He aquí mi último día en Cuba. No he insistido en hablar personalmente con Fidel Castro, ni con los demás cabecillas de la revolución, ni con los altos funcionarios del gobierno. Sospecho que, en esta forma, he logrado una imagen, acaso menos espectacular, pero en todo caso nada oficial, más espontánea, más "vívida", del drama cubano. Nadie ha guiado mis pasos. Muchos de los encuentros—casi la totalidad de ellos—han sido fruto del azar. Algunos—dos o tres—obedecieron a un normal deseo de equilibrar las casuales fuentes de información. Mis propios ojos y oídos han constituido mis mejores auxiliares.

Mientras camino por La Habana Vieja, a lo largo de estrechas callejuelas que van a desembocar al mar, calculo la hondura de la experiencia obtenida en estas dos semanas, y me siento satisfecho. ●



MIRAR LA LUZ

Toda creación busca vencer la muerte. De su paso azaroso por el espacio, el cuerpo, la materia construye el camino hacia la luz. Ésa es la naturaleza de su instinto.

Desde el ANITITEATRO DE LA MEMORIA, odisea que surcó ciudades y sus desiertos, donde el espectáculo total tomaba por asalto un baldío, hasta el TEATRO DE MOVIMIENTO, experiencia donde personas con parálisis cerebral junto con actores y bailarines profesionales eran los oficiantes de un rito: el grito sordo del cuerpo. En dos décadas de trabajo, Gerardo Sánchez ha sido fiel a su instinto de creador. Para él la unión de las artes plásticas con la poesía visual es una consecuencia. La semilla de su trabajo escénico es la imagen.

Acostumbrado a emprender en sus creaciones un viaje, donde el fenómeno escénico es una lucha contra la muerte, un exorcismo, transitar siempre al borde del abismo, en la obra de Gerardo Sánchez el arte objetual, la instalación y el *performance* son las otras formas de escenificación que tiene el inconsciente cuando inicia el camino hacia su transformación.

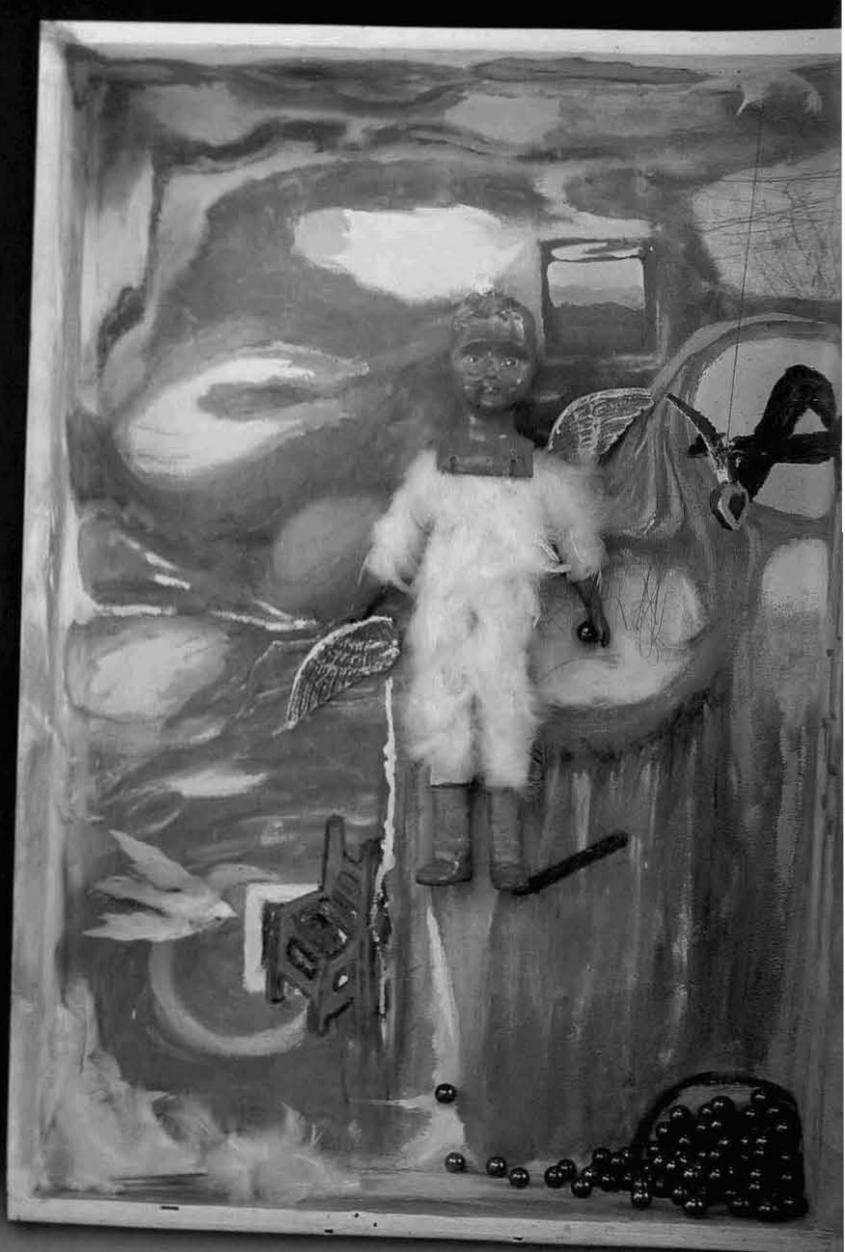
Toda estética establece un orden sobre el caos, pero ese orden no es nada si la visión del mundo que lo subyace es complaciente. Lejana de los circuitos de reconocimiento oficial (circunscrito a las modas, las linduras de ocasión, la ignorancia de quienes están a la cabeza de las instancias), la obra de Gerardo Sánchez crece a la luz de su propia necesidad y de su propia convulsión. Surgen sus trabajos como entes autónomos, palpitanes, dolientes, capaces de sangrar y redimir. En su totalidad conforman la bitácora del creador, registro fiel de una última intención: la visión poderosa de una poética que abreva de un acto violento, de una transgresión. De ahí su condición reveladora.

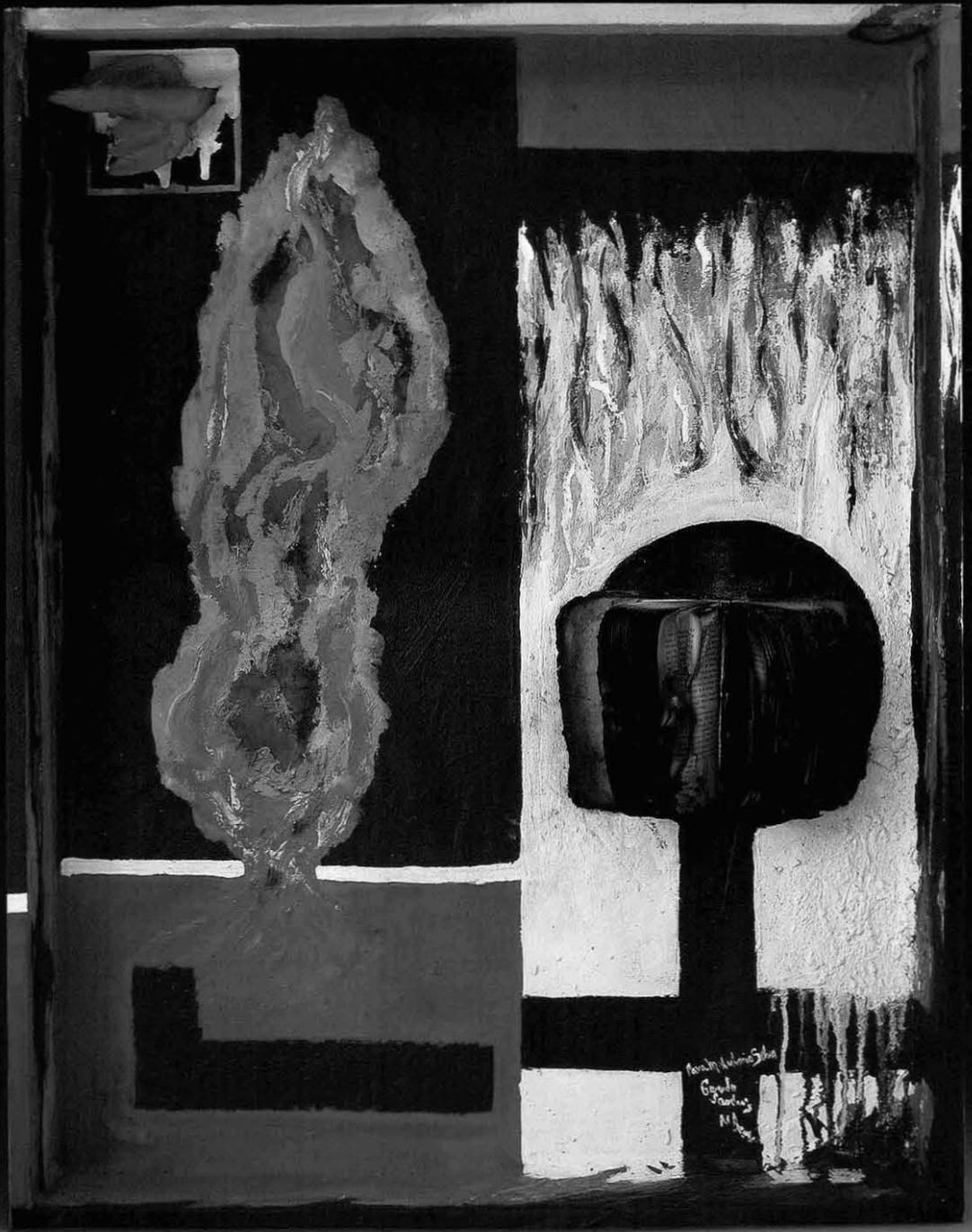
¿Quién no posee un fuego, una muerte, un miedo, algo terrible o innombrable, en la madeja de los sueños, en los otros indescriptibles que nos marcan y habitan? Hay quienes sólo temen a lo que desconocen de sí mismos, y la visión es una llama herida por el viento, de ella surgen estas imágenes y objetos, esos ángeles que caen y se desgranar en osamentas –sombra de nahual, amuleto– porque una voz interna los invoca y les devuelve el alma.

Como sus bailarines-actores, Lázaros que se levantan al escuchar el pulso más secreto de sus cuerpos, los objetos de Gerardo Sánchez transgreden el abismo, bordean sus soledades y llegan a nosotros. Creadores como él han comprendido que la verdadera rebelión consiste en mirar la rosa y la sombra hasta pulverizarse los ojos, hasta quedar ciegos de luz.

Maricruz Jiménez Flores





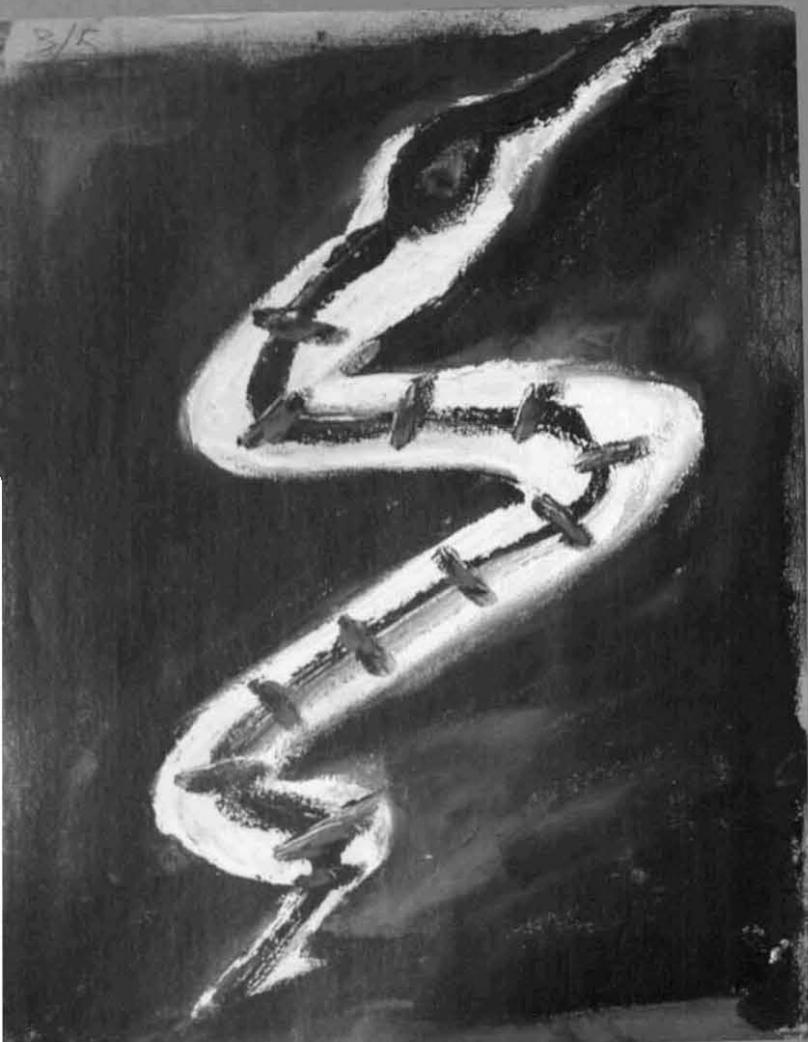


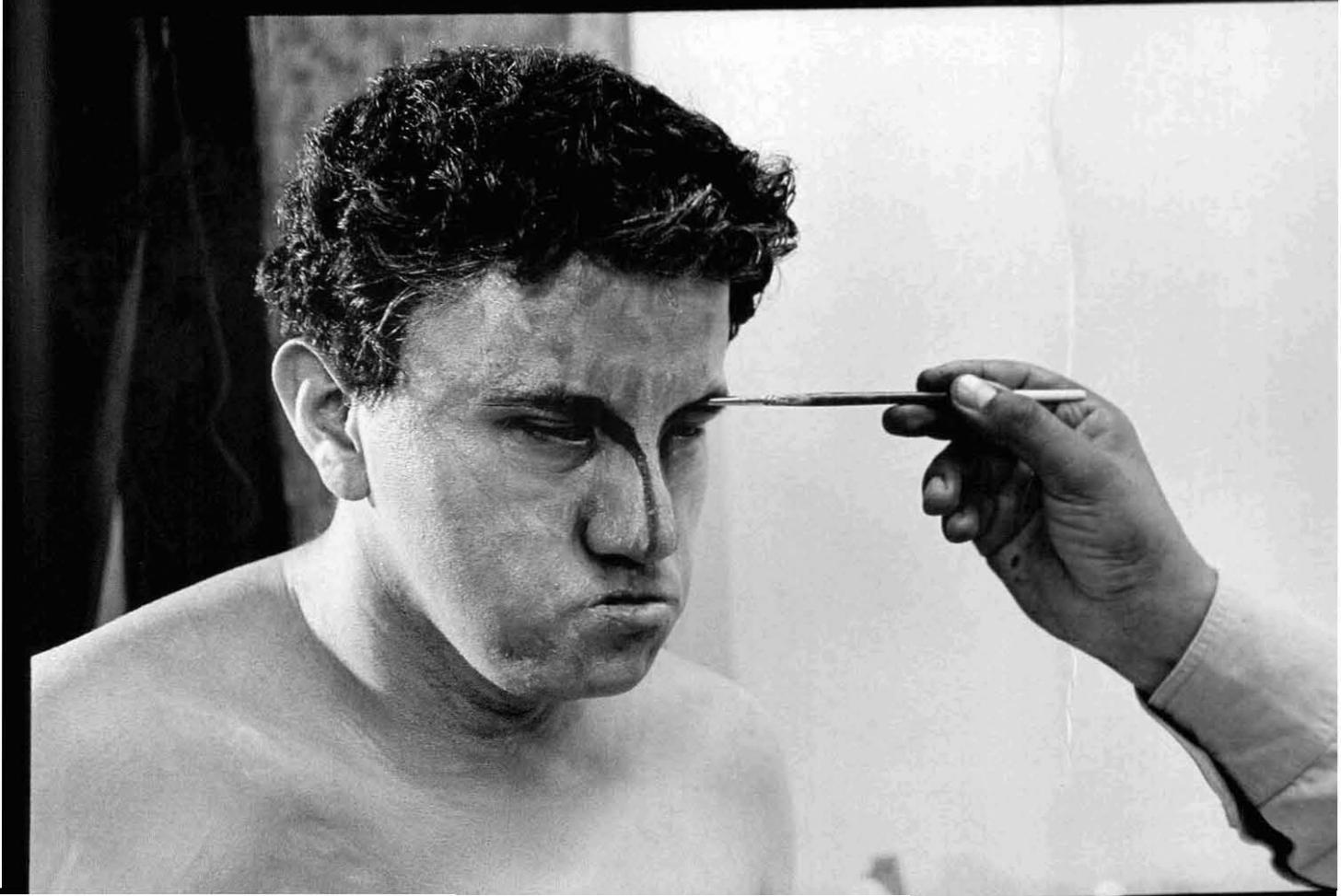
SACTINAS

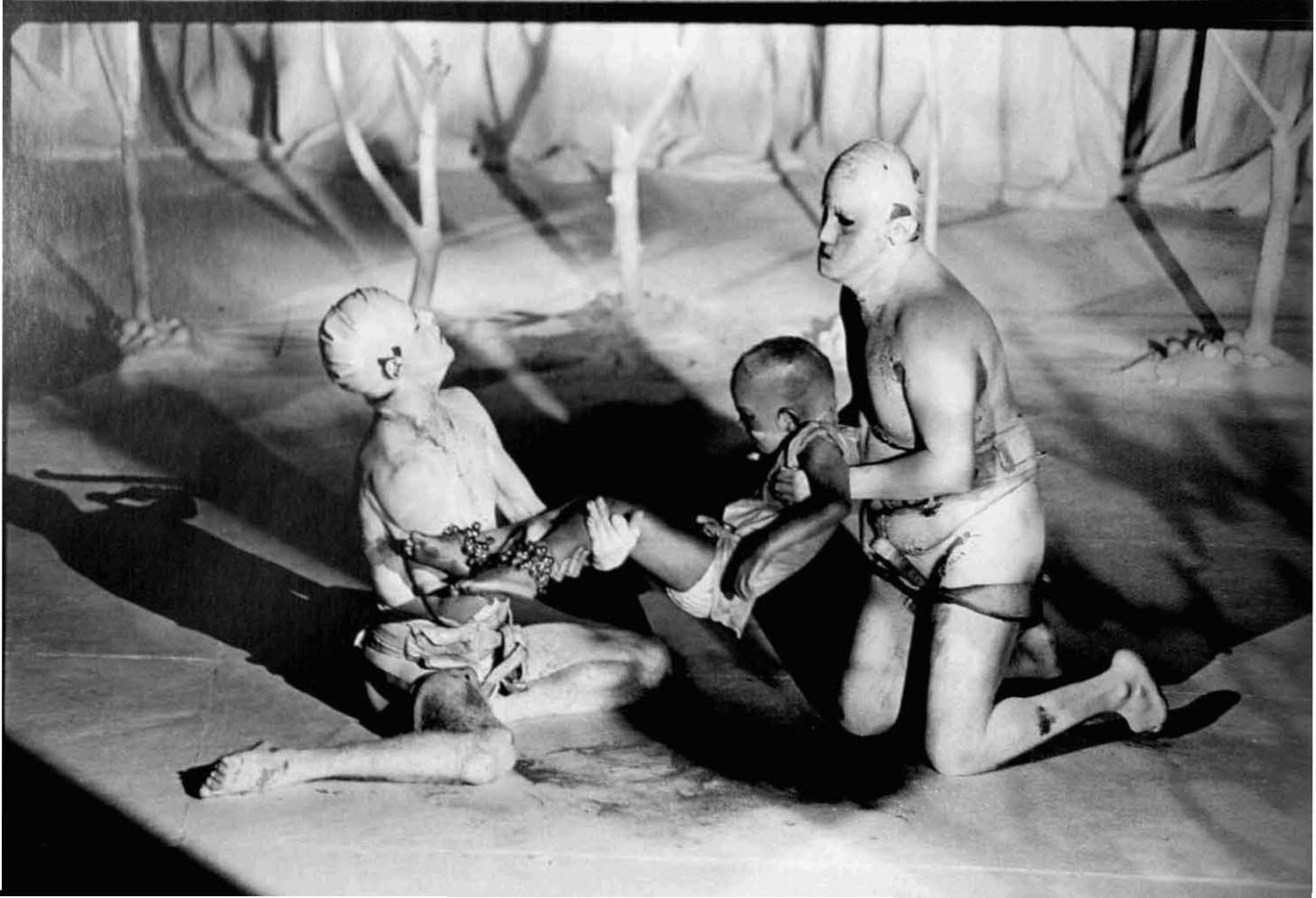


©NTITEATRO
DE LA
MEMORIA
CIDE MEX. NOV. 1994



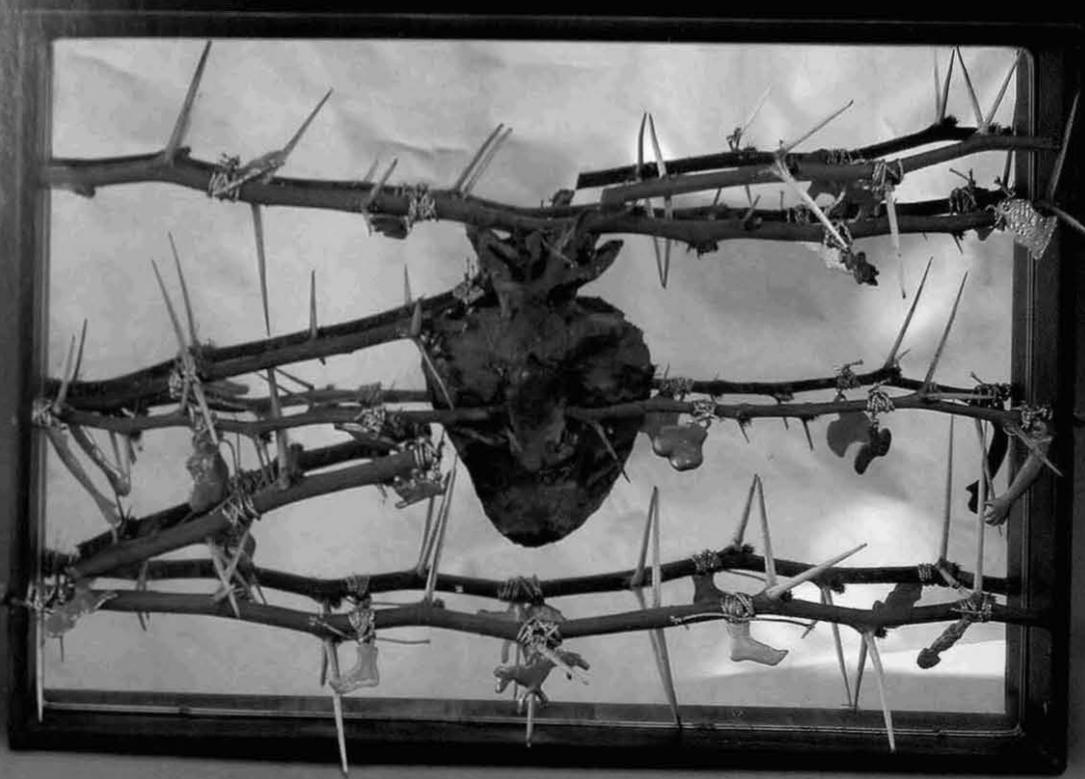












CONTRA LA PARED

Arturo Berroeta*

Las manos unidas con los dedos entrelazados detrás de la nuca, la frente y los codos apoyados en la pared, las piernas abiertas y la punta de los pies separados del muro unos 60 centímetros.

Poco rato antes las seis personas habían estado sentadas en el comedor, conversando y cambiando impresiones sobre los sucesos ocurridos en los últimos días. Ahora, todos en idéntica posición, formando una hilera en el pasillo, esperaban. La orden había sido mantenerse absolutamente inmóviles y a sus espaldas había un soldado con el dedo puesto en el gatillo de la metralleta que garantizaba que la orden sería cumplida.

La patrulla militar había llegado casi a las diez de la noche. Un golpe suave en la puerta, un brusco empujón al entreabrirse ésta y la irrupción de tres soldados con las armas apuntadas contra los presentes:

—¡Allanamiento! ¡Nadie se mueva!

Luego, órdenes rápidas y cortantes:

—Todos acá.

—Las manos en la nuca.

—Cara contra la pared. ¡Camine! ¡Camine!

—No se mueva. ¡Quédese ahí! ¡Afírmese en la pared! ¡Separe las piernas! ¡Así!

Después:

—¿Hay más gente en la casa? ¿Dónde están?

—No, no hay nadie más, sólo nosotros. Pero, dígame de qué...

—¡Silencio! ¡No se muevan!

Los prisioneros no parecían ser una presa de cuidado. Dos muchachos de 12 y 17 años, una muchacha de 18, dos hombres con canas a los 40 y una mujer alta y gorda que habría superado recién la treintena. Había un aire familiar en todos ellos.

Los jóvenes parecían hermanos, se veían tranquilos y obedecían las órdenes con calma y en silencio. Al comienzo, el muchacho mayor había reaccionado con furia.

—¿Qué quieren estos desgraciados? —pero se contuvo al ser reconvenido por su padre y no alcanzó a ser oído por los soldados.

El hombre alto debía de ser el dueño de casa. Era el único que se había permitido hablar para imponer tranquilidad a los demás y decirles que obedecieran las órdenes sin discutir. En cambio, los otros dos, la mujer y el hombre que parecía un poco más joven, estaban claramente alterados: sus ojos, humedecidos y más abiertos que de costumbre, se movían rápidamente de un soldado a otro, desde las caras a las metralletas, de un rincón a otro de la habitación; pero también obedecieron las órdenes y mantuvieron silencio.

Para el esmirriado conscripto que custodiaba a los detenidos, éste era el quinto allanamiento desde el 11 de septiembre. Esos cuatro días habían transcurrido afiebradamente y apenas si habría dormido 20 horas en total. Pero no se sentía cansado. Al contrario, las cápsulas de anfetamina que le daban cada seis horas mantenían sus nervios tan tensos y excitados que se sentía capaz de cualquier cosa por difícil que fuera. Lástima que las malditas pastillas no eliminaban el miedo, ese terror visceral que le había invadido desde que su regimiento recibió la orden, recién el lunes, de trasladarse a la capital. No les dijeron de qué se trataba ni a qué iban, pero ellos sabían lo que vendría y lo que tendrían que hacer. Estaba en el ambiente hacía tiempo y, desde que había renunciado el general Prats, los oficiales y suboficiales no se recataban en hablar contra el gobierno y anunciar que la hora estaba próxima. Por eso, cuando salieron, llegó el miedo y fue creciendo y creciendo desde que empezaron las acciones del martes.

* Escritor chileno. Revista *Universidad de México*, septiembre de 1978, vol. XXXIII, núm. 1

A él no le había correspondido todavía participar en ningún enfrentamiento armado. Hasta ahora, había estado primero haciendo guardia y revisando vehículos en un cruce de calles, y desde el segundo día le ordenaron que integrara esta patrulla a las órdenes del mayor. No conocía previamente a ninguno de sus compañeros y éstos lo trataban con aires de superioridad porque se dieron cuenta de que él era del campo, del sur, y nunca antes había estado en Santiago. Lo llamaron *el Huasito* y en todas las acciones lo encargaban siempre de las tareas más desagradables. Pero sabía que no podía reclamar ni hacer observaciones; ya había tenido un buen ejemplo en el primer allanamiento que hicieron en una población; uno de sus compañeros, que cometió la imprudencia de intentar defender a una mujer a la que un cabo golpeaba salvajemente mientras la interrogaba, recibió como respuesta: "¿Así que sois comunista, desgraciado?", acompañado de un culatazo en la cara y el envío a las mazmorras del cuartel donde sabe Dios qué le esperaba. Eso era lo más claro de todo, quizá lo único que él tenía realmente bien comprendido; había que obedecer sin chistar y cumplir exactamente lo que se le ordenaba. A lo mejor, en una de éstas tenía buena suerte y se le presentaba la oportunidad de agarrar algo, como había visto hacer a otros soldados que ya habían conseguido un par de cámaras fotográficas, una radio a pilas y hasta dinero. Y eso que sólo habían allanado a gente que era hartos más pobre que las de esta casa y de las que, al parecer, vendrían después. Ya se veía volviendo a su pueblo, con cara de héroe, a buscar a la Rosita, llevándole de regalo alguna de esas cosas que se podían coger en las casas de estos marxistas, que habían querido robarse todo y liquidar el país para convertir a los chilenos en esclavos de los rusos y los cubanos, como les había dicho su coronel cuando les habló en la madrugada del martes, antes de que salieran a los operativos.

Después de haber sido colocado contra la pared, con la prohibición de moverse y hablar, el hombre quedó ubicado entre sus hijos y sus primos, prácticamente al centro del grupo. A su lado derecho la mujer y al izquierdo el muchacho menor. A pesar de la posición podía mirarlos de reojo; lo preocupaba la mujer, pues temía una reacción nerviosa que podría ocasionar un desaguisado similar al que había

ocurrido con la pareja que estaba al lado suyo esa misma tarde, cuando fue detenida frente al cerro Santa Lucía para revisión del automóvil por una patrulla de carabineros. Estaban de pie, también con las manos en la nuca, mirando hacia el cerro, de espaldas a la calle y los automóviles. Una revisión de rutina buscando armas o elementos comprometedores, como se hacía en todo Santiago en esos días y que a él ya le había tocado varias veces, la primera el mismo día 11, a las cinco de la tarde, cuando volvía desde el centro hasta su casa. Era cosa de paciencia solamente, pero la mujer empezó a protestar a viva voz, presa de la histeria, y recibió un insulto y un empujón del carabinero que los custodiaba; su acompañante quiso intervenir y obtuvo de inmediato una ración de puntapiés y culatazos que de seguro le quebraron alguna costilla; después, por orden del oficial a cargo, ambos fueron conducidos a empujones y golpes hacia la comisaría ubicada a una cuadra del lugar.

También, girando un poco la cintura, podía ver al soldado que los vigilaba y eso lo inquietó más aún. Flaco y de poca estatura, escasamente le alcanzaba el hombro; sus ojos se notaban extraños por lo dilatado de las pupilas y sus manos aferraban nerviosamente la metralleta, que apuntaba de frente, a la mitad del cuerpo de los detenidos. La figura toda del muchacho, no tendría 20 años, trasuntaba su miedo e inseguridad. Había, también, algo en su actitud que parecía traslucir odio y resentimiento; daba la impresión de que para él sería un placer apretar el gatillo y barrer a las personas que tenía por delante.

El mayor, encargado de la patrulla, había entrado con cuatro hombres más, los que harían el registro, inmediatamente después de que los primeros soldados avisaron que la situación dentro de la casa estaba dominada. La denuncia recibida acusaba la posibilidad de que hubiera un depósito de armas y aseguraba que se habían visto movimientos extraños el día 12 de septiembre en esa casa. Advertía, además, que se trataba de gente peligrosa cuyas actividades habían sido cuidadosamente vigiladas desde hacía más de un año por los cuadros de Patria y Libertad de la manzana, los que habían detectado allí un gran número de reuniones y actos sospechosos. Por esta razón se había preocupado de tomar

las debidas precauciones. Los tres jeeps que transportaban a sus 20 hombres habían llegado silenciosamente; hizo montar dos ametralladoras en el frente de la casa y distribuyó a los soldados en los lugares que consideró estratégicos para el caso de que se presentara alguna resistencia. Sin embargo, por el barrio en que estaban, no creyó que la denuncia fuera efectiva y pensó desde un comienzo que se trataba de un trabajo inútil, tan inútil como habían sido hasta ahora todos los allanamientos que había realizado.

Él no era oficial de carrera. Perteneció a las filas del ejército pero se había acogido a retiro cuando tenía el grado de teniente, buscando mejorar su situación económica. De eso hacía casi 25 años. Se había casado, siendo teniente, con la hija de un industrial acaudalado y ahora, y desde entonces, había trabajado en los negocios de su suegro desempeñando funciones llamadas "de confianza" que, él lo sabía muy bien, no eran otra cosa que el subterfugio digno con el cual se le aseguraba un nivel de ingreso para su familia que correspondiera con las exigencias del medio social en que se desenvolvían. Por eso, nunca se despegó totalmente de la vida militar y muchas veces se sintió arrepentido de haber dejado esa profesión en que él valía por sí mismo. Había seguido como oficial de la reserva, vestía el uniforme en algunas ocasiones, cuando había celebraciones solemnes y, más que nada, frecuentaba regularmente los casinos de oficiales para convivir con sus ex compañeros de armas. Ahora se había presentado su oportunidad. Sus camaradas sabían lo que él pensaba de la UP y de los comunistas; muchas veces lo hablaron, al principio ocultamente en reuniones privadas, después, al final, abiertamente en los casinos y en todas partes.

Cuando llegó la hora lo llamaron y él no había fallado. Sólo lamentaba no tener más que el grado de mayor y que por ese motivo lo hubieran destina-

do a estos menesteres secundarios. Si hubiera seguido la carrera regular sería coronel y estaría en la antesala del generalato. Y ahora sí que un alto grado militar tendría la importancia social y económica que le correspondía; ya no podría cualquier civil baboso mirar en menos a un oficial de las fuerzas armadas de la república. Ya vería el viejo cabrón de su suegro quién le hacía favores a quién y cuál de los dos era más importante.

El mayor participó en el primer registro. Se hizo rápidamente, más que nada para buscar si había alguien escondido y determinar si existía algún lugar que ameritara una revisión a fondo. Después se instaló en el comedor para proceder al interrogatorio de los detenidos. El registro más minucioso quedaría a cargo del sargento y sus hombres, pero esta vez el interrogatorio lo haría el personalmente. No quería que se repitieran las escenas que tuvo que presenciar en los allanamientos hechos en las poblaciones marginales y en los barrios pobres. Cierto que ésta no era, indudablemente, una casa de gente de gran posición; había de todo, pero los muebles eran modestos; no se veía equipo estereofónico, el automóvil estacionado en el jardín era un modelo con más de diez años de antigüedad y la despensa estaba casi vacía. En cambio, en el pasillo de los dormitorios había una estantería de seis metros de largo por dos de alto llena de libros que aún no habían tenido tiempo de revisar. Con gente así había que andarse con cuidado; no tenía otros antecedentes que la denuncia y las primeras observaciones discretas y podía muy bien ocurrir que éstos tuvieran relaciones o contactos que hicieran pagar de alguna manera los abusos excesivos.

Ya había tenido cuidado de advertir a sus hombres que en estos allanamientos en el barrio alto (todavía habría dos más para ellos esa noche) tendrían que actuar de otra manera; no podrían llegar dando golpes y patadas, ni botando las puertas a





empujones, ni reventando colchones con las bayonetas, ni rompiendo los muebles a culatazos; tampoco deberían manosear a las mujeres ni rasgarles la ropa. Eso estaba bien para tratar el rotaje y hacerlos agarrar miedo, pero acá había que evitarlo.

En cambio, al *Huasito* le parecía que la casa no era modesta. Encontraba que no era muy grande, pero había lámparas, una alfombra entre los sillones del *living*, un comedor aparte y afuera, en el jardín, un automóvil de ésos que él nunca llegaría a tener. Además, todo estaba encerado y había cortinas.

Así vivían éstos de la UP —reflexionó—. Y después le decían a la gente que había que repartir las cosas, que todos eran iguales y otro montón de huevadas que hacían que los pobres se sintieran macanudos y que en poco tiempo tendrían de todo.

Y la gorda, ¿cómo se sentiría si le metiera el cañón de la metralleta por el culo? El tremendo grito que largaría, o a lo mejor se sentiría feliz y acababa de puro gusto.

Pensó que el mayor la había cagado cuando ordenó que tratara bien a estos huevones. Por la forma como lo miró el tonto grande cuando le mandó que se pusiera contra la pared y abriera las piernas, con gusto le habría dado una patada en las pelotas, a ver si no se le quitaba lo sobrador.

La que no estaba nadita de mal era la chiquillona; seguro que los guardias del cuartel estarían felices si se la llevaban como prisionera. Ellos se habían afilado a casi todas las que habían caído por allá y nadie les decía nada. Ayer le habían contado que una cabrita de 15 años se les murió después de que le habían pasado como diez por encima; es que tuvieron que pegarle para que se dejara y se les pasó la mano.

El hombre ya se estaba sintiendo cansado. Aparte de la sensación de estar totalmente indefenso, la posición no era incómoda al principio, pero después

de media hora se hacía molesta y, transcurrida una hora completa, ya comenzaba a dolerle la espalda y se hacía sentir su exceso de peso; las piernas cansadas le cosquilleaban, empezando a insinuar los primeros calambres.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido? Oía a los soldados moverse en el interior de la casa, remover los tablones que estaban apilados en el patio, entrar a los dormitorios, abrir cajones y armarios. Sabía que no encontrarían armas sencillamente porque no las había en la casa. La pistola *Luger*, con su triste cargamento de cuatro balas, estaba enterrada bajo el parrón y tendrían que ser brujos para hallarla. Pensó que podrían robarle algunas cosas, pero eso no le preocupaba mayormente; total, no había nada muy valioso y no tenía dinero en casa en ese momento.

Mientras tanto el mayor había comenzado su interrogatorio en el comedor. El conscripto iba ordenando quién debía pasar, el oficial los interrogaba, los devolvía y pasaba el siguiente. Empezaron por los muchachos, del menor al mayor. Luego tocaba el turno a la mujer.

Un golpe nada suave dado en el antebrazo con el caño de la metralleta:

—A ver, usted, camine.

—¡No me golpee! ¡Qué se ha imaginado!

—Ya, cálese y muévase. ¡Rápido! —la voz del conscripto, queriendo ser enérgica y decidida.

La mujer, con las manos siempre en la nuca, caminó hacia el comedor.

Ante el golpe dado a la mujer, el hombre giró rápidamente el torso, sin mover las piernas ni bajar los brazos, y se quedó mirando fijamente al conscripto. La furia lo invadía, pero se dominó porque sabía que toda acción o palabra no sólo resultaba inútil, sino que echaría a perder aún más las cosas. Si el oficial o los soldados persistían en su intento de encontrar lo que no había, tendrían lugar

escenas muy desagradables. A pesar de que el comedor distaba sólo unos pocos metros, percibía nada más que un murmullo indescifrable de lo que hablaba el oficial y las respuestas que recibía. No había tenido la precaución de conversar con sus muchachos acerca de cómo proceder en caso de allanamiento, aunque no lo había tomado de sorpresa y casi lo esperaba. Temía que uno de los dos mayores, en un momento de impaciencia o por altivez, hubiera reconocido ser militante de la Jota.

Reflexionó sobre lo que tendría que hacer si querían llevarse preso a alguno. ¿Ofrecerse a cambio? No resultaría. Si intentaban llevarse a la hija tendría que hacer cualquier cosa, porque se imaginaba lo que le ocurriría en un cuartel de regimiento o en los lugares de detención. Pensó en recurrir incluso a la amenaza personal para presionar al oficial. Si era cobarde podría dar un buen resultado.

Sabía que sería el último en ser interrogado y empezó a pensar acerca de qué actitud adoptar. Luego desistió. Habría que ver primero lo que pretendería el oficial. En todo caso, lo importante era mantener la calma.

La mujer regresaba, temblorosa y llena de agitación. Se oyó la voz del oficial:

—Soldado. Permítale a la señora que se siente.

—A la orden, mi mayor. Señora, pase a sentarse.

Era el turno del marido. Ahora el diálogo fue más largo y animado.

El hombre, siempre con la frente apoyada en la pared, lograba ahora recoger algunas palabras sueltas, deshilvanadas, pero no le era difícil imaginar las explicaciones que su primo ofrecía al mayor y que corroborarían las que seguramente había hecho su mujer y habían obtenido el mejoramiento de trato dado a ella por orden del oficial:

—Que él no era de la UP ni lo había sido nunca. Todo lo contrario. Él era comerciante y vivía en Villa Alemana; había venido a Santiago a saber de sus hermanos y su familia porque en su pueblo se decía que en la capital había habido una lucha terrible con muchos muertos y heridos. Que él estaba de acuerdo con la intervención de las fuerzas armadas porque no quería perder lo que tanto trabajo le había costado juntar. Que había apoyado la huelga de los camioneros (de seguro mostraría recibos de su contribución financiera a la huelga). Que ojalá la

intervención de las fuerzas armadas hubiera sido antes para evitar que los marxistas hubieran llegado a los extremos peligrosos a que se llegó. Que él sabía que ahora volverían a imperar el orden y la disciplina que en el país se necesitaban...

El hombre sintió asco. Luego le tocaría a él. Esperaba que su pariente no lo hubiera comprometido en sus declaraciones.

—Usted, camine. No baje las manos.

Se movió pausadamente, mirando de soslayo al conscripto. Adivinaba en él el deseo de empujarlo, de hundirle la culata de la metralleta por las costillas; ello, junto con ese temor indifrazable que reflejaban sus ojos.

Llegó al comedor. Allí, sentado, el mayor, con su pistola sobre la mesa y un libro en la mano: *Corvalán, 27 horas*, una larga entrevista periodística que se había publicado hacía ya tiempo y en la que el jefe de los comunistas explicaba la posición de su partido en el proceso chileno.

Durante un momento se sintió ridículo y molesto. Luego, bajó lentamente los brazos, recorrió el cierre de su chaleco, lo abrió y dijo:

—Vea, oficial. Estoy desarmado. Tampoco voy a correr el riesgo de que se arme una balacera estando mis hijos presentes. Además, ya estoy cansado. Me parece innecesario que deba estar con los brazos en alto.

—Está bien. Baje los brazos.

—Supongo que estando en mi casa y en mi comedor, podrá usted permitir también que me siente.

—No. Permanezca de pie... y no hable mientras yo no le pregunte. ¿Entiende?

Se miraron en silencio. Ambos preguntándose cómo se desarrollaría el interrogatorio y cuál sería la mejor forma de abordarlo.

El aspecto calmado y casi displicente del hombre desconcertaba al oficial. La propia actitud de los muchachos en el interrogatorio, sin dejarse amilanar, con respuestas rápidas y sin contradicciones, le habían inspirado respeto. Algo parecido podía esperarse del padre de ellos.

Además, él no era experto en interrogatorios. Como solamente había sido oficial de la reserva, no tuvo la posibilidad de aprovechar las ventajas del Pacto de Ayuda Militar establecido con Estados Unidos

ni había asistido a los cursos de entrenamiento que los yanquis daban en sus bases de la Zona del Canal a los militares latinoamericanos. Allí se aprendía hasta a hacer cantar a los muertos, usando desde estrategias psicológicas hasta drogas especiales o apremio físico, vulgo torturas.

Esa falta de entrenamiento hacía que se le oprimiera el estómago cuando su tropa golpeaba y abusaba de la gente en los allanamientos hechos en las casas humildes. Una cara llena de sangre, o un cuerpo doblado y quejumbroso por los golpes en el vientre o en los testículos, casi copaban su capacidad de aguante. Había sentido deseos de vomitar, sobre todo la primera vez, pero ya notaba que de a poco se iba acostumbrando. En el allanamiento de esa tarde, en el barrio de San Miguel, había visto casi con frialdad cómo lo quebraban los dedos de las manos a uno que negaba estar relacionado con los Palestros y que después confesó que había sido chofer de la municipalidad, aunque siguió negando saber cosa alguna sobre depósitos de armas u hospitales clandestinos. En fin, la orden recibida había sido emplear el máximo de brutalidad para que a los afectados no les quedaran ganas de volver a meterse en política para el resto de su vida.

Él también, por supuesto, se daba cuenta de que la dureza era indispensable para tratar a estos marxistas. ¿No habían querido tomarse el poder y establecer la dictadura del proletariado? ¿No estaban preparando el camino para hacer una degollina con los oficiales de las fuerzas armadas y después liquidar a la capa más valiosa de la sociedad chilena para establecer un gobierno de ignorantes y ambiciosos, dependientes y esclavizados por el comunismo internacional? Éste, que estaba parado frente a él, ¿no ocultaría tras su semblante inexpresivo uno de los cerebros del crimen que se estaba gestando y que tan oportunamente había sido impedido por la acción decidida e implacable de las fuerzas armadas? Pero no, si hubiera sido un dirigente de alguna importancia entre los marxistas no habría sido posible sorprenderlo tan fácilmente en su propia casa; seguramente se habría ocultado o refugiado en alguna embajada.

Decidió hacer un interrogatorio normal, hablando como con confianza, y modificar su actitud según se fuera presentando el caso. Le mostró el libro de Corvalán:

—¿Ve usted? Éstas son las cosas que envenenan al país y que nosotros no quisiéramos encontrar. Usted es comunista. ¿Verdad?

Por ahí iba el asunto. El hombre casi sonrió al recordar que le había dado largas vueltas a eso de quemar los libros que podían ser comprometedores, como se estaba haciendo en muchas casas en Santiago desde que se mostró por televisión la hoguera de libros hecha por los soldados durante el allanamiento en los edificios de departamentos ubicados frente a la Alameda. Recordó la rabia y la repulsión que le habían producido esas escenas y cómo, conversando con sus hijos, habían decidido no quemar ni hacer desaparecer ningún libro. Miró al oficial y respondió:

—Si usted revisa mi biblioteca va a encontrar toda clase de libros. También está allí uno que escribió Onofre Jarpa, lo que no significa que yo sea miembro del Partido Nacional. Así, el que haya usted encontrado el libro de Corvalán no tiene por qué significar que yo sea comunista.

La respuesta era lógica. El mayor decidió cambiar el tema y mostrarse al mismo tiempo más duro:

—Su carnet dice que usted es empleado. Cuénteme dónde trabaja y qué hace.

—Soy funcionario del Ministerio de la Vivienda, trabajo como ingeniero.

—¿Desde cuándo está ahí?

—Ingresé en 1967.

El oficial lo miró sorprendido. Eso era en tiempo de Frei. Pensó en probar de intimidarlo un poco:

—Tenga cuidado con lo que dice. Si me cuenta mentiras puedo comprobarlas y le costaría caro. Ya sabe a lo que me refiero.

Se encogió de hombros:

—Puede usted comprobar lo que le parezca. No necesito mentir.

—¿Qué armas tiene en esta casa?

—No tengo armas. Salvo que usted quiera llamar armas a un cuchillo de monte que hay en alguna parte y que ni siquiera sé dónde se encuentra.

—El miércoles pasado, durante el toque de queda, su hijo estuvo acarreando materiales en una carretilla. ¿Qué era lo que llevaba?

—Supongo que ya le preguntó a él. Era madera, la misma que está apilada en el patio de atrás, como habrán podido ustedes comprobar.

El interrogatorio siguió por unos momentos. Que cuántos vivían en la casa; que si la casa era propia y desde cuándo la tenía; que si conocía a éste o este otro personaje. Ya se notaba que era sólo rutina y que las preguntas estaban formuladas sin mayor interés.

Al rato, en la puerta a sus espaldas apareció un soldado e hizo una seña al oficial. Éste se levantó, recogió su pistola y la enganchó en su cinturón. Luego habló en alta voz, para el concripto:

—Soldado, deje libres a los prisioneros.

Y enseguida, dirigiéndose al hombre:

—Venga conmigo, quiero hablarle a todos ustedes, pero antes vaya con este soldado y abra las puertas de su automóvil para revisión.

El hombre salió al antejardín, acompañado del sargento, y vio extrañada los grupos de soldados que estaban afuera fumando, conversando, desmontando las ametralladoras y preparándose para partir. Abrió las puertas del coche y volvió a entrar.

El mayor había reunido a la familia en el *living*, se había puesto frente a ellos con tres soldados a su espalda y se aprestaba a iniciar una especie de discurso. En ese momento, el menor de los muchachos habló precipitadamente:

—Papá, mire lo que llevan ahí.

Uno de los soldados iba saliendo con el proyector de diapositivas en la mano. Al verse sorprendido se detuvo y miró al oficial. Éste habló severamente al muchacho:

—No te preocupes, nosotros buscamos armas, no andamos en tren de robo. Eso lo llevan afuera para examinarlo y te lo devolverán enseguida.

Después empezó con su alocución:

—Hemos hecho este allanamiento porque recibimos una denuncia responsable y, por suerte, hemos comprobado que no era efectiva. Deben ustedes comprender que estas cosas, aunque ingratas, son

necesarias en los difíciles momentos que vive nuestro país y que han obligado a la patriótica intervención de las fuerzas armadas.

Siguió hablando por un rato —de la patria, del marxismo, de la libertad, del destino de Chile, de la posición patriótica y democrática de los altos mandos de las fuerzas armadas.

El hombre lo miraba en silencio y con curiosidad. ¿Creería él mismo en lo que estaba diciendo? Esa fraseología reaccionaria y hueca pertenecía a otra época que, de súbito, se había transformado de preterita en presente traída a la actualidad por esos hombres de uniformes grises y cascos de acero, armados, educados y adiestrados por otros hombres que representaban la filosofía de dominio de la potencia imperial. El aire de arrogancia del oficial, sus palabras y gestos decididos, sus modales autoritarios, no lograban ocultar que tras ellos no había otra cosa que una mentalidad simple, llena de prejuicios formados con eslóganes baratos; que era y seguiría siendo un dócil instrumento en manos de los grandes e inescrupulosos intereses que les habían lanzado canallesamente a declarar la guerra a su propio pueblo, a darle un baño de sangre a su país, en nombre de la defensa de una democracia que ellos mismos estaban destruyendo desde sus cimientos. Se estremeció al pensar en lo que le esperaba a ese pueblo, que había vivido durante tres años un sueño de liberación y de justicia, bajo el dominio sin contrapeso de los que buscarían una cruel revancha protegidos por estas marionetas en uniforme de combate.

El discurso llegaba a su término:

—...esperamos que todas estas dificultades terminen pronto y que el país pueda volver a la normalidad una vez que haya desaparecido el peligro marxista que pudo llevarnos a un profundo abismo.



Por último, habló dirigiéndose al muchacho menor:

—Ya te trajeron tu máquina. Anda a ver dónde te la dejaron.

—No, no es necesario. Le creo.

—Sí, anda inmediatamente y me vienes a informar.

El muchacho fue y volvió:

—Allí está.

—¿Ves? No debes ser tan desconfiado y tienes que acostumbrarte a respetar a los soldados de la patria. Buenas noches, señores.

Sólo dos respuestas, los primos:

—Buenas noches, oficial.

Eran ya pasadas las 12 de la noche. Se escuchó el ruido de los motores de los *jeeps* en que el mayor y su patrulla se retiraban. Los nervios tensos de los allanados empezaban a distenderse y varios hablaban al mismo tiempo.

El hombre se dirigió a la despensa, sacó la única botella de vino que allí había, pidió vasos para todos y dijo, mientras servía el contenido de la botella:

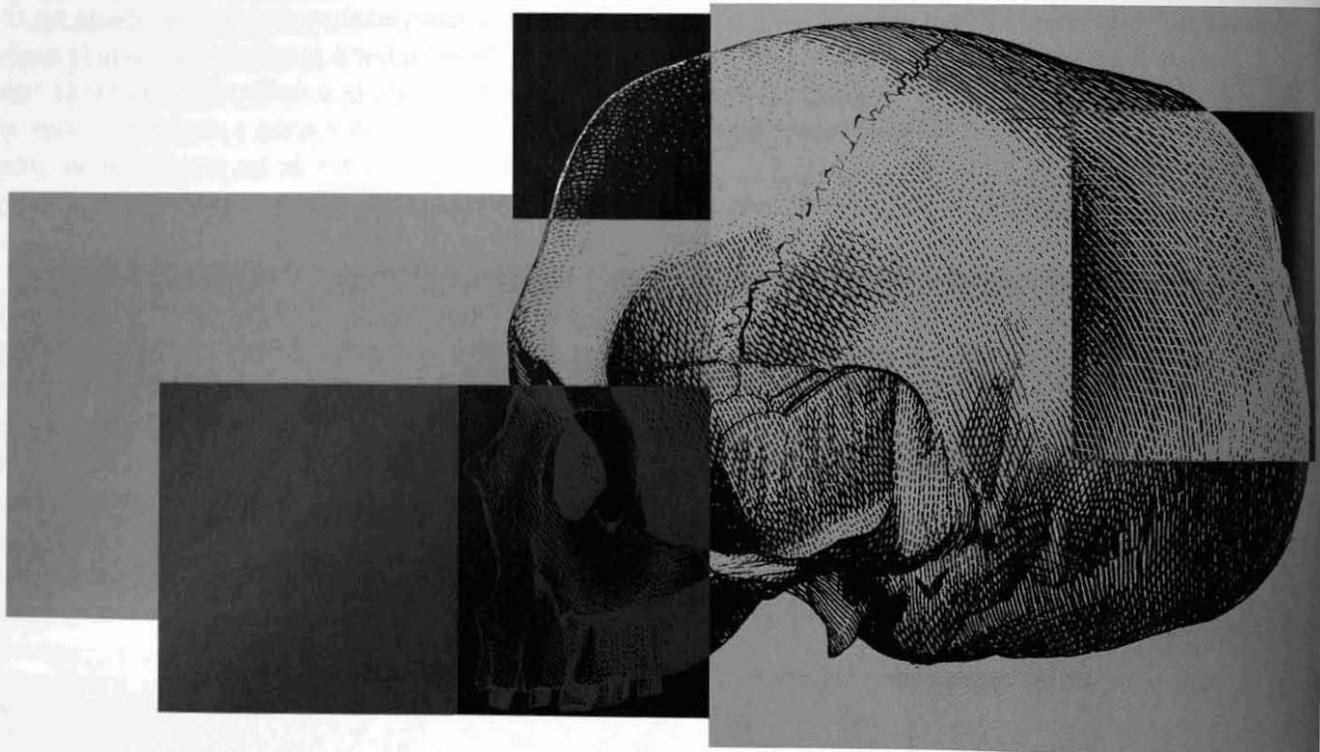
—Vamos a brindar por los soldados de la patria.

Los muchachos y los primos lo miraron sorprendidos. Sonrió con amargura y por su mente cruzó el recuerdo del cadáver de un joven que había visto el día anterior en una calle del centro, tirado en el suelo y semicubierto con periódicos. Levantó su vaso y brindó:

—¡Porque todos estos fascistas traidores y asesinos se vayan a la concha de su madre! ¡Salud!

Los vasos se levantaron y se vaciaron al seco. También los primos.

De lejos llegaba intermitentemente, como seguiría llegando por mucho tiempo, el ruido aterrador con que se desgranaban en la noche las balas de las ametralladoras. ●

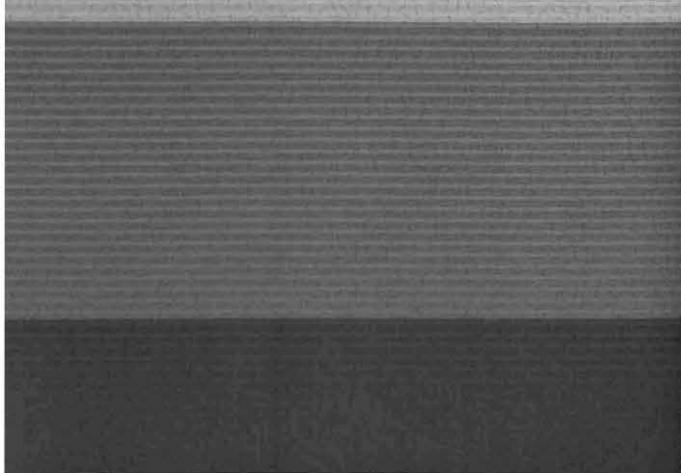


UNAM

450 AÑOS

Clara Inés Ramírez González
Armando Pavón Romero
Margo Glantz
Enrique González González





450 AÑOS EN UN DÍA

Celebración universitaria por los 450 años de cursos universitarios en México

Clara Inés Ramírez González *
Armando Pavón Romero **

El 3 de junio de 2003 celebramos 450 años del inicio de los cursos universitarios en México. Quisimos salvar del olvido esa efeméride, ya un día similar, pero de 1553, comenzó a funcionar el salón de clase, con todo lo que dentro de él acontece. Se inauguraron, por ejemplo, las relaciones entre maestros y alumnos o las camaraderías entre compañeros, pero, sobre todo, comenzó a crearse un espacio propicio para la transmisión del conocimiento.

Aquel día, el humanista Francisco Cervantes de Salazar dio inicio a las actividades de la Real Universidad de México con una oración de retórica. Se trataba de un personaje excepcional, un intelectual capaz de cruzar el Atlántico para participar en la empresa colonizadora.

Otros universitarios, también arraigados en la Nueva España, asumieron las demás cátedras. Eran hombres destacados en las letras y en el gobierno de la nueva sociedad, como fray Alonso de la Veracruz, fundador de la enseñanza de la filosofía en México y como tal, antecedente de la Facultad de Filosofía y Letras.

Desde entonces, y a lo largo de las diferentes etapas de nuestra historia, la universidad ha sido piedra angular de la sociedad, posibilitando el desarrollo de una cultura propia.

Quisimos recordar esta fecha con una ceremonia universitaria que evoque el formato de un acto académico de la antigua universidad, por lo que buscamos un tránsito armonioso entre la lección magistral y la fiesta pública.

Una de las funciones de cualquier ceremonia es la de señalar un papel y un lugar social a los actores involucrados. Por ello, a los actos académicos de la Real Universidad de México eran invitados destacados personajes de la Nueva España estableciendo así el primer vínculo simbólico entre la academia y la sociedad. Por una parte era la universidad la que mostraba su ciencia y era el virrey, con su presencia, quien hacía un reconocimiento de ese saber.

Los actos académicos, sin embargo, incluían otros elementos de expresión y afirmación de los propios universitarios entre sí y de ellos con el resto de la sociedad. Quizá la ceremonia más característica de la universidad virreinal era la que se celebraba para conceder el grado de doctor. En estos casos, el paseo académico era una parte fundamental del acto: antes y después del grado, el doctorando recorría la ciudad acompañado por los otros doctores y por diferentes personalidades de la vida colonial.

El paseo era anunciado por bedeles, quienes lo encabezaban y los músicos hacían la comparsa. Normalmente se realizaba un primer desfile la tarde anterior al acto, luego se repetía por la mañana, cuando el doctorando se dirigía hacia la cátedra y una vez más después de la lección. El tema a abordar se publicaba en lugares importantes de la ciudad, como la catedral, el palacio virreinal y las puertas de la propia universidad. El acto académico era antecedido de una misa que se realizaba dentro de la catedral metropolitana, en cuyo interior también se llevaba a cabo la lección.

Por último, una fiesta daba fin al acto público. Durante los primeros años del siglo XVI, en cumplimiento de una tradición medieval, el doctorando ofrecía una corrida de toros y una cena.

Con estos agasajos el recién graduado agradecía a los universitarios el haberlo aceptado en su seno e informaba a la sociedad que en adelante él debería recibir el trato concedido a los doctores. Los invitados, por su parte, eran los representantes de la sociedad que daban testimonio de la noticia, de la dignidad del nuevo graduado.

La lección académica era la expresión del saber universitario y la fiesta era la publicación de ese saber. Por tanto, 450 años después del inicio de cursos hemos querido celebrar este acontecimiento mediante los dos elementos característicos de los actos académicos de aquella primera universidad: la lección y la fiesta.

Así pues, el pasado martes 3 de junio de 2003, bajo nuestra coordinación, la Facultad de Filosofía y Letras, con el apoyo de la Secretaría de Servicios a la Comunidad Universitaria, la Coordinación de Humanidades y la Coordinación de Difusión Cultural, ofreció una relección

* Doctora por la Universidad de Salamanca. Investigadora del CESU y profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

** Doctor por la Universidad de Valencia. Investigador del CESU y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

inaugural a cargo de la Dra. Margo Glantz, profesora emérita de la facultad, y una conferencia sobre historia de la universidad, a cargo del Dr. Enrique González González, investigador del Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU).

Después de ambas exposiciones organizamos un paseo en el que los universitarios fuimos acompañados por músicos y gente de teatro, evocando los desfiles académicos de la antigua universidad, y nos trasladamos hacia el lado este de "las Islas", donde tuvo lugar la fiesta pública. 450 años después era necesario reformular los elementos de la celebración, pues ni la corrida de toros ni la cena parecían pertinentes en el *campus* universitario. Propusimos, entonces, una representación teatral a cargo de la Liga Mexicana de Improvisación.

Se dispusieron tres escenarios para representar tres momentos de la vida universitaria: la universidad en 1553, la universidad de hoy y la universidad dentro de 450 años, en el 2453.

Los tres tiempos fueron también el tema del concurso "900 años de universidad", en el que participaron más de 100 estudiantes universitarios en sus diferentes niveles, a saber, bachillerato, licenciatura y posgrado. Los escritos de todos los participantes quedan como memoria del imaginario estudiantil del 2003. Han servido, junto con las investigaciones históricas realizadas en el CESU, como punto de partida para las improvisaciones teatrales.

Si antes hemos dicho que entre las funciones de cualquier ceremonia está la de señalar un papel y un lugar social a los actores involucrados, también debemos recordar que el registro de estas celebraciones forma parte de una larga tradición académica, baste recordar el *Triunfo Parténico...* de Carlos de Sigüenza y Góngora.

Este aniversario tiene, sin duda, un valor simbólico, porque establece el puente entre la universidad antigua y la moderna, ambas, las máximas empresas culturales de su tiempo. ◀



RELECCIÓN, 3 DE JUNIO, 2003

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Margo Glantz *

Hoy conmemoramos la apertura de la Real Universidad de México, cuya lección inaugural fue pronunciada por el célebre humanista toledano Francisco Cervantes de Salazar, exactamente hace 450 años, el día 3 de junio de 1553.

Y es con gran consternación que lo hago, primero, porque mi intervención se intitula Relección, vocablo que, he de confesar, no me era demasiado familiar, aunque lo hubiese visto alguna vez, sobre todo en relación con fray Alonso de la Veracruz, cuya estatua estaba colocada en el centro del patio de Mascarones, la mansión colonial donde hasta 1954 estuvo albergada nuestra Facultad y que ahora se encuentra en uno de los jardines interiores de este edificio, ahora llamado Rosario Castellanos, sí, ese mismo fray Alonso, quien muy probablemente en 1535 escuchara a su maestro y amigo, el teólogo y jurista Francisco de Vitoria, pronunciar en la Universidad de Salamanca su famosa relección intitulada, "De aquello a que está obligado el que llega al uso de razón".

Y con todo, no estaba muy segura de lo que quería decir exactamente esa palabra, pero sí creo haber llegado imperfectamente al uso de razón. Por ello, antes de comenzar a escribir este texto me acerqué a varios diccionarios, empezando por el *Tesoro de la Lengua Castellana* de Sebastián de Covarrubias, publicado en España en 1611, el primero con el que contamos en nuestra lengua; luego el de Autoridades, publicado en 1713, y, por último, los diccionarios de la Real Academia y el etimológico de Corominas donde dicha palabra brilla por su ausencia. Tuve más éxito, sin embargo, consultando un diccionario Latino-español de Balbuena, con prólogo del Padre Martínez López, publicado en París en 1851-; allí encontré consignadas la voz *relegere* y sus variantes *relego*, *relegis*, *relegi*, *relectum*: según Cicerón quiere decir volver a leer o leer por segunda vez; según Juvenal, simplemente leer; según Ovidio y Horacio volver a revisar; según Horacio, otra vez, recoger, amontonar, agregar, y finalmente según

Papinius Staius, volver a pasar por el mismo camino, volver a tomar la misma dirección, recorrer de nuevo el mismo lugar. Creo que todas esas acepciones convienen en este caso, en este momento en que intentamos volver a transitar por la historia de aquel camino azaroso, lejano origen de nuestra Máxima Casa de Estudios, aunque simplemente la palabra también quiera decir que hay que repetir una lección.

II

Sí, efectivamente, un camino azaroso, pues las discusiones en torno a la conveniencia de crear una universidad en México se prolongaron durante casi quince años, de 1536 a septiembre de 1551, año en que se expidió la Real Cédula que instituyó lo que habría de ser el centro de enseñanza superior más importante de nuestro país, antecedente de lo que ahora conocemos como la Universidad Nacional Autónoma de México. Y uno de estos azares es precisamente el hecho de que la plática inaugural, la de ese 3 de junio de 1553, supongo que también llamada Relección, haya sido encomendada a un distinguido letrado, un erudito profesor, quien, además de ser rector en dos ocasiones de la Real Universidad, fue autor de los célebres diálogos latinos al estilo de los de Luis Vives donde se nos explica didáctica, elegante y precisamente lo que fue esa universidad al año siguiente de fundada, además de describirnos con amor y admiración cómo eran en 1554 la ciudad de México y sus alrededores para, finalmente, hacer de sí mismo un encendido elogio: Cervantes de Salazar, explica Suazo, uno de los interlocutores del diálogo en donde se describe la ciudad de México, es "un profesor que, en cuanto puede, procura que los jóvenes mexicanos salgan eruditos y elocuentes, para que nuestra ilustre tierra no quede en la oscuridad por falta de escritores de que hasta ahora había carecido". Y reitero, es un azar feliz —porque también hay azares felices—, pues el hecho de que haya sido un letrado quien hubiese leído ese discurso inaugural nos confirma el amplio legado humanístico que nuestra universidad siempre ha trabajado, reelaborado y perseguido, a pesar de los duros embates a los que se ha visto expuesta, y a los que seguirá estando

* Profesora emérita de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

expuesta por desgracia y también por fortuna, porque son ellos los que nos permiten renovarnos y a la vez recrear a manera de reelección aquello de lo que podemos enorgullecernos.

Azarosa también porque desde antes de su nacimiento la Real Universidad se vio expuesta a una renovada contienda respecto a su carácter: ¿sería una universidad regida por la estructura horizontal de la universidad medieval, siguiendo el ejemplo de la de Salamanca, entre otras, o se supeditaría a un régimen vertical cuya tendencia era la concentración del poder en centros reducidos, bajo el Patronato Real?: "el numeroso grupo de estudiantes [de la universidad medieval] se vio desplazado por el reducido conjunto de los doctores".¹ Obviamente, aunque sus primeros profesores fueron dignatarios eclesiásticos egresados de Salamanca y el sistema de grados académicos nos remita a la tradición gremial medieval, la universidad mexicana se conformó siguiendo otros parámetros que la distancian totalmente de la universidad que tomaron como ejemplo, fueron enormes cambios, debidos a la recomposición de las relaciones de poder propias de la modernidad, nos dice el Dr. Armando Pavón, en otro de sus textos. La composición de aquella primera universidad revelaba, además de su tinte académico, el estado de la sociedad colonial. Dos oidores, Rodríguez de Quesada y Gómez de Santillana ocupaban los cargos de rector y maestraescuela, es decir, los representantes de la corona eran quienes ejercían el gobierno de la nueva institución como ejercían el gobierno de la colonia... El máximo tribunal civil y criminal del virreinato tomaba las riendas de la formación de abogados, los profesionales con quienes más adelante tendrían que tratar en la impartición de justicia... Los seculares comenzaban con un espacio reducido, pero como en la labor evangélica, terminarían desplazando a los frailes...²

¹ Armando Pavón Romero, "Grados y graduados en la Universidad del siglo XVI", en Armando Pavón Romero, *et al.* *Universitarios en la Nueva España*, CESU/UNAM, México, 2003, pág. 16.

² Armando Pavón Romero, "Fundación de la Real universidad de México", en Clara Inés Ramírez, Armando Pavón Romero, Mónica Hidalgo Pego, *al.*, coord., *Tan lejos tan cerca, a 450 años de la Real Universidad de México*, 2001, págs. 28-29.

La universidad, entonces, fue concebida aparentemente para contener la explotación indígena, para orientar la evangelización y dar respuesta a diversos problemas relacionados con la encomienda, la evangelización, la cuestión de la esclavitud y el maltrato a los indígenas, siguiendo la idea original del obispo fray Juan de Zumárraga, quien también apoyó al Colegio de la Santa Cruz de Tlaltelolco, inaugurado en enero de 1536, el cual de una manera paralela debería latinizar y cristianizar a los nobles indígenas, institución que provocaba la indignación y la envidia de los peninsulares y de los criollos que no tenían una institución donde pudieran estudiar sin tener que trasladarse a la metrópoli, aunque en realidad, como nos lo explican Pavón y González, si se lee con atención a Sahagún, entre otros, se advierte que Tlaltelolco fue un centro, tanto para occidentalizar a las elites indígenas como para que la formación de éstas en gramática y retórica latina facilitara el proceso de adaptación del náhuatl y restantes lenguas naturales a los requerimientos de la evangelización y de la colonización. El experimento a los ojos de muchos colonizadores, traía el riesgo de que los indios, una vez latinizados, se abrieran las puertas hacia el sacerdocio, algo que despertaba oposición y alarma...

Más allá de los celos, digamos *ideológicos* (sic), respecto de Santa Cruz de Tlaltelolco, el colegio pronto se reveló superfluo, pues se dieron cambios en la política de la Corona hacia los naturales. La institución tenía pleno sentido mientras formara parte de un proyecto de sociedad basado en la pervivencia de la nobleza indígena. Pero pronto éste fue echado por tierra y sustituido por un programa de reducciones forzosas de indios en pueblos creados y regulados al modo de los cabildos castellanos. La reforma abrió las puertas a nuevos actores, al permitir a los macehuals detentar cargos de gobierno y de justicia en las nuevas comunidades, con lo que restaban importancia como mediadores a los miembros de la nobleza autóctona. La educación especial y la existencia misma de esa elite se volvía superflua. Y dado que bajo ningún concepto se les permitía el sacerdocio, pronto se impuso la política de impedirles el acceso al latín. Los debates sobre la creación de una universidad en México se desarrollaron cuando aún tenía vigencia para las autoridades el proyecto de Tlaltelolco, cada vez más discutido y por fuerza estuvo presente en ellos".³

³ A. Pavón Romero, Enrique González González, "La primera Universidad de México", en *Maravillas y curiosidades, Mundos inéditos de la Universidad*, pág. 40.

Así, de manera paulatina, entre los reinados de Carlos V, la regencia del Príncipe Felipe y el ascenso de Felipe II al trono, se marcarán las distancias y se irá configurando una nueva sociedad y aunque en el *Diálogo...* de Cervantes de Salazar sobre la ciudad de México todavía se mencione con admiración “a los indios que aprenden a hablar y escribir en latín” y especialmente a Antonio Valeriano, el humanista nahua, discípulo de Sahagún, “nada inferior a nuestros gramáticos...”,⁴ ya se ha iniciado un sistema de estricta separación, señalada por uno de los dos caballeros criollos que en el “Segundo Diálogo” guían por la ciudad a Alfaro, el caballero español recién llegado a México, de tal forma que aún en la topografía se muestren los contrastes y las divisiones y la ciudad indígena aparezca radicalmente diferente de la ciudad española por carecer de diseño o de “fábrica” como entonces se decía, además de estar situada en lugares poco frecuentados de la capital. Suazo lo señala cuando visitan los alrededores de la ciudad: “Desde aquí se descubren las casuchas de los indios, que como son tan humildes y apenas se alzan del suelo, no pudimos verlas cuando andábamos a caballo entre nuestro edificios”, (pág. 48) en cambio, Alfaro, recorriendo con sus amigos criollos la ciudad trazada por los españoles donde ellos residen junto con los descendientes de los conquistadores, exclama al verla: “Todo México es ciudad, es decir, que no tiene arrabales, y toda es bella y famosa”. (pág. 40)

Sólo tendrán entonces cabida en la universidad los hijos de los españoles, los indios de hecho y, naturalmente, las mujeres tendrían prohibido el acceso, aunque ya a mediados del siglo XVI se pensara en construir conventos donde sólo podrán habitar las españolas y las criollas; de la misma manera en que los indios fueron desterrados de la educación superior, las mujeres lo fueron también, especialmente las indígenas que no podrían sino muy excepcionalmente profesar en los conventos, aunque, eso sí, podrían existir como parte de la servidumbre.

Y aquí, aprovecho para trazar un cuadro de comparaciones y de hipérboles, al referirme a un caso singular,

mencionado en un ensayo de Antonio Rubial y Enrique González, intitulado “Los rituales universitarios, su papel político y corporativo”. Hablo de Antonio Lorenzo López Portillo, quien en 1574 sustentó el examen más excepcional en toda la historia de la Real Universidad: bachiller a los 23 años en las cuatro facultades de Artes, Teología, Leyes y Cánones. En efecto, López Portillo obtuvo una beca de oposición en San Ildefonso, “y anunció que durante tres días, a mañana y tarde, sustentaría actos de conclusiones sobre distintos autores de las cuatro facultades en que era bachiller, con licencia del claustro pleno. Acudieron, acotan los autores, basándose en las fuentes, ‘catedráticos jubilados y actuales’, decanos de facultades, maestros de religiones y otros sujetos de conocida literatura”. Su desempeño durante las cuatro sesiones fue tal que cumplió con creces lo “basto, arduo y casi inasequible”. A modo de premio, la universidad acordó otorgarle gratuitamente las cuatro licenciaturas y los cuatro doctorados, y a fin de que gozara de ellos con pleno derecho, realizaría los actos y ceremonias exigidos por los estatutos para cada grado. Además, el claustro propuso que se le retratara con las cuatro borlas y su retrato permaneciera en el claustro, que se ha conservado hasta hoy,⁵ Me atrevo a colocar frente a este prodigio de habilidad a nuestra Décima Musa, a quien me había jurado no vol-



⁴ Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554, Tres diálogos latinos*, México, 2001, ed. facs, prol. Miguel León Portilla, trad., Joaquín García Izcalbaceta, UNAM, pág. 55.

⁵ Antonio Rubial y Enrique González, “Los rituales universitarios, su papel político y corporativo”, en *Maravillas*, op cit., págs. 138, 139.

ver a mencionar en un texto de este tipo, y de quien dice el Padre Calleja en su ya quizá demasiado frecuentado texto del tercer volumen de las obras de la monja publicado en España con el título de *Fama y obras póstumas* en 1700, texto que creo necesario volver a reproducir, estos es, caer en la selección:

Y aquí referiré, con certitud no disputable (tanta fe debe al testigo) un suceso que sin igual apoyo le callara, o por no asospecharme de apasionado, crédulo o por limpiar de dudas lo que he dicho y me resta. El señor Marqués de Mancera que hoy vive y viva muchos años, que frase es de favorecido, me ha contado dos veces que, estando con no vulgar admiración (era de su Excelencia) de ver en Juana Inés tanta variedad de noticias, las escolásticas tal (al parecer) puntuales, y bien fundadas las demás, quiso desengañarse de una vez y saber si era sabiduría tan admirable, o infusa o adquirida, o artificio o no natural, y juntó un día en su palacio cuantos hombres profesaban de letras en la Universidad y ciudad de México: el número de todos llegaría a cuarenta y en las profesiones eran varios, como teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas, y no pocos de los que por alusivo gracejo llamados Tertulios, que sin haber cursado por destino las facultades, con su mucho ingenio y alguna aplicación suelen hacer, no en vano, muy buen juicio de todo. No desdeñaron la niñez (tenía entonces Juana Inés no más que diecisiete años) de la no combatiente sino examinada, tan señalados hombres que eran discretos, ni aun esquivaran descortesía la científica lid por mujer, que eran españoles. Concurrieron, pues, el día señalado a certamen de tan curiosa admiración, y atestiguan el señor Marqués que no cabe en humano juicio creer lo que vio, pues dice: "Que a la manera que un galeón real (traslado las palabras de su excelencia) se defendería de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, cada uno en su clase, la propusieron" ¡Qué estudio, qué entendimiento, qué discurso y qué memoria sería menester para esto! El lector lo discorra por sí que yo sólo lo puedo afirmar que de tanto triunfo quedó Juana Inés (así me lo escribió, preguntada) con la poca satisfacción de sí, *que si en la Maestra hubiera labrado con más curiosidad el filete de una vainica* (subrayados mío).⁶

¿Podría trazarse una comparación entre esta proeza académica extrauniversitaria de la monja novohispana con "el desempeño basto, arduo y casi inasequible" logrado casi un siglo después por el bachiller Lorenzo Antonio López Portillo y que tanto conmovió a sus examinadores? ¿No sería obviamente el desempeño de Sor Juana mucho más espectacular, ese desempeño que ella equiparara al de las labores que en la escuela elemental una niña aprende y designadas entonces con el despectivo calificativo de cosas mujeriegas? Nuestra Sor Juana que aún de las cosas más minúsculas supo deducir leyes naturales: era frecuente que el ejercicio de su entendimiento se manifestara como juego y como despliegue de libertad, asimismo con una extraordinaria inclinación científica, la de inferir de las más aparentes fruslerías una ley de la física:

Estaban en mi presencia dos niñas jugando con un trompo, y apenas yo vi el movimiento y la figura, cuando empecé con esta mi locura, a considerar el fácil moto de la forma esférica, y como duraba el impulso ya impreso e independiente de su causa, pues distante la mano de la niña, que era la causa motiva, bailaba el trompillo; y no contenta con esto, mandé traer harina y cernerla para que, en bailando el trompo encima, se conociese si eran círculos perfectos o no los que describía con su movimiento; y hallé que no eran sino unas líneas espirales que iban perdiendo lo circular cuando se iba remitiendo el impulso. Jugaba otras los alfileres (que es el más frívolo juego que usa la puerilidad); yo me llegaba a contemplar las figuras que formaban; y viendo que acaso se pusieron tres en triángulo, me ponía enlazar uno en otro, acordándome que aquella era la figura que dicen tiene el misterioso anillo de Salomón, en que había unas lejanas luces y representaciones de la Santísima Trinidad, en virtud de lo cual obraba tantos prodigios y maravillas; y la misma que dicen tuvo el arpa de David, y que por eso sanaba Saúl a su sonido; y casi la misma conservan las arpas en nuestro tiempo.⁷

⁶ Diego Calleja, *Aprobación*, en Sor Juana Inés de la Cruz, *Fama y obras póstumas*, Ruiz de Murga, 1700, ed. facs., México, UNAM, Madrid, 1995, págs. 20-22.

⁷ *Respuesta a Sor Filotea*, en Sor Juana Inés de la Cruz, O.C. t. IV, ed. de Alberto G. Salceda, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, págs. 458-459.



En su libro *Dinámica del cuerpo rígido*, Jorge Flores Valdés y Gabriel Anaya Duarte⁸ analizan el largo camino que recorrieron los científicos para lograr entender el movimiento de los cuerpos rígidos, por ejemplo, las evoluciones del trompo, la trayectoria de un cuchillo tirado en el aire, la movilidad constante de los giróscopos, movimientos todos que parecen desafiar a la realidad; se sostienen en frágil equilibrio y trazan en una superficie lisa líneas que pueden explicar fenómenos físicos que habían preocupado largo tiempo a los científicos, problemas que Newton, el científico inglés, contemporáneo de Sor Juana, logró descifrar por primera vez sin llegar a sistematizarlo desde el punto de vista matemático, operación realizada apenas en la última mitad del siglo XVIII, cuando Euler en 1765, y Lagrange en 1788, lograron traducir a ecuaciones el significado del trazo del baile de los trompos sobre el hielo, operación para la que Sor Juana, un siglo antes, utilizó harina, ingrediente esencial en la cocina. La punta del trompo traza tres secciones de circunferencia unidas que pueden aumentar el número según su velocidad. La precisión y la nutación de movimientos son dos de los giros posibles que traza el cuerpo rígido,

movimientos que es necesario resaltar; Sor Juana lo advirtió un siglo antes que la ciencia los codificase en ecuaciones y al mismo tiempo que Newton. Y en *Primero Sueño*, su poema más importante, se transforman en imágenes y en metáforas figuras semejantes a las del movimiento de los cuerpos rígidos que encuentran sus equivalentes conceptuales en la temática del texto: espirales, círculos y elipses. La monja asciende así a las alturas vertiginosas en que se embarca la protagonista del poema, el alma de la poetisa, y desciende a la tierra para contemplar en el monótono acontecer cotidiano los juegos aparentemente inofensivos y sin finalidad de las niñas que se educan en su convento.

De esta manera, seguir mi entendimiento, dice Sor Juana

El método quería
O del ínfimo grado
Del sér inanimado
...pasar a la más noble jerarquía
...y de este corporal conocimiento
haciendo, bien que escaso, fundamento,
al supremo pasar maravilloso
compuesto triplicado,
de tres acordes líneas ordenado
de las formas todas inferiores
compendio misterioso:
bisagra engarzadora
de la que más se eleva entronizada
Naturaleza pura...⁹

Capacidad de observación y de deducción, cualidades éstas que le permitirán también, y sutilmente, a pesar de ser autodidacta, derribar muchos prejuicios, entre los cuales se encuentra el edificio todo de la revolución aristotélica, es decir, esa biología que hace del cuerpo de la mujer un cuerpo de hombre mutilado y que ella denomina con ironía las filosofías de la cocina. ¿Acaso no lo deducimos del siguiente fragmento de la *Respuesta...* que a continuación cito?

Pues, ¿qué os pudiera contar, Señora, de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? Veo que un huevo se une y se fríe en la manteca o en el

⁸ Jorge Flores Valdés y Gabriel Anaya Duarte, *Dinámica del cuerpo rígido*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, ver sobre todo de las páginas 7 a 9.

⁹ *Primero sueño*, en Sor Juana Inés de la Cruz, O.C., Fondo de Cultura Económica, ed. De Alfonso Méndez Plancarte, México, 1951, págs. 350-351.

aceite y, por contrario, se despedaza en el almíbar; ver que para que el azúcar se conserve fluida basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria; ver que la yema y la clara de un mismo huevo son tan contrarias, que en los unos, que sirven para el azúcar, sirve cada una de por sí y juntos no. Por no cansarnos con *tantas frialdades*, que sólo refiero para daros entera noticia de mi natural y creo que os causaría risa; pero señora, *¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina?* Como dijo Lupercio Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena. *Yo suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito* (sub. mío) págs. 458-460).

Si la diferencia entre los sexos y la debilidad congénita de la mujer se fundan en una carencia de calor vital que produce una debilidad metabólica del cuerpo femenino, según la teoría genética de Aristóteles, seguida al pie de la letra en la época de Sor Juana, es decir, si la sangre menstrual es incapaz de alcanzar una cocción por la frialdad inherente a la naturaleza femenina, mientras que el varón posee en cambio la capacidad generadora que permite transformar la sangre menstrual en esperma mediante la cocción, es el varón quién le da forma al producto engendrado en la hembra, puesto que posee el principio motor, en tanto que la mujer, quien ha prestado simple y pasivamente su vientre para la concepción, es sólo un principio material. La maternidad, explica la historiadora italiana Giulia Sissa, se convierte en el soporte alimentario y físico de un proceso que depende esencialmente del varón... El principio psíquico lo aporta la esperma gracias a su naturaleza pneumática y caliente, consecuencia de la perfecta cocción. Entre el padre y el embrión, se produce la transmisión del alma.¹⁰ (págs.48-49).

La relación establecida por Sor Juana entre los fenómenos naturales que ella descubre, cuando está guisando en la cocina –y a pesar de la frialdad que según los filósofos de la antigüedad empobrecería al cuerpo femenino–, nos remite a la genética establecida por Aristóteles, quien literalmente hace del principio generador masculino –que a su vez engendra una metafísica– una elaborada y a la vez escueta operación culinaria, en donde el uso apropiado del calor (masculino) o del frío (femenino) determinan su éxito o su fracaso, en otras palabras, “la perfecta” o imperfecta “cocción”, una imperfecta cocción que permitió que durante mucho tiempo se le prohibiese a la mujer participar de los conocimientos universitarios regulares.

Pero podría parecer que al referirme a Sor Juana, esa extraordinaria universitaria, estuviese preconizando las



bondades de un aprendizaje autodidacta, en realidad sólo posible porque existía en México la Real Universidad donde leían en sus cátedras científicos de excepción como lo ha demostrado en sus investigaciones Elías Trabulse, aunque eso no impide que nuestra monja haya sido un caso excepcional, aún más que el del bachiller López Portillo; no, evidentemente que no, simplemente quiero celebrar que en esta ocasión haya sido designada yo, una mujer, para iniciar este ejercicio a manera de relección, y celebrar el inicio de cursos que hace 450 años ocurriera en nuestra Máxima Casa de Estudios; un curso que muy bien hubiera podido ofrecerse en esta Facultad de Filosofía y Letras para recordar que hace apenas unos cuantos lustros en las más grandes universidades del mundo, como por ejemplo de las que habla Virginia Wolf en su conocido ensayo *El cuarto propio*, no les estaba permitido a las mujeres –prohibición extensiva a la mayoría de los descendientes indígenas– pisar el césped perfectamente cuidado de sus jardines. Y con esta nota que afortunadamente suena ya un tanto obsoleta, me detengo. <

¹⁰ Giulia Sissa, *L'âme est un corps de femme*, ed. Odile Jacob, Paris, 2000, págs.48-49.

DE LA ABUNDANCIA DE PLATA A LA ABUNDANCIA DE SABIOS

La ciudad de México inaugura las lecciones universitarias¹

A Adolfo Sánchez Vázquez

Enrique González González *

El toledano vecindado en México, Francisco Cervantes de Salazar, inauguró las escuelas públicas de la capital novohispana mediante una pieza oratoria pronunciada el 3 de junio de 1553, hoy hace 450 años. El texto no ha llegado hasta nosotros; por fortuna, la oración de apertura de cursos constituía un género literario bastante difundido en las universidades europeas y solía componerse de dos o tres partes más o menos obligadas, a saber: el elogio de la ciudad donde la universidad estaba asentada y de sus condiciones climáticas y ambientales, mismas que indudablemente favorecían la salud y el bienestar de los escolares. También se pasaba revista a las autoridades académicas y extra académicas presentes en el acto de apertura. Por último, el orador hacía una encendida alabanza del estudio de las letras, para lo cual ponderaba los distintos saberes que cada una de las facultades impartía.

No pretendo reconstruir, siquiera a título hipotético, la oración perdida de Cervantes de Salazar. Me propongo, a través de los propios escritos del humanista toledano, poner de relieve algunos elementos útiles para examinar el sentido que los fundadores dieron a la institución que abrió sus puertas en la mencionada fecha. Asimismo, procuraré rastrear en su obra algunas características de la ciudad y de la sociedad en que se asentaba la naciente institución, según el punto de vista de Cervantes de Salazar. Para esto tomaré elementos de sus justamente famosos *Diálogos*, del *Túmulo imperial* y de su *Crónica de la Nueva España*.

Empecemos por la ciudad del humanista. A treinta años de la conquista, la traza española, dibujada sobre las ruinas de la vencida Tenochtitlán, era ya una ostensible realidad. Mientras las ciudades en Europa solían conformar un conglomerado de edificios heterogéneos, asentados aquí y allá a lo largo de varios siglos, Cervantes no se cansa de ponderar la armonía de la capital novohispana, trazada toda según plan. Sobre un terreno uniforme se habían dispuesto en línea recta las calles; tan anchas, que

cabían por ellas dos y hasta tres carros a la vez. En ella, "la población de españoles [se asienta] entre los indios de México y del Tlatelulco, que la vienen a cercar así por todas partes." Las casas de los conquistadores, "altas grandes y espaciosas", de elevación reglamentada, fueron todas construidas con piedra y tenían, en vez de tejados, terrazas, así como cornisas para proteger de la lluvia a los peatones. En las plantas bajas, sobre todo en las zonas comerciales de la plaza mayor y buena parte de Tacuba, se construyeron portales con arcadas.

La plaza, de la que emergían cuatro torres señoriales, era más espaciosa, asegura el cronista, que la de cualquier ciudad europea. Un ejército entero podría ser alojado en ella. En el flanco poniente, lindando con la calle Tacuba, se localizaban las casas viejas del marqués del Valle, tan grandes, que en sí mismas contendrían una ciudad. En ellas se localizaban las residencias del virrey y de los oidores, con sus familias y sus criados; la cárcel y los tribunales reales; no sólo había en su interior varios patios sino hasta un lienzo donde los caballeros acudían a justar con sus lanzas. A ese complejo arquitectónico se mudaría la universidad hacia 1560, cuando debió abandonar su inicial emplazamiento. Calle de San Francisco por medio, seguía el portal de los mercaderes. A continuación, pasando el gran canal, la línea sur de la plaza la ocupaban, primero, el gobierno de la ciudad, con su sala de cabildo, sus tribunales y la cárcel municipal.

1 Puede verse, Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554 y Túmulo imperial*, edición, prólogo y notas de Edmundo O'Gorman, Editorial Porrúa, México, 1978; del mismo, *Crónica de la Nueva España*, Editorial Porrúa, México, 19.. Armando Pavón Romero y Enrique González González, "La primera universidad de México", en *Maravillas y curiosidades. Mundos inéditos de la Universidad*, Antiguo Colegio de San Ildefonso, 2002, págs. 39-55. Clara Inés Ramírez González, Armando Pavón Romero y Mónica Hidalgo Pego (coords.), *Tan lejos, tan cerca. A 450 años de la Real Universidad de México*, UNAM, México, 2001. Cristina Ratto Cerricchio, "Las casas 'reales' de la Universidad de México", en Enrique González González y Leticia Pérez Puente (coords.), *Permanencia y cambio en las universidades hispanoamericanas, 1551-2001*, CESU-UNAM, México, en prensa.

* Doctor por la Universidad de Valencia. Investigador del CESU y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Al lado del ayuntamiento se ubicaba la fundición y casa de moneda, adonde los rescatadores llevaban sus barras de plata a quintar; entonces eran adquiridas en almoneda por los oficiales reales, que luego las convertirían en pesos fuertes. Al momento de abrirse la universidad, las vetas de Zacatecas acababan de descubrirse y su supervivencia era aún muy incierta, por la hostilidad del terreno, las dificultades para la mano de obra y la amenaza de los chichimecas, que asaltaban los caminos. El mismo Cervantes, tras abandonar sus lecciones universitarias en 1557, se aventuró a Zacatecas, llegando más al norte de Sombrerete, a las minas de San Martín, donde a la hora de su muerte aún tenía tratos con tres mineros a quienes enviaba dinero para rescatar. Al inicio de su *Crónica*, así se refirió a la situación: "Las minas de plata son más generales [que las de oro] y hállanse en muchas partes. Florecieron en un tiempo las de Tasco, y ahora las de los Zacatecas. También éstas son costosas, por la falta que hay de esclavos e indios, y por lo mucho que cuestan los negros y la poca maña que para ello se dan. Las minas de plata, cuando andan buenas, sustentan y engruesan la tierra, y cuando van de caída, parece que todo está muerto. Su magestad les dé favor". De hacerlo así, no sólo aumentarían los ingresos de la real caja sino que toda la tierra se mejoraría con todos los tratos que las minas exigen para su avituallamiento.

Pasando una calle estrecha, siempre por el lienzo sur de la plaza, estaban las casas de doña Marina. Al término de esos portales se abría la plaza del Volador, donde tendría la universidad su tercera y definitiva sede, edificada a fines del siglo XVI. Siguiendo con la descripción del humanista, el cuadrángulo poniente de la plaza lo ocupaban las nuevas casas de Cortés, más suntuosas que el palacio del conde de Benavente, en Valladolid. Por esos mismos años fueron adquiridas por el virrey Velasco para convertir las en sede del palacio real, hoy nacional. El norte de la plaza también lo ocupaban edificios con arcadas. Dentro de la plaza, por el lado norte, languidecía la pequeña catedral primitiva, cuya puerta se orientaba al poniente. A juicio de Cervantes, era más una ermita de pueblo que templo proporcionado a tan gran ciudad. Por suerte, dirá en la *Crónica*, ya había llegado de España la traza de la nueva iglesia, tan suntuosa, que "no la verán acabada los vivos".

Además de la plaza, Cervantes pasa revista a los principales edificios de la ciudad, describiendo cada uno brevemente y añadiendo cualquier comentario. Menciona al arzobispado, con sus dos altísimas torres; las atarazanas, fortaleza donde aún se guardaban las trece naves con que se tomó Tenochtitlán; Santo Domingo, seminario de letras, con su hermosa plaza; la riquísima iglesia y convento



de los agustinos; San Francisco, con la capilla de San José de los Naturales, de siete naves; el colegio de San Juan de Letrán, para mestizos; el convento de la Concepción, los hospitales de los naturales, el de las bubas y el del marqués, hoy llamado de Jesús. Menciona la iglesia de Santa Veracruz, San Hipólito, las parroquias de indios.

En suma, la relación del humanista nos permite corroborar que, a treinta años de la Conquista, la ciudad española en la que surge la universidad, ya había adquirido la conformación que mantendría durante todo el periodo colonial, así como buena parte de sus monumentos más representativos. Es cierto que todos ellos fueron reedificados una y otra vez en los siguientes siglos, pero en el mismo asentamiento. También es verdad que aún no llegaban los jesuitas, los carmelitas ni los mercedarios, grandes constructores, y apenas daban comienzo los monasterios femeninos. No obstante, lejos de ser un proyecto a futuro, la ciudad de los conquistadores había alcanzado un carácter perfectamente definido. El mismo bosque de Chapultepec había pasado a ser un espacio público de recreo, rodeado de rejas y protegido por una puerta.

El elogio del clima era uno de los temas obligados en las lecciones de apertura de cursos. Aun en las ciudades universitarias con peores condiciones, el orador aseguraba a los jóvenes ahí congregados para realizar sus estudios, que gozarían de un aire ideal para el cuidado de su salud, así como de abundantes mantenimientos. El atento cronista novohispano no sólo ve esplendorosa la ciudad. Adelantándose a tantos otros que, a lo largo de tres siglos de vida colonial, elogiarán el sitio y naturaleza de esa porción del Nuevo Mundo, no pierde ocasión de ensalzar el temple de México, el mismo casi todo el año, excepto en las costas y en el norte, pero que no llegaba —asegura— a extremo. En tan exuberante tierra, se criaban todos los frutos del Nuevo y del Viejo mundo, y las mieses rendían ciento por uno en cualquier época del año. Habla del maíz y de sus múltiples usos; explica con detalle y admiración las características y propiedades del maguey; dice que la colorada carne del mamey “parece jalea en olor, sabor y color”. Los chayotes, que se comen cocidos, “son como cabezas de erizos”. Dato de interés para los historiadores de la cocina: “El ají sirve de especia en estas partes [...], ayuda a la digestión [...], es apetitoso y [...] los más guisados y salsas se hacen con él; usan dél no menos los españoles que los indios”. El tomate se añade al ají para temperar su sabor. Sólo la vid y el olivo no se habían aclimatado bien en México. Para Cervantes, así como hay distintas naturalezas de hombres, cada tierra tiene la propia, y él se goza en describir la copiosísima variedad de plantas y frutas, así alimenticias como terapéuticas, algunas de las cuales sin lugar a dudas probó.

El humanista de Toledo, signo del Renacimiento y también de su particular carácter, revela un decidido gusto por la observación directa, por experimentar lo diverso y novedoso. Le atraen la geografía, la arquitectura y sus órdenes, y el paisaje como cosas dignas de disfrutarse por sí mismas, más allá de su utilidad práctica. Desde el mirador de Chapultepec, uno de los interlocutores del diálogo sobre los alrededores de México exclama: “¡Oh dios inmortal, qué hermoso, qué grato a los ojos y al ánimo, y cuán gozosa diversidad exhibe este espectáculo!”. En ese momento ve fundirse, al menos mediante la vista, a ambos mundos: los edificios de los españoles, soberbios y sublimes, con las torres y los templos, y las moradas suburbanas de los indios, confusas y desordenadas. Y rodeando la fértil planicie, la laguna y las montañas.

Por lo demás, la ciudad de Cervantes de Salazar no es un monumento yerto, en sus calles campea la animación. A lo largo de sus numerosos canales, las canoas,

movidas por palos, trasladan a todas horas mercancías de la más diversa índole. No sólo granos, animales y vegetales de Europa y de la tierra. El acueducto que baja de Chapultepec deja saltar el líquido desde lo alto, con gran estruendo, y debajo se ponen las canoas que transportan agua potable hasta las casas adonde el líquido no llega directamente. Hay, además, “un gran bullicio y ruido de todo género de oficiales, herreros, caldereros, carpinteros, zurradores [de pieles], espaderos, sastres, jubeteros, barberos, candeleros, [tejedores, panaderos, veleros, ballesteros, cocheros, pulperos, torneros] y otros muchos”.

Pero no sólo los artesanos gritan. La plaza mayor es a un mismo tiempo mercado de yerbas, de animales, de peces, de culebras y gusanos, y hasta mercado de artículos de lujo y golosinas. Ahí se pregonan las almonedas, se anuncian a gritos las mercancías, vociferan los corredores de oreja en la lonja de mercaderes. Se trata verdaderamente —asegura—, del reino de Mercurio. El reino, dirá en otro lugar, de la codicia. También claman los fiscales y los abogados en la audiencia. Y por qué no, en el templo de Minerva, de Apolo y las Musas, gritan los maestros y los estudiantes. En la misma plaza, pero en ángulos distintos, se escucha el estruendo de los súbditos de Mercurio y el de los cultores de Minerva...

El edificio de donde salían esas últimas voces, tenía una amplia entrada al norte, sobre la calle de Tacuba, que entonces recibía ese nombre hasta la esquina con la actual calle de Seminario; también miraba hacia la plaza mayor desde sus flancos sur y poniente, donde un corredor con arcos se aprovechaba para el comercio: tal vez era el llamado portal de Lerma. Al parecer, la primera universidad se ubicaba en alguno de los 25 solares que la traza tenía reservados para la nueva catedral y, en espera de que ésta fuera construida, habían sido alquilados por el ayuntamiento. Según las recientes conclusiones de una estudiosa, ésas y otras fincas se demolieron a medida que cobraba forma el nuevo templo. Al desaparecer la sede original, las escuelas se mudaron a las casas viejas de Cortés, en los años sesenta. El edificio original, de dos plantas, con abundantes ventanas, tenía un patio central. En la parte baja se leía gramática; arriba, en tres habitaciones adaptadas para aulas, se impartían retórica, artes y teología, así como derecho civil y canónico.

El humanista no duda acerca del carácter real de la universidad, señala que fue fundada por el César, quien le otorgó los privilegios e inmunidades de Salamanca. Él también asignó los emolumentos de los catedráticos, pero se trataba de una suma muy por debajo de las necesida-

des de los profesores. Lo ideal, asegura, sería que el pago les alcanzara para cubrir sus necesidades y las de su familia, a fin de dedicarse de lleno a la docencia, sin distraerse en otros menesteres indispensables para ganar la vida. De concederlo así el César, el número de sabios se vería incrementado, pues los profesores pondrían más calor en preparar a los estudiantes que, a su turno, serán maestros. Cervantes, pues, no sólo dictó la lección inaugural de los cursos universitarios, inauguró también la tradición de demandar salarios adecuados para sus catedráticos. Vives, a quien el toledano leyó y glosó, afirmaba que el pago de los maestros debía hacerse siempre con dinero público para evitar que los particulares corrompieran con dádivas a los docentes; además, opinaba que el monto de sus salarios no debía ser tan alto que provocara la codicia de los malos, ni tan bajo que desanimara a los buenos.

Para el primer maestro de retórica, la gran armonía de la ciudad de México era fruto de la traza de Hernán Cortés, "tan acertada como todo lo demás que hizo". Situado desde la perspectiva de los conquistadores, el héroe y protagonista de su *Crónica... es Hernán Cortés*. En ella, los españoles siempre son referidos como "los nuestros"; los indios, por consiguiente, son "los otros", a los que había que someter, en batalla que llenaría de honra a los vencedores.

Hoy sabemos cómo, de los distintos proyectos para erigir universidad en México, el que prosperó fue el de los encomenderos, quienes veían en ella un instrumento para formar en letras a sus hijos. O más precisamente, a aquellos de sus descendientes que no heredarían encomiendas ni estancias, ni se dedicarían al beneficio de las minas ni al comercio. Según Cervantes —fiel intérprete del sentir de los conquistadores— la formación en letras que la universidad proporcionaría a los jóvenes, los haría aptos para "las dignidades eclesiásticas y demás empleos" del Nuevo Mundo. En principio, la nueva institución estaba abierta, y así lo declaró la cédula real de erección, a "los hijos de los españoles y los naturales"; pero en la práctica, el virrey cuidó que "por el momento", no se admitiera a indios. Cervantes de Salazar mostró gran admiración por el saber herbolario de los médicos indígenas. Además, conoció la experiencia del colegio de Tlatelolco, elogió al maestro indígena de latinidad, Antonio Valeriano, y reconoció que algunos colegiales dominaban la lengua; pero añadió: "aunque no hay para qué, porque [los indios] por su incapacidad, no pueden ni deben ser ordenados". En otras palabras, si los naturales no podían ni debían ser ordenados, las dignidades eclesiásticas con que se "premiaría" a los universitarios, tocarían en exclusiva a los hijos de españoles. Ni siquiera los "demás empleos", es decir,

las magistraturas, los tribunales y el ejercicio de la abogacía, se darían a los indios, porque éstos, asegura, una vez que abandonan el recogimiento colegial "no usan bien de lo que saben".

Gracias a la universidad, pues, los hijos de los españoles tendrían oportunidad de pasar de rudos a educados, o como decían los humanistas, la educación transformaba a los niños, de bestias, en hombres. Quienes se formaran en la universidad serían capaces de disipar "con la luz de la sabiduría [...] las tinieblas de la ignorancia que oscurecían este Nuevo Mundo" y confirmarían "a los indios en la fe y culto de dios [y] que se transmita cada vez con mayor pureza a la posteridad". En suma, una universidad al servicio de conversión y la evangelización, pero no de los indios por los indios, sino a través del ministerio de los criollos, debidamente formados en sus aulas.

Las oraciones inaugurales de cursos, luego de hablar de la ciudad y de las autoridades (Cervantes describió al virrey y a los oidores en la sala del acuerdo, ejerciendo como jueces reales), concluían con una vehemente invitación a los estudiantes para abrazar el estudio de las letras, de ahí que el género se conociera con el nombre latino de *Laudes litterarum*. Nada es tan natural al hombre, dice Cervantes de Salazar, apoyándose en Aristóteles, que una espontánea atracción por alcanzar la sabiduría. Ésta, que da noticia de tantos y tan elevados asuntos, nos deleita en su variedad. La naturaleza también se complace en la variedad al generar en todo momento cosas diversas que son gratas a los ojos de los hombres y a su ánimo, el cual, fatigado con lo reiterativo, se deleita en conseguir lo nuevo y nunca visto. No considera al saber como una apropiación codiciosa de bienes materiales sino como gozosa apertura al disfrute de lo desconocido, de lo nuevo.

El templo de Minerva, de Apolo y de las Musas, a través de las diversas disciplinas que en sus aulas imparten sabios profesores, conduce a los estudiantes a la sabiduría. Están en primer lugar las tres artes relativas al lenguaje y al raciocinio, lo que las convierte en instrumento para alcanzar las demás ciencias: la gramática, la dialéctica o lógica y la retórica. El profesor de gramática, Blas de Bustamante, no sólo muestra las partes de la disciplina, sino que enseña a leer a los autores, explicando sus dificultades y destacando sus elegancias. El maestro Juan García imparte la dialéctica, ciencia que enseña a convencer, como dirá Cervantes en el prólogo a la *Dialectica resolutio* de fray Alonso. Y para persuadir, nada mejor que ejercitarse en combinar la brevedad con la claridad, en proceder con orden sin confusión, y logrando que los estudiantes aprendan los preceptos de la lógica

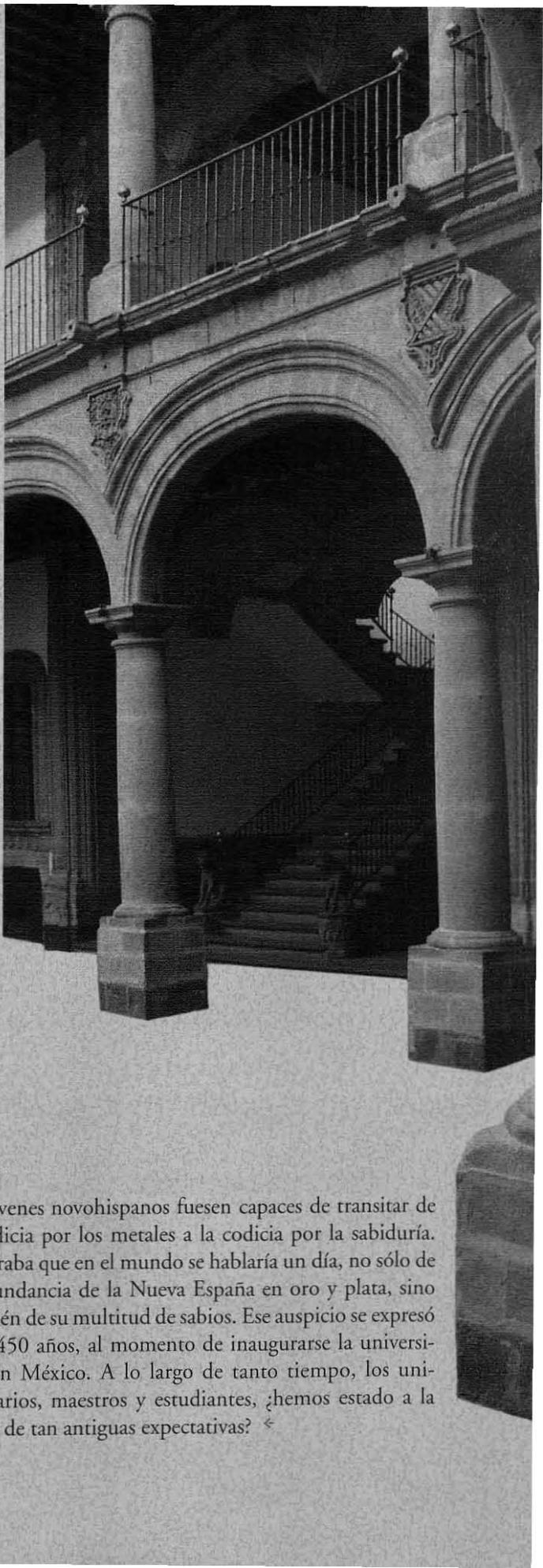
sin fatiga, combinando lo útil con lo deleitoso. Por su parte, el maestro Cervantes enseña retórica a los candidatos a las diversas ciencias, a fin de que la elocuencia sirva de ornamento a todos los saberes.

Aparte de las artes del lenguaje, en la universidad se impartían ambos derechos, el civil y el eclesiástico. Para aprender la jurisprudencia, es indispensable que un buen maestro, como el doctor Arévalo Sedeño, sea capaz de declarar y explicar los textos jurídicos con perfección y exactitud. Ha de ser copioso al exponer los argumentos concisos y conciso al explicar los abundantes, pronto en aducir citas pertinentes de autoridad y sutil al deducir las conclusiones. Además, debe presentar a la consideración de sus alumnos sofismas jurídicos a fin de enseñarles el modo de deshacerlos e invalidarlos. Sólo quien sea capaz de seguir a tal maestro, llegará un día a ser un auténtico juriconsulto.

Por fin, en la universidad hay un maestro de teología que es un varón cabal, a quien adorna singular modestia, el más eminente maestro en artes y teología de la tierra, sujeto de mucha y varia erudición, y en el cual compiten la más alta virtud con la más exquisita y admirable doctrina: fray Alonso de la Veracruz.

La enseñanza oral de los maestros se combina con los ejercicios de debate o disputas, que se llevan a cabo en todas las facultades y de distintos modos. Para ello, estudiantes y maestros fijan papeletas en las puertas de las aulas con las tesis que cada quien estará dispuesto a debatir en determinado lugar y hora. Tales ejercicios suscitan verdaderas pasiones entre los participantes, que a veces pasan de la contundencia de los argumentos a la contundencia de los palos. De ahí que el rumor de las escuelas se hiciera audible hasta la plaza mayor, confundándose con el generado por los secuaces de Mercurio.

Hay un pasaje en los diálogos de Cervantes de Salazar sobre la universidad y la ciudad de México, que ha llamado justamente la atención a lo largo del tiempo. Uno de los poseedores antiguos del ejemplar de 1554 que hoy se conserva en Austin, lo subrayó con tinta y con una llamada al margen, y fue el único párrafo de los tres diálogos que ese lector anónimo quiso destacar. Hace dos años, el mismo pasaje fue empleado como lema de la exposición "Tan lejos, tan cerca", con que se conmemoraron los 450 años de expedición de la cédula real de erección de la universidad. Dice el pasaje: "En tierra donde la codicia impera, ¿queda algún lugar para la sabiduría?" Cervantes de Salazar esperaba que, con la recién creada universidad,



los jóvenes novohispanos fuesen capaces de transitar de la codicia por los metales a la codicia por la sabiduría. Auguraba que en el mundo se hablaría un día, no sólo de la abundancia de la Nueva España en oro y plata, sino también de su multitud de sabios. Ese auspicio se expresó hace 450 años, al momento de inaugurarse la universidad en México. A lo largo de tanto tiempo, los universitarios, maestros y estudiantes, ¿hemos estado a la altura de tan antiguas expectativas? <



LA UNIVERSIDAD GERMAN
DE HUMANISMO Y SAPIENTIA
RUFINO TAMAYO

Otras ruinas

Luis Cernuda*

La torre que con máquinas ellos edificaron,
Por obra de las máquinas conoce la ruina,
Tras de su ordenación quedando a descubierto
Fuerzas instigadoras de torpes invenciones:
La carencia que nunca pudo esperar hartura,
La saciedad que nunca quiso guardar templanza;
Como dos enemigos frente a frente,
Hambre y frío de una parte, soberbia y avaricia de la otra.

La ruina ha clamado por suyos tantos muros
Sobre huecos disformes bostezando, ayer morada
De la cual sin cobijo subsiste irónico detalle:
Chimenea manchada por humo de las noches,
Idas como los cuerpos allá templados en invierno,
O tramo de escalera que conduce a la nada
Donde sus moradores irrumpieron con gesto estupefacto,
En juego del azar, sin coherencia de destino.

Intacto nada queda, aunque parezca
Firme, como esas construcciones adyacentes,
Hacia cuyos salones las ventanas permiten
El vislumbre de espejos, oros sobrecargados,
Entre los cuales discurría la vanidad solemne
De ilustres aristócratas, eminentes políticos, acaudalados financieros,
Que al hablar despertaban un eco de murmullos complacidos
Y el respeto debido al rango y la fortuna.

El recinto donde las damas, dispensando
Una taza de té, medían su sonrisa según el visitante,
Bajo de cuyos techos festejaron múltiples las bujías
Íntimas reuniones y brillantes saraos, o en ocasión más rara
El matrimonio ventajoso por dos familias esperado,
Hoy se encuentra desnudo y alberga solamente
La sede de socorros, a cuyas oficinas
Supervivientes fantasmales llegan.

* Poeta español. *Universidad de México*, noviembre-diciembre de 1954-1955, vol. IX, núm. 3-4

La discreción, reticente de estas calles,
Rumbo a las alamedas de algún parque, todas
En perspectiva acorde con el cielo moroso,
Hechas para los pasos de ocioso transeúnte,
El matinal jinete o la nocturna carretela,
Ve su color de perla por hollín mancillado,
Ofendido a diario su sosiego entre las sacudidas
Vulgares de la vida que aún subsiste.

Como desierto, adonde muchedumbres
Marchan dejando atrás la ruta decisiva,
Estéril era esta ciudad. Aquella
Que con saber sin fe quiso mover montañas;
Toda ella monstruosa masa insuficiente:
Su alimento los frutos de colonias distantes,
Su prisa lucha inútil con espacio y con tiempo,
Su estruendo limbo ensordecedor de la conciencia.

El hombre y la ciudad se corresponden
Como al durmiente el sueño, al pecador la transgresión oculta;
Ella y él recusaron al silencio de las cosas
Hasta el refugio último: el aire inviolado,
De donde aves maléficas precipitaron muerte
Sobre la grey culpable, hacinada, indefensa,
Pues quien vivir a solas ya no sabe, morir a solas ya no debe.
Del dios al hombre es don postrero la ruina.



EN EL LXX ANIVERSARIO DE SALVADOR ALLENDE

Volodia Teitelboim*

Que un hombre llame por teléfono a su mujer pasa todos los días en cualquier parte del mundo y a nadie puede llamarle la atención. Pero éste era un telefonazo muy singular. "Te hablo –le decía– desde la Moneda. La situación se ha tornado grave. Yo voy a quedarme aquí. Tú permanece en Tomás Moro..." Cortó.

La mujer recuerda lo que vino después. Cerca de las 11:30 horas apareció sobre la residencia un helicóptero de reconocimiento. Se iniciaron los bombardeos aéreos. La residencia se convirtió en una masa de humo, de olor a pólvora, de destrucción.

El hombre del telefonazo había muerto.

"Cuando llegamos –rememora– al cementerio de Santa Inés en Viña del Mar, caminamos en silencio hasta la cripta familiar. En el mismo lugar donde enterramos hace un mes a Inés Allende, hermana de Salvador, que murió de cáncer. Tomé unas flores cercanas y las arrojé a la fosa cuando estaban paleando la tierra. Y dije: 'Aquí descansa Salvador Allende, que es el presidente de la república y a quien no han permitido que ni su familia lo acompañe'".

Hortensia evoca a su marido y ese último llamado. Ahora, con las lágrimas secas, conmemora, como tantos en todo el mundo, el LXX aniversario de su nacimiento.

Salvador Allende llegó a la vida el 26 de junio de 1908 en Valparaíso, donde siempre se respira el aire salino del Pacífico. Tenía la pasión por la justicia y la libertad en la sangre. Su bisabuelo fue guerrillero en la lucha por la independencia de Chile contra el dominio español, en la época en que Kutúsov enfrentaba a Napoleón. Su abuelo, médico, senador radical, fundó en 1871 la primera escuela laica del



país. Sus enemigos de la oligarquía lo apodaban, no sin razón, *el Rojo Allende*. El nieto estudiará también medicina. En la universidad se apasiona por las ideas del socialismo. Se embebe en la historia de la revolución de octubre. Dirige un grupo de avanzada estudiantil, "Avance". Comienza a leer –entre otros– textos de Marx y Engels, de Lenin. A causa de su actividad revolucionaria es expulsado de la Facultad de Medicina. Por aquellos tiempos Chile sufre el impacto de la crisis del capitalismo. La lucha de obreros y estudiantes hace temblar la dictadura militar de Carlos Ibáñez. El joven Salvador Allende, perseguido, se presenta en los funerales de su padre y allí hace el juramento de dedicar su vida a la causa del pueblo. Cuando el dictador Ibáñez es derrocado el 26 de julio de 1931, Salvador Allende puede regresar a la universidad y recibir su título de médico. En

* Escritor y ensayista chileno (1916). Premio Nacional de Literatura (2002). *Universidad de México*, septiembre de 1978, vol. XXXIII, núm. 1

junio de 1932 participa en la creación de la fugaz República Socialista –así se llamó– que sólo duró 12 días. Allende se define como socialista y antiimperialista. Detenido, comparece ante tres cortes marciales en Valparaíso. Participa, en abril de 1933, en la fundación del Partido Socialista de Chile. Figura entre los promotores del Frente Popular, formado en mayo de 1936 por los partidos Radical, Comunista, Socialista y Radical Socialista, que alcanza la presidencia de la república el 25 de octubre de 1938, con Pedro Aguirre Cerda. A los 31 años Salvador Allende renuncia a su mandato de diputado por Valparaíso para asumir el cargo de ministro de Salud en ese gobierno. Tiene el propósito de mejorar las condiciones sanitarias del país, sobre todo del pueblo. Dotado de gran capacidad de trabajo, elabora el proyecto de ley que instituye el Servicio Nacional de Salud. Se propone la creación del Colegio Médico. Particularmente preocupado por la suerte de la mujer y del niño, impulsa el establecimiento de las asignaciones familiar y prenatal, de las pensiones para las viudas y los huérfanos, así como para los obreros y los campesinos. Introduce la jornada de ocho horas de trabajo para los trabajadores de la salud. Escribe un libro notable, muy documentado, *La realidad médico-social de Chile*, que proyecta una luz estremecedora sobre el trasfondo de pobreza abismal en el cual se debate la mayoría de la población.

Cuatro veces candidato presidencial, Allende se convierte en la personalidad más destacada de la izquierda chilena. Presidente del Senado en 1966, se preocupa por la suerte de los supervivientes de la guerrilla del Che Guevara en Bolivia. Asegura su protección y los acompaña en el viaje por avión vía isla de Pascua-Tahití, con el fin de que se dirijan seguros hasta La Habana.

Cuando el 4 de septiembre de 1970 Salvador Allende gana la elección presidencial, pasada la medianoche, desde el balcón de la Federación de Estudiantes de Chile, en Santiago, con una voz firme en la cual se transparenta la emoción del momento, precisa con clarividencia: "Si la victoria ha sido difícil, será aún más difícil consolidarla y construir la nueva

sociedad". Cuando, dos meses más tarde, entre a la Moneda, agregará que "el socialismo no es un don gratuito que los pueblos encuentran por azar en su camino". Su gobierno no se da un momento de reposo. Estrecha relaciones con la Unión Soviética. Las restablece de inmediato con Cuba. Las extiende a todos los países socialistas. Y proclama su propósito de mantener vínculos amistosos con todos los países de la Tierra, reforzando los lazos con las naciones del Tercer Mundo. Sus principios son los de la independencia, soberanía, autodeterminación, colaboración internacional y de apoyo a los pueblos en la lucha por su definitiva liberación. Nacionaliza todas las riquezas en manos del imperialismo. Da cima a la reforma agraria. El mismo Allende advierte la respuesta de los grandes propietarios, de las multinacionales: "El capital extranjero –puntualiza al cabo de un tiempo–, el imperialismo ligado a la reacción han creado el clima para que las fuerzas armadas rompan su tradición". De este modo anunció el curso de los acontecimientos que deberían conducir, con su inmolación, a la muerte de la democracia en Chile y a la instauración del fascismo.

A 70 años de su nacimiento y a cuatro años de su muerte heroica, la figura de Allende, caído dentro de una Moneda en llamas, que juró no abandonar con vida, se ha convertido en un símbolo del pueblo chileno y en una imagen mundial representativa de la más alta consecuencia y de fidelidad absoluta a su patria y a la revolución. Poco antes de morir, él sabía que el pueblo viviría para dar vuelta a esa página sombría. "Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores", expresó con convicción definitiva en su último discurso.

Su voz ha quedado resonando en el aire de la historia. Sus palabras no se borran. Salvador Allende recordó precisamente que la historia la hacen los pueblos y ellos son los que dirán la última palabra. El pueblo de Chile está en esa tarea. No prevalecerá Pinochet. Salvador Allende, a 70 años de su nacimiento, despliega su nombre y su ejemplo como una bandera de lucha, como un sinónimo de la indestructible esperanza. ●

DISPARATARIO

Carlos Illescas*

Alocución con motivo del quinto aniversario del golpe de Estado fascista contra el gobierno popular del doctor Salvador Allende, cuya muerte gloriosa precedió en pocos días la del gran poeta americano Pablo Neruda.¹

Señoras, señores, compañeros:

Muerte y desastre son signo común en muchos de nuestros pueblos americanos. Asesinato y tortura no cejan y la desesperanza impone, a veces, su fatídica sombra. Claro –se dirá– existen otros países, otras regiones, otros lugares más felices en los cuales el destino es diferente y entonces nosotros, los de antes, los huérfanos de la vida, sonreímos de inmediato y como dementes cantamos las canciones de ayer. Ésas en las que el burgués irremediabilmente muerde el polvo, ésas en las que la hueste fascista nunca llega a cruzar el Ebro mientras en el horizonte de la humanidad se eleva un enorme sol rojo, sólo previsto en raptó de creación artística por Shostakovich, Eluard, Henry Moore, cada uno a su estilo, cada uno según su ideología.

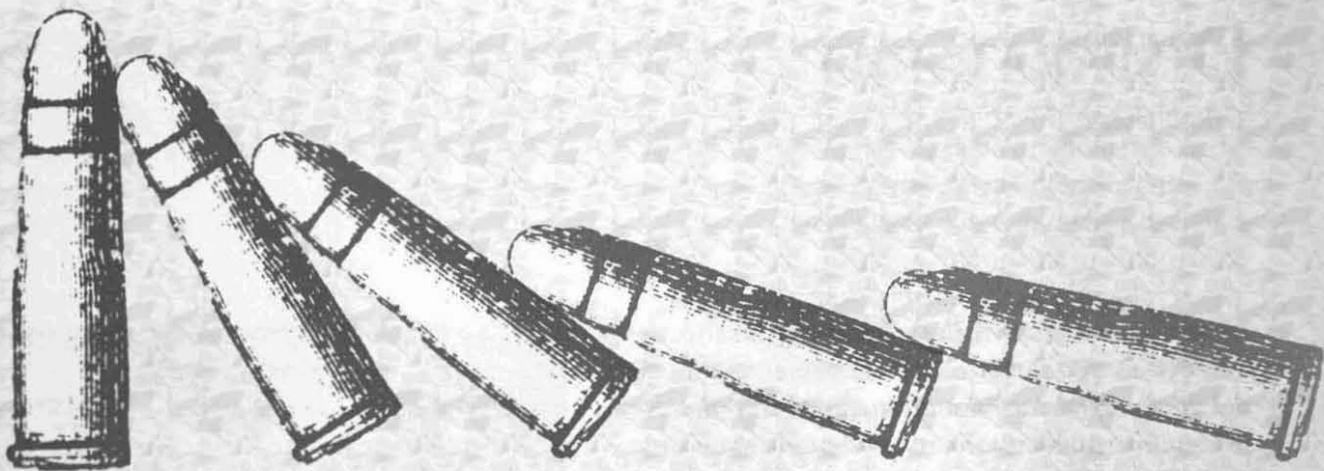
La realidad, la más escueta, es que las balas dirigidas al corazón de Chile, el compañero presidente Salvador Allende, nunca se han detenido. Su labor es larga y tremenda y en consecuencia, asesina. Las balas ya no buscan sólo al líder, al ideólogo, al combatiente distinguidos, a título de blancos entre todos los más visibles, sino también a quienes en modestas trincheras, pero no por ello menos importantes, se revelan en la lucha por el rescate de las libertades humanas como víctimas apetecidas en la masacre que perpetra el imperialismo. Hasta ellos, pues, llegan también los proyectiles que prosiguen atronando la Casa de la Moneda, disparados por manos de Richard



Nixon, John Colby, Tacho Somoza, Carlos Arana Osorio, Videla, Stroessner; todos sentados a la mesa de la junta militar chilena, que encabeza Augusto Pinochet, sin duda el más sanguinario de los títeres manejados por los señores del dinero.

Pero echemos cuentas, ¿cuántos son ya los muertos en nuestros desangrados países después del sacrificio de Salvador Allende, Pablo Neruda y demás combatientes chilenos? Entre muertos y desaparecidos suman muchos miles de millar. Pretender un recuento llevaría a la locura. Nosotros, sin embargo, en ocasión de cumplirse el quinto aniversario de la caída (transitoria, se entiende) del régimen popular chileno, deseamos evocar así sea momentáneamente otras víctimas sacrificadas por la misma causa en otros tiempos, otros países, otros combates, otras circunstancias en las cuales la mano del delincuente ha sido y es la misma.

* Poeta guatemalteco. *Universidad de México*, septiembre de 1978, vol. XXXIII, núm. 1



El poeta Roberto Obregón, torturado hasta la muerte por las autoridades salvadoreñas; el poeta Otto-René Castillo, incinerado en vida por la insuperable crueldad de los escuadrones de la muerte guatemaltecos; Francisco Urondo, poeta combatiente argentino, caído al atender el llamado de su pueblo. Y ya puestos en esta vía permítasenos evocar a las víctimas de Panzós, pueblecito maya de Guatemala, donde la metralla transnacional sembró la destrucción ante la repulsa de un mundo hecho más a la simulación alharaquenta que a la fraternidad efectiva.

Todos los nombrados y asimismo los que no, comparecen (comparecemos) incluidos en el desarrollo de un hecho en el que Salvador Allende ha sido el personaje más visible del drama en el cual todos seguimos siendo la primera y la última víctima en los bien urdidos delitos de la civilización occidental,

porque ¿acaso no descansa la historia del subdesarrollo sobre la continua escalada del dólar, generador de la violencia en cuya cima hay un cadáver que es el primero de una serie de causas de las cuales el efecto es el último muerto ofrendado a una cada vez más lejana liberación? Dicho sea sin pesimismo.

A cinco años de la muerte de Salvador Allende en defensa de la integridad social, política y cultural de su patria, deseamos dejar constancia de esta incoherente reflexión expresada, puesto el oído en el corazón de Chile. Pueblo en pie de lucha, ¿armado entre otras armas con el verbo intemporal de Neruda?

Señoras y señores. Compañeros. El pueblo chileno exige hoy el plural concurso de todos cuantos alentamos vida (todavía) para volver a construir el espíritu y la libertad momentáneamente puestos bajo la bota de los militares transnacionales.

He dicho. ●

NOTA

- ¹ Palabras pronunciadas una noche de insomnio frente a las sombras vivas que encabezaban Salvador Allende, Pablo Neruda, José Tohá, Enrique Letelier, Víctor Jara, Violeta Parra, Javier Heraud, Yon Sosa, el Patojo, Juan Tubac, el comandante Che Guevara, Raúl Leiva, Huberto Alvarado, Nayo Castillo Flores, Pantina Rodríguez Padilla, Bernardo Alvarado Monzón, el infante Ignacio Ricopalchi, Carlos Alvarado Jerez, Gato Valle, Inti Peredo, Isabel Allende, Hugo Barrios Klee, Chema López, Dulce María Tamahú, Otto-René Castillo, Mario Silva Jonama, Gato Pineda, Rafael Tieschler, Víctor Manuel Gutiérrez, Rogelia Cruz, miss Guatemala. Quizás tú. Y todo mi pueblo bañado en olas sucesivas de un silencio rojo.

1968: EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y EL CINE

Arturo Garmendia*

I

El imperialismo y el capitalismo, ya sea en la sociedad de consumo o en el país neocolonizado, encubren todo tras un manto de imágenes y apariencias. Crean un mundo poblado de fantasías y fantasmas en el que la monstruosidad se viste de belleza y la belleza es vestida de monstruosidad. Hay por un lado la fantasía de un universo burgués donde titilan el *confort*, el equilibrio, la paz, el orden, la eficacia, la posibilidad de "ser alguien". Por el otro lado, los fantasmas somos nosotros: los perezosos, los indolentes, los subdesarrollados, los generadores del desorden. El revolucionario es para el sistema un forajido, un asaltante, un violador, pero...

"Hago la revolución, por lo tanto existo." A partir de aquí, fantasía y fantasmas se diluyen para dar paso al hombre viviente. El cine de la revolución es simultáneamente un cine de destrucción y de construcción: destrucción de la imagen que el neocolonialismo ha hecho de sí mismo y de nosotros. Construcción de una realidad palpitante y viva, rescate de la verdad en cualquiera de sus expresiones.¹

El fragmento citado del conocido manifiesto de Solanas y Getino plantea en términos generales los motivos y la necesidad, la urgencia de un Tercer Cine. Un cine que en Latinoamérica, pese a las limitaciones de tipo técnico, pese a que la represión crece, ha establecido contacto con el pueblo y lucha por politizar, sacudir a su público. Un cine que en México, donde posiblemente haya más recursos pero también donde la mediatización es más fuerte (una

industria cinematográfica establecida, varios canales de televisión, centenares de radiodifusoras), hasta ahora comienza a tomar impulso: se atraviesa por un periodo formativo, que no dejará de dar frutos en un futuro próximo.

Por eso es necesario alentarlos, abrirle camino, defenderlo de los intentos de asimilación. Por eso es importante demostrar que existe, trazar su breve historia y corregir sobre la marcha los errores que se hayan cometido. Y no es que pretendamos convertirnos en líderes del movimiento, no es nuestra intención dictar dogmas; es que el Tercer Cine es de todos y alentarlos, impulsarlos, defenderlos y corregirlos no es una imposición, es una exigencia para quien se compromete con él.

"Destruir la imagen neocolonial... rescatar la verdad en cualquiera de sus expresiones." ¿Cómo se ha enfrentado este movimiento en México a esta tarea? He aquí lo que busca esta exposición.

II

A partir del triunfo de la revolución de 1910, tanto los gobiernos militares surgidos de ella como sus herederos, los gobiernos civilistas, de golpe en golpe y de sexenio en sexenio, construyeron la imagen del "milagro mexicano": una eterna marcha hacia el desarrollo en la que los únicos que avanzan son el capital extranjero invertido en el país y su cómplice, la burguesía criolla. Una marcha que, para acallar las protestas de aquellos que no progresan —obreros y fundamentalmente campesinos— ha inventado el espejismo de la clase media.

La clase media, un sector minoritario de la población al que el sistema mima, adula, complace creándole una pequeña sociedad de consumo, y al que se usa como ejemplo para desposeídos, como ilustración de lo que será el futuro de las masas cuando las promesas de la revolución finalmente se cumplan,

* Cineasta y periodista. *Universidad de México*, junio de 1972, vol. XXVI, núm. 10

cuando el desarrollo se alcance, cuando la riqueza se distribuya, cuando el paraíso priista, la tierra prometida por la economía mixta se alcancen...

Pero no hay mal que dure cien años. Tras el despilfarro, el saqueo, la orgía alemanista, vinieron épocas de austeridad. Y de opresión abierta. Obreros y campesinos despertaron entonces a la insurgencia. Trabajadores de las minas, del riel y del campo, con sólo plantear demandas democráticas, hirieron al sistema. Y fueron reprimidos ante la indiferencia de la clase media.

Sólo que la crisis económica del país se acentúa lenta e inexorablemente, y pronto le tocó a ella ser oprimida. Pronto sus fantasías de equilibrio, seguridad social, garantías liberales y progreso económico comenzaron a verse comprometidas, y tanto profesionistas como maestros y médicos se sumaron a la rebeldía, sólo para ser acallados por la violencia. A continuación tocó el turno a los estudiantes de tomar la vanguardia en las luchas populares del

Este Tercer Cine ha comenzado a gestarse en el interior del movimiento estudiantil. Esporádicamente ha registrado algunos de sus momentos clave, primero por iniciativa de aislados aficionados al cine, a últimas fechas por obra de incipientes grupos cinematográficos que gravitan en torno suyo. De estas obras queremos ocuparnos ahora, aun a sabiendas de que la mayoría de ellas no resistiría un juicio severo en el campo de la expresión (o, lo que es aún más grave, no soportarían una revisión en lo ideológico). Sin embargo, todos estos filmes, en mayor o menor medida, son testimonio de un momento histórico y por ello su trascendencia está asegurada.

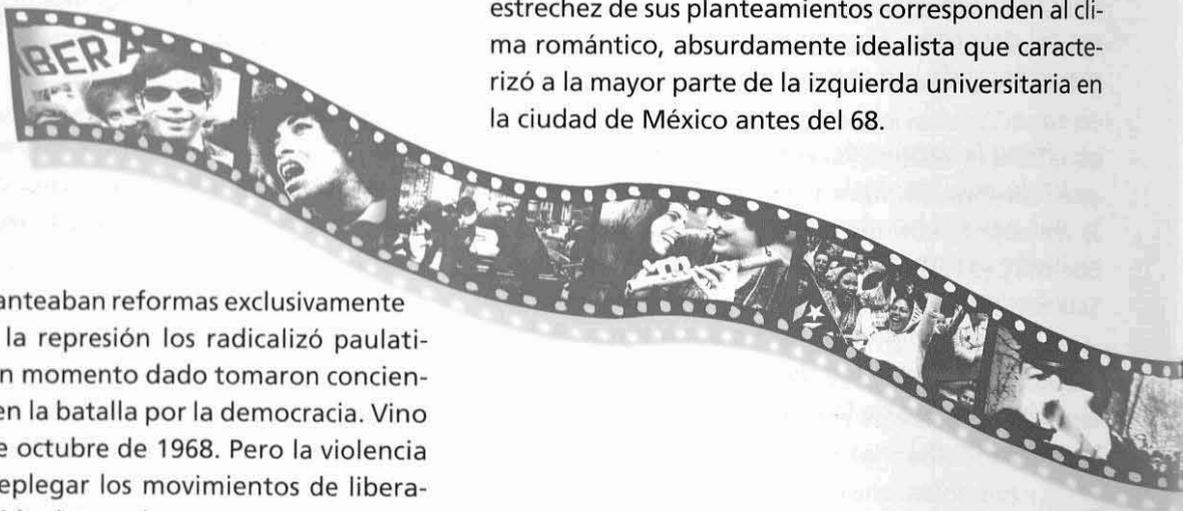
Por ejemplo, hay una cinta que ilustra los inicios del movimiento estudiantil. *Ardiendo en el sueño* de Paco Ignacio Taibo II, podrá resultar pedante, pretenciosa, pero aun su tono autosuficiente, aun la estrechez de sus planteamientos corresponden al clima romántico, absurdamente idealista que caracterizó a la mayor parte de la izquierda universitaria en la ciudad de México antes del 68.

país. Primero planteaban reformas exclusivamente escolares, pero la represión los radicalizó paulatinamente y en un momento dado tomaron conciencia de su papel en la batalla por la democracia. Vino entonces el 2 de octubre de 1968. Pero la violencia sólo consigue replegar los movimientos de liberación; no ha podido detenerlos.

Por otra parte, un movimiento revolucionario necesita tener memoria, posibilidad de difundirse; documentos sobre los que reflexionar, corregir errores, plantear estrategias, y sobre todo necesita de un arma con la cual derribar la imagen de armonía, tranquilidad, progreso que le permite al sistema explotar, oprimir, violentar. Necesita un cine que ataque "a los que no duermen, por temor a los que no comen".²

El filme toma su título y un epígrafe de *Conversación en la Catedral*, la novela de Mario Vargas Llosa. Como ella (toda proporción guardada), tiene por protagonista a un inconforme social obsesionado por la idea del fracaso. Una tarde, éste reúne a un grupo de camaradas, con los que integra una organización política preparatoriana, para intentar recordar en común su primera acción y su primer contratiempo, ocurridos en 1967.

Mediante un preciosismo formal que toma ingenuamente como modelos a Godard, Resnais y Lelouch alternativamente, y a través de una desarticulada serie de *flash-backs*, conocemos a un "Frente Estudiantil",



unido por no se sabe qué principios, que restringe sus actividades al interior de la escuela. En ella el principal problema que encuentra son las "porras". En consecuencia planea una campaña de denuncia, que llegará al estudiantado a través de volantes. Se redacta el texto, se lleva al estencil, se expresa admiración por lo bien que ha quedado determinada frase, se pasa una noche en vela y a la mañana siguiente los impresos, las posiciones y las últimas instrucciones se distribuyen para dar comienzo a la operación.

Sus adversarios, los pandilleros, no tardan en hacer su aparición. Golpean a uno de los miembros del frente, e inician una riña que terminará en la oficina del director de la prepa, que amenaza con la expulsión... a quien a golpes de idealismo pretendía combatir la corrupción; a quien ahora, tiempo después, se interroga angustiado sobre las causas de su fracaso.

"Lo que deberíamos haber hecho, era ir de salón en salón comunicando la complicidad entre el director y las porras —comentó una de sus compañeras entonces—. Había que contar con el respaldo de las bases." Hoy, el grupo considera vigente aquella respuesta, aunque advierte que la política estudiantil ha cambiado, es más compleja: "Antes se sabía quiénes eran los buenos (los estudiantes, el pueblo, los explotados) y quiénes eran los malos (los 'porros', tal vez algunas autoridades escolares y... ¿el gobierno?). En cambio hoy..." Y, con sonrisas nostálgicas que quisieran resultar autocríticas, cada uno de los integrantes del "Frente" explica a la cámara: "Éramos jóvenes." "Éramos inmaduros." "Éramos inocentes..."

Eran aquellos tiempos en que la política estudiantil se orientaba a ganar las sociedades de alumnos, en que se ingresaba a la Juventud Comunista, en que se desfilaba en apoyo a Cuba, a Santo Domingo, al heroico pueblo de Vietnam, sin pensar en que la situación nacional también requería participación. Eran los días en que las huelgas se limitaban a intentar conjurar el aumento de precios en los transportes colectivos, a exigir indemnizaciones a las líneas camioneras en caso de accidentes, a prolongar los periodos de vacaciones... La "izquierda-boy scout" hacía su buena obra diaria y vivía con la conciencia tranquila.



Pero también era la época en que el ejército, la "ola verde", ocupaba las universidades de Morelia, de Sonora, de Sinaloa, que, unidas al pueblo, asumían en ese momento actitudes más radicales y apoyaban demandas más importantes.

"La universidad es autónoma, al menos en las letras de su ley; pero el presupuesto se cubre en gran parte con el subsidio federal y se puede ejercer sobre nosotros toda clase de presiones",³ reconoció el entonces rector, ingeniero Javier Barros Sierra, en un momento de crisis. El subrayar la dependencia del gobierno federal muestra que el motivo de las sanciones económicas aludidas es político; en cuanto a las otras presiones, durante mucho tiempo fueron ejercidas por "cuerpos de vigilancia", grupos de choque al servicio de una facción o pandillas al servicio del mejor postor. La eficacia y la seguridad que ofrecían estos grupos se hace evidente en la caída del rector doctor Ignacio Chávez.

Éste es otro de los cabos que la cinta de Taibo deja suelto. Desde el punto de vista de las minúsculas asociaciones políticas estudiantiles de ese tiempo, existía un lazo evidente entre las porras y ciertas autoridades venales, pero los motivos de esta unión se les escapaban y por lo tanto la manera de combatirlos no era efectiva. De ahí lo limitado de sus acciones, de ahí la imposición de la fuerza bruta, manipulada desde lo alto, en el seno de la universidad.

IV

El 22 de julio de 1968, según explicaron los directores de las vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional, y el de la preparatoria "Isaac Ochoterena", incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México, culminaron una serie de actos violentos entre los estudiantes de dichos planteles, que fueron capitalizados por dos pandillas, *Las Arañas* y *Los Ciudadelos*. Antes de retirarse, los pandilleros amenazaron con volver al día siguiente, por lo que se pidió la intervención de la policía con el fin de prevenir nuevos actos vandálicos.⁴

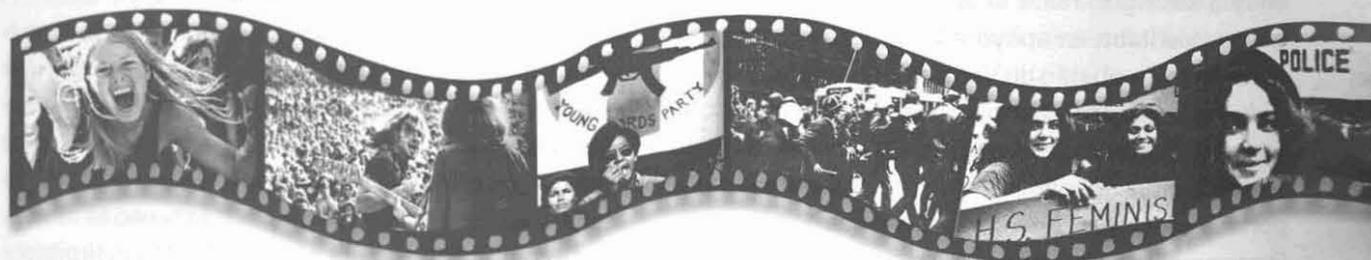
Éste fue el comienzo. La violencia, la escalada de la represión policiaca posterior, la agitación en el ambiente estudiantil y el intento de encauzar la movilización lograda hacia el apoyo de una desprestigiada agrupación estudiantil de clara filiación priista, la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), siguió la estrategia de la provocación que tanto éxito había tenido en ocasiones anteriores. Pero esta vez los hechos escaparon al control oficial. Años de lucha estudiantil sin propósitos definidos, finalmente encontraron sentido. Las falsas representaciones estudiantiles fueron repudiadas y las asambleas tomaron el poder. A la violencia cada vez más cruda se respondió con la denuncia y la organización. A la agresión se contestó con la huelga, y a los intentos de escindir la izquierda, con la solidaridad.

30 de julio. En las primeras horas de hoy, soldados de línea y un convoy integrado por tanques

ligeros y jeeps equipados con bazookas y cañones de 101 mm, salieron del Campo Militar Número Uno. La tropa inició su marcha hacia el barrio universitario, enfrentó a los preparatorianos a bayoneta calada y encontró una leve oposición. Los estudiantes se vieron obligados a parapetarse en los planteles, y la puerta de las escuelas preparatorias 1 y 3 fue desbaratada de un tiro de bazooka".⁵

El 1º de agosto el rector de la universidad, ingeniero Barros Sierra, encabeza una manifestación de duelo por los estudiantes caídos y la violación de la autonomía universitaria. Su acción mostró la táctica adecuada al movimiento estudiantil: había que romper el cerco de la represión, de la calumnia; había que salir al encuentro del pueblo: había que ganar la calle.

Y el cine estuvo ahí. Al integrarse el Consejo Nacional de Huelga, los representantes del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, entre los que se encontraba Leobardo López Aretche, plantearon a la asamblea la aportación que su escuela podía hacer al movimiento; registrar los acontecimientos, luchar por difundirlos. Así, durante el transcurso de la acción se estuvo en posibilidad de elaborar dos *comunicados*, documentos colectivos que registran, cronológica y objetivamente, las manifestaciones, las asambleas, los días de la movilización estudiantil. Si bien a escala reducida, estos filmes comprendieron cuál es una de las tareas más urgentes del Tercer Cine: contrainformar, mostrar la verdad, destruir la imagen deformada que de las cosas presenta el sistema. Un cine político, comprometido, había nacido.



V

Para muchos el movimiento estudiantil se condensa en una sola película: *El grito*, de Leobardo López. Se trata indudablemente de la cinta que mejor refleja una vital actitud generacional. Una generación que finalmente enfrentó "el rostro joven del país, al siempre igual y terrible y grotesco y caduco y viejísimo de la agresión, de la fuerza, del fascismo. Rostro encarnado en seres muy concretos, que obedecían órdenes muy concretas y que desafiaban el juicio histórico muy concreto de una historia que no los absolverá".⁶

El grito tiene como estructura la cronología de los hechos, divididos en cuatro partes, correspondientes a los meses en que tuvo lugar el movimiento estudiantil en 1968:

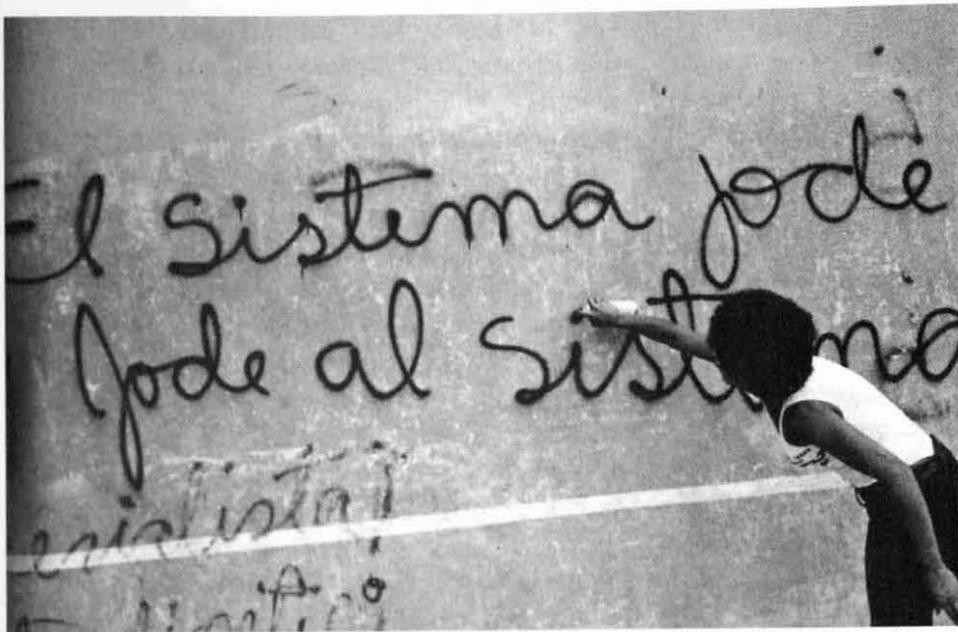
Julio: La ciudad amaneció un día en estado de sitio. Para aplacar un conflicto interescolar prefabricado, el cuerpo de granaderos provocó, emboscó, persiguió, golpeó y detuvo a los estudiantes de tres preparatorias. La arbitrariedad de esta acción repercutió en el ánimo estudiantil y las protestas públicas no se hicieron esperar. Sobre ellas se centró, nuevamente, la represión. Los detenidos en los enfrentamientos diarios llegaron a contarse por centenares. Se pasó a la agresión armada; el ejército derriba un portón y penetra en recintos universitarios. El licenciado Luis Echeverría, secretario de Gobernación, declara que "las medidas extremas adoptadas se orientan a preservar la autonomía universitaria de los intereses mezquinos e ingenuos, muy ingenuos, que pretenden desviar el camino ascendente de la revolución mexicana".⁷

Y la película capta, iracunda, las agresiones, el gris ambiente de las delegaciones y en ellas a estudiantes jóvenes, muy jóvenes, que esperan tras las rejas. Y las calles patrulladas por el ejército. Y las fotografías que muestran el artero ataque contra las preparatorias. Y una imagen terrible, en la que se concentra toda la ira, todo el rencor, toda la impotencia acumulada: un autobús en llamas, al fondo de una calle vacía, que arde consumiéndose en el silencio nocturno. Y una mano, varias manos, muchas manos que se superponen a esa imagen, haciendo la señal de la V...

Agosto: "Será para nosotros un motivo de satisfacción y orgullo que estudiantes y maestros del Instituto Politécnico Nacional, codo con codo, como hermanos, nos acompañen en esta manifestación".⁸ Las palabras del rector en la manifestación de duelo por los sucesos del 30 de julio marcan un paso importante: los estudiantes, hasta entonces una fuerza dispersa, encontraban la solidaridad. La agresión propició la unión, y la lucha por los seis puntos (libertad a los presos políticos; destitución de los militares Cueto, Mendiola y Frías; extinción del cuerpo de granaderos; derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal; indemnización a los caídos, y deslindamiento de responsabilidades) comenzó a atraer a otros sectores populares que los hicieron suyos, y agregaron nuevas demandas, hasta que todas las peticiones se hicieron una: "Democracia. Respeto a la Constitución".

Y ante la actitud adversa de la prensa y de los otros medios de comunicación oficiales, el movimiento estudiantil salió a la calle. A gritar sus demandas en volantes, a escribir sus consignas en las paredes, a difundir sus motivos en manifiestos pegados en los transportes, a dialogar con la gente en cada escuela,





en cada casa, en cada fábrica, en cada esquina. Y a mostrar la fuerza de su unión, la justicia de sus demandas, la limpieza de sus actos en prolongadas, masivas, entusiastas manifestaciones. El movimiento estudiantil era en un momento dado 80 mil, 150 mil, 300 mil o más personas tomadas de la mano, dispuestas a luchar por el derecho de expresarse libremente. El movimiento estudiantil era una sola voz que encontraba eco en todos los rincones del país.

Septiembre: Una tras otra, las manifestaciones exigieron respuesta a sus demandas, abierta y a la luz del día. Una y otra vez se negaron a prestar oídos a la petición de "diálogo público". En cambio, el régimen de Gustavo Díaz Ordaz respondió con una amenaza –"Tenemos confianza en que no se logrará impedir la realización de los eventos deportivos en puerta. Nuestra confianza se funda en la decisión de hacer uso de todos los medios legales a nuestro alcance para mantener el orden y la tranquilidad internos"⁹ y con una agresión: la toma de Ciudad Universitaria por el ejército el 18 de septiembre.

Y la cinta contrasta el rigor protocolario, el júbilo convencional, el aplauso incondicional en la pompa oficial el día del informe, con la alegría espontánea, la comunicación llana y directa, la satisfacción de llevar a cabo una tarea en común durante los festivales populares organizados en Ciudad Universitaria. Y opone la disciplina, la impresionante soli-

daridad, la belleza sobrecogedora de la manifestación silenciosa a las fuerzas armadas, que días más tarde entraron, ocuparon, sometieron y destrozaron los locales de la universidad.

Octubre: "Llegué a las 4:45 y la plaza estaba casi llena. Subí a la terraza del tercer piso en que se hallaban los líderes. Uno de ellos, que se notaba muy nervioso, dijo que se había demorado porque carros blindados y camiones llenos de soldados estaban desalojando a la gente de la plaza. En ese momento un helicóptero apareció sobre la plaza, bajando, bajando. Unos segundos después lanzó dos luces verdes en medio de la multitud. No más de tres segundos después escuchamos el fuerte ruido de carros militares acercándose y estacionándose alrededor de los lados de la plaza. Los soldados saltaron con sus ametralladoras y abrieron fuego inmediatamente".¹⁰

Y la película enloquece. El horror, los disparos, la gente que corre, la gente que cae; en la enorme plaza la multitud que grita y las tropas que continúan vaciando sus armas impunemente...

Un tiempo después, en el estadio de Ciudad Universitaria, cientos de palomas esperan en sus jaulas el momento de ser puestas en libertad, para anunciar con su vuelo la inauguración de los Juegos Olímpicos. Pero subrepticamente y con la complicidad de la cámara, alguien hace la V de "¡Venceremos!"

VI

Como sucede frecuentemente en las cintas documentales, la fuerza de los acontecimientos reflejados tiende a imponerse por sí misma y de un solo golpe. En el caso de *El grito*, la vitalidad, la manera franca y directa con que se muestran los hechos que han cambiado radicalmente la marcha del país, encubre errores que se encuentran en la base del filme. Errores inevitables, si partimos de la certeza de que la película expresa, ante todo, la visión que del movimiento estudiantil tenía una generación comprometida, pero sacudida en el momento de referirse a él por los recientes sucesos de Tlatelolco. Esto justifica en parte la emotividad pura, la feroz esquematización que domina de principio a fin en el filme.

Sin embargo es necesario debatirlos, elucidarlos, ya que haber caído en ellos (tal vez inevitablemente) fue una de las causas de la inactividad que afectó al movimiento estudiantil después de la represión del 2 de octubre. En primer lugar, la cinta muestra los acontecimientos, pero no reflexiona sobre ellos. Si acaso los comenta, dando la palabra a algunas personas cuyas apreciaciones, unidas a las del autor, dotan al mensaje de la misma de una peculiar ideología: hay por una parte la alocución del rector Barros Sierra, pronunciada antes de la salida de la manifestación que encabezó; hay una imprecación lanzada a los diputados por una de las integrantes del Frente de Madres de Familia; hay unas declaraciones del ingeniero Heberto Castillo, de la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior, después de haber sufrido un violento atentado; hay la narración que da continuidad a los hechos, tomada de una crónica de la periodista italiana Oriana Fallaci, y además de algunos otros comentarios, la imbricación de todo ese material efectuada por Leobardo López.

A partir de estos elementos se obtiene un excesivo respeto por las instituciones universitarias, pero no un concepto claro de lo que significa la educación superior para el país; una reacción popular nacida al calor de la lucha, pero a-ideológica y de relativo alcance político; una obcecación en ideales liberales que, dadas las condiciones fascistoides del régimen imperante, pasaron por radicales, pero que

hoy, en el mejor de los casos, sólo son reformistas; una participación puramente sentimental en los hechos, que a menudo confunde lo pintoresco con lo significativo, y una actitud cercana a la intransigente rebeldía anarquista, que en el seno de la pugna se hallaba en su elemento pero que, tras el receso obligado por la represión, tiende más a la desesperanza que a la reorganización de la lucha. Una reorganización en la que es imprescindible otro factor que se echa de menos en *El grito*: el análisis político. La suma de acontecimientos por sí misma no alcanza a darnos idea de la trascendencia de los hechos ni de su significado en un contexto más amplio, determinado por las coordenadas económicas, sociales y políticas del país. El análisis de la situación hubiera proporcionado sucintamente este resultado: la sola demanda de respeto a las garantías democráticas de la Constitución ya es peligrosa para el sistema, que debe violarlas cotidianamente para conservar su hegemonía. El movimiento estudiantil, al lograr atraer a la lucha a importantes sectores del pueblo, se convierte en detonador de la insurgencia, que amenaza la base misma del sistema; por lo tanto, para detenerla se está dispuesto a llegar a la represión abierta y total, una vez que la mediación se ha estrellado contra la organización democrática del movimiento.

Se necesitaba entonces, a partir de estos puntos, una organización más consciente, más politizada, y una estrategia que abriera nuevos frentes de lucha. Pero la detención de algunos de los líderes principales, que sucedió a la represión, y posteriores discrepancias entre facciones que actúan en el seno del



movimiento propiciaron una impotente, frustrante paralización. Ante ella, el estudiantado llegó a la desesperación, a la perplejidad, a la desilusión y aun a la asimilación al sistema que antes se había impugnado, tal y como lo reflejan las siguientes películas:

El padre, de Enrique Escalona y Galo Carretero, contrasta la jornada dominguera de dos niños vista por su progenitor a través de la mirilla de la cámara de *Super 8* con un *collage* de fotografías periodísticas de temas bélicos, políticos, motinarios y publicitarios. La cinta ordena sus imágenes de manera que a la presentación objetiva de las acciones infantiles en presente —juegos, bailes, ejercicios pictóricos, sesiones de televisión, preparativos para el reposo nocturno— se suceden reflexiones del protagonista sobre acciones guerreras, luchas callejeras, destrucción, enajenación, muerte, mientras los comentarios en *off* van de la situación política en el extranjero —Biafra, Vietnam, el sur americano, la Primavera de Praga, el Mayo parisiense— o nacional —del infortunio de los pequeños voceadores al mitin reprimido en Tlatelolco—. ¿Cómo explicarles tantas cosas a los pequeños? ¿Cómo comprenderlas uno mismo?

La marginación de la historia propia de la clase media, naturalmente, no encuentra respuesta. Inerme ante una información que no sabe cómo interpretar, y enajenada por una mediatización que a partir del 68 se intensifica, la perplejidad es su única actitud posible. Y de ahí al escepticismo sólo hay un paso.

El fin, de Sergio García, refiere (de una manera muy cursi, es cierto) esta involución: una pareja de enamorados, en la que la chica pinta paisajes al óleo y el joven entona pacíficamente canciones de protesta, disfruta bucólicamente de su mutua compañía cuando, a los acordes de *El bueno, el malo y el feo*, aparecen un cura, un funcionario, un granadero y una madre posesiva que se dedica a acosarlos. Capturado el joven, pronto se verá catequizado, golpeado, empadronado y amamantado ritualmente, para luego ser lanzado a una nueva vida: sustituye la mota por una *Coca-Cola*, la mezclilla por el casimir y la guitarra por un coche en cuyo radio se escuchan los monótonos compases de *Adoro*, del maestro Manzanero, ignoramos si ante la complacencia o la indignación del director. Poco importa.

Lo grave es que, caricaturas aparte, un gran sector de los participantes en el movimiento estudiantil, sin salida, se vio en la necesidad de volver a sus actitudes habituales, a asumir un destino que previamente había repudiado.

VII

A partir de cero, medimetro en *Super 8 mm* de Carlos Belaunzarán, expone con mayor claridad este problema, y como lo que nos interesa es rastrear esta desilusión generacional, dejaremos de lado tanto los tics estilísticos tomados de Cocteau (el encuentro de los amantes) como la simbología *naïf* (los hombrecillos de la televisión), que en la cinta se dan para conducirla al ridículo, para enfrentar exclusivamente los argumentos y el análisis que propone.

El protagonista de *A partir de cero* es una especie de "superviviente de Tlatelolco", angustiado por el peso de la historia. Tiene un cuarto de meditaciones y colecciona testimonios gráficos de la violencia en el mundo: los campos de concentración, los niños de Biafra, Nixon y Vietnam, GDO y el 2 de octubre, etcétera. Sale a la calle y encuentra que la sociedad de consumo en que vive ha logrado recuperar para el sistema aun los símbolos más radicales de la revolución: Villa, Lenin, el Che...

Incapaz de llevar su rebeldía ante esta situación más allá de un impotente grito de rabia en pleno Zócalo, o de acallar su conciencia mediante el amor o el "ejercicio de la inteligencia" (léase "aculturizarse y jugar ajedrez"), pronto es obligado a integrarse al sistema. Siguiendo los lemas de una campaña publicitaria "al servicio de México", trabaja, estudia y progresa, demostrando que "él puede". Pero el *status* clase media tan arduamente alcanzado le resulta insatisfactorio y los paliativos que le ofrece su nueva situación (el consumo, la familia, la religión) no alcanzan a enajenarlo. Cuando está al borde del suicidio, la acción retrocede al momento en que nuestro "hombre unidimensional" grita frente a Palacio Nacional: su "progreso" no ha sido más que una pesadilla. La angustia permanece, el personaje regresa a su "cuarto de pensar" y comienza a meditar nuevamente, no sin antes lanzar la consigna de que hay que encontrar una solución *a partir de cero*.



En este resumen es posible distinguir tres ideas dominantes, que por otra parte se encuentran bastante difundidas, aun en sectores que tradicionalmente se habían considerado de izquierda: la violencia existe pero es incomprensible; el intelectual (el-que-piensa, en términos de la película) vive al margen de la sociedad y está imposibilitado para influir en ella, y la multitudinaria clase media vive de espaldas a la realidad porque disfruta de un bienestar económico, ya que en ella "se basa el progreso del país", como se dice en la cinta.

Nuestra primera objeción sería que el análisis de la clase media mexicana no ha tomado en cuenta su papel en el conjunto de fuerzas que actúan en el país. Un simple vistazo a los resultados de los últimos censos demuestra que, frente a obreros y campesinos, la clase media no es tan próspera ni tan numerosa como se nos quiere hacer creer; y sobre todo que es absolutamente incapaz de generar progreso, distribuida como está, a nivel de trabajo, en la rama de servicios (burocracia, administración, comercio, etcétera).

Por lo mismo, ha llegado a los límites de su crecimiento: el país va directamente a la quiebra si esta clase continúa creciendo indefinidamente, a expen-

sas de las más desposeídas. El consecuente freno a su desarrollo en los últimos años ha motivado en los sectores más lúcidos de ella (los estudiantiles, los profesionales e intelectuales) un cambio de actitud que se ha manifestado en acciones de todos ya conocidas. En esta situación el genocidio no tiene nada de explicable. Sencillamente las aspiraciones democráticas, progresistas y liberales manifestadas públicamente contrarían las necesidades de un régimen antipopular en un momento dado y la violencia no es más que una solución política de urgencia.

No hay por lo tanto que recomenzar a partir de cero. El estudio de la evolución y las condiciones actuales del país muestran no el equilibrio, la paz y la eficacia oficiales, sino las contradicciones y las debilidades que esa fantasía pretende ocultar. Esto, que quedó demostrado en 1968, es lo que debe meditarse y en este campo debe participar activamente el intelectual, que tampoco tiene, como sugiere la película, que limitarse a "comprender el mundo": su influencia puede ser decisiva para transformarlo.

Por otra parte, esta película, muy a la ligera, supone que después de Tlatelolco el movimiento estudiantil no existe cuando, si no fuera por otra cosa, ahí están las masacres del 10 de junio, de Monterrey, del 7 de abril en Sinaloa, que hablan de lo contrario. Aún hay un movimiento que apoyar; la lucha prosigue, continuará... ●

NOTAS

- 1 Fernando E. Solanas y Octavio Getino, "Hacia un Tercer Cine", *Revista Cine Club* (México), núm. 1.
- 2 *Op. cit.*
- 3 "Renuncia presentada a la Junta de Gobierno de la UNAM", apud Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil en México*, ERA, México, 1971.
- 4 Reportaje de Elías Chávez G., *El Universal*, 24 de julio de 1968.
- 5 *Excélsior*, 30 de julio de 1968.
- 6 David Ramón, "El grito", *Diorama de la Cultura*, suplemento de *Excélsior*, 2 de abril de 1972.
- 7 Declaraciones a *El Día*, apud R. Ramírez, *op. cit.*
- 8 J. Barros Sierra, apud *idem*.
- 9 "IV Informe de Gobierno, rendido ante la Cámara de Diputados el 1º de septiembre de 1968".
- 10 Oriana Fallaci, crónica publicada en la revista *Look*, 12 de noviembre de 1968, reproducida en México por *La Voz de México*, 1º de diciembre de 1968.

DE SUMER A BAGDAD. EL DERECHO DE VIVIR EN PAZ

Judith Bokser*

*Venid, subamos al monte de YHVH,
a la casa de Jacob para que él nos enseñe sus caminos
y nosotros sigamos sus senderos.
Pues de Sión saldrá la Ley
y de Jerusalén la palabra de YHVH.
Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos.
Forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas podaderas.
No levantará espada nación contra nación,
ni se ejercitarán más en la guerra*

Isaías 2: 3,4

Desde la creación del primer imperio de la historia, el acadio, la guerra, como vehículo de imposición de pareceres, modos de vida y cosmologías, ha sido la característica acaso más definitiva de esa aventura y proyecto humano que solemos llamar historia. Si algún fenómeno es pertinente y continuo en ella es precisamente éste. La historia "se repite" a través de sus guerras. Ciertamente, no como factum, pues cada hecho de la misma es único y singular, mas reincide como phaenomenon. Las más de cinco mil contiendas que han caracterizado a la humanidad desde la invención de la civilización así lo atestiguan.

Quizás como ningún otro proceso histórico, la guerra conlleva un burlón juego de luces y sombras: de la destrucción a mansalva asiria a las justificaciones divinas de la conquista de México; de las playas de Trípoli a los palacios de Moctezuma; del desastre de Crimea a la heroica Estalíngrado o de los seis días israelíes a los diez mil vietnamitas, la guerra posee una faz de un negro cinismo, acompañada por otra de una epopeya inmarcesible.

La justicia de la guerra acompañó a san Jerónimo a través de lo que llamó "la guerra justa"; la yihad islámica se plantea como una guerra de defensa que está regulada por una conducta recta. La Convención de Ginebra trató de humanizar su rostro y la ONU ha buscado mediar, negociar, politizar antes que atacar. No hay duda, hay guerras correctas, que deben ser libradas, que deben ser ganadas. No hay duda, hay guerras malignas, que deben ser derrotadas.

El siglo xx fue el siglo de las guerras, tanto en un sentido como en otro. Fue el siglo de Marte, la era de Tánatos. ¿Los protagonistas? Los resumiría en un perfil, una concepción de la realidad en la que existen grandes problemas que exigen grandes soluciones; en un proyecto político, en un concepto: la ideología. Los "ismos" de mil

*Todos los hombres son creados iguales:
Su Creador los ha dotado de ciertos
derechos inalienables; entre ellos están la
vida, la libertad y la búsqueda de la libertad*

Declaración de Independencia
de los EU

colores: del nacionalismo racial a los movimientos de liberación nacional; del capitalismo a ultranza expoliador a la democracia libertaria y los derechos humanos; de la fraternidad internacional al gulag comunista; de la "carga del hombre blanco" a la descolonización; de la guerra caliente a la fría y a la ardiente.

Las contiendas ideológicas fueron, quizás, más cínicas al combinarse dos elementos de suyos explosivos: los procesos de descolonización y los conflictos adyacentes a la Guerra Fría. La arena donde ambos elementos coincidieron de manera brutal, inició su muy temprana lucha en 1945 y continuó hasta 1975. Arena que conoció la brutalidad de franceses, japoneses y estadounidenses por igual. Arena cuyo icono no fue un militar profesional ni un político pertinaz, sino un poeta: Ho Chi-Minh, el entrañable Tío Ho que ante el embate del águila imperial atinó a comentar:

Nuestros ríos, nuestras montañas, nuestros hombres, siempre quedarán. Derrotados los yanquis, construiremos una patria diez veces más hermosa. No importa cuántas dificultades y penalidades nos depare el futuro, nuestro pueblo está seguro que obtendrá la victoria total. Los imperialistas norteamericanos tendrán que retirarse, nuestra patria será reunificada. Nuestros compatriotas del norte y del sur se unirán bajo un mismo techo. Nuestro país tendrá el señalado honor de ser una pequeña nación que, a través de una lucha heroica, ha derrotado a dos grandes imperialismos —el francés y el norteamericano— e hizo una digna contribución al movimiento de liberación nacional

La guerra de Vietnam, conocida también como la guerra de los diez mil días (1945-1975), fue la más larga del

* Doctora en Ciencia Política y profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM

siglo xx. En ella, la ideología, en plural, definida en clave libertaria una, autoafirmante la otra, aunada a la violencia inherente a los procesos de descolonización, hicieron de la tierra de los arrozales el escenario donde la razón y la sinrazón jugaron a los naipes en una apuesta donde todos perdieron.

Junto con la revolución del *Che* en Cuba, quizás ningún otro símbolo se convertiría en icono de la lucha por la libertad como lo fue Vietnam y, al mismo tiempo, en oprobio vergonzoso para sus contrapartes: de la Francia de De Gaulle a los Estados Unidos de Johnson. El papel de este último se convirtió en una difícil y contradictoria lección de cómo inventar una guerra. El famoso incidente del golfo de Tonkín ("un ataque brutal contra los pacíficos navíos de Estados Unidos"), que justificó el inicio de las hostilidades abiertas, se desplegó en la convicción político-ideológica de la administración estadounidense. Quizás por ello, la guerra de Vietnam fue, más que nada, la guerra vivida, percibida, aprehendida como el instrumento de un proyecto que la precedía y la incorporaba.

Vietnam fue también reflejo de las nuevas modalidades que podía asumir la violencia que no pocas veces suele campar en un conflicto armado. El biocidio del *napalm* que rayó en lo dantesco desafió los límites de lo que prevalecía y abrió nuevas vetas a la impunidad. Como no pocos conflictos que atravesaron el siglo xx, los horrores de Vietnam hicieron que el conflicto en Indochina se convirtiera en un conflicto de la humanidad. En este sentido pueden entenderse las palabras de Jean-Paul Sartre: "El grupo al que se quiere aterrorizar, a través de la nación vietnamita, es todo el grupo humano". Así lo atestiguan en este apartado tanto el texto de Bertrand Russell, con toda la fuerza de su pluma, como el testimonio de Joris Vanjs, sensible, profundo.

Otro escenario de los procesos de descolonización fue el argelino. De 1922 a 1962, Argelia conoció su propio drama redentor. Pero a diferencia del indochino, el magrebí se caracterizó por una impresionante confusión donde todo se valía. El camino hacia la independencia estuvo anegado en sangre, brutalidad, torpezas políticas, intentos de golpe de Estado, terrorismo, batallas épicas, sublevaciones, rebeliones y derrotas ignominiosas. De la tercera a la quinta República Francesa, de Messali el Hadj, fundador del Movimiento Nacional Argelino, al nacionalismo del FLN, de las bombas del terror de la Organización del Ejército Secreto (OAS), a las torturas sistemáticas de la reacción fran-

cesa al triunfo final de Ahmed Ben Bella, Argelia se debatió entre su "francesidad" y su "arabeidad" en un abigarrado conflicto de identidades.

El consejo de Albert Camus, como la voz del profeta, fue una voz clamando en el desierto:

Si queremos que únicamente Francia reine en Argelia sobre ocho millones de mudos, Francia morirá en tal empeño. Si queremos que Argelia se separe de Francia, los dos países perecerán de algún modo. Si, en cambio en Argelia el pueblo francés y el pueblo árabe unen sus diferencias, el futuro tendrá un sentido para los franceses y el mundo entero.

No hubo esa unión de las diferencias y la revolución argelina manchó reputaciones, honores y blasones de la República que una vez se ufanó de ser la cuna de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

El texto de M.X. que acompaña esta sección proyecta de una manera a la vez inocente e increpante, por la crudeza de la propia realidad, la dramática conjunción entre biografía personal y circunstancia histórica que se deriva de la experiencia de lucha y violencia.

Por su parte, el llamado de Paulo VI a la paz que acompaña los textos seleccionados nos remite, en clave de perspectiva histórica, a la importancia de alzar la voz y señalar el arduo camino de la paz, llamado cuya importancia contrasta con el silencio incomprensible de la Iglesia católica durante la sinrazón del genocidio en el holocausto nazi.

La historia se empeña en enseñar, el género humano en no aprender. El derecho a vivir, a vivir en paz, continúa siendo una quimera más acorde con el sueño del profeta bíblico. ¿Cuál es entonces, en esta perspectiva histórica, el legado de nuestro complejo y dramático siglo xx? ¿Hasta dónde recuperó y magnificó las experiencias milenarias de una historia de violencias que le antecedieron o bien tuvo la capacidad de proyectar sus promesas y proyectos liberadores? ¿Cuál de las dos vetas imprimió su sello con mayor pretensión de trascendencia: la sinrazón y el exterminio de sus guerras o las esperanzas de sus aciertos? ¿Con qué recursos conceptuales transitamos al siglo xxi a fin de garantizar un proyecto de vida más justo que impida la condena de repetir la historia? Es en la actividad de reflexionar y analizar, de acceder a un pensamiento vital como el que acompaña a los textos que conforman este apartado, donde podemos develar la inconciencia como proceso de la aventura humana y buscar orientarla como conciencia de un proyecto de futuro.

Junta de sombras¹

Alfonso Reyes*

¿Conocéis el caso de Tamazunchale? Tamazunchale, sobre la carretera que une a México y a Nuevo Laredo, ve pasar los autos en una y otra dirección: ya hacia el sur, ya hacia el norte. Éstos corren rumbo a la derecha, y aquéllos corren rumbo a la izquierda. Pero, si cruzamos la vía, aquéllos corren rumbo a la izquierda, y éstos, rumbo a la derecha. Ante la dificultad de acomodar en el cerebro estas dos relaciones simultáneas, se han preguntado algunas personas sinceras de la región: ¿cuál es la derecha y cuál es la izquierda? Y de aquí la crisis que atraviesa la juventud intelectual de Tamazunchale. Esta crisis es el símbolo y el compendio de muchas angustias juveniles.

1953

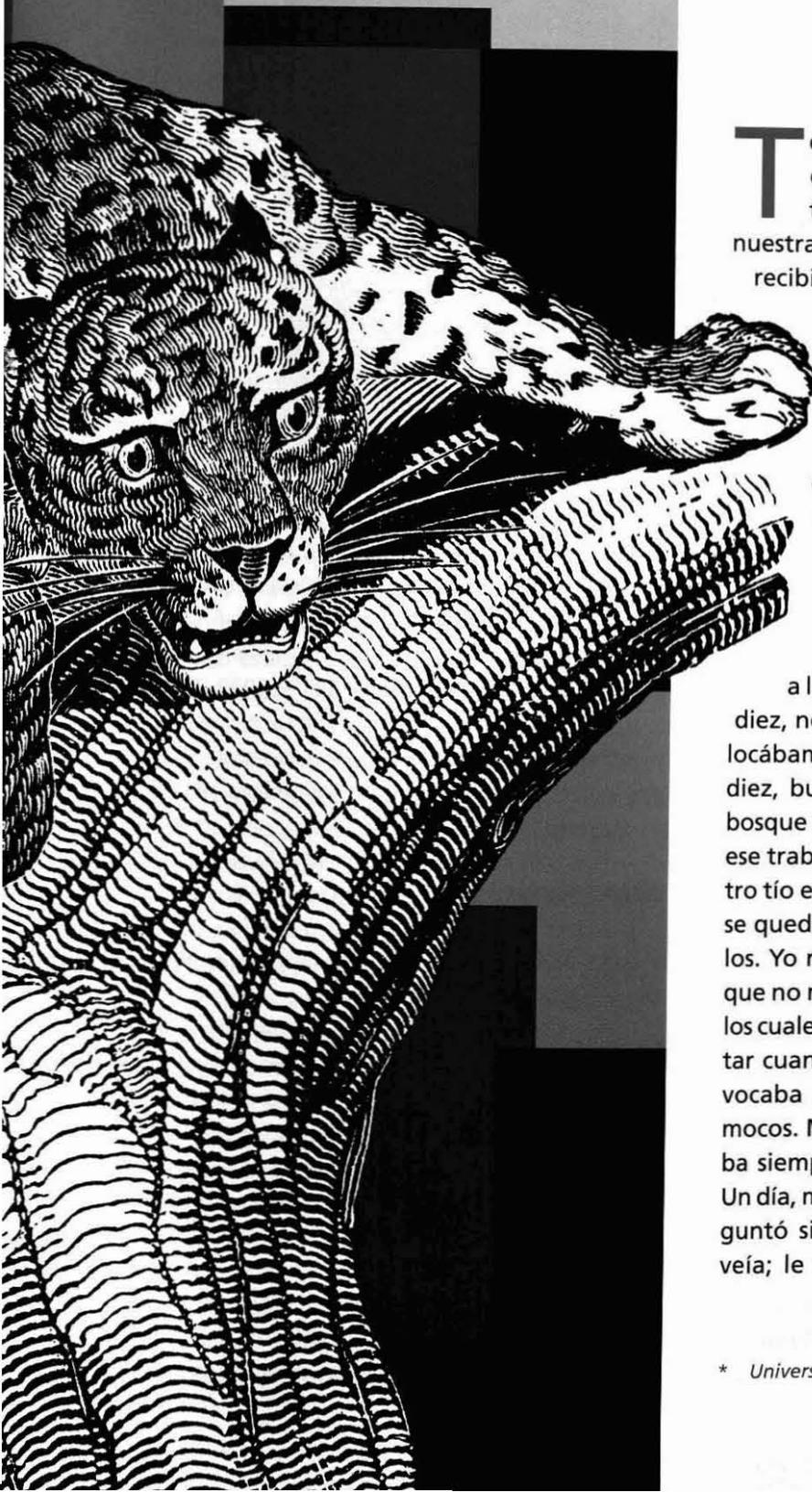
* Intelectual mexicano. *Universidad de México*, septiembre de 1968, vol. XXIII, núm. 1

NOTA

¹ *Marginalia*, 2ª serie (1909-1954), México, 1955, pág. 192.

UNA INFANCIA ARGELINA*

M. X.



I
Tenía ocho años en 1937. En esa época, mi padre era jeque en T..., localidad que se encuentra a 50 o 60 kilómetros de V..., el pueblo de nuestra familia. Como mi padre quería que sus hijos recibieran instrucción, nos dejó a mi hermano mayor y a mí en casa de nuestro tío para que asistiéramos ahí la educación árabe. Por ese tiempo, mi padre y sus hermanos vivían juntos.¹ No había pues nada que temer respecto a la alimentación. Por otra parte, dos de mis tíos trabajaban en París. Aquel que seguía en la casa, en T..., cultivaba la tierra. Teníamos un par de bueyes, una vaca y cinco carneros.

Nosotros, los niños, íbamos a la mezquita de V... y estudiábamos de las cuatro a las ocho de la mañana. Luego, de las ocho a las diez, nos quedábamos en la casa, jugábamos o colocábamos trampas para atrapar gorriones. A las diez, buscábamos leña y como vivíamos cerca del bosque no necesitábamos más de hora y media para ese trabajo. Cuando regresábamos, ya estaba nuestro tío en la casa para la comida, pero algunas veces se quedaba en el campo y teníamos que comer solos. Yo rezaba siempre para que estuviera ahí porque no me gustaba comer solo con sus hijos, uno de los cuales era tan sucio que me daban ganas de vomitar cuando veía cómo le escurría la nariz. Me provocaba náuseas a propósito porque se lamía los mocos. Me peleaba con él, pero como eso terminaba siempre en un pleito general, dejé de hacerlo. Un día, mi padre, que había llegado de visita, me preguntó si estaba enfermo por lo delgado que me veía; le contesté que únicamente tenía hambre.

* *Universidad de México*, agosto de 1962, vol. XVI, núm. 12



Entonces tuvo una disputa con su hermano y le dijo que si tanto lo molestábamos nos llevaría con él. Mi tío replicó que eso eran cosas de niños, que nos consideraba sus hijos y que nadie tenía derecho a decirle que no se ocupaba de nosotros. Cuando mi padre se fue, dijo:

—Si tuvieras verdadera hambre no verías lo que Brahim tiene en la nariz. Cuando seas grande comprenderás eso. Y ahora, vete con ellos a la mezquita.

En ese momento me sentí muy desgraciado, pero no pude decir nada. De todas maneras, si me faltaba la comida de mediodía podía reponerme en la noche cuando mi tío estaba ahí. Al terminar la cena nos pedía que le contáramos todo lo que habíamos aprendido en el día; él era "coránico" y más fuerte que mi padre. Enseguida, nos preguntaba lo que queríamos ser cuando fuéramos grandes. Su hijo mayor quería llegar a ser un gran *mufti*, y el joven un *caíd*; mi hermano quería ser jeque en una *zahúya*; yo quería ser jeque como mi padre.² Mi tío decía a su hijo más joven —apodado *Brahim* a causa de su color mate— que no tenía el hocico de un *caíd*³ y que mejor debería buscar otra cosa. A los dos, igual que a su hijo mayor, nos decía que estaba muy contento de nosotros. Lamentaba que mi padre, con toda su instrucción, viviera como un mendigo caminando de

un pueblo a otro. Decía que hubiera sido mejor que fuera jeque de una *zahúya* con los alumnos, que por lo menos ellos se hubieran beneficiado con su sabiduría. Nosotros le preguntábamos por qué, pero nos mandaba a la cama.

Todo esto pasaba entre 1937 y 1939. Durante esos dos años muchas cosas cambiaron en nuestra familia. Por principio de cuentas, las continuas peleas entre los niños;⁴ luego, las peleas pasaron a las mujeres:

—Fue tu hijo el que golpeó al mío.

—Fue el tuyo el que comenzó.

—No. Tu hijo le quitó un higo al mío.

—Mi esposo trabaja en el campo; si las higueras dan higos es gracias a él.

—Pero gracias al dinero que mi marido manda de París tenemos una mula, dos bueyes, una vaca, los carneros, y gracias a él podemos comer carne una vez por mes. Nosotros⁵ no tenemos muchos niños y nuestros maridos son los que alimentan a los niños que ustedes hacen por docenas, igual que los cerdos.

Eso se repetía todos los días. Una vez, la mujer de Omar confesó a mi tío que su marido se había exilado voluntariamente para ayudar a sus hermanos, que no estaban capacitados para educar a sus hijos. Mi tío acabó por darle un bofetón. Fue ésa la primera

vez que vi golpear a una mujer. Durante dos o tres días, ella no se atrevió a entrar a la casa. Poco más tarde, la mujer de mi tío Alí cayó enferma. Era un trastorno, porque tenía una niña de muy poca edad. La mujer de Taieb se dedicó a curarla y a su vez cocinaba con la mujer de Omar para todos nosotros. Pero las dos mujeres quisieron demostrar a mi tío lo indispensables que eran. La mujer de Omar se fue a casa de sus padres sin prevenirlo, contrariamente a la costumbre; la otra, dos días después, permaneció en la cama fingiendo que estaba enferma.

Felizmente, mi tío era muy buen cocinero. Me mandó con sus dos hijos a cuidar a los animales. Luego, después de que preparó la comida, fue a buscar carnos. Para tenernos contentos nos montó en la mula. Nos dio de comer. Enseguida, puso una ración de *cuscús* en un plato, una taza de salsa y nos pidió que lo acompañáramos a ver a la mujer que se decía enferma. Le deseó buenos días:

—¿Cómo te quedaste en la cama sin que yo lo supiera, Aldjya? Creí que te habías ido con tus padres. Si no es por mi mujer no me entero de que estabas enferma. Como ella no puede moverse, yo cociné. Hay que atender a las enfermas antes que a nadie. Por eso te traigo *cuscús* y salsa.

La mujer estaba verdaderamente humillada. Quiiso levantarse pero mi tío se lo impidió, le puso una almohada en la espalda y le dio de comer en la boca. Ella se atragantaba, pero era preciso que comiera.

—Pillos—nos dijo guiñándonos un ojo—, ¿por qué me dijeron que estaba en casa de sus padres? ¿Y si se hubiera muerto?

Por fin, confesó que no estaba enferma y le pidió perdón.

Por desgracia, su mujer empeoraba. No se le ocurría otra cosa para curarla que escribir palabras árabes en pedazos de papel. No había ningún doctor en la región y los jeques sólo sabían curar con las plantas y las escrituras. Esta mujer (que además de la pequeña Fátima tenía otra niña y tres niños) era una persona muy buena. Nunca había hecho diferencia entre sus hijos y nosotros y siempre decía que se hubiera entendido mejor con nuestra madre (que vivía con mi padre y mis otros hermanos) que con sus otras cuñadas. Nadie hubiera podido decir que mi tío sufriera por la enfermedad de su esposa: siempre estaba sonriente. Pero nunca se apartaba de ella;

no se ocupaba de las tierras ni de los animales. Ya no iba al mercado, a pesar de que le gustaba tanto, montado en su hermosa mula, con su albornoz blanco y los zapatos muy lustrosos. No salía para nada y permanecía al lado de la enferma cargando a la pequeña Fátima. Pero no podía hacer nada por esa mujer que sufría pidiendo que aquello terminara, con la muerte o con las medicinas. Duró seis meses en ese estado. Alta y gorda como era terminó más pequeña que una cucharita de café.

Un día—me acuerdo que era martes porque era el día del mercado—llegó un mensajero. Era un hombre fornido con un gran bigote, el albornoz sucio y en lugar de zapatos, pedazos de hule cortados de una llanta de automóvil. Jugábamos detrás de la casa y nos pidió que llamáramos al tío Alí.

—Si Dios quiere, son buenas noticias—dijo. Desgraciadamente era todo lo contrario.

—Bienvenidos seas—añadió mi tío, invitándolo a entrar. Para el huésped inesperado siempre hay en nuestra casa un catre, una almohada, agua, una lámpara de petróleo y libros en árabe, en el cuarto destinado a las mujeres solteras. Es ahí donde se reza cuando no alcanza el tiempo para ir a la mezquita.

El mensajero no estaba muy bien educado y no tenía costumbre de encontrarse con gente que hablara tan suavemente como mi tío. Lo interrumpió:

—Oh, *marabut*, no puedo entrar. Vengo a decirte solamente que desde hace diez días no se ha visto a tu hermano salir de su casa.

Se fue sin darnos tiempo de preguntarle de cuál hermano se trataba.

Mi tío se asustó mucho con esta noticia. Se veía solo como jefe de una familia de 20 personas.

—Oh, Dios mío—dijo—, ¿por qué él y no yo?—Mandó a mi hermano a llamar a uno de nuestros primos. Preparó la mula y dijo a su hijo—: Súbete a la mula y ve a buscar a Salah; tráelo vivo o muerto.

Estábamos en julio y hacía muy buen tiempo. Por la noche, la mujer de mi tío se tendía sobre un colchón de paja. Todos estábamos junto de ella, alrededor del *kanun* (un hoyo cavado en el suelo, en el cual se hace fuego y se coloca encima un tripié que soporta la marmita para cocinar) y el tío nos contaba cuentos.

Al día siguiente, alrededor de las 11, llegaron mi padre, mi madre, mis hermanos y mis hermanas.

Mi padre se encontraba tan cansado que se desmayó. Creíamos que se había muerto. Empezamos a llorar y llegaron los vecinos para ver lo que pasaba. No habíamos tenido tiempo de retirar el equipaje de las cinco mulas: comida, pollos, una cabra y dos cabritos. Como a las seis, mi padre volvió en sí. Nos miró con lágrimas en los ojos. Lo abrazamos. Con nosotros estaban los vecinos –hombres, mujeres y niños– y una docena de perros. Se hubiera dicho que habían olfateado la carroña.

En menos de ocho días, mi padre comenzó a caminar ayudándose con un bastón. Pero la mujer de mi tío estaba cada vez peor. Cuando pudo caminar, fue a verla. Le dijo que ella también se iba a curar. Pero, ¿cómo podía curarse sin medicinas? Murió una semana después. Fue terrible para mi tío Alí: se quedaba viudo con cinco hijos, la más pequeña de un año. Lo que más me admiró es que no lloró. Escondía su pena con una sonrisa triste. Ya no se ocupó de nada, ni de la tierra ni de los animales. Ni siquiera pensaba en rezar. Sólo se preocupaba por sus hijos: los lavaba, los vestía y jugaba con su pequeña Fátima, que era la que sustituía a su mujer. De vez en cuando mi madre lo visitaba e intentaba hacerlo salir o que paseara por el pueblo. Pero él no quería ver ni luz, ni árbol, ni alma viviente; sobre todo no quería oír hablar de su mujer. Así estuvo más de un mes.

Un día, mi tío Taieb llegó de París con regalos y vistió a todo el mundo. Nosotros, los niños, estábamos muy contentos. Cada quien recibió una *gandura*, un par de alpargatas y una bolsita de chocolates. Todos lo acompañamos el día del mercado. Compró carne que comimos la misma noche con gran alegría, porque casi nunca la comíamos. Se repartió también entre los vecinos, como es costumbre. En su lugar, hubieran hecho lo mismo.

Los tres hermanos se hallaban, pues, reunidos. Omar, el cuarto, seguía en París. El regreso de Taieb produjo una reorganización de la familia. Fue designado como responsable, en lugar del viudo Alí. Volvieron las peleas entre los niños, entre las mujeres y finalmente entre los hombres, sobre todo entre mi padre y Taieb; Alí permanecía neutral. La mujer de Taieb estaba encinta, y mi madre tenía demasiado trabajo con sus hijos para cocinar para 18 personas: mi padre, su mujer y sus seis hijos, Alí y sus cinco hijos, el hijo y la mujer de Omar el parisino,

Taieb y su mujer. La mujer de Omar pedía una cabra para su hijo único y Taieb quería comprarla. Mi padre, que había cedido la suya a Alí, se opuso.

—¿Por qué no una vaca? –dijo–. Dale tu pantalón y tu cartera e iremos a comprarla al mercado.

Así no se habla entre hermanos, por lo que Alí intervino:

—No has entendido –dijo a mi padre– lo que quiere decir Taieb. Tú y yo tenemos cinco y seis hijos mientras que ellos no tienen nada. Hace mucho tiempo que Omar y Taieb quieren separarse de nosotros; ya lo ha dicho la mujer de Omar. Si Taieb regresó de París es porque está de acuerdo con Omar. Por eso vas a ser tú el que tome las riendas. Lo que resulta molesto para mí es que en caso de repartir los bienes no sé lo que voy a hacer: si buscar trabajo en otro lado o quedarme con los hijos.

Mi padre lo tranquilizó: se sentía capaz de trabajar para las dos familias y su mujer se ocuparía de todos los niños.

Dos o tres días más tarde, se invitó a los viejos del pueblo; en primer lugar al jeque de la *zahúya*, al *caíd* y al jefe de la *djemaa*. Había 20 personas en total. Se trataba de comprometer a los tres hermanos para que no se separaran. La reunión se efectuó después de la oración, hacia las nueve de la noche. Después de la cena, el jeque tomó la palabra, luego el *caíd* y al fin mi abuelo materno. Toda la familia se encontraba afuera y trataba de escuchar, sobre todo nosotros, los niños.

—Mis queridos hermanos –dijo el abuelo–, he nos aquí reunidos según una vieja tradición, igual que en otro tiempo alrededor de Abdelah,⁶ que era para nosotros como un padre. El hijo de Abdelah nos ha llamado para repartir la tierra. Yo lo lamento y juro ante Dios que no soy de los que quieren separarlos sino de los que quieren unirlos.

Después de haber escuchado esas palabras, el jeque salió pasando entre las mujeres.⁷ Todos estaban enojados con mi padre y mis tíos.

Continuaron las peleas. Pero era necesario que esto terminara porque el dinero traído por Taieb se había acabado. Omar no mandaba nada, Alí no trabajaba, las provisiones traídas por mi padre se habían terminado. Nosotros, los niños, nos peleábamos por los higos secos para acabar con el *kufi*.⁸ Rondaba la miseria. ¿Qué hacer en pleno mes de febrero?



Taieb escribió a Omar pidiéndole dinero, pero éste contestó que guardaba lo que poseía para venir a vernos durante las vacaciones, en agosto. Entonces los tres hermanos se decidieron por la repartición de bienes.

Mi tío Taieb, al regresar del mercado, llamó a mi hermano mayor, Mohamed, y a mi primo Abdelah⁹ y les dio una porción de cereales, cerca de cuatro kilos de garbanzos, dos o tres cebollas y cabezas de ajos. Nada de carne y nada de chocolates. ¡Qué decepción! Lo importante era la repartición de tierra en cuatro partes. Se llamó a los vecinos. Los que no fueron la primera vez ya no quisieron molestarse en ir. Es mediodía, se come, se discute, se toma una cuerda, se mide. Lo primero que se elige se reserva al parisino.¹⁰ Enseguida escogen los otros tres. Mi padre y Taieb le dieron, cada uno, mil francos a Alí para que se volviera a casar, lo que hizo una semana después.

También los niños fueron divididos. No nos hablábamos, pero peleábamos constantemente. Poco después, mi hermano Mohamed dejó la casa para irse a la *zahúya*, donde debía reunirme con él uno o dos meses más tarde. En efecto, mi padre, ocupado por el trabajo, ya no pudo procurarnos ninguna instrucción.

Un día, mi padre, que había peleado en la guerra de 1915 a 1918, se dijo que podía regresar tranquilamente a Francia. Sabía francés y encontraría un trabajo fácilmente. –Todo el dinero que salga del banco de Francia será para mí.– Fue a pedir consejo a mi abuelo. Se come, se discute. El abuelo dice que

mi padre debe dejar alimentos a los suyos por lo menos para un mes. Ya se encontrará amigos para el dinero del viaje. El martes se había reunido la suma necesaria y el sábado salió hacia París.

Esto fue lo que nos dejó: una porción de cereales, una porción de higos, dos kilos de garbanzo, una cabra y dos carneros. Me acuerdo perfectamente. El día de su salida, me mandó a cuidar la cabra y los carneros en un campo al lado del camino que se toma para ir al mercado. Me llamó, me besó y me dio un puñado de higos y un buñuelo; sus provisiones para el camino. Además, me dio 25 centavos

que perdí ese mismo día. Dos gruesas lágrimas rodaban por mis mejillas.

Después de su partida, nos fuimos a vivir una semana a casa del abuelo. Ahí no había casi nada para comer y llorábamos a la hora de la comida. Inmediatamente mi abuelo se fue a vivir con nosotros. De esa manera había una persona mayor en la casa: padre o abuelo. Es lo mismo. Ocho días después, recibimos una tarjeta postal:

“Mis queridos hijos: Llegué con bien. Espero que estén bien. Les mando esta carta que besé muchas veces pensando, a cada momento, que los besaba a ustedes.”

La tarjeta representaba un gran barco y nos peleamos para ver quién la guardaba. Mi madre nos la quitó. Pasó una semana y recibimos una carta y un paquete. Según la carta, trabajaba en un gran garaje que se llamaba La Francesa. Un garaje de taxis.

La guerra estalló 15 días después. Mi tío, el parisino, fue movilizado. Yo no tenía diez años, pero cuando uno vive al día, se acuerda de la miseria que ha pasado. Mi padre regresó 35 días después de su salida. Todos lloramos porque nuestro tío se había quedado. Como dicen las gentes, ir a Francia es “ir directamente al depósito de cadáveres”. Mi padre nos trajo tenedores, platos, cuchillos de cocina, cor-taplumas, sábanas, un tapete y un calentador que aún está en la casa. Parece que las estaciones estaban llenas de soldados, que los barcos y los trenes no admitían civiles. Mi padre tuvo que tomar un barco español que lo llevó a Orán en lugar de Argel. Sólo en mi familia fueron movilizados cinco

hombres. El tío Omar nos escribió una carta desde Issoudun, donde había encontrado a un paisano. Todo el mundo compraba periódicos y podía verse a diez personas rodear al que leía en voz alta. Me acuerdo que todo el tiempo se hablaba de la Royal Air Force. Me acuerdo también de esta frase: "Hitler no quiere más ofrecimientos de paz". El nombre de Hitler se volvió de uso común. Las mujeres también hablaban de él. Todos hablaban de la guerra. Se decía que los alemanes estaban a 40 kilómetros de París. Se hablaba mucho de Daladier. Después fueron otros nombres: Petain, Goering, y sobre todo Churchill. Se hablaba también de Polonia. El día que los alemanes entraron en París, el profesor lloró diciéndonos: "Francia ha muerto". Pero algunos —entre ellos el que apodaban Hitler— tenían ansias de ver a los alemanes.

Durante todo ese tiempo, la miseria nos acorralaba: se acabaron las provisiones, la ropa, los chocolates. Necesitábamos tarjetas de abastecimiento y de esta manera supe de la existencia del cacao y del chocolate en polvo. Al principio nos tocaban diez kilos de sémola por persona y por mes; muy pronto se redujeron a dos kilos. No había trabajo. Ya no se trabaja en el campo porque no hay semillas. Nosotros, que ni siquiera conocíamos las ensaladas, tuvimos que comer yerba. Nuestro pan de cada día fue el desecho que antes dábamos a las gallinas. El trigo era como la carne: nadie lo recordaba. Las bolsitas de cacao estaban llenas de gusanos. En el bosque, las mujeres se arrebatan las bellotas que comían los jabalíes. Pero en mi familia no se podía imitar a los *kabiles*: cuando se ha leído el Corán no se tiene derecho de obligar a la mujer a trabajar. Es preferible morir de hambre que hacer salir a las mujeres.

Casi al principio de 1939, me reuní con mi hermano en la *zahúya*. Estaba feliz de ir. Al llegar, besé la frente de todos los estudiantes, que se hallaban reunidos, antes de la comida, en una gran casa, sentados en el suelo o sobre algunas alfombras con una lámpara de petróleo en el centro. Me acuerdo que mi hermano estaba sentado del lado derecho de la entrada. Hice mi primera tarea. Ese día me aburrí mucho porque no conocía a nadie. Por otra parte, no era ésa la manera de sentarse para comer que



acostumbrábamos en la casa. Uno tenía que desenvolverse completamente solo, que estar a tiempo para la comida. Lo que más me molestaba era la estricta organización de los estudiantes: 12 *mokadem* (jefes) encargados del estudio y la disciplina y 24 *vakil* para vigilar los alimentos y la higiene, cuatro *marabuts* para los asuntos extranjeros. En caso de grave dificultad entre los estudiantes —en invierno llegamos a ser entre 160 y 180—, un comité se reunía con el jeque. No se puede correr, jugar, fumar ni cantar en las *zahúyas*. No se debe subir la voz excepto, si es preciso, en los estudios. Éstos comienzan a las cuatro de la mañana y no terminan hasta las siete. Luego, de ocho a diez, de las 12 a las cuatro y de las ocho a las 11 de la noche. Descansamos desde las cuatro de la tarde del miércoles hasta el jueves a medianoche. En ese periodo practicábamos algún deporte: judo o rugby. También, para que no se nos olvidara, leíamos el Corán. Comíamos *cuscús* a mediodía y en la noche, higos secos a las cinco de la tarde. No teníamos derecho de ir al mercado, salvo si se necesitaba comprar algo para la *zahúya*. No teníamos derecho de volver a casa si no se trataba de una fiesta o de la enfermedad de un pariente. Comíamos carne una vez al año. Todos dormíamos en la misma casa.

En 1941, no teníamos nada para comer. El Estado no quería reconocer a la *zahúya* como escuela pública. Hubo que cerrarla. El último día, el más viejo de los jeques dijo un discurso:

—Estamos aquí reunidos, mis queridos hijos, no para estudiar sino para decirnos adiós. Hace muchos años que, todos reunidos, luchamos contra la ignorancia y el analfabetismo. Nos han ayudado todos

los valientes *kabiles*. Pero ahora hemos llegado al momento en que el hombre reniega de su hijo: la situación me obliga a renegar de ustedes. He hecho todo lo posible para evitarlo, pero las puertas me han sido cerradas. Fui a ver al administrador, quien me envió al subprefecto, y éste me envió con el prefecto, que me dijo que fuera a ver al gobernador general; ahí me dijeron que no nos conocían. Tienen que regresar a sus casas. Les avisaré si hay alguna novedad.

Un mes después el jeque nos reunió. Era un lunes. Después de la comida –hubo carne– nos dijo que no había ninguna novedad pero que tenía una idea: redactar una lista de estudiantes y solicitar una tarjeta de abastecimiento para cada uno o, mejor aún, pedir a los padres una de sus tarjetas. Diez días después se volvió a abrir la *zahúya*. Me quedé ahí desde esa época hasta 1943 o 44. Pasé hambre, pero menos que en mi casa.

Fue durante este tiempo cuando empezamos a investigar de dónde provenían los males del país. Algunos estudiantes decían que habría que hacer algo de inmediato; otros opinaban que era mejor esperar el fin de la guerra. Cuando íbamos al mercado, los antiguos alumnos nos preguntaban cosas. ¿Qué podríamos decirles? ¿La verdad o una mentira, nuestra hambre o “todo va bien”? Se intensificaron las relaciones entre las *zahúyas* y en todas partes se estuvo de acuerdo en la necesidad de reivindicar nuestros derechos. Después de nuestra tercera petición, vimos llegar al administrador con un contralor y cuatro inspectores de la DST, que reprocharon al jeque el hacer política en lugar de enseñar el Corán. Por esa misma época, la *zahúya* de Sidi Alí Bouneb fue ocupada por el ejército y el santo lugar se transformó en caballeriza; un buen número de estudiantes fueron deportados a Colomb-Béchar y los demás se dispersaron en otras *zahúyas*. La población se rebeló cuando supo de esta profanación. Comenzó entonces la represión: Sidi Alí Bouneb fue quemado y los hombres, las mujeres, los niños y los animales, masacrados; los senegaleses y hasta los *gouniers* marroquíes violaron a las muchachas. Quince días después del desastre todavía podía olerse la carroña. En nuestra *zahúya*, el jeque despidió a los 12 *mokadem* para que la autoridad creyera que hacía “limpia”. Entonces todos quisimos irnos, pero nos explicó que seríamos perseguidos por las autorida-

des francesas y marcados para el resto de la vida. Nos dijo que lo mejor era quedarnos y callarnos. Antes de un mes, llegó el subprefecto de Tizi-Ouzou para hacer un control cuidadoso de la biblioteca. Los franceses quemaron algunos libros y se llevaron a una docena de estudiantes que nunca volvimos a ver. Además, fueron arrestados cuatro o cinco *ulema*. La población comenzó a indignarse.

Poco después, Messali Hadj, Lahouel el Hocin y Mezerna hicieron un viaje por Kabilia. Protegidos por una autorización de la prefectura, hacían política. Messali y Lahouel hablaban en francés y Mezerna, en árabe. Todos los *kabiles* dejaron sus asuntos para escucharlos. Eso pasó un lunes. En Tizi-Ouzou se reunieron más de mil hombres por la mañana. En la tarde, llegaron en coche a Azazga acompañados de cuatro policías. Los días siguientes fueron a Los Aghribs y a Michelet. Luego, a la región de Constantina; pero Messali fue arrestado. Vino entonces una represión terrible: más de 45 mil muertos. Toda Kabilia ardió en llamas. Nadie dormía. Todos nosotros, incluyendo a las mujeres, nos organizamos en comités y en células. Los estudiantes formábamos parte de los *ulemas*. Gracias a una medida administrativa, prohibieron los periódicos, pero los vecinos nos informaban de los acontecimientos. Nos contaron que se cotizaban a 50 francos por persona y por mes, y que en cada pueblo había un dirigente. Ya no se obedecía a los *caíds*. Los campesinos mataron a más de una docena de ellos. Pero, en venganza, más de diez mil *kabiles* fueron arrestados. Las paredes de la cárcel no impedían, sin embargo, oír sus cantos:

Oh mis hermanos, despierten,
sopla el viento de nuestro país.
El león Messali nos lo ha traído,
el león de leones juró que seremos libres.

Nuestra alma se llenó del deseo de independencia. El gobierno tomó medidas que fueron ejecutadas por los *caíds*. Todo aquel que cantara el himno sería privado de su tarjeta de abastecimiento, lo mismo que su familia. Además, sería deportado a Colomb-Béchar. En caso de reincidencia toda la familia sería deportada y vendidos sus bienes. Nadie hizo caso; se cantó y el *caíd* de Azazga, el primero

que puso en práctica esa medida, fue asesinado dos días después por un hombre elegido por el pueblo. Tres días más tarde, la policía detuvo a diez hombres que nunca volvimos a ver. A las dos semanas, un jefe de *djemaa*, de Ait Aïssi, denunció a cuatro hombres que habían cantado el himno. También fue asesinado. La policía tomó entonces 30 rehenes. Lo mismo sucedía en Ighil Zekri, en Abizar, en Haut-Sebaou, en Assif el Hamam y en toda Kabilia.

Se decidió por las elecciones. Las urnas fueron depositadas en las oficinas de los *caïds*. Se nos había prometido que el voto sería libre y que los militantes del PPA, del MPLD y los representantes de los *ulema* vigilarían la regularidad del proceso electoral. Dos días antes de la votación, el *caïd* subió diez quintales de sémola de trigo a los camiones de la SJP custodiados por la policía de caminos. Llegaron diez gendarmes para garantizar el orden... o el desorden. El *caïd* los recibió con comida y licores. Se divirtieron mucho. Se distribuyó ropas a todos los viejos de la comuna. Me acuerdo de un viejo que recibió un abrigo de piel y que, por bromear, comentó que era de piel de cochino. Fue arrojado al suelo y durante una semana no dejó de implorar a Dios.

La votación debía comenzar a las ocho de la mañana. Ahí estaban todos los militantes, pero un cuarto de hora antes de abrir la oficina la policía los encerró en una casa. Uno de ellos intentó escaparse, pero fue capturado. Con el fin de intimidar a los asistentes, el administrador subió a un jeep con una ametralladora en la mano y le dijo al pobre infeliz:

—Ya que corres tan bien muéstranos tu talento. Corre delante del jeep. Si dejas la carretera te doy un balazo en las nalgas y si te alcanzo te aplasto como a un sapo.

Empezó la carrera con ráfagas de ametralladora cada vez que el pobre infeliz intentaba escaparse por el campo. La carrera terminó cuando se desmayó. Entonces, el administrador, de pie en el jeep, se dirigió a la multitud:

—Si uno de ustedes no vota como el *caïd* ordena, tendrá que correr como ése que ustedes han visto; ya verán quién se cansa primero: ustedes o mi jeep. Aquel que vote como el *caïd* le diga, tendrá *cuscús* y carne. Si todo resulta bien habrá mil francos para todo el mundo.

Durante ese tiempo los gendarmes le daban de culatazos a los militantes. Inmediatamente, éstos tuvieron que caminar 60 kilómetros a pie detrás de los caballos de la policía. Fueron condenados a dos meses de prisión sin juicio.

Cuando pasó la epidemia electoral, comenzó la de la tifoidea. En 40 días, 13 muertos. La explicación era simple: falta de alimentos, de vestidos, de abrigos, de higiene. Entre 1937 y 1947, nunca vi a un médico. Se llenaron los cementerios.

1947. Nuestra "primera comunión" de pequeños militantes del partido de los *ulema*. Nuestro trabajo consistía en preparar a las personas para que recibirían instrucción, hacer propaganda para que las puertas de la *zahúya* se abrieran a toda la juventud, defender los derechos de la mujer musulmana y proteger a los profesores. Reclamábamos también el derecho de leer no importa qué libro de historia, de aprender lo que quisiéramos, de asumir cargos públicos, abolir la discriminación racial, respetar la ley coránica. De manera más práctica reclamábamos el derecho de aprender en una pizarra y no en una plancha,¹¹ de escribir con pluma y no con un trozo de caña, de tener profesores. Se construyeron *zahúyas*, pero el gobierno las convirtió en casas administrativas para los *caïds* y los policías de camino. Queríamos que los habitantes de Kabilia resultaran hombres instruidos e inteligentes en vez de ser inteligentes pero analfabetos. Queríamos que fueran leales y no salvajes. Después de los hombres, se educaba a las mujeres, pero era preciso comenzar por los hombres; de otra manera, ¿cómo podría pasarlo la mujer? Nuestros *ulemas* fueron torturados y deportados. Todos pensamos que esto terminaría por un estallido interior o exterior. Tuvimos ocasión de comprobarlo perfectamente. Habíamos comenzado con dulzura, pero teníamos que llegar a la fuerza. No podíamos quedarnos con los brazos cruzados. Era necesario borrar todos los sufrimientos que nuestros conciudadanos tenían grabados en el cerebro. Cuando los que se lanzaron a la revuelta nos habían mostrado el camino, tuvimos que seguirlos. No había otro camino y no podíamos dar un solo paso atrás. Vale más vivir libre que morir en prisión física o moral. ¿Qué quedaba de los argelinos? Nada, sólo su fantasma. Pero, si por todos lados, si en la prefectura de policía se me trata como argelino, ¿por qué no voy a ser digno de ser argelino?



De 1947 a principios de 1950, casi éramos felices. La guerra y el tiempo habían cambiado a los hombres. Atravesaron en masa el Mediterráneo y conocieron la libertad. Por una parte, la guerra los endureció y comenzaron a parecerse a los franceses de Argelia. Hablaron con los turcos, los egipcios, los rusos, los alemanes, los italianos, los ingleses, los estadounidenses. Fueron considerados como hombres y les parecía que había llegado el momento en que Francia, por la cual se habían sacrificado tanto, reconocería su derecho a la independencia. Pero todo esto no es más que un sueño. Los colonos no quieren que los nativos estén a su altura. Aun esos estadounidenses, esos italianos, todos los "blancos", no consideran verdaderamente a los argelinos como sus iguales. Viven entre ellos, en comunidad; prefieren a los alemanes —contra los cuales acaban de combatir— que a los argelinos, quienes sin embargo ayudaron a vencerlos.

El gobierno deja a los colonos actuar libremente. Se hace el sordo para no escuchar la voz de los nativos. Les cierra la boca, y Soustelle y luego Lacoste transforman a Argelia en un matadero. Argelia es-

talla. Tuvo suerte Mollet: lo único que él recibió de ese estallido fue un tomatazo.

Dejé Argelia a los 20 años por varias razones. La primera, porque no podía soportar ver a mi padre en la miseria, la segunda porque quería continuar mis estudios y necesitaba dinero para vestirme y para estar un poco limpio. En fin, tenía edad suficiente para responder de mis propios actos. Hablando como yo lo hacía, violaba la ley francesa y fue mi propio padre el que me aconsejó un día que debería dejar el país o callarme para no crearle problemas a mi familia. Al día siguiente solicité una carta de identificación. Pedí prestados 15 mil francos. Era un jueves. El viernes por la noche anuncié a mi padre mi salida y el sábado me fui a Francia. No tenía más que una pequeña maleta. Mis hermanos y mis hermanas lloraron. Yo también tenía ganas de llorar, pero no me salieron las lágrimas. Mi padre no me dijo nada y tampoco me miró de frente. Pero me besó en el momento de subirme al autobús. Entonces me pidió que no olvidara nunca la razón que me obligaba a partir y que no me olvidara de mis hermanos en caso de que él muriera.

Llegué a Argel a las cuatro de la tarde. Me sorprendió ver una ciudad tan grande con sus muros blancos, automóviles, gentes bien vestidas, musulmanas con el rostro cubierto, francesas muy blancas y en *short*. Estaba casi loco de alegría. Ya no pensaba en mi familia porque me sentía en el paraíso. Mi primo Abdelah me había acompañado. Me guiaba y me llevaba de la mano. Como el avión era muy caro, me reservó un lugar en el barco *La Ville d'Alger*. Luego, me llevó a un restorán. Fuimos a ver una película egipcia. El domingo en la mañana, como a las siete, Abdelah me despertó y fuimos a tomar café en Si Amar; estuvimos en el puerto. Vimos los barcos. Encontré a algunos muchachos que conocía y al hijo del *caíd*. Todos se sorprendieron de verme ahí. A las diez, me encontré solo en el barco. Hacía un tiempo espléndido, pero me sentía aislado y con ganas de llorar. Dos pequeños remolcadores acompañaron al barco. Empecé a preguntarme acerca de Francia. Me preguntaba si las casas de París serían tan blancas como las de Argel, si habría tantas calles y un barrio especial para los árabes, como en Argel.

De pronto, sentí una mano sobre mi hombro y escuché una voz que decía:

—Adiós, Argelia. Ya estamos separados de nuestros padres, de nuestros amigos, de nuestras oraciones.

Era un árabe de Medjana que también iba a París. De 40 años, grande y delgado, con bigotes. Suspiró profundamente y se quedó callado durante unos minutos. Sus ojos estaban fijos a lo lejos, sobre el agua que brillaba con el sol.

—Si tuviéramos fábricas en Argelia como en Francia, estaríamos mejor aquí que allá adonde vamos. Pero para tener fábricas hay que tener hombres que las construyan y dinero con que comprar el material.

Hablaba como si se preguntara a sí mismo. Añadió:

—Te hablo y no sé si me entiendes.

Le respondí:

—Para tener todo eso se necesita una cierta instrucción y apuesto a que tus hijos nunca han ido a la escuela.

Entonces retiró su mano de mi hombro:

—Perdóname, olvidaba que estaba apoyado en ti. Y tú, ¿cuánto tiempo has ido a la escuela?

—Acabo de dejarla —le dije.

—¿En francés o en árabe?

—En árabe.

—Te felicito.

—No hay por qué. Voy a un lugar donde olvidaré todo.

—¿Crees que olvidarás la ciudad que acabas de dejar?

—No.

—Pues bien, eso pasará con tus estudios.

—Mis estudios no me servirán para nada en París.

—Para ti, tal vez. Pero servirán para los que no tienen nada en la cabeza.

—¿Crees que van a escucharme?

—Hay que tener paciencia.

—Soy joven, tengo 20 años, me creerán loco o dirán que hablo como *marabut*.

—Escúchame bien: si fueras un *marabut* no irías a Francia. Te quedarías en Kabilia para seguir la rutina. Pero lo que buscas es la evolución para ti y tus hermanos. Mira cómo me ha marcado la vida. No tengo 50 años como crees. Tengo 40. Cinco hijos, una sola casa. Acaba de morir mi padre. Con ésta son 50 veces que cruzo el mar. ¿Y tú?

—La primera.

—¿Estás casado?

—No, pero tengo que sostener a un hermano, tres hermanas, a mis padres. Si voy a Francia es porque estoy obligado. Si no tuviera familia hubiera continuado mis estudios. Pero mi padre no puede trabajar. Soy joven. Sabré soportar el frío en Francia.

—No solamente hay frío sino también falta de alojamiento. Los franceses no quieren alquilarnos habitaciones; dicen que somos malos y sucios. Lo único que nos dan como trabajo es la limpieza de las letrinas; todo lo que los franceses no quieren hacer. Si hacemos un trabajo de especialistas, nos pagan como a obrero común y corriente. Más vale lavar letrinas y dejar a los franceses lo mejor. De esa manera no se aprovechan de nosotros.

El día pasó rápido. Del sol nada más veíamos el amarillo del crepúsculo. Soplabla una brisa ligera.

Miró el cielo y me dijo:

—Ayer estaba con mis hijos. Hoy estoy en el mar. Si hay un mañana, estaré en el cielo con los ángeles.

—¿Crees en Dios? No te olvides que durante más de dos años oré delante de 50 personas cinco veces al día. Entonces, si crees que Dios puede hacerte mal, tienes que probármelo.



—Tienes razón. Pero tú eres joven y no conoces el mal. Cuando tengas mi edad te acordarás de mis palabras y tal vez tú, que has orado tantas veces, maldecirás a aquél por quien has rezado.

—No sé lo que la vida me reserva. En todo caso sé que si soy joven lo es también el diablo. Ya lo ves: no confío en mí.

—¿También tu padre fue a la escuela?

—En nuestra familia todos hicimos los estudios coránicos. Luchamos por la lengua árabe. No se trata de engañar a los *kabiles* como muchos lo pretenden,¹² puesto que desde el principio los *marabuts* han combatido la influencia francesa. Por otra parte, los franceses lo saben perfectamente. Han hecho todo lo posible para que abandonemos nuestra tarea: mira a los *caïds*, a los policías de camino, a los diputados, a los funcionarios del gobierno general; casi todos son hijos de antiguos *ulemas* a los cuales se les quitaron sus bienes para tenerlos a su merced, para que le deban todo a los franceses, para convertirlos en nuestros peores explotadores. Pero en conjunto, todos pensamos lo mismo. Los franceses se dan cuenta y han cerrado muchas veces las *medersas*: la de Ben Badis, por ejemplo, que fue deportada porque reclamaba justicia, el derecho de leer y hacer leer todos los libros, el reconocimiento de la lengua árabe.

Comenzaba a hacer frío en la cubierta. Bajamos a esa especie de dormitorio que se llama la tercera clase y nos tendimos en dos literas que habíamos alquilado. Hacia las diez de la noche, sacamos la cena. Mi compañero tenía tres trozos de galleta, higos secos y casi un kilo de uvas. Por mi parte, en mi maleta tenía huevos duros, buñuelos, dulces que me dieron mis primos, cuatro rebanadas de cora-

zón de buey y una sandía. No tenía hambre, no tenía costumbre de comer en camino, pero temí molestar a mi compañero: aquel que tiene vergüenza de comer con sus amigos no puede tener amigos, me dijo una vez mi profesor.

Mi amigo se durmió un poco más tarde. Cuando se despertó, me encontró leyendo.

—¿No tienes sueño? Lo mejor que puedes hacer es intentar dormirte, porque todavía nos espera un camino muy largo.

Lo intenté. Pero mucha gente hablaba y luego algunos pasajeros empezaron a marearse. No entendía lo que pasaba y hasta llegué a pensar que el vapor se iba a hundir. Los niños lloraban y vomitaban todo el dormitorio. Hasta vi que un gato vomitaba también y eso me pareció tan chistoso que estallé en carcajadas. También me puse mal pero no pude vomitar y me sentí todavía peor.

Por fin llegamos a Marsella. Pero me sentía tan mal que no vi nada. En todo caso, no me acuerdo de nada. No tenía fuerzas en las piernas y si no hubiera sido por el tipo que encontré, me hubiera quedado en el barco. Pero él me tomó de la mano, me llevó a un café-hotel árabe y me obligó a acostarme en un cuarto. Ahí me quedé hasta las cuatro de la tarde. Cuando desperté, el patrón quiso darme de comer pero todavía sentía el olor del barco y no puede tragar nada. Aparte de eso, ya me sentía mejor.

Una hora después tomé el tren. Me sentí peor que en el barco y no tuve a nadie que me acompañara. Dejé el tren entre las siete y las ocho de la mañana en la estación de Lyon. Un taxi me llevó hacia el domicilio de mi hermano Mohamed.

II

Mi primera salida en París fue al bosque de Bolonia. Iba acompañado de un camarada, pero éste me había confiado que tenía que irse a su trabajo. Cerca de la iglesia de la Porte de Champerret, me dijo que debía seguir solo, en la misma dirección, hasta el bosque. Me aseguró que no tendría dificultades para el regreso; lo único que tenía que hacer era regresar por el mismo camino. ¿Habría olvidado que yo no sabía francés o quería fastidiarme? Fui, pues, al descubrimiento de ese famoso bosque y pronto dejé de pensar en el regreso. Muy

acogedor, no se parecía en nada a los bosques salvajes de Mabula. Creí que encontraría jabalíes, monos, chacales, liebres, corriendo libremente. Claro que nada hay de esto, pero me sentía muy feliz y respiraba plenamente. Sin embargo, había algo que me molestaba mucho: la casi desnudez de las mujeres. Cada vez que veía a una en *short*, sentía tal vergüenza que enrojecía y volteaba la cara. Me parecían unos diablos y si hubiera podido hablarles les hubiera hecho reproches, les hubiera dicho que no era justo que se pasearan de esa manera.

En un momento dado, me detuve frente a un niño de tres o cuatro años, sonrosado, vestido solamente con un calzoncito, que me sonreía feliz. Tuve deseos de tomarlo en brazos, pero ¿qué hubiera podido decirle? Entonces miré a su madre, que inmediatamente volvió la vista a otra parte y comprendí que gritaría si yo tocaba al niño. Continué mi camino, pasé junto a un lago y finalmente me encontré en el boulevard Murat. Tuve miedo: ¿cómo regresar? Me había perdido. Felizmente tenía un papel con la dirección de mi hotel. Se lo enseñé a un paseante que llamó a un policía. Pude comprender que éste me preguntaba si llevaba dinero. Como si llevaba llamó a un taxi que me condujo hasta mi casa. Estaba tan cansado que me acosté inmediatamente: en el piso, porque la cama estaba demasiado caliente y demasiado blanda para que pudiera dormir ahí. Me costó mucho tiempo acostumbarme a ella.

Una semana después de mi llegada, empecé a trabajar en un garaje del suburbio noroeste. Me sentía contento, pero mi ignorancia del francés me impedía conservar este trabajo. Además, el patrón era muy grosero y a mí no me gusta que me hablen brutalmente. Todas las noches mi hermano me explicaba cómo se lava un automóvil. Me reprochaba mi disgusto con los demás y decía que era yo quien tenía que comprenderlos y no ellos a mí. Un día, el patrón me dio su automóvil para lavarlo. Debí hacerlo bien porque me regaló 200 francos de propina y eso, en 1949, era mucho. Sin embargo, 15 días después me despidieron. Sólo duré dos meses.

Durante un trimestre comí del sueldo de mi hermano. Estábamos en noviembre y comenzaba a hacer frío. Me daba vergüenza que me mantuvieran.

Por eso acepté con alegría el dinero que un amigo me prestó para regresar a Argelia. Allá, me dije, si no encuentro trabajo puedo pedir limosna, mientras que aquí ni siquiera sé como pedir limosna en francés. Me fui en diciembre de 1949. En Argelia, viví en el *casbah* en casa de uno de mis primos. Éramos cinco en el cuarto y todos me preguntaban sobre los franceses de París, sobre las casas, los jardines, el metro, las estaciones, el Sena, las calles, las fábricas. Gracias a este primo pude colocarme en una gran lechería.

El trabajo era muy pesado y al principio creí que no podría resistirlo. Pero mi primo le había dicho al patrón que yo era un buen empleado y no quería dejarlo mal. A fin de mes, me pusieron a tapar las botellas de leche pasteurizada. Me entendía muy bien con mi jefe y pronto llegó a ser como un hermano. En efecto, no sólo me daba de comer en su casa a cambio de algunos trabajos extras que me confiaba, sino que todas las noches, durante dos horas, me enseñaba a leer y escribir el francés. Siempre lo recordaré: cada vez que abro la boca para hablar francés veo su sonrisa. Hizo de mí un hombre capaz de hablar a los otros hombres, aun a aquellos que no hubieran querido escucharme, a esos franceses de Argelia que se creen aislados del mundo. Me hizo mucha gracia saber que era judío y empecé a pensar de otra manera sobre el racismo. Por desgracia, tuve que dejarlo y no sé lo que ha sido de él. (Más tarde intenté buscarlo. En vano.) Un día recibí un telegrama de mi hermano pidiéndome que regresara a París. Fui —en julio de 1950— porque lo creí enfermo o herido por un cliente del café-hotel del cual era gerente. Pero, simplemente, quería que lo ayudara.

Empecé a trabajar detrás del mostrador y como conocía a algunos clientes, los negocios prosperaban. Mi hermano no quería decirme en qué empleaba las ganancias y acabamos por pelearnos. Si no me tomaba como socio tenía que pagarme como a un empleado. No quiso oír nada pretextando que yo no tenía edad para meterme en sus asuntos. Al día siguiente, le pregunté a un cliente si no sabía de algún empleo para mí y dos días después fui contratado en una fábrica de Colombes. Quince días más tarde me pusieron a pintar con pistola pero seguían pagándome como a un peón. Fui a ver al patrón y



protesté. Me contestó que podía elegir: recibir ese sueldo o largarme. Hay mucha gente sin trabajo, dijo. No vacilé: le respondí que, a partir de ese momento, tenía 40 horas de plazo para buscar un sustituto. Estaba de nuevo sin trabajo. Reemplacé a un amigo en un garaje y como se enfermó pude conservar el puesto. El trabajo era agotador. Atendía 20 coches diariamente por diez mil u 11 mil francos quincenales. Después me dejé embaucar de nuevo por mi hermano y volví al café. Me sentía el dueño detrás de la caja, pero habíamos tenido que pedir

prestado y como mi hermano gastaba mucho –llegó a apostar en las carreras– tuvimos que abandonar el negocio a los seis meses, con tal cantidad de deudas que tardé mucho tiempo en pagarlas. Lo hubiera matado.

Me sentía tan descorazonado que no quería ver a nadie, ni volver a trabajar, ni ir a ningún lado. Tenía la impresión de que por todas partes, en las calles de París, se burlaban de mí, me señalaban. Pero había que comer. Volví al garaje. Me acostumbré. Algunos clientes eran generosos conmigo.

Estábamos en 1951. Todavía cambié de trabajo y hasta llegué a ser durante algún tiempo repartidor a domicilio. Me aislé durante más de dos años, casi no vi a mis hermanos argelinos y a fuerza de hablar nada más con los franceses acabé por considerarme como uno de ellos, como un francés auténtico. Tenía una amiga francesa. Un día que estaba con ella en el metro, oí a dos mujeres comentar en voz baja: “Mire a esa puta. Se diría que no hay suficientes franceses para que tenga que ir a buscar a un *bicot*”. Casi me ahogué de rabia. ¿Qué podía hacer? Mi amiga quiso contestar, pero la abracé diciéndole: “Si quieres enfurecer a esa mujer, no digas nada. Bésame y verás cómo se baja del metro enseguida”. Así sucedió. Las dos mujeres bajaron en la estación siguiente murmurando: “Es una vergüenza. No deberían dejarlos subir al metro o bien ponerlos separados en un tren especial”. Viví casi dos años con esa muchacha. Pero no podía durar. A fuerza de oír todos los días las mismas cosas, terminé

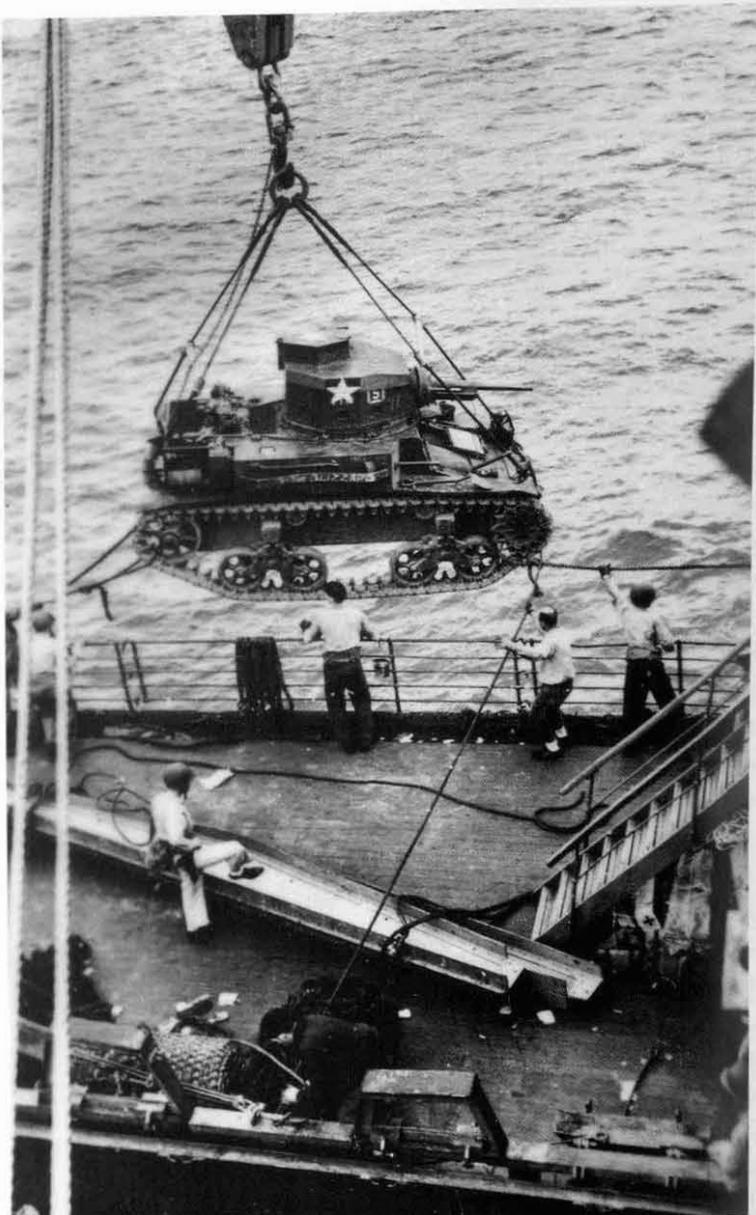
por creer que yo era un animal. Además, las circunstancias habían cambiado y yo no podía decirle lo que hacía todas las noches, desde que salía de mi trabajo hasta la una de la mañana.

De 1945 a 1952, no me ocupé de política. No iba a las reuniones del PPA. Los dirigentes del partido de los *ulemas* se habían dispersado. Mis problemas familiares no me dejaban tiempo para nada. Veía muy raramente a los argelinos que conocía y sólo recordábamos con nostalgia nuestras casas. La mayor parte de nosotros íbamos a la escuela nocturna. Por

esa época, el PPA controlaba a casi todos los argelinos. Pero al principio de 1953, nos dimos cuenta de que había dificultades en el partido. Desde hacía algún tiempo nos preguntábamos lo que Messali quería, y nos decepcionábamos porque teníamos la impresión de que sólo buscaba el poder. Por ese tiempo encontré a un amigo que no había visto desde 1949. Había cambiado mucho y parecía tener miedo de algo o de alguien. Me dijo que había estado en Túnez, donde había intentado seguir sus estudios. "Pero no era ése el momento, porque había revolución en Túnez y me regresaron a Argelia. Me dijeron que ahí serviría más." Le pregunté para qué iba a servir.

Me explicó que contaba conmigo, que no había venido a París a trabajar, que se preparaban muchas cosas importantes en Argelia y que por eso nos buscaba. "Por el momento lo que tienen que hacer es muy sencillo. Después ya no sé. Para empezar, hay que reunir a todos los argelinos y organizarlos aunque no le guste a las gentes de Messali." No entendí bien lo que quería decirme y durante mucho tiempo pensé en ello. Para salir de dudas debería estar en contacto con mis hermanos argelinos. Después de todo, a lo mejor yo era el único que ignoraba lo que pasaba. De esta manera me encontré de nuevo dentro del movimiento. Eso dificultaba las relaciones con mi amiga. No entendía por qué me ausentaba en las noches. Nos peleábamos. Acabó por comprenderlo: me encontraba tan cansado que dormía mal y en sueños dije lo que debía callar. A partir de ese momento no dejó de interrogarme sobre lo que hacía.

La vida no resulta chistosa. Teníamos encima a los patrones, a la policía, a los messalistas. Los policías registraban los hoteles. Entraban como a una caballeriza y tiraban todo; llegaron a quitar los focos y a levantar el linóleo buscando documentos. Sus primeras palabras eran siempre las mismas: "Arriba las manos, partida de cerdos". Nos arrinconaban y nos registraban. Recibíamos algunas patadas y golpes, pero lo gozaban insultándonos y eso para



mí era lo peor. Nos registraban en la calle. A veces nos subían a un camión y nos obligaban a desnudarnos, aun en pleno invierno, para ver si no llevábamos armas o papeles. Nos metían el dedo en el ano. ¿Con qué objeto? Cinco minutos después de que nos dejaban libres volvíamos al trabajo.

El papel de los messalistas, de acuerdo con la policía, era matar a los miembros del FLN. Tuve oportunidad de constatarlo varias veces. Un día comí en un café argelino. La policía llegó y empezó el registro, minucioso como siempre: hasta en el plato de *cuscús*. Los policías no encontraron nada. Se fueron, e inmediatamente tres hombres llegaron y sin decir

nada dispararon: tres muertos y 11 heridos. Me salvó una columna tras de la cual pude ocultarme. Al día siguiente, leí en el *Parisien Libéré* que era un golpe del FLN. De rabia, rompí el periódico y juré no comprarlo nunca más. A ese café sólo iban miembros del FLN y no fueron ellos los que dispararon. No digo que el FLN nunca haya matado gente, pero jamás de esa manera ciega: sólo se ejecuta a las personas que han sido juzgadas y condenadas. Si el *mussebil* se equivoca y mata a alguien, será condenado a su vez.

En 1955 y 1956, casi todos los argelinos querían volver a sus casas con objeto de unirse con los *maquis*. Algunos tenían mucho miedo en Francia; otros pensaban que serían más útiles en Argelia y que el dinero que se gastaba no servía para nada. A este respecto muchos de ellos no comprendían la importancia de sus donativos a la causa. Hubieran querido saber en un solo día todo lo referente a la organización. Por supuesto, todo el mundo quería trabajar en ella, pero con frecuencia por el orgullo de saber o de mandar. Muchos de los que hubieran podido ayudar no lo hicieron por miedo de las responsabilidades o por horror de discutir. Eran pacíficos. Pero a fuerza de ver que las cosas iban mal, asistieron y la organización mejoró. Hoy, todos cooperan en la región parisina. Esto no quiere decir que sólo hay una categoría de argelinos. Existen aquellos que se inclinan por la independencia y que no tienen miedo de decirlo a la policía. Por el contrario, existen quienes trabajan por ella. Y luego están los que vacilan porque tienen miedo. Estos últimos son los más peligrosos porque, si son detenidos, pueden delatar a los otros.

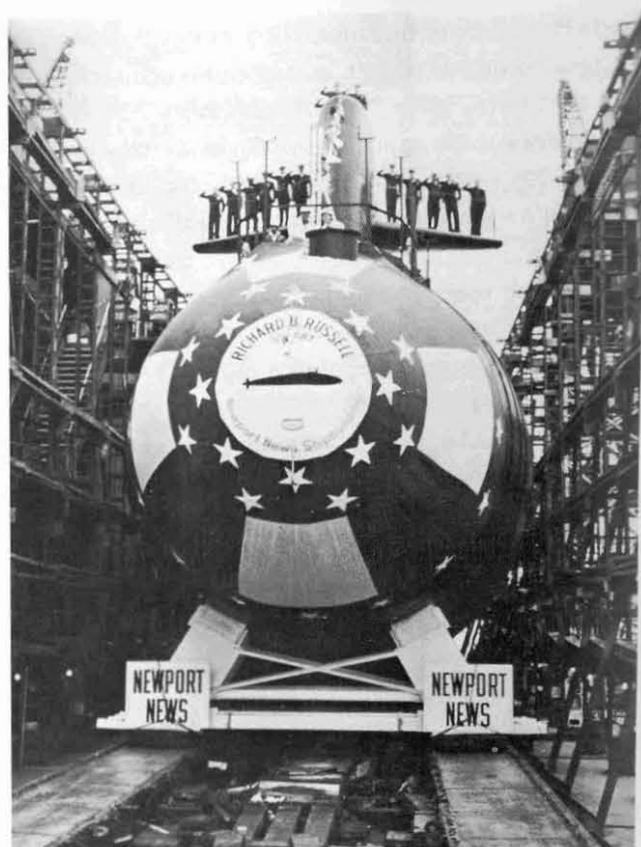
Muy pronto supimos lo que significaba ser arrestado. Un día conversaba con un amigo que había estado seis meses en prisión. Me contó las torturas con agua y electricidad. No quería creerlo hasta que me enseñó las huellas en su cuerpo: eran como cicatrices de vacuna, pero negras. Contándome lo que había pasado, su voz y sus manos temblaban como si su verdugo estuviera todavía frente a él. Otro amigo me contó cómo lo detuvieron en la avenida de la Grande Armée, cómo lo llevaron a la comisaría de L'Etoile, luego a la Villette y a Fresnes, y por último al Chatelet, donde lo golpearon hasta que se desmayó. "Me encerraron tres días; me golpea-

ron y me insultaron para obligarme a decir que yo había matado a tres personas que encontraron muertas en el bosque de Bolonia. Me pasaron a la electricidad. Al final, me sentía paralizado. Ni siquiera podía tragar una cucharada de sopa. Ya no sentía el dolor. Entonces decidieron llevarme a una clínica antes de presentarme al juez de instrucción. El coche salió de París por la Porte Dauphine. Lo sé porque ahí fue donde me desperté tirado en el suelo. Me habían vendado los ojos y como empecé a gritar porque creí que iban a matarme, me patearon hasta que volví a desmayarme. Me encontré en un cuarto muy limpio. Apareció una mujer bastante joven de ojos verdes, nariz pequeña, con las piernas llenas de vello. Me dio de beber y me inyectó tres veces sin que me diera cuenta. 'Todos los árabes tienen la piel dura', dijo. Me preguntó: '¿Qué hiciste para que te pusieran en tal estado? ¿Eres un jefe o un matón? Si tienes algún amigo puedo enviarle algún recado. También puedo buscarte un abogado'. Como no contesté, añadió: 'Creí que tú eras del FLN. Por eso te hablo así. Tuve un amigo que era jefe del FLN. Los policías lo mataron como van a matarte. Puedes hablarme'. Como permanecía callado, volvió a decir: 'Bueno, peor para ti'. Un poco después, llegaron los policías, me llevaron con el juez, que a su vez me envió a la Santé. A los dos días vi a un abogado que iba, dijo, de parte de uno de mis primos. No sabía qué decirle. A los seis meses me pusieron en libertad provisional." Fue entonces cuando lo vi. El día del juicio no se presentó ante el tribunal, que lo condenó a cinco años de prisión. Se escondió durante un mes. No lo volví a ver pero más tarde recibí una carta de él, desde Túnez.

Redadas, interrogatorios, golpes, registros en los hoteles; llegué a conocer todo eso al igual que mis hermanos. ¿Para qué contar los detalles? Siempre es lo mismo. No tiene ninguna gracia contarlo y yo mismo no tengo gracia para hacerlo. Cuando pienso en mí, casi enloquezco con las respuestas que me doy. Pierdo el sueño y llego a detestar a todo el mundo. Mi mayor distracción consiste en mirar a los niños. Quisiera darles consejos aunque me crean el más débil de los hombres. Quisiera escribir, pero necesitaría más calma y otra cosa que no fuera esta pocilga donde vivo, sin agua ni calefacción.

Un día, a las cuatro de la mañana, la policía barrió con el hotel donde vivía. Se llevaron a cuatro amigos y los torturaron durante 13 días en la Villete. No sé qué fue de ellos. Muchos jefes importantes fueron también detenidos por culpa de un tal Omar, un delator. Como había huido del barrio y permanecía escondido, creyeron que yo había sido detenido como los otros. Cuando regresé, me mandaron a otro lado. En efecto, estaba demasiado nervioso y no soportaba a los jóvenes que habían sucedido a mis camaradas: constantemente solicitaban misiones, se arriesgaban inútilmente y, además, hacían muy mal el trabajo cotidiano. Es cierto que yo vacilaba siempre frente a las responsabilidades, tenía miedo de equivocarme, sobre todo cuando se trataba de condenar a alguien. Tuve y todavía tengo la tendencia de ponerme en el lugar del acusado. Me digo que aquel que acusa a alguien tal vez lo hace por razones personales. No tengo miedo de la cárcel ni de la muerte, pero no puedo ser responsable de la muerte de otro. La situación era difícil donde estaba trabajando. Entre mil 500 argelinos, ni siquiera había 50 que hubieran ido a la escuela. Había que hacerles entender la necesidad de la disciplina. Enseñarles la historia de Argelia y de nuestra revolución. Al fin, caí enfermo. El trabajo principal consistía en agrupar a las gentes en organizaciones que convenían a su oficio y a su carácter; los comerciantes, los simpatizantes, los militantes propiamente dichos, el tribunal de justicia y, en fin; pero aparte, los grupos de combate, cuyo valor me dejó siempre asombrado. Por las noches trabajaba en un garaje con objeto de permanecer solitario y reflexionar. En suma, me encerré con la esperanza de encontrar un día un poco de la verdadera libertad. Mi vida tiene algo de irreal, repartida entre mis sueños de soledad y la acción con mis hermanos, pero privada de las relaciones que hubiera querido tener con las gentes. Renuncié a las mujeres, pero me persigue la imagen de una. Intento saber lo que soy, de hacerme una idea sobre mis ideas. Busco educarme, pero tengo la impresión de saber menos que antes. Mi único sostén es pensar en Argelia, en mis hermanos; entonces no dudo de la victoria.

En el barrio donde vivo, los franceses me consideran como un *kruya* y no como un *fellaga*. Encuentran que soy "evolucionado". Pero olvidan que un



evolucionado acaba forzosamente en un revolucionario. Apuestan mi cabeza... Se han acostumbrado a mí y no me molestan. Por ejemplo, Pierrot me pregunta regularmente si visito centros como el de Vincennes. Pero si me detienen y ve mi nombre en el periódico, pensará que lo he traicionado.

Mi salario es de 40 mil francos. Pago cinco mil francos por el cuarto, como una vez al día por 500 francos y envío 15 mil a mi familia. Mis únicas vacaciones son las enfermedades. En el garaje, después del trabajo, tomo un libro o escribo todo lo que se me ocurre. Es cansado pero eso me ayuda a pasar la noche. Les simpatizo a los clientes porque soy servicial y evito las discusiones. A la larga, me he hecho amigo de dos o tres de ellos. La amistad comienza simplemente porque me hablan con amabilidad, no me tutean, no se toman por seres superiores. Los otros me preguntan sobre la guerra, sobre mis opiniones, sobre lo que ellos llaman "arreglar cuentas" con los argelinos. Quisieran saber si yo colaboro, de qué lado estoy. En cambio, mis amigos no me preguntan nada; sólo si tengo familia en Argelia, si estoy tranquilo en Francia. No dicen como los otros: "Si

yo fuera el jefe haría esto o aquello”, “dejaría Argelia a los argelinos”, o bien “fusilaría a Ben Bella y a su pandilla” y hasta “haría que todos los europeos de Argelia volvieran a Francia, mandaría a todos los argelinos a Argelia y los dejaría reventar de hambre”. A éstos los dejo que hablen.

Al principio, mi patrón no me hablaba de la guerra. Comenzó a abrir la boca después del golpe del canal de Suez. Por una parte, aprobaba a Guy Mollet, pero por otra estaba contento de que se hubiera levantado el bloqueo del canal. Gracias a Nasser aumentaban sus ganancias –la gasolina le daba más dinero–, pero según los periódicos era Nasser quien ayudaba a los *fellagas*. No sabía qué pensar. En realidad sólo le interesaban sus asuntos personales. En ocasión de los sabotajes de 1958 me dijo que estaba dispuesto a dar dinero al FLN con objeto de salvar su garaje. “Si alguna vez tienen la intención de venir a quemarlo, pregúntales cuánto dinero quieren.” Le respondí que si lo hacía, me iría del garaje. No creo que quisiera ponerme una trampa; simplemente tenía miedo. Nada más le interesa el dinero. Sin embargo, se encela cuando me ve trabar amistad con un cliente: no entiende. Al principio me trató con

tal desprecio que creí que me despediría enseguida. Frente a él, para tratar de saber lo que pensaba de mí y ver qué clase de tipo era, fingía conocer apenas el francés. De esa manera, pude escucharlo injuriarme a gusto, persuadido de que no le entendía. Pero una noche me oyó hablar con un cliente. Se sintió terriblemente humillado, pero como es tonto y miedoso no supo qué hacer. Desde entonces, desconfía de mí y trata de encontrarme en una falla. Un día, sacó 60 mil francos de la caja y me acusó de haberlos robado. Cuando me equivoco a favor suyo en las cuentas no me dice nada, porque todo es beneficio para él a menos que yo le reclame. Por lo demás, me equivoco voluntariamente para ver qué hace y para comprobar la idea que tengo de él. Lo conozco perfectamente y lo sabe: de esa manera, sin muchas historias, trabajamos juntos desde hace mucho tiempo.

Podría seguir contando. ¿Pero cómo hacerlo? Por principio de cuentas hay cosas que no puedo decir y luego, si resulta fácil contar lo pasado –puesto que uno ya salió de eso, porque parece una historia–, es más difícil decir lo presente: todo llega al mismo tiempo y uno no sabe qué es lo más importante. Más tarde, tal vez... ●

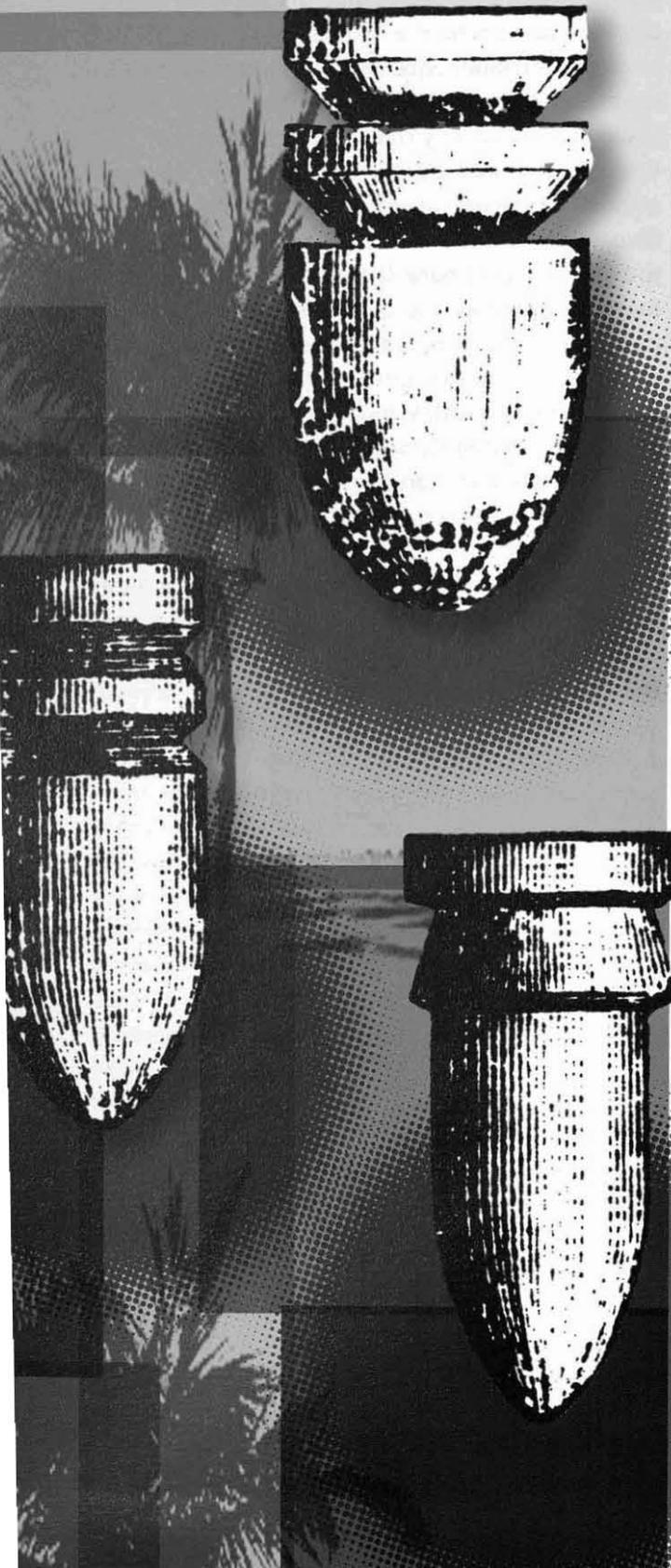


NOTAS

- * Traducción de Juan Vicente Melo.
- ¹ No es que vivieran en la misma localidad, sino que cada quien trabajaba para todos.
 - ² El que quería ser *mufti* se encuentra ahora en una prisión francesa.
 - ³ Un *caïd* es hechura de la administración francesa.
 - ⁴ Los de Alí, que viven en T..., y los de sus cuatro hermanos: el narrador y su hermano, hijos de Salah, jeque de V..., y los hijos de Omar y de Taieb, que trabajan en París.
 - ⁵ Son las mujeres de Taieb y de Omar, que vivían con sus hijos en la casa, con Alí y su esposa.
 - ⁶ Abdelah: el padre muerto de los cuatro hermanos.
 - ⁷ Ignoraba por qué lo habían llamado. Furioso, se fue violentamente sin que nadie pudiera acompañarlo.
 - ⁸ Especie de silo.
 - ⁹ El primo mayor lleva el nombre del abuelo.
 - ¹⁰ El más joven escoge el primero. Si hay un “parisino”, es él quien comienza. Como no estaba ahí, los vecinos eligen en su nombre. De esta manera, no podrá decir que los hermanos se han aprovechado.
 - ¹¹ Una pizarra permite aprender más puesto que se puede borrar lo que uno ha aprendido y volver a empezar.
 - ¹² Los *kabiles* han reprochado a los *marabuts* el practicar un cierto sectarismo.

ALGUNAS SEMANAS BAJO TIERRA CON LOS CAMPESINOS VIETNAMITAS

Joris Ivens*



Un pueblo cercano al paralelo 17... *Hen ap!* La clase está camuflada a muchos metros bajo tierra. Treinta alumnos de siete a diez años repiten en voz alta: *Hen ap!* El instructor corrige: *Hands up!* (¡Arriba las manos!) *Hands up!*, repiten los escolares.

Diez minutos más tarde, regresamos a la superficie. Un muchacho se esconde tras un plátano. Una banda de chiquillos corre a través de un arrozal y lo descubre, todo tembloroso. *Hands up!*, le gritan, armados con sus fusiles de bambú. Han aprendido bien la lección. El "piloto", abatido, alza los brazos. Los niños han capturado a un "piloto norteamericano". Están muy satisfechos de haberlo hecho. La escena se desarrolla a unos cuantos kilómetros del paralelo 17. En un poblado, el comandante adjunto de la milicia popular local, una muchacha de 23 años, me dijo: *Son arrogantes en el cielo, con sus F-105 y sus FH-4. Una vez que su avión es abatido, cambian. Todos tienen malaria.*

En el norte, en la parte superior de Hanoi, "ellos" son menos fieros; hostigados por una *DCAX* muy densa, por los fusiles *Sam*, los *Migs* y los globos. Aquí, en el paralelo 17, el cielo es menos peligroso para ellos. Sin embargo, las autoridades locales aseguran que en la provincia de Quang-Binh y en el distrito de Vinh-Linh han sido derribados más de 300 aviones desde 1965. Un gran número de pilotos ha sido capturado. En sus correrías aéreas, particularmente en este sector, se han dado cuenta, al observar las rápidas respuestas de la población y la vida subterránea de los campesinos, de que son advenedizos en uno de los frentes más importantes de la guerra colonial más grande de la historia. Cada uno lucha y desea vencer, movilizándolo toda su inteligencia, todo su

* Cineasta holandés. *Universidad de México*, noviembre de 1967, vol. XXII, núm. 3

coraje contra el coloso dotado de una poderosa técnica y que desea dominar.

Filmar esta línea imaginaria que representa el paralelo 17 significa filmar la ribera Ben Hai. Al norte y al sur del curso del río, sobre cinco kilómetros, se encuentra la famosa zona desmilitarizada por los acuerdos de Ginebra en 1954. El 15 de mayo, cuando llegamos acompañados de dos cineastas vietnamitas a la ribera norte de la zona desmilitarizada, 15 batallones de *marines* pertenecientes a la fuerza de intervención de la séptima flota, desembarcaron, también por helicóptero, en la parte meridional. De-seaban crear una "zona blanca". De hecho, han ennegrecido todo, incendiado los poblados; los techos de paja, las camas, el arroz, el ganado. A lo lejos vimos, más hacia el sur, cómo, alrededor de las bases estadounidenses, se elevaban las llamas, el polvo y las columnas de humo. Ésos fueron los resultados de la operación *Pradera A*.

Con nuestros propios medios, atravesamos el paralelo 17 como cualquier corresponsal de guerra. El intento era peligroso, pero queríamos ver los resultados de esta "intervención norteamericana" en la parte meridional de la zona desmilitarizada. Ahí filmamos los testimonios de los refugiados. Nos hablaron de la destrucción de las aldeas, de la asfixia de los campesinos en los refugios, del transporte a bordo de helicópteros, de la población trasladada hacia el sur. Llegamos a dos kilómetros de un puesto estadounidense. Los soldados de la Fuerza de Liberación Nacional nos detuvieron: ir más lejos hubiera sido muy peligroso. Los estadounidenses podrían habernos capturado. Oímos el ruido de los vehículos blindados. En el camino de regreso, encontramos el armazón de un coche militar, puesto fuera de combate. Todo era ruinas y devastación. Una tras otra, las aldeas han sido incendiadas, aniquiladas. Nada, o casi nada, queda de las casas, de los adobes, de la paja, de la madera: los *marines* han utilizado los lanzallamas. Perros famélicos y cubiertos de ceniza vagan sobresaltados con el ruido de las cámaras. Una vieja, inclinada hacia el suelo, escarba entre los escombros. Ha vuelto, aun a riesgo de perder la vida. Busca arroz. Estaba escondida y esperó a que el fuego se apagara. Nos pregunta qué hacemos en ese lugar. Informada, busca una nuez de coco, nos la ofrece y dice: *Sobre todo, digan la verdad sobre lo que nos está pasando.*

La población de la aldea del Norte, donde vivimos, ha acogido a refugiados del Sur; se les reparte de todo: arroz, vestidos, abrigos, casas, como dice nuestro huésped citando un refrán vietnamita: *Las gentes de un mismo país deben sembrar juntas. Las hojas sanas deben cubrir a las hojas lastimadas.* Le hablamos de paz. Para ellos también significa la terminación de la guerra y la unión de las dos partes del país.

Una mañana, cuando se preparaban para un ejercicio de la milicia popular, en el que el tema era *cómo hacer saltar un coche militar* (era una copia hecha de lodo y paja), encontré a Duc. Duc es "héroe de tercera clase" del Frente de Liberación de Vietnam del Sur. Tiene nueve años. ¿Qué ha hecho para merecer este título? Un día vio cerca de la casa de su abuela que algunos estadounidenses desmontaban un terreno para construir una base de helicópteros. Para obtener un metro, Duc debe estirar 14 veces la mano. Inventa un juego que consiste en lanzar un bambú de esta longitud. Sabe, cuando el "juego" ha terminado, que debe alinear 347 veces el bambú entre su casa y el helipuerto. Por otra parte, entre la casa y el camino que pasa al Norte, debe alinear 240 veces el palo. Tomó las medidas. *Enseguida, dice él, di los cálculos a mis "tíos" del ejército y vinieron enseguida con los morteros; 23 helicópteros fueron destruidos en tierra.*

En la aldea donde hemos pasado semana tras semana, viven 743 familias: cuatro mil 114 almas. En 1966, cada habitante tenía "derecho" a 70 bombas. Los estadounidenses atacan por todas partes: desde aviones de la séptima flota; desde tierra. El peligro es permanente, de día y de noche. Por más increíble que parezca, no se pueden pasar aquí abajo 15 minutos en calma. El ruido, sin cesar, viene de todas partes: el ritmo terrible de las granadas, los silbidos de los obuses, la explosión de las bombas que parece el ladrido de una especie de perro electrónico. Los golpes de cañón de la DCA contra los *may bai*, estos aviones que la población ha bautizado *Johnson*.

Por las calles, en nuestro coche militar, el ruido del motor nos ensordece. No oímos el avión que viene hacia nosotros. Él está ciego y nosotros estamos sordos. Sobre una calle, en alguna parte entre Vinh-Linh y Quang-Binh, nos sucedió lo mismo. Un avión

lanzó encima de nosotros cinco granadas. *Tenemos que huir a toda prisa*, nos dijeron. Lo que cuenta ahora es la valentía y la sangre fría del chofer. Se llamaba Khué. Su reflejo inmediato fue lanzarse hacia adelante. Un *Johnson* seguía al primer avión. Una bomba explotó a 50 metros atrás de nosotros. Habíamos ganado.

May bai! ("¡El avión!"): este grito es la señal de alerta en las aldeas. Es un espectáculo asombroso: los artilleros, los campesinos en los campos, los niños, vigilan las acrobacias, la rapidez, el sonido de los aparatos. Conocen bien los tipos. Prevén las intenciones de los pilotos y saben dónde arrojarán las bombas. Bajo tierra —aquí se está siempre bajo tierra—, un oficial del Estado Mayor nos dijo: *Nosotros conocemos a los norteamericanos mejor que ningún otro pueblo*. El armamento, al mismo tiempo que los conocimientos, se han mejorado mucho. Pude medir los cambios desde 1965 cuando rodaba *Le Ciel, la Terre*. Por primera vez en una película se mostrará un bombardeo del Norte contra las posiciones estadounidenses del Sur.

Esta eficacia, este poderío creciente de los vietnamitas, sólo son posibles gracias a las medidas extraordinariamente efectivas de protección a la vida de los hombres que han sido inventadas y sistemáticamente aplicadas. Duermen bajo tierra. Ahí descansan, ahí comen, ahí compran, ahí acumulan los víveres, ahí curan a los heridos. Bajo tierra estudian, juegan a las cartas o van al cine. Los actores aficionados cantan y bailan, lo mismo que trabajan los artesanos, los sastres, los zapateros, evacuados de la población Ho-Xa, totalmente arrasada. Con las piezas recuperadas de los aviones abatidos, los campesinos, bajo tierra siempre, construyen arados.

El refugio es un puesto de combate. Todo está puesto al servicio de esta guerra que hay que ganar. Así, esta imprenta subterránea, que tiene una prensa de pedales, tira el periódico del distrito. Dos hombres y dos mujeres lo hacen. En un rincón, un obrero trabaja minuciosamente sobre una tabla. Está inventando un "truco", un medio muy simple destinado a imprimir el periódico a pesar de todo, en caso de un desembarco estadounidense. Podría entonces esconderse más



profundamente aún bajo la tierra e imprimir clandestinamente la hoja. *Estamos listos, preparados para lo peor*, nos dijeron. Sobre el rodillo de metal, se puede leer: *us Navy*. Es una pieza de una bomba de la séptima flota. En el exterior hace calor, mucho calor. El viento ardiente que viene de Laos, sopla. Se trabaja al ritmo del adversario; si los aviones vienen temprano, se trabaja tarde. Se teme a la sequía, pero los cráteres dejados por las bombas constituyen excelentes recipientes y viveros para las carpas. Otros han sido llenados por las brigadas de choque de jóvenes campesinos y campesinas que trabajan con palas y horquillas en los agujeros: diez metros de profundidad en medio de campos de papa dulce. En 20 minutos, y ayudados por el buen humor, el agujero está lleno. Entonces vuelven a plantar las papas. Los campesinos del paralelo 17 se aferran a su tierra. No quieren que los estadounidenses les roben un solo metro cuadrado.

Durante estas semanas no solamente he filmado a los campesinos. He vivido con ellos. Cuando partí para Vietnam del Norte, llevaba conmigo una carta de algunos cineastas franceses dirigida a sus colegas vietnamitas. Decían, en la carta, que deseaban realizar una película de solidaridad con el pueblo vietnamita, *haciendo comprender al espectador que no se trata de una guerra lejana y aislada, sino de una elección entre dos concepciones que cada uno deberá hacer tarde o temprano en su país y en sí mismo.* ●

Estrofa a Adam Mickiewicz

Carlos Pellicer*

Óyeme, camarada, estás herido;
por causa de esa herida nadie muere.
El que sepa tu nombre y se atrinchere
en tu nombre, dará muerte al olvido.

Llamo a tu corazón y es todo oído:
El cielo de la noche lo sugiere.
La historia de la luz en ti prefiere
tu oceanía de hombre desmedido.

Yo me quedo mirando tus heridas
y veo cómo brotan las cien vidas
que de cien muertes desnuda y sangrante

Polonia entre tus brazos y tus cielos
surge a la voluntad como un diamante
llevado por magníficos deshielos.

* Poeta tabasqueño. *Universidad de México*, febrero de 1956, vol. X, núm. 6

EL GENOCIDIO EN VIETNAM CONTADO POR SUS AUTORES

Bertrand Russell*

Estados Unidos mantiene un ejército de ocupación en Vietnam, empeñado en la supresión de un movimiento de resistencia que, mediante recursos legítimos, disfruta del apoyo de la gran mayoría de la población. La resistencia vietnamita lucha por la soberanía nacional y la independencia, por el derecho a la autodeterminación. Es en este contexto donde debemos estudiar los anales de la intervención estadounidense.

Quienquiera que haya pasado cierto tiempo en las zonas de combate ha visto cabezas de prisioneros mantenidas bajo el agua, gargantas oprimidas por bayonetas, víctimas con astillas de bambú hundidas bajo sus uñas, cables de un teléfono de campaña conectados a brazos, pezones o testículos.

Esta declaración apareció en el *New York Times Magazine* del 28 de noviembre de 1965, y la escribió el corresponsal de *Newsweek*, William Tuohy. Tales torturas y mutilaciones, realizadas por las fuerzas estadounidenses, son descritas cada vez más frecuentemente. Con anterioridad, Donald Wise, jefe de corresponsales extranjeros en Londres del *Sunday Mirror*, informaba:

Ningún norteamericano podría exigir a sus subordinados que dejaran de torturar. Ni siquiera se sienten impulsados a formular exigencias de tal tipo. Los métodos habituales de tortura consisten en sumergir a las víctimas, comenzando por la cabeza, en tanques de agua, cortarles tajadas con cuchillos, golpearles las sienes con medias llenas de arena y enchufarlos a los generadores eléctricos de los puestos militares de comando (*Sunday Mirror*, 4 de abril de 1965).

* Filósofo inglés. *Universidad de México*, marzo de 1968, vol. XXII, núm 7



Este testimonio es confirmado por corresponsales estadounidenses independientes:

Uno de los más infames métodos de tortura aplicado por las fuerzas gubernamentales es la electrocución parcial o "fritada". Este corresponsal presenció un caso. A un prisionero del Vietcong le ataron cables a los pulgares. Los hilos estaban conectados, por su otro extremo, a un generador de campaña. Al producir corriente eléctrica el mecanismo, el prisionero era objeto de sacudidas y quemaduras.

Según los periodistas estadounidenses, la tortura eléctrica es empleada por las fuerzas estadounidenses en todo Vietnam del Sur, incluso en los campos de batalla. A estos efectos se han "modificado", con vistas a la tortura, unos pequeños generadores portátiles, "elogiados por su extrema movilidad".

"El método de interrogatorio expeditivo comprende la conexión de electrodos desde el generador hasta las sienes del sujeto. En el caso de mujeres, se fijan los electrodos a los pezones", comunicaba un corresponsal de *Associated Press*, Malcolm Browne. Un soldado estadounidense escribía a su hermana, en la primavera de 1965: "El jefe de nuestro pelotón hundió una punta del cable en el pecho de la mujer, que recibió un fuerte choque. Quedó malamente quemada. Entonces tomaron el mismo cable e hicieron otro tanto con el marido de la mujer y su hermano, pero en los genitales".

El *New York Herald Tribune* trae más pormenores: "Entre las técnicas empleadas para obligar a hablar a los prisioneros, se cuentan el rebanar los dedos, orejas, uñas u órganos sexuales de ellos o de sus compañeros. La pared de una oficina militar del gobierno está adornada por una ristra de orejas. En una oficina norteamericana hay una oreja de un vietcong, conservada en alcohol" (25 de abril de 1965).

Malcolm Browne, de *Associated Press*, escribe:

Más de un corresponsal de prensa ha visto trozar a machetazos las manos de los prisioneros. A éstos se les castra o se les ciega. A un sospechoso lo arrastraron a campo traviesa, después de un interrogatorio, amarrado a un coche blindado.

Muchos soldados disfrutaban pegándoles a los prisioneros. Mueren tantos individuos sometidos a interrogatorios que cabe preguntarse si la obtención de informes no es de importancia secundaria ("El nuevo aspecto de la guerra", 1965).

El periodista australiano Wilfred Burchett es el autor de esta descripción, confirmada por la Comisión Internacional de Control:

La muchacha desnudó su hombro derecho. Casi vomito. La piel satinada se alzaba en pequeñas erupciones parecidas a coliflores; la carne había sido retorcida con pinzas calentadas al rojo. Tenía media docena de cauterizaciones en la parte superior del brazo. La habían torturado durante meses. Le metían a la fuerza agua jabonosa y orina por la boca y la nariz, le aplicaban electricidad en la vagina y los pezones, con pinzas calientes le retorcían la carne de los pechos, los muslos y los hombros, la violaban con una regla. A estos tormentos sucedían otros más suaves, golpes y hambrunas.

La enorme cantidad de informes de este tipo nos lleva a comprender cómo es posible que hayan muerto más vietnamitas antes de que el Frente de Liberación Nacional comenzara su lucha que después. Los años de paz, o de presunta paz, entre 1954 y 1960, costaron más vidas en Vietnam que el periodo que se inicia en 1960, pese a que éste incluye dos años de bombardeos al Norte con tonelaje —según el secretario de Defensa McNamara— superior al millón de kilos por día. La prensa estadounidense describe sin tapujos el tratamiento a los prisioneros: "Un piloto de helicóptero levantó la vista de su copa para contar lo que había ocurrido a un cautivo. Como el hombre no respondía, el oficial lo arrojó del aparato, que volaba a 900 metros de altura".

Informes similares ha publicado el *Herald Tribune*: "En un avión que se dirigía a Saigón, eran interrogados vietcongs prisioneros. El primero se negó a contestar. Lo echaron de la máquina, desde casi mil metros".

Y también el *New York Times* del 7 de julio de 1965: "Un tripulante norteamericano de helicópteros

contó a sus amigos que, al enfurecerse con un joven, lo arrojó de la máquina, que estaba a 300 metros del suelo”.

En el *New York Herald Tribune* del 29 de septiembre de 1965 se describe circunstanciadamente el tratamiento infligido a los prisioneros tras su captura: “Atraparon a un vietcong y lo obligaron a ponerse las manos en las mejillas. Con un alambre perforaron primero una mano y una mejilla, y, tras pasarlo por la boca, atravesaron la mejilla opuesta y la otra mano. Luego anudaron a estacas las dos puntas”.

El *New York Times Magazine* del 28 de noviembre de 1965 expone lo siguiente: “Se rodeó a los aldeanos; trajeron a un hombre ante el comandante de la compañía. El oficial vietnamita se volvió hacia su consejero y le dijo: ‘Me parece que voy a balear a este tipo. ¿ok?’ ‘Proceda’, respondió el consejero. El oficial vació la carga de su carabina, pegándole al hombre debajo del pecho. El aldeano se desplomó y murió. La patrulla siguió su camino”.

El *Houston Chronicle* del 24 de diciembre de 1964 describe el destino de los prisioneros: “Eran cuatro, todos sospechosos de pertenecer al Vietcong. Los alinearon y balearon al primero. Interrogaron al segundo. Lo mataron a tiros, también”.

David Halbestam informa en 1965: “Los marines simplemente alinearon a los 17 y a sangre fría los abatieron a balazos”.

El 18 de noviembre de 1965 comunicaba *Reuter*: “En un lugar, los norteamericanos encontraron a tres vietnamitas heridos. ‘No te vas a reír nunca más’, dijo uno de los soldados, rellenándolo de plomo. Los otros dos corrieron la misma suerte”.

Y según el *Chicago Daily News* del día siguiente:

Es casi imposible caminar sin tropezar con un cadáver. Súbitamente, un soldado herido levantó débilmente su brazo. Un sargento norteamericano hizo una prolongada descarga contra él. “Me gustaría encontrar más de estos hijos de puta tratando de rendirse”, dijo el sargento. Nadie estuvo en desacuerdo.

El *New York Times* del 14 de octubre de 1965 cita a un ex jefe de la Comisión Internacional de la Cruz Roja en Ginebra: “Mientras eran torturados [los pri-



sioneros vietcong] el ejército norteamericano comenzó a destruir los hospitales del Vietcong y a cortar los suministros de medicamentos”.

UPI informaba el 3 de agosto de 1965: “Le di a un vietcong. Le di por lo menos a dos de esos bastardos. Los norteamericanos ordenaron a un vietnamita que bajara a la cueva y sacara a las víctimas. Eran éstas tres niños, entre los 11 y 14 años”.

Una vez más nos ilustra Malcolm Browne, de *Associated Press*:

Un hombre saltó a 50 metros y se echó a correr. Todas las ametralladoras dispararon contra él. Finalmente, cayó al suelo en silencio. Lo encontramos boca arriba, en el barro, con cuatro agujeros de bala en lo alto de su tórax desnudo.

Estaba vivo, movía sus extremidades. El pelotón observaba al hombre. Se reían. Uno de los soldados tomó del barro una gruesa estaca y hundió un extremo en el suelo, junto a la garganta herida del hombre. Inclino con fuerza la estaca sobre el cuello, para estrangular al herido. Uno saltó sobre el extremo libre de la estaca, para romperle el cuello al caído, pero el palo se quebró. Otro hombre le pateó la garganta, pero, vaya a saber por qué, la chispa de la vida aún era muy fuerte. Finalmente todos rieron y volvieron al sendero.

Dos mujeres salieron corriendo de una de las chozas. Una de ellas se agarró la boca cuando vio al herido, en quien reconoció a su marido. A la carrera volvió a su choza y retornó enseguida, trayendo una tinaja con agua. Lavó las heridas y limpió la sangre coagulada. De cuando en cuando se pegaba en la frente y murmuraba algo. Lentamente miró a las tropas, a lo largo del camino. Sus ojos se clavaron en mí, con una expresión que suele sobrecogerme aún hoy.

El *New York Post* del 30 de abril de 1965 cita a un *marine*, que trata de matar por la espalda a un aldeano. Aseguró: "No piense que somos asesinos. Somos *marines*".

El *New York Journal American* informaba el 16 de septiembre de 1965: "Ésta es una nueva generación de norteamericanos; la mayoría de nosotros no la conocemos, pero es hora de que nos acostumbremos a ella. Los muchachos de 18 y 19 años tienen acero en su espinazo, y puede que una exagerada dosis de instinto asesino. A estos chicos parece divertirlos matar vietcongs".

Me he concentrado en los pequeños acontecimientos cotidianos de la guerra, tal como los conocemos a través de la prensa occidental, porque esos informes son más reveladores que las igualmente minuciosas descripciones occidentales de las armas especiales y experimentales, recién desarrolladas y ya utilizadas ampliamente contra el pueblo vietnamita.



Los relatos casuales referentes a la conducta del ejército estadounidense de ocupación han sido publicados sin que se produzcan, entre los más de los lectores de esos artículos, protestas dignas de mención. Es necesario preguntarse cuál es la causa.

Hace algo más de un mes, James Reston, uno de los editores del *New York Times*, escribió un artículo intitulado "La piel de mapache en la pared". En esa nota cita una frase del presidente de Estados Unidos, pronunciada ante las tropas estadounidenses en Cam Ranh: "Vuelvan a casa después de haber estaqueado en la pared la piel del mapache". Con lo de "mapaches" aludía a los vietnamitas. "Mapaches" (*coon skins*) es una expresión estadounidense que designa a los negros. Lo de "mapaches" explica cómo es posible que el periódico occidental más renombrado pueda imprimir, sin inhibición ni turbación visibles, descripciones que son análogas a las que leíamos sobre la vida en Auschwitz, Dachau y Buchenwald. El presidente estadounidense que así se dirigía a sus soldados es el mismo hombre que expresó lo siguiente el 15 de marzo de 1948, en la Cámara de Representantes de ese país: "Sean cua-

les sean nuestras armas ofensivas o defensivas, sin superioridad aérea, Norteamérica es un gigante maniatado y semiestrangulado, impotente, fácil presa de cualquier enano amarillo que disponga de un cortaplumas".

Éste es el legado, ésta es la auténtica herencia directa de las escuadras de exterminio y de las cámaras de gas, a las que eran enviados los enanos amarillos y los mapaches y los judas para su aniquilación infamante.

El *New York Times* del 25 de septiembre de 1966 publicó un extenso artículo de su principal redactor militar, Hanson Baldwin: "El Departamento de Defensa sostiene que nuestra utilización de agentes químicos en Vietnam no sólo es militarmente exitosa, sino más humana que la de balas o explosivos". Mr. Baldwin afirma: "Desde 1960 se ha extendido en Estados Unidos la producción de diferentes tipos de productos químicos. Éstos incluyen mortíferos gases nerviosos y los más modernos, llamados 'incapacitadores benevolentes' ". Y continúa: "Muchos expertos agregan que los modernos agentes químicos permiten, más que cualesquiera otros armamentos, confiar en la conducción humana de la guerra".

Documentados informes sobre esos productos químicos y gases muestran que los mismos causan parálisis, convulsiones, asfixia y ceguera. Han sido usados a lo ancho y lo largo de Vietnam del Sur. Un vocero oficial de Washington manifestaba el 1° de noviembre de 1965, en la Conferencia Nacional sobre Política Exterior: "Estados Unidos emplea limitadamente compuestos de arsénico y cianuro en la parte meridional de Vietnam, pero aún no en la septentrional".

La documentación que poseo, atinente al bombardeo consciente y sistemático de hospitales, escuelas y sanatorios, procede también de fuentes occidentales. Es considerable el uso de armas tales como las bombas que contienen millones de esquilas afiladas como hojillas de afeitar, el empleo de gasolina gelatinosa en inmensos volúmenes, o de fósforo, la guerra bacteriológica. La construcción de campos de trabajos forzados y la política de tierra arrasada, que ha llevado al encierro de 59 por ciento de la población rural de Vietnam del Sur —ocho millones de personas—, también lo conocemos a través de fuentes occidentales, como por ejemplo la revista *Time* y el *Observer* londinense. ●



LA FOTO • Silvia González de León



Novedades editoriales

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Las regiones indígenas en el espejo bibliográfico, vol. I

Colección: Etnografía de los pueblos indígenas de México
 Serie: Bibliografía comentada
 Edición: 2002
 ISBN: 970-18-8594-5 (obra completa)
 ISBN: 970-18-8595-3 (volumen I)
 332 pp.

Alicia M. Barabas (coord.)

Esta obra constituye el primero de tres volúmenes de bibliografía comentada sobre las regiones indígenas mexicanas, y refiere las publicaciones editadas durante el siglo XX por investigadores nacionales y extranjeros. Claro está que los aquí reseñados no son todos los textos etnográficos producidos —tal vez algunos de ellos tampoco son los más importantes— sobre los numerosos grupos que habitan en Morelos, Guerrero, Veracruz, Oaxaca, Yucatán, Quintana Roo y Chiapas. No obstante, es un esfuerzo pionero de los investigadores del INAH de diversas regiones del país, para brindar un panorama sobre el conocimiento acumulado de la investigación etnográfica regional. El material bibliográfico aquí comentado (libros, ensayos, tesis, artículos) se encuentra disperso en numerosas bibliotecas y fragmentado en un sinnúmero de publicaciones, algunas de ellas antiguas o casi "clandestinas".

Flechadores de estrellas

Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes

Colección: Etnografía de los pueblos indígenas de México. Serie: Estudios monográficos
 Coedición con la Universidad de Guadalajara: 2003
 ISBN: 970-18-8024-2
 496 pp.

Jesús Jáuregui y Johannes Neurath (coords.)

Obra que reúne una selección de ensayos sobre coras y huicholes, cuyo propósito es abarcar los principales temas de la antropología: tradición y cambio cultural, tecnología y procesos productivos, organización social y política, ritual y mitología, música y danza, cosmovisión y arte. Algunos de estos temas se tratan sólo en el grupo de los coras; otros, en el de los huicholes; en tanto que varios más se analizan desde una perspectiva comparativa. La razón de este procedimiento obedece sobre todo a las limitaciones que la investigación presenta. No es posible discutir sobre cualquier asunto respecto de todas las comunidades del Gran Nayar, pues aún faltan muchas piezas para armar por completo un rompecabezas. Sin embargo, este conjunto de estudios temáticos —representativo de esas comunidades—, proporciona una perspectiva completa e ilustradora.

Los indios en las aulas Dinámica de dominación y resistencia en Oaxaca

Colección: Etnografía de los pueblos indígenas de México
 Serie: Estudios monográficos
 Edición: 2002
 ISBN: 970-18-9220-8
 240 pp.

Benjamín Maldonado Alvarado

Éste es un trabajo de investigación que busca contribuir a la reflexión comunitaria y organizacional de los indios de Oaxaca. Se propone ubicar la historia política de los pueblos indios en la dinámica de dominación y resistencia, observando las viejas y nuevas estrategias de resistencia, tomando como hilo conductor la situación actual y sus perspectivas frente a la escuela, y más específicamente frente a la escolarización como política desculturizadora del aparato de dominación estatal. El objetivo no es analizar los contenidos de los programas de estudio ni las políticas educativas, sino la presencia de la escuela en las comunidades indias y los efectos de la escolarización que es caracterizada como un proceso de colonización mediante el cual se busca imponer una cultura hegemónica y totalitaria, que niega la coexistencia con otras formas de expresión educativa y cultural.

Lagunas del tiempo Representaciones del agua entre los huaves de San Mateo del Mar

Colección: Etnografía de los pueblos indígenas de México
 Serie: Estudios monográficos
 Edición: 2003
 ISBN: 970-35-0023-4
 161 pp.

*Saúl Millán
Paola García Souza*

En esta investigación se intenta ubicar a los huaves en el seno de una cultura lagunar, donde las actividades asociadas a la pesca desempeñan un papel relevante. Estudia asimismo las representaciones locales del tiempo, que incluyen a la lluvia y la sequía como principales esenciales de clasificación, en torno a los cuales se teje una intensa actividad ceremonial que anuncia el advenimiento de las lluvias. La danza de la Serpiente es ejecutada por los huaves durante las celebraciones de Corpus Christi, por lo que el trabajo también aborda los mecanismos rituales que rigen a esa mayordomía y las conexiones simbólicas que la unen al ciclo ceremonial.

De venta en:

Librería Francisco Javier Clavijero
 Córdoba 43, col. Roma
 Tel.: 5514 0420

Librería del Museo Nacional de Antropología
 Paseo de la Reforma y Gandhi, col. Polanco
 Tels.: 5553 3834 / 5211 0754

Librería del Aeropuerto Internacional Benito Juárez
 Sala A, local 11
 Llegadas nacionales
 Tel.: 5571 0267

Tienda del Templo Mayor
 Guatemala 60, col. Centro
 Tel.: 5542 4785

Librería del Museo Nacional de Historia
 Castillo del Bosque de Chapultepec, col. Polanco



FORO: Villa y Obregón, otra vez frente a frente...

9 y 10 de julio de 2003

Reconocidos especialistas debatirán sobre la figura y obra de estos dos personajes centrales de la Revolución mexicana

Sala de lectura de la Biblioteca de la Revolución Mexicana.

Tels. 5616 3808, 5616 3809. Plaza del Carmen 27, San Ángel. www.gobernacion.gob.mx



Poniendo a México al día y a la vanguardia

NOVEDADES EDITORIALES DEL MORA

Adquéralos en librerías de prestigio



Beatriz Rojas Nieto

La Diputación
Provincial
de Zacatecas.
Actas de las
sesiones 1822-1823



**Samantha Álvarez
Macotela**

El peso de nuestro
descontento.
La diplomacia británica
en torno al paso
interoceánico por el
istmo de Tehuantepec
1847-1858

**Rogelio Jiménez
Marce**

La pasión por
la polémica.
El debate sobre la
historia en la época
de Francisco Bulnes



**Guillermina del
Valle Pavón**
Mercaderes,
comercio
y consulados de
Nueva España en
el siglo XVIII



**Laura Suárez de
la Torre**

Constructores de un
cambio cultural:
impresores-editores y
libreros en la ciudad
de México, 1830-1855



Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac. Tel. 5598-3777 ext. 1133

www.institutomora.edu.mx

Voces

de la democracia

Un programa
radiofónico-televisivo
del
Instituto Federal Electoral

Radio

Escúchelo en vivo
los miércoles de
10:30 a 11:30 hrs.
por Radio UNAM, en
860 de AM

Televisión

◆ Véalo diferido en
Canal del Congreso los lunes y
viernes de 10:00 a 11:00 am.

(sujeto a cambios)

◆ Canal 13 de EDUSAT
los lunes de 17:00 a 18:00 hrs.

Consulte la programación en

www.ife.org.mx

Comentarios y sugerencias en

vocesdelademocracia@ife.org.mx

IFE
INSTITUTO FEDERAL ELECTORAL



Cada módulo de la obra pretende señalar cuáles son algunos de los asuntos y temáticas de frontera más relevantes que serán motivo de grandes aportaciones y nuevos paradigmas científicos en la Biología y disciplinas conexas, en los inicios del siglo.

La obra consta de once módulos, coordinados cada uno de ellos por un miembro de El Colegio Nacional, o un experto invitado. En cada módulo habrá la participación de seis o siete expertos nacionales e internacionales en aspectos asociados a la temática general del módulo.

Luis González Obregón núm. 23, Centro Histórico. Tel. 57 89 43 30 Fax. 57 02 17 79
www.colegionacional.org.mx e-mail: colnal@mail.internet.com.mx

Presenta la publicación de la obra



Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social



**El mundo indígena.
Iconografía de luz**
Catálogo electrónico
de la Fototeca
"Nacho López" del INI
3 volúmenes

Librería

Guillermo Bonfil Batalla
Hidalgo y Matamoros s/n, Tlalpan
C.P. 14000, México, D.F.
56 55 01 58
ventas@juarez.ciesas.edu.mx

Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa

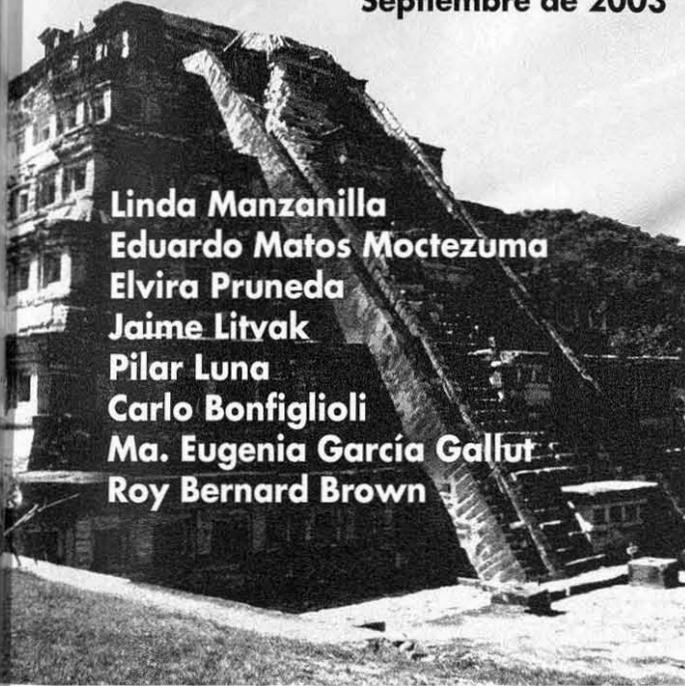
lit *eratura,*
esencia de
humanismo
Antología de textos
Fernando Tamayo
Volumen I

lit *eratura,*
esencia de
humanismo
Antología de textos
Fernando Tamayo
Volumen II

Amargura 4, San Ángel,
01000 México D.F.
Tels.: 5616 2705 y 5616 0071
Fax: 5550 2555
E-mail: maporrúa@mail.internet.com.mx
www.maporrúa.com.mx

ARQUEOLOGÍAS

Septiembre de 2003



Linda Manzanilla
Eduardo Matos Moctezuma
Elvira Pruneda
Jaime Litvak
Pilar Luna
Carlo Bonfiglioli
Ma. Eugenia García Gallut
Roy Bernard Brown



La revista Universidad de México
en la Radio



DESLINDE

El segundo miércoles de cada mes
19 a 20 horas
860 AM
Conduce CARLOS GARZA FALLA



TU
TIENDA UNAM

LA,
MODERNIZACIÓN
ES PARTE DE SU SERVICIO

PUNTO DE VENTA • LINEA DE CAJAS
CARROS JUMBO DE AUTOSERVICIO

VISITANOS EN TIENDA METRO C.U.

XXV ANIVERSARIO ORQUESTA SINFÓNICA DE MINERÍA

Verano 2003

Director artístico: Jorge Velazco

Abonos:
primer piso \$ 1,750
orquesta y coros \$ 1,000
segundo piso \$ 500

Boletos:
primer piso \$ 250
coro y orquesta \$ 150
segundo piso \$ 70



www.sinfonicademineria.org

Inf. 56-58-71-86, 55-21-88-78, en taquilla 56-22-71-25

Del 5 de julio al 31 de agosto. Sábados 20:00 hrs.

Domingos 12:00 hrs. Sala Nezahualcóyotl, Zona Cultural, C.U.





COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES



9 770185 13308

\$45.00 ISSN 0185-1765